

HISTORIAS REALES Y EMOCIONANTES

GRAN

# PROYECTOR

MENSUAL



PROCESOS  
REPORTAJES  
DETECTIVISMO

1<sup>25</sup>  
PESETAS

Ayuntamiento de Madrid



# GRAN PRO- -YEC- -TOR



Para mayor comodidad,  
cópese el siguiente cupón

## Regala a sus dos mil primeros sus- criptores una de las siguientes novelas, a elegir, de la interesante COLECCION AVENTURA

publicada por

EDITORIAL JUVENTUD, S. A.

Calle Provenza, 216

BARCELONA

James Oliver Curwood

El regreso. El fósforo. La fuerza de los hombres. El ratón.  
Corazones de hielo.



Peter B. Kyne

Los tres padrinos. El valle de los gigantes.  
El solitario. El más feo. El Sheriff

Sapper

El capitán Drum-  
mond.

Frank L. Packard

De ahora en ade-  
lante.

C. N. y A. M. Williamson

La dama del aire.



Henry Allorge

El gran cataclismo.

Zane Grey

Tappan y su burro. Cazando Pumas.  
Tigre. El Santa Rosa

Paul D'Ivoi

Los compañeros del loto blanco.

Un viaje extraordinario.

Gouraud d'Ablancourt

El drama de Maison Dieu.

Francis Lynde

Un legado original.

Alfred Machard

El fugitivo.

Hans Richter

El canal.

El suscriptor, al hacernos el envío del importe de su suscripción,  
puede mandarnos el título de la obra que desee, y la recibirá a  
vuelta de correo franca de portes, en su domicilio.

### GRAN PROYECTOR

Calle de la Diputación, 211

BARCELONA

Agradeceré me suscriban por

meses a la revista

GRAN PROYECTOR (7'50 ptas.  
semestre).

cuyo importe de ..... ptas. remito por giro postal núm. ....  
adjunto en sellos de correo (certificando la carta), debiendo remitirse como regalo  
la novela .....

Nombre .....

Domicilio .....

Población .....

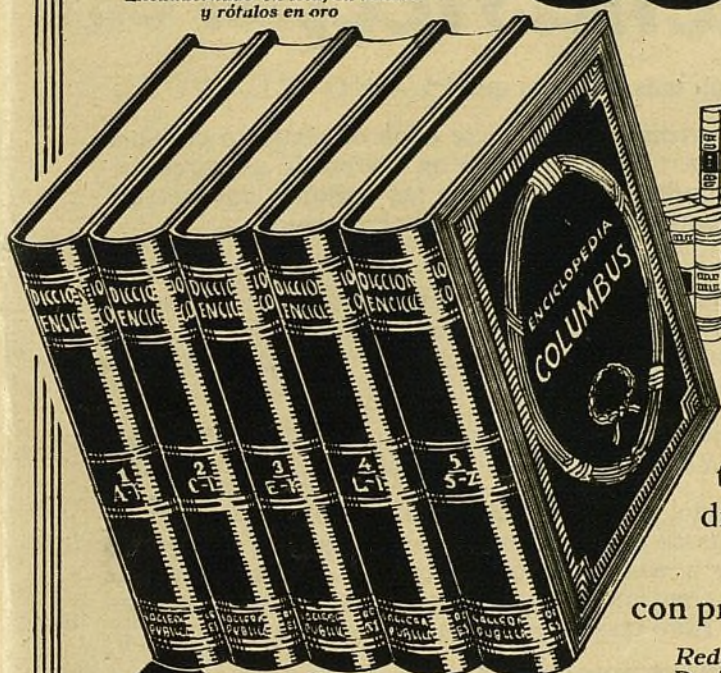
Provincia .....

Fecha .....



# ENCICLOPEDIA "COLUMBUS"

Cinco Grandes Tomos  
completamente terminados  
Encuadernado en tela, en relieve  
y rótulos en oro



Todo el  
**SABER humano**

todo el contenido de cien obras  
diversas condensado en

**5 magníficos volúmenes**

con profusión de grabados, mapas y láminas en color

Redactado por reputados especialistas bajo la dirección de  
D. ALBERTO DEL CASTILLO Profesor de la Universidad de Barcelona

Desde un principio recibe usted la obra completa, sin estar expuesto a  
dificultades de publicación ni a que se le haga anticuada.

Cada uno de los cinco tomos consta de cerca de mil páginas impresas a tres columnas. En conjunto  
varios millones de palabras, cuidadosamente ilustradas con millares de dibujos intercalados en el  
texto, y con láminas en colores y en negro, y hermosísimos Mapas Generales y de todas las naciones,  
confeccionados expreso para esta obra por la Casa Columbus, de Berlín, especializada en ediciones  
cartográficas.

Edición cuidadosamente compilada y revisada, que contiene: Todas las voces de la última edición del Diccionario de la R. Academia Española. — Homónimos y sinónimos: galicismos y barbarismos. — Los americanismos generalmente usados en la América de habla española. — Locuciones latinas, francesas, italianas e inglesas, usualmente empleadas en España y América. — Los términos técnicos de los últimos inventos aceptados por el uso.

**20**  
meses de  
crédito

**10** Ptas  
al  
mes

## NADA DE PAGO ADELANTADO

### Es imposible saberlo todo:

Pero en la vida moderna es indispensable que en cualquier momento podamos adquirir o mostrar nuestros conocimientos sobre determinados asuntos o materias.

### Este es el objeto de la ENCICLOPEDIA COLUMBUS

Todas las ramas del saber, todos los conocimientos modernos están incluidos en ella. Y está todo tratado de modo que haya siempre

### CONCISION y CLARIDAD en todas las materias

Hemos puesto especial cuidado en que la ENCICLOPEDIA COLUMBUS sea

La más moderna. Por eso damos, puestos al día, mapas generales y de todas las naciones a todo color, mapas de todas las provincias de España.

La ENCICLOPEDIA COLUMBUS contiene una verdadera Historia del mundo, Biografías, Historia Natural, todas las Ciencias y Artes. Es el Diccionario Enciclopédico más moderno, más práctico, más completo y más económico.

Como obra de estudio, como obra de consulta, la ENCICLOPEDIA COLUMBUS puede ser llamada sin exageración EL LIBRO DE LOS CONOCIMIENTOS HUMANOS

No vacile en aprovechar las ventajas que para su adquisición le ofrecemos.

Compuesta en tipo cinco de imprenta que, a pesar de ser el más pequeño, resulta muy claro para su lectura, esta obra contiene tal cantidad de texto que en otra forma ocuparía diez gruesos volúmenes. Es un alarde de condensación, compatible con la extensión de los artículos y la claridad del texto.

### BOLETIN DE COMPRA

Yo, el abajo firmado, declaro comprar a los Establecimientos QUILLET, S. A., un ejemplar del diccionario ENCICLOPEDIA "COLUMBUS" por el precio de ptas. 200, que me comprometo a pagar a plazos mensuales de 10 ptas., el primero a la recepción y los otros cada mes, hasta completa liquidación. Mientras no se haya satisfecho el importe total de la obra, la consideraré en calidad de depósito en mi poder. AL CONTADO 180 PTAS.

FIRMA

Nombre y dos apellidos

Edad

Profesión

Dirección del empleo

Calle

Población

Provincia

¿Qué administración de correos más próxima tiene giro postal?

ENVIO INMEDIATO FRANCO DE PORTE Y EMBALAJE

Móvil de  
10 céntimos

Córtese el boletín y mándese a los ESTABLECIMIENTOS QUILLET, S. A., Apartado de Correos 476. - Barcelona

Establecimientos QUILLET, S. A. - Mallorca, 237 bis - BARCELONA

DELEGACIÓN EN MADRID: CHURRUCA, 15, BAJOS



# Entreteno sus ocios con amenas lecturas

Para ello ninguna publicación más indicada que "LA NOVELA ROSA"

Tiene la experiencia de sus siete años de contacto continuo con el público. Tiene montado un cuerpo de asesores literarios encargados de seleccionar las mejores novelas que aparecen en España y en el extranjero.

Ha tenido el acierto de familiarizar entre el público de habla española nombres como los de Muñoz Pabón, Aguilar Catena, Berta Ruck, Concordia Merrel, María Sepúlveda y otros prestigiosos novelistas. Observe como anualmente renueva sus aciertos descubriendo a nuevos autores.

Tiene el aliciente de publicar libros para todos los gustos, que pueden llevarse al hogar y pueden ser leídos por toda la familia.

Desde este año, "LA NOVELA ROSA" publica cada quincena, además de la novela inédita, una reimpresión de gran éxito. Pida a su librero que le reserve las reimpresiones que Ud. no conozca, pues todas ellas son novelas de gran éxito que se agotaron rápidamente.

Le ofrecemos nuestro nuevo departamento de ventas a plazos

*Libros publicados en lo que va de año*

Precio : 1'50 ptas.  
volumen corriente

- N.º 227\* - Corazones que no se encuentran . . .
- N.º 39 - El secreto de Julia Godoy . . .
- N.º 152 - El alojado . . .
- N.º 80 - Afortunada en amores . . .
- N.º 151 - Las veleidades de Consuelo . . .
- N.º 150 - El ama de llaves . . .
- N.º 112 - La sin nombre . . .
- N.º 226\* - Camino difícil . . .
- N.º 103 - La millona . . .
- N.º 148 - Justa y Rufina . . .
- N.º 36 - Yo... no era yo . . .
- N.º 147 - El heredero . . .
- N.º 101 - El Amor y Diana . . .
- N.º 146 - La estatua velada . . .
- N.º 145 - Error . . .

- Berta Ruck
- A. Marin Alcalde
- Berta Ruck
- Berta Ruck
- Carmela Eulate
- Henry Greville
- Concordia Merrel
- Concordia Merrel
- J. F. Muñoz y Pabón
- J. F. Muñoz y Pabón
- Berta Ruck
- Francis H. Burnett
- Concordia Merrel
- M. Maryan
- María Sepúlveda

Los números señalados con \* se venden a 2 pesetas.

Pida la lista de los 156 títulos publicados. Entre ellos encontrará las mejores obras de sus autores favoritos. Tenemos existencias de todos los números atrasados.

"LA NOVELA ROSA" se vende en las buenas librerías y en algunos quioscos. Si no la encuentra en su localidad, pida los títulos que desee a los editores que le enviarán los libros contra reembolso.

**EDITORIAL JUVENTUD, S. A. - PROVENZA, 216 - BARCELONA**



# GRAN PROYECTOR MENSUAL

Año I

JULIO 1930

Núm. 2

## SUMARIO

El Detectivismo como secuela de los modernos estudios criminológicos..... (Editorial de «Gran Proyector».)	5
El Misterio del Teatro Carleton, por Jhon Feretti ..... (¿Quién disparó contra la primera bailarina del Teatro Carleton?)	6
El Misterioso Robo del Collar Loftus, por Neil Jennings ..... (Interesante investigación policíaca sobre la desaparición de un collar de perlas.)	9
Sobre la Pista de «El Rata», por Guy Fowler ..... (Captura de un temible bandido del río Ohio.)	12
Hazañas del Detective Tim Yesyés, historieta por Moreno ..... (II. El robo de Jim «el Puyas».)	16
Fotografía de Evelyn Brent, en Broadway ..... Fotografía de Raymond Hatton, en Santos del infierno ..... Fotografía de Charles Bickford, en Santos del infierno ..... Fotografía de una escena de La redada..... Chicago, la ciudad del crimen .....	17 18 19 20 21
(Fotografías de actualidad.)	
El Rastro Sangriento, por Bernard Fynes ..... (Misterioso asesinato de un millonario de Filadelfia.)	22
Primeras Figuras del Congreso Internacional de Ladrones, por Miguel Capuz ..... (Sensacional reportaje en la sede de la Federación mundial de delincuentes.)	26
«Ajax», el Raffles del Siglo XX, por Carlos H. Stratton ..... (El ladrón que, después de cometido el robo, avisaba a la policía.)	30
¿Quién secuestró a José Gumina?, por Félix B. De Martini ..... (La banda de la «Mano Negra» pedía dos mil dólares por el rescate del niño secuestrado.)	33
El Penado Inocente, por G. P. M. .... (Historia de un lamentable error judicial de 1848.)	37
La Pista del Gemelo, por Guillermo Wallace ..... (Asesinato de un rico prestamista en su propia tienda.)	42
Una Aventura de Misterio y Amor, por Neil Carson ..... (Un auto robado, un hombre muerto y... un noviazgo inesperado.)	46
Delitos Tragicómicos ..... (Comentarios cómicos.)	49
Descubiertos por la Máquina de Identificar, por Wilbert Wadleigh ..... (Funcionamiento de la «Meldwesen», formidable organización de la policía alemana.)	50
La Picota ..... (Un suplicio medieval que aun subsiste en nuestro tiempo.)	54
La Novela Partida en Dos ..... (Bases del primer concurso de «Gran Proyector».)	56
El Robo de los Cien Millones de Rublos, por Angel Marsá ..... (Novela del concurso.)	57
El Hombre de la Litera Número 10, por Mary Roberts Rinehart..... (Novela en folletín encuadernable.)	59

Ejemplar suelto. . . . . 1'25 pesetas

POR SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Un año, 15 pts. AMÉRICA: Un año, 19 pts.

OTROS PAÍSES: Un año, . . . 25 pesetas.

Combinada con el semanario PROYECTOR

ESPAÑA: Año, 24 pts. AMÉRICA: 30 pts.

OTROS PAÍSES: Un año, 40 pesetas.

REDACCIÓN

Diputación, 211. - BARCELONA

ADMINISTRACIÓN

Diputación, 211. - BARCELONA

Valverde, 21 dup. - MADRID

Administración de Publicidad en esta Revista

**PUBLICITAS, S. A.**

ORGANIZACIÓN MODERNA DE PUBLICIDAD

BARCELONA: Plaza Cataluña, 9. 1.º

Teléfono 16406. - Apartado 228

MADRID: Gran Vía, 13

Teléfono 16375. - Apartado 911





# ARMARIO de soltero

## "QUILLET"

### Armario C6moda Escritorio Tocador

De construcci6n s6lida y esmerada en maderas finas; con chapas de fantas6a, pulido y barnizado para su entrega, en colores caoba o nogal.

#### MEDIDAS

altura total 1.95 metros  
ancho total 1.17 »  
fondo total 0.50 »

#### DETALLE

Armario con departamento para sombreros, aparato extensor con perchas para trajes y abrigos; soportes de madera con varillas para el calzado; id. id. para corbatas.

C6moda con tres cajones de 40 x 48 1/2 cm. luz interior, uno de ellos con divisiones para cuellos, pu6os, pa6uelos etc.

**27.50** meses de cr6dito  
**20** al mes  
**550** Ptas

Escritorio con estantes verticales y horizontales para papel, sobres, libros, tintero, etc.

Tocador con estante de 57 x 50 cm. con moldura en el borde, para cepillos, objetos de aseo, utensilios de afeitado etc. y luna biselada de 60 x 40 cm. en el fondo.

El nombre "Quillet" denota distinci6n, cr6dito, seriedad y buen gusto. ¡No lo olvide! Es, en su g6nero, la casa m6s antigua de Espa6a.

Se remite montado y perfectamente embalado. El precio del embalaje, de ptas. 20, se carga en el primer plazo.

**4 MUEBLES EN 1**

PRECIO: 550 PTAS.  
a plazos de 27.50 al mes  
Al contado: 490 ptas.

No es 6ste un mueble m6s, sino una verdadera novedad en el ramo. Es el armario indispensable para el soltero, para el estudiante, para el empleado que vive en puplaje. Todo cabe en 6l: ropa interior y exterior, sombreros, zapatos, corbatas, enseres de tocador, papeles y libros, y todo tiene en 6l lugar c6modo y adecuado. Es imposible almacenar m6s cosas en menos sitio. El armario-c6moda-escritorio y tocador resuelve uno de los grandes problemas de la habitaci6n moderna: el del espacio, cada vez m6s reducido y cada vez m6s necesario.

#### BOLETIN DE COMPRA

Yo, el abajo firmado, declaro comprar a los Establecimientos QUILLET, S. A., un ARMARIO de soltero "QUILLET" conforme a su descripci6n y por el precio de 550 ptas., a plazos de 27.50 Ptas. al mes que me comprometo a pagar por vencimientos mensuales, el primero de ..... Ptas., a la recepci6n, y los restantes, de 27.50 Ptas. cada mes, hasta completa liquidaci6n. Mientras no se haya satisfecho el importe de la prenda se considerar6 6sta en calidad de dep6sito en poder del comprador.

Al contado 490 ptas.

FIRMA

Nombre y dos apellidos .....  
Edad .....  
Profesi6n .....  
Direcci6n del empleo .....  
Calle .....  
Poblaci6n .....  
Provincia .....  
Estaci6n .....

M6vil de  
25 c6ntimos

Establecimientos QUILLET, S. A. - Mallorca, 237 bis; Apartado 476 - BARCELONA



# EL DETECTIVISMO

como secuela de los modernos

:: estudios criminológicos ::



La franca acogida con que la Prensa particularmente y el público en general han recibido el primer número de GRAN PROYECTOR nos confirma en nuestra creencia de haber dado a España el *magazine* detectivesco que le faltaba para figurar, en este sector de la literatura periodística, junto a las naciones cultas que han prestado especial atención a los problemas criminológicos. Y este apoyo que ayer esperábamos del público de habla española y hoy tan sincera y espontáneamente nos ha brindado, nos alienta a seguir en nuestra empresa por el camino que habíamos elegido después de laboriosa preparación.

Por otra parte, este era en verdad el resultado que había de seguirse de un fenómeno de trascendencia universal. Diariamente aparecen, en el mercado mundial de Prensa, nuevas publicaciones que, en una orientación u otra, cultivan el género detectivesco. Sería interminable la enumeración si — sólo a título de curiosidad — quisiéramos hacer un catálogo de todas ellas, desde las hojas populares que se editan en francés hasta los suntuosos *magazines* que recorren los dominios de la lengua inglesa. Es más, la mayoría de estas publicaciones alcanzan tiradas tan fabulosas, que, en algunas de ellas, exceden al millón de ejemplares.

Este esplendoroso resurgimiento de los temas policíacos y judiciales es una natural secuela de haber llegado al pueblo la orientación que en nuestro tiempo han tomado los estudios criminológicos, si bien a España ha llegado este renacimiento con algo de retraso respecto de los países más interesados en estas materias. El hecho — por demás humanitario — de que se considere al delincuente como a un ser moralmente enfermo o contrahecho ha traído la consecuencia de que también se miren las cosas que a él se refieren con una atención realmente inusitada.

Hoy interesa al mundo entero conocer los medios que emplean los organismos de justicia para disminuir en lo posible la criminalidad, lo mismo que le conviene tener al descubierto los procedimientos de que se valen en sus fechorías los que viven por hábito al margen de la Ley.

Lógico y comprensible interés es este, que, ciertamente, nada tiene que ver con la morbosa curiosidad que — como un espíritu insano y perverso, escondido en los bajos fondos — gusta a veces de asomarse en el hombre ante las cosas truculentas y macabras.

LA DIRECCIÓN



# EL MISTERIO del

*Mientras las candilejas proyectaban una público contemplaba absorto la aparición no, disparada entre bastidores, acabó con*

por el detective

*Dale fijábase atentamente en el rostro blanqueado del más ágil de los acróbatas.*



**T**ENGO que irme — dije. — Son cerca de las nueve, hora en que he de empezar mis investigaciones en los *cabarets* para ver si encuentro algún reclamado.  
— Espera cinco minutos, Jack; ahora va a salir la famosísima pareja de baile, Gene y Dale. Ella, soberanamente guapa, es además la mejor bailarina de la ciudad.  
Apoyé los codos al lado de Mac, en la baranda que había

detrás de las sillas de orquesta. Mi compañero, inspector de sección de incendios, al encontrarme en Broadway, me invitó a ir al teatro Carleton, para ver aquel número. Tenía la obligación de visitar los teatros todas las noches, y si se entusiasmaba con algún artista, tanto masculino como femenino, no cabía dudar de su excepcional valer, ya que estaba dotado de un gusto depuradísimo. El Carleton es el mejor teatro de *variétés*. Desde nuestras butacas de la fila quince podíamos presenciar admirablemente el espectáculo. Al iniciar la orquesta un *jazz* aparecieron dos payasos, con trajes grotescos y la cara blanqueada. Según el programa, eran los acróbatas hermanos Lázari, el más pequeño de los cuales daba saltos mortales desde los hombros de su robusto compañero.

Cuando desaparecieron, después de saludar dos o tres veces al público, la orquesta cesó de tocar y apagáronse las luces de las candilejas. Desde la galería del teatro un foco luminoso proyectó un gran círculo sobre las cortinas de terciopelo que ocultaban casi todo el escenario. Luego, cuando las quejumbrosas notas de un violín maravillosamente tocado cesaron, las cortinas recogidas a uno y otro lado dejaron al descubierto en medio del escenario al músico, un joven elegantemente vestido de negro. A su espalda había una especie de cabina, cubierta también por una cortina. De pronto, una luz muy brillante, que luego fué adquiriendo diversos tonos rojos y violeta, irradió desde lo alto.

Separadas las cortinas, apareció con traje de baile una jovencita rubia, bellísima, delicada como una porcelana de Sèvres. Tenía las manos en alto mientras se sostenía sobre la punta de sus piecitos. En esa posición bajó por una escalerita al escenario, donde se volvió majestuosamente de cara al público.

De pronto, un ruido seco, procedente del fondo del escenario, sonó trágicamente.

— ¿Qué es eso, Mac? — pregunté.

Pero no tuvo tiempo de contestar. La bailarina se retorció de angustia, se quedó rígida de muerte y desplomóse, por fin, contra las escaleras. El violinista, dando un grito, dejó caer el instrumento y apresuróse a levantar a la artista, que tenía el cuerpo inerte, cerrados los ojos, manchado de sangre el pecho.

Era evidente que la herida, causada por un tiro de revólver, era gravísima. El deber me mandaba averiguar toda la verdad.

Rápidamente me dirigí por una puerta lateral al escenario, cuyas cortinas cayeron repentinamente para ocultar a los artistas y a los empleados que acudían desde los bastidores. La orquesta tocaba furiosamente para ahogar la gritería del público, que, asustado, se había puesto en pie.

Pero una idea me dominaba: la de que el arma de fuego que disparó estaba dotada de un aparato para apagar el estampido. Sólo las inmejorables condiciones acústicas del teatro me permitieron oírlo. El pánico que se apoderó de los compañeros de la infeliz víctima fué enorme. Todos hablaban a la vez. La confusión que allí se produjo alcanzó caracteres babélicos.

— ¿Qué demonio quiere usted? — vociferó a mi espalda un hombrachón cuyo rostro estaba contraído por el dolor.

— ¿Es usted el empresario?

— Sí. ¿Y usted?

— Un detective de la Jefatura que me hallaba entre el público. Ahora hay que impedir que nadie salga por la puerta trasera.



# Teatro Carleton

*luz tenuemente violeta y el numeroso de la bailarina Gene, la bala de un asesino su vida. ¿Quién quiso matarla? ¿Por qué?*

JOHN FERETTI



— Está bien. Oye, Esteban, vete a buscar a un policía. Patricio, cuida de que el portero no deje salir a nadie. Y tú, Augusto — ordenó a otro auxiliar, — por Dios vivo, anda a tranquilizar a esa gente. Diles que sólo ha sido un desmayo. Vamos a continuar la representación. ¿A quién le toca ahora?

Sin hacerle ningún caso me encaminé al fondo del escenario. Allí estaba Gene tendida en un diván, y a su lado, completamente anonadado, su compañero de trabajo, que alternativamente le daba palmadas en las manos y se las acercaba a la boca como si quisiera retener aquella vida que acababa tan prematuramente. Al poco rato llegó un médico, avisado por el empresario.

Después de un ligero reconocimiento certificó:

— ¡Está muerta!

Y con el chal de una artista cubrió el rostro del cadáver. Dale prorrumpió en lúgubres somormujos de llanto. Cuando se tranquilizó un poco, le llamé aparte.

— Soy el detective Feretti. Ruégole que me cuente lo sucedido.

— Gene ha

Dígale que dentro de unos minutos le dirigiré una comunicación. Ruéguele que mande un par de peritos dactilógrafos.

— Voy en seguida.

**A**l salir del escenario me fijé en el violinista



muerto instantáneamente de un tiro de revólver, que seguramente le dispararon desde los bastidores, en el momento en que se inclinaba para bajar al escenario. Pero, a decir verdad, yo no oí ningún disparo.

— Yo, que estaba entre el público, tampoco lo oí.

Y dirigiéndome al médico, le rogué:

— Hágame un favor, doctor. Telefónee lo ocurrido al inspector.

— ¡Maldito seas, Lázari!  
¿Eres el autor de la muerte de mi esposa. Como no pudiste lograrla, la has asesinado. ¡Miserable!

que continuaba mudo e inmóvil, rodeado por algunos compañeros y tramoyistas. Habían cesado ya los gritos del público, al que alguien dirigía en aquel momento la palabra, mientras



*José la cogió para besarla, pero ella le abofeteó, apartándole de sí.*

un grupo de muchachas, temblorosas, disponíanse a continuar la representación.

Todo eso había ocurrido en muy pocos minutos, aunque a mí me parecían una eternidad. Este era el primer caso de asesinato en que intervenía desde que me destinaron a la Jefatura de policía. Deseaba empezar cuanto antes el interrogatorio para averiguar algo que apoyase una teoría que yo había ideado sobre los asesinatos. Las circunstancias me habían impuesto un pequeño aplazamiento, pero no importaba. Ante todo necesitaba del auxilio oficial.

En aquel momento dos hombres de uniforme, a quienes ya conocía, se abrieron paso entre el grupo que rodeaba el diván. — Dentro de unos minutos vendrán algunos hombres más, Feretti — dijo uno de los recién llegados.

— Está bien, Rooney. Ante todo, disuelva este grupo para ver dónde nos hallamos. Usted, Gans, quédese en la puerta del escenario para no dejar salir a nadie mientras yo no se lo ordene.

Cuando Gans se alejaba muy aprisa, el violinista pareció recobrar el sentido. Levantó la cabeza, cerró los puños y en sus ojos se encendió una mirada de odio mientras buscaba a su alrededor. Yo miré en la misma dirección. Dale fijábase atentamente en el rostro blanqueado del más ágil de los acróbatas.

— ¡Maldito seas, Lázari! Tú eres el autor de la muerte de mi esposa. Como no pudiste lograrla, la has asesinado. ¡Miserable!

Como un rayo se arrojó sobre el criminal, que había retrocedido al fijarse el violinista en él. Las tablas crujieron al peso de los cuerpos que luchaban. Rooney y yo los separamos, pero después de haber abofeteado Dale al acróbata. Este, con los ojos salientes y la lengua fuera, se guareció detrás del policía, mientras varios empleados y yo teníamos que hacer uso de todas nuestras fuerzas para contener al agresor, al que introdujimos en la salita de los artistas.

— Traiga a ese individuo, Rooney — ordené. Ayudado por un artista, condujo a nuestra presencia al asustado clown. Hice señas a su hermano para que le siguiese y luego cerré la puerta.

— ¿Cómo se llama usted?

— Lázari, José Lázari. Este es mi hermano Miguel que estaba conmigo entre bastidores. Él puede atestiguar que yo no disparé.

— ¡Cállese! Ahora, Dale, tranquilícese. Dígame por qué ha acusado usted a ese hombre de asesino.

— Porque ha sido él. Desde muchos meses atrás andaba rondando a mi mujer, que no le hacía caso. Hace poco tiempo, dando juntos algunas representaciones, tuve que pegarle porque no quería dejarla en paz. Pero fué inútil, porque ese bandido continuaba con lo mismo. Finalmente, ella se puso tan nerviosa, que ya no podía trabajar debidamente. Por esta razón rescindí el contrato, y vinimos aquí.

— Nunca tuve intención de hacerle daño — interrumpió Lázari con tono quejumbroso. — Yo la quería tanto...

Le tapé la boca con la mano.

— Hace cosa de un mes — continuó diciendo Dale, sin mirar al acusado — nuestro agente nos proporcionó contratos en varios teatros de la capital. La semana pasada dimos la primera representación en el Casino Palace. Gene...

— Hizo una pausa momentánea para enjugarse las lágrimas que abundantes fluían de sus ojos. — Nuestro número alcanzó tanto éxito, que el Carleton nos contrató a su vez. Yo me enteré de que los Lázari estaban en la ciudad, durante el ensayo del domingo. Habían sido contratados también para sustituir a un artista que se puso enfermo. Cuando los vi en la

escena, sentí tentaciones de rescindir el contrato para no tener que soportar de nuevo la presencia de José. Pero no me fué posible, porque necesitábamos trabajar. Le avisé que no se acercara siquiera a mi mujer, pero se echó a reír. Entonces me encaminé al guardarropa y al poco rato apareció mi esposa, pálida, temblorosa, casi a punto de desmayarse. Como es natural, comprendí que acababa de tener una escena con José. Ella no quiso confesármelo a pesar de mis preguntas. Le indiqué la conveniencia de rescindir el contrato, pero se negó alegando que nos hacía falta dinero. Temía que yo me pelease otra vez con él. Ya tranquilizada, decidimos trabajar toda la

(Continúa en la página 65)



# El Misterioso ROBO del COLLAR Loftus

*El famoso collar Loftus desapareció como por encanto.  
Pero unas hebras de cabello rubio, adheridas a  
una horquilla de latón, facilitaron una pista  
segura al gran detective Neil Jennings.*



**R**OBERTO Rainer y yo, después de haber pasado juntos la noche muy agradablemente, nos volvíamos a casa cerca de las tres. Lloviznaba. La *lemosina* detuvo la marcha al llegar a la plaza de Washington, frente a la casa en que habitaba Roberto. Este se asomó a la ventanilla y se fijó en un automóvil parado junto a la acera.

— Me parece, Neil — dijo, — que éste es el «Mercedes» de Jaime Loftus.

Echó pie a tierra y, después de cerciorarse, añadió:

— No me he equivocado. Debe de ocurrir algo desagradable. Mejor será, Neil, que suba usted un momento antes de retirarse a su casa.

Yo nunca me había encontrado con Loftus, pero, como la mayor parte de los habitantes de Nueva York, estaba ya enterado de su historia. Mientras el ascensor nos subía al piso de Roberto, situado en lo alto de la casa, me entretuve en recordar algunos detalles de la notable carrera de Loftus.

Este no había cumplido aún treinta años. Hijo único de Aníbal Loftus, jefe de una importante casa de banca que llevaba su nombre, tuvo siempre más dinero del necesario. Desde su primera infancia gozó de toda clase de comodidades y satisfizo todos sus caprichos, pero sin llegar a ser vicioso. Las dos o tres escapatorias que hizo, más bien se debieron a su heredado amor por las aventuras que a inclinación alguna hacia la vida desordenada.

El atletismo fué su salvación. Alcanzó gran fama como hábil jugador de fútbol de los equipos universitarios y conservó la salud a pesar de haber llevado vida nocturna en Manhattan y en las principales capitales europeas. Pocos años antes, el viejo Loftus fué a saldar sus cuentas con Dios, dejándole a Jaime una enorme fortuna independiente de sus negocios.

Sus nuevas responsabilidades cambiaron por completo a Jaime Loftus, convirtiéndole en hombre trabajador, serio e impecable, ocupado constantemente en sus negocios. Conservó la magnífica mansión de Loftus, en la parte alta de Nueva York, y trabajó con la mayor intensidad para enterarse circunstanciadamente de los negocios que había de dirigir. Un año antes se casó con María Manning, hermosa hija de Enrique Manning, el inventor famoso. Era una mujer inteligente y de gran tacto, y se convirtió en una esposa ideal para él, pues si bien le animaba para que se ocupase con la mayor actividad de sus negocios, procuró, al mismo tiempo, que tuviese adecuados pasatiempos entre compañeros que le distrajeran de sus ocupaciones.

**C**UANDO entramos en casa de Roberto vimos que, efectivamente, estaba esperándole Jaime Loftus acompañado de

por **NEIL JENNINGS**  
Investigador privado

Alberto Bassford, su antiguo compañero de colegio. Bassford era un magnate financiero de Boston y acababa de llegar a Nueva York, invitado por Jaime, quien le recogió en la estación antes de dirigirse a casa de

Rainer. Hubo los saludos y las presentaciones de rigor, y como los tres rehusamos la bebida que nos ofreció Roberto, mi amigo mandó a su criado a la cama, obedeciendo a una muda indicación de Loftus.

— Ahora, Jaime, puedes hablar — dijo Roberto. — Parece que estás muy nervioso. ¿Qué te ha traído a hora tan intempestiva?

— El deseo de encontrar al señor Jennings y obtener su ayuda.

— ¿De qué se trata?

— De un asunto muy grave, Roberto. Y te ruego que no empieces a bromear, porque el tiempo es precioso. Supongo que recordarás muy bien el collar de brillantes de mi mujer, el famoso collar Loftus.

— Ya lo creo. ¿Ha ocurrido algo?

— Me lo han robado esta noche mientras mi mujer y yo con diez invitados estábamos cenando en el primer piso de mi casa. El ladrón lo cogió del lugar en que mi esposa lo había guardado en sus propias habitaciones.

— ¡Caramba! Creo, Neil, que éste es asunto de usted y no mío — observó Roberto.

— Muchas veces, señor Jennings — dijo Loftus, volviéndose hacia mí, — he oído a Roberto y a otros amigos míos hablar de sus éxitos, lo mismo que he conocido por la prensa sus acertadas actuaciones. Al ocurrir el robo me acordé de que era usted amigo de Roberto y por eso vine a buscarle

aquí. Necesito hoy sus trabajos por dos razones: la primera, porque es precisa la mayor rapidez, ya que mi mujer, Bassford y yo hemos de embarcarnos dentro de cuatro días, es decir, el próximo sábado, en el *Aracornia*, con rumbo a Francia. En segundo lugar, porque sé que usted ha logrado muchas veces el éxito después de haber fracasado la policía oficial y porque me interesa sobremanera que la cosa tenga la menor publicidad posible. Si quiere encargarse del caso, usted mismo puede fijar el precio.

— Este detalle tiene poca importancia — repliqué. — Estoy dispuesto a hacer cuanto pueda en beneficio de los amigos de Roberto y, por consiguiente, me encargo del asunto. Cuénteme la historia con todo detalle.

— La fiesta en mi casa se preparó como bienvenida para Alberto Bassford, quien hasta hoy por la tarde, a última hora, no me telegrafió que se retrasaría su llegada. Todos los reunidos en mi casa éramos íntimos amigos y es forzoso excluir a todos, porque no hay ninguno capaz de cometer semejante robo. Yo pasé el día en mi oficina y mi mujer empleó la tarde en una función de caridad. Por indicación insistente de muchas



amigas suyas se puso el collar Loftus, que en la actualidad costaría por lo menos 250,000 dólares. Quizás más aún. Según los anticuarios, perteneció un tiempo a madame de Pompadour. Mi padre lo compró en París y se lo regaló a mi madre cuando ambos pasaban aún la luna de miel. Y yo, a mi vez, lo regalé a mi esposa.

Habitualmente se guarda en la cámara acorazada de mi banco, pero anteayer lo llevé a casa y se guardó en una caja de caudales empotrada en la pared, que se halla en el tocador de mi esposa, donde ella guarda también sus joyas. Últimamente, viendo que la cerradura de esta caja de cau-

tiempo que está a sus órdenes, y se puso el traje de noche de terciopelo negro, con el cual suele llevar perlas o, por el contrario, ninguna joya. Mientras se cambiaba de traje, el collar se hallaba en una mesita. Apenas mi esposa había terminado su tocado, cuando Guillermo, o sea el criado, se acercó a la puerta de las habitaciones de mi esposa para anunciar que los invitados empezaban a llegar. Contrariada por su retraso, mi mujer cogió el collar de brillantes, con el deseo de meterlo en la caja de caudales de la pared. La cerradura, sin embargo, se resistió y no pudo abrirla. Y así, con objeto de no perder más tiempo, decidió ocultarlo de momento.

Hay un cuartito que da al tocador. Sus dimensiones son regulares. Está alfombrado y tiene luces eléctricas y en tres de sus paredes hay varios estantes. Allí guardamos muchas cosas de valor, incluso algunos recuerdos de familia, tanto suyos como míos, que apreciamos demasiado para dejarlos abandonados en nuestras habitaciones. Tiene

cerradura especial, a prueba de ladrones. No existen más que dos llaves, de las cuales tengo yo una y mi mujer la otra. A nadie está permitida la entrada en aquel cuartito. Yo llevo siempre encima la llave y mi esposa tiene para la suya un escondrijo que hasta yo desconozco.

Cuando la doncella salió de la habitación por un momento, mi mujer tomó la llave, envolvió el collar en una corbata de seda, abrió el cuartito y puso el paquetito debajo de otro objeto, en uno de los estantes superiores, al que no se alcanza más que empujándose. Hecho esto, salió del cuartito al mismo tiempo que la doncella entraba de nuevo en la habitación para anunciarle, casi impertinentemente, la llegada de los invitados. Mi señora bajó las escaleras apresuradamente, llevando la llave en la mano y dirigiéndose a la sala dispuesta para los invitados. Saludó a éstos, que habían llegado ya, y luego aprovechó un instante para esconder la llave debajo de una estatuilla de bronce que representa a Buda y que se halla sobre la chimenea de la habitación en que se jugaba a los naipes. Según me parece, aquella llave continuó en su escondrijo durante toda la noche. Mi llave estaba en mi bolsillo y no se movió de él. Cuando al fin se hubo marchado el último invitado, vi que mi mujer retiraba la llave de debajo de la estatuilla y le pregunté por qué la había puesto allí. Entonces ella me refirió lo ocurrido con respecto al collar.

No sé por qué me intranquillé y la acompañé a sus habitaciones. Me esforcé en abrir la caja de caudales para guardar allí las piedras preciosas hasta el día si-

*Hecho esto, la señora Loftus salió del cuartito, al mismo tiempo que...*

dales funcionaba bastante mal, me propuse sustituirla por otra más moderna, pero desgraciadamente me olvidé del asunto.

Mi esposa regresó de la fiesta de caridad más tarde de lo que había supuesto y en el acto se dirigió a sus habitaciones del segundo piso. Llamó a su doncella particular, Margarita Cray, muchacha inglesa muy inteligente, que hace ya bastante

guiente. Al parecer nadie estuvo en la habitación desde que mi esposa salió de ella. Gracias a un examen minucioso, me consta que en la puerta del cuartito no había ninguna señal de violencia. Sin embargo, durante la noche alguien había entrado en el cuartito y se había llevado el collar. Mi esposa encontró tan sólo la corbata convertida en una bola, en el mismo lugar en que la había ocultado. Registramos escrupulosamente la pe-





queña habitación, pero el collar no apareció en parte alguna.

— ¿Robaron algo más? — pregunté.

— Nada más. Como se comprende, deseo recobrar el collar, no sólo porque es valioso y pertenecía a mi madre, sino porque no quiero consentir que se me robe en mi propia casa y que probablemente el ladrón sea uno de mis empleados. Daría por recibir el collar bastante más de lo que vale si, al mismo tiempo, tuviese la satisfacción de poder castigar al ladrón.

— ¿De modo que usted se figura que lo ha robado alguien que pertenece a la casa? Por ahora eso me parece muy probable. Pero ¿ha descubierto usted alguna circunstancia sospechosa?

— No, señor. No quise alarmar a los criados hasta después de haber visto a usted. Tan sólo dos de éstos están enterados del caso y a ambos se les ha recomendado el mayor secreto. Cuando decidí solicitar el auxilio de usted telefoné a Roberto y supe que los dos habían salido juntos. Traté de encontrarles, pero como no lo conseguí me resolví a venir aquí. Al salir de casa dije a Benito, mi mayordomo, y a Guillermo, mi ayuda de cámara, que iba a esperar el tren de Boston de las dos, con objeto de recibir a Basford. Ambos estaban enterados del retraso en la llegada de mi amigo.

— ¿Interrogó usted a esos dos criados?

— No, señor. Benito hace ya más de cuarenta años que está en la casa y esta noche la pasó en la planta baja, vigilando el servicio. Guillermo, por su parte, estaba encargado de la habitación de los caballeros, situada en el piso bajo. Los únicos a quienes pregunté, después de recomendarles que guardasen el secreto, fueron Simón, que custodiaba el interior de la casa, y Oriol, que vigila la parte exterior. Ninguno de ellos pudo darme el más pequeño dato. Simón estaba seguro de que ningún criado salió de la casa ni entró en ella ningún desconocido. Como tal vez sepa usted, el terreno que rodea mi casa está cercado por una alta reja de hierro. Oriol y sus perros rondaron durante toda la noche y él no vio nada sospechoso. Los automóviles de nuestros invitados estaban alineados en la avenida opuesta, frente al río.

— ¿Qué puede usted decirme de la doncella? ¿Ha sido interrogada? Tal vez viera a alguien en el segundo piso, a algún criado cuyo sitio no fuese aquél.

— No tuve tiempo. Mi mujer estaba dispuesta a conferenciar con ella en cuanto me marché, a fin de averiguar si había notado algo raro.

— ¿Cree usted posible que alguien pudiera arrojar el collar desde la casa hasta la parte exterior de la verja en donde hubiese alguien encargado de recogerlo?

— No, la distancia es demasiado grande. Además, los perros habrían descubierto al intruso.

— Cada vez me parece más evidente que el robo ha sido cometido por un habitante de la casa, que sin duda es, además un ladrón hábil. Por ahora y a reserva de lo que puedan hacer me creer los detalles que se averigüen más tarde, creo que el



... la doncella entraba de nuevo en la habitación para anunciarle, casi impertinentemente, la llegada de los invitados.

ladrón fue uno de los criados, quien vió a su esposa en el acto de ocultar la llave. Cuando todos ustedes abandonaron el saloncito de juego para ir al comedor, él o ella se apoderaron de la llave durante el tiempo necesario para realizar el robo. En tal caso es muy probable que los brillantes continúen en la casa. Si estoy en lo cierto, el ladrón debe de ser un profesional muy hábil. Ahora déjeme reflexionar un poco.

(Continúa en la página 69)



# Sobre la *PISTA*

*Del río Ohío se sacaron varios cadáveres de personas  
«El Rata», al cual consiguió apresar la policía*

**E**L hombre que entró aquella noche en la taberna «Luna Azul» era, sin duda, un caballero dueño de sí mismo y, al parecer, desprovisto de curiosidad, cosas todas muy raras. Los trabajadores del río Ohío que llegaban a Cincinnati en barcazas y paquebotes y que frecuentaban la «Luna Azul» contemplaron con recelo al desconocido

al tratar de identificarlo. Algunos de ellos conocían de vista a todos los detectives de Cincinnati y aun a toda la policía de Pittsburgh, de Louisville y de las ciudades del río hasta más allá de El Cairo; pero ninguno de ellos reconoció a aquel hombre, según se advertía por las significativas miradas que unos y otros se cruzaban.

El recién llegado, después de hablar un rato con el encargado del bar, dejó un billete de veinte dólares sobre el mostrador. A continuación el encargado hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, tomó una botella y un vaso y, dirigiéndose a los parroquianos, dijo:

— Este caballero les invita a ustedes.

De nuevo volvieron a fijarse en él las miradas, irritadas unas por la novedad, amistosas las demás por la inesperada invitación. La prohibición de bebidas alcohólicas no era aún formal en los Estados Unidos y un billete de veinte dólares tenía grande influencia en la «Luna Azul». Algunos bebedores, levantando sus vasos, brindaron por el que acababa de convidarles, y éste les contestó de un modo cortés, bebiendo luego como todos.

Cuando el encargado se acercó otra vez al mostrador, el nuevo cliente le habló con el acento inconfundible y suave de Nueva Orleans.

— ¿Conoce usted por casualidad a un hombre llamado Guillermo Ferguson? Me dijeron en Nueva Orleans que solía frecuentar este establecimiento.

El encargado hizo una mueca. La ley de la «Luna Azul» prohibía que un hombre del río dijera que conocía a un ausente. Lentamente, como si hubiese estado rebuscando en la memoria, meneó su cabeza redonda y calva diciendo:

— Nunca he oído hablar de él.

Aquel hombre de Luisiana había hecho su pregunta en voz bastante alta para que pudiese llegar a oídos de cuatro o cinco personas que estaban a pocos pasos de distancia de él. Desde el rincón que yo ocupaba en el extremo del bar, la oí y sólo gracias a un esfuerzo pude disimular mi sobresalto.

El encargado del bar mintió.

Guillermo Ferguson era un hombre del río que un día solía aparecer como cargador o descargador y al siguiente como propietario de una pequeña embarcación de vapor. Si quería, una noche era capaz de parecer un hombre pacífico, de mirada y voz suaves y cuidadoso en sus palabras, y a la siguiente convertirse en un verdadero demonio, mal hablado, vestido con un traje sucio y armado de revólver. Pero nunca carecía de dinero.

El desconocido miró con indiferencia a los bebedores.

— Esto es muy raro — replicó. — Me figuraba que mis informes eran fidedignos. Daría cualquier cosa por encontrar al señor Ferguson.

En mi calidad de reporter de la policía adiviné allí una historia interesante, pero no me atreví a hacer ningún movi-



*Esperé fuera en la obscuridad.*



# de "EL RATA"

que fueron asesinadas por haber seguido la pista de en uno de los antros del hampa de Cincinnati.



miento sospechoso. La «Luna Azul» era como una agencia de noticias. Muchos meses tardé en conquistar la confianza de sus parroquianos. Entre todos los tabernuchos del distrito segundo, aquél era el más notable y por regla general, los reporters eran allí muy mal recibidos. Pero repartiendo di-

nero unas veces, amenazando otras, omitiendo ciertos detalles en los sucesos que escribía y, sobre todo, te-

por GUY FOWLER, redactor de la COMMERCIAL TRIBUNE, de Cincinnati.

niendo cerrada la boca, me fué posible seguir trabajando sin enemistarme con aquellos ratas del río.

La voz del encargado interrumpió mis rápidos pensamientos, diciendo:

— Por aquí no ha venido nunca tal persona, señor. Le han engañado a usted.

Aquel hombre alto



Entonces vi una figura que se movía cautelosamente.

tocado con un anticuado sombrero negro, paseó tranquilamente por el sórdido local sus ojos grises y agudos.

— Pues bien, no lo entiendo — añadió como si hablara consigo mismo. — Me dijeron que el señor Ferguson recibía aquí su correspondencia.

El encargado del bar sonrió.

— Muchos de ellos la reciben — dijo quitando la espuma de un jarro de cerveza. — Es una buena coartada.

Yo, desde luego, estaba mejor enterado, pero me abstuve de hablar.

Acabé de beber con indiferencia y al salir hice un ademán de despedida al hombre del mostrador. Entonces la voz del desconocido llegó a mis oídos:

— Nunca creí — dijo — que el señor Ferguson necesitara valerse de excusas como ésta.



EN vez de dirigirme a la ciudad desde el río o de esperar la respuesta del encargado del bar, esperé fuera en la obscuridad. La puerta de la «Luna Azul» se abrió y se cerró una docena de veces, pero sin que saliese el desconocido.

Mientras estaba allí acurrucado, recordé lo que había oído decir de Guillermo Ferguson, conocido por sus enemigos con el apodo de «El Rata». Aunque en aquellos lugares era considerado como ladrón y asesino, la policía nunca pudo probarle ninguna muerte. Fué a presidio sólo por piraterías llevadas a cabo en el río. Tenía tanta habilidad en desaparecer, que sorprendía en gran manera a los policías más conocedores de la manera de ser de toda aquella gente.

Mi espera parecía larga. Ya, impaciente, me había resuelto a volver al bar cuando se abrió la puerta de la «Luna Azul» y salió el desconocido. Andaba despacio, con un puro sin encender cogido entre los dientes y su sombrero de anchas alas echado hacia atrás.

Entonces vi una figura que se movía cautelosamente en la obscuridad. Con rapidez dió la vuelta a la esquina, metiéndose en un callejón. Cuando el desconocido dobló la esquina, yo eché a correr hacia ellos, vigilando tanto a mi frente como a mi espalda. Resultó mucho más fácil seguirles cuando salimos del barrio del río para entrar en las calles de la ciudad alta.

El natural de la Luisiana entró en el Hotel Gibson. El que le seguía permaneció un momento en la acera y luego se volvió por donde había venido. Cruzé la calle, pues los había seguido por la acera opuesta, y entré en el vestíbulo. Mi hombre no estaba ya a la vista, pero el empleado del despacho era conocido mío.

— Perdóneme usted, amigo mío — dijo con dignidad. — Pero es un asunto puramente particular. Ahora si usted es agente suyo...

— Nada de eso. No soy más que un reporter que va en busca de una historia. Pero si usted no lo sabe — y, en efecto, creo que no lo sospecha siquiera — debo advertirle que corre gran peligro, a no ser que esa gente le conozca y esté enterada de su objeto.

Gravesend se echó a reír mientras, asombrado, preguntaba: — ¿En peligro? — Y ¿por qué, señor? No tengo nada que temer de ningún hombre aunque para ello tuviese motivo.

Yo me levanté para despedirme de él.

— Desde luego este asunto no me interesa. Mas como le oí preguntar por Ferguson, me pareció que tal vez podría enterarse de una historia interesante. No bromeo al recomendarle que tenga usted mucho cuidado. Sepa que le han seguido hasta este hotel.

Gravesend seguía sonriendo.

— No se preocupe usted por mí, amigo mío. He estado haciendo negocios en estos ríos desde que era chiquillo.

— ¡Oh! — exclamé. — ¿De modo que se trata de hacer un negocio con Ferguson?

Sonrió indulgente, como si viera en mí un chiquillo curioso a quien uno se dispone, por fin, a complacer.

— Sí, señor — respondió. — Se trata de un negocio. Quiero venderle una embarcación.

Me eché a reír, porque me pareció muy cómico que un hombre del río quisiera entablar negociaciones con Guillermo Ferguson valiéndose de la «Luna Azul». La policía había sa-

**G**RAVESEND disparó su pistola sin sacarla del bolsillo. Ferguson lanzó un alarido. Alguien arrojó una botella. Se apagaron las luces y prodújose una algarabía infernal. Se abrieron entonces las puertas, y una docena de lamparillas eléctricas hicieron brillar numerosas pistolas...

— ¡Manos arriba! ¡Todos en fila junto a la pared! — gritó un teniente.

— Creo que aquí tenéis a un huésped procedente de Nueva Orleans — le dije. — Es un hombre alto, con barba y cabello gris y lleva un sombrero negro de anchas alas. No sé su nombre, pero deseo verlo. Acaba de entrar en este momento.

El empleado, después de consultar el registro y una serie de fichas, me dijo:

— Sí; se llama Mortimer Gravesend. Vino anteayer; está en el 416.

Llamé por teléfono al 416 y reconocí la voz. Le declaré con franqueza quién era y me invitó a subir a su habitación.

— Entre usted, señor — me dijo con acento cordial desde la puerta. — No puedo imaginar siquiera para qué me querrá ver un reporter, pero, de todos modos, entre.

Me acercó una silla y puso una caja de cigarros al alcance de mi mano.

— ¿En qué puedo serle útil? — preguntó.

— Usted busca a Guillermo Ferguson, ¿no es verdad? — le pregunté de repente, mientras encendía el cigarro.

Estas palabras le produjeron viva sorpresa y me contestó:

— Sí, señor. ¿Le conoce usted?

— Hace poco rato estuvo usted preguntando por él en la «Luna Azul», ¿no es así?

— Sí — dijo sonriendo. — Son ustedes tremendos. Aquel es un lugar muy raro, ¿no le parece?

— Y tan raro, señor Gravesend. Especialmente para quien vaya preguntando por Guillermo Ferguson. ¿Puedo saber qué le tiene usted que decirle?

Su rostro flaco y curtido tomó una expresión dura y sus ojos se clavaron una mirada profunda.

cado del río, por medio de ganchos, cadáveres de personas asesinadas que habían seguido la pista de Guillermo la misma noche de morir...

— Si usted me lo permite — dije, — mañana le haré una visita. En caso de que consiga venderle el barco, le ruego que me lo diga.

Gravesend movió la cabeza con la mayor seriedad.

— Me parece — observó — que sería mejor para usted obtener esta información de labios del señor Ferguson.

Sonreí de nuevo pensando en lo difícil que sería que Guillermo Ferguson diese cuenta a un periodista de los negocios que llevaba entre manos.

— De todos modos vendré a visitarle para ver si tengo suerte — le prometí.

Y cuando me dirigía al ascensor, me maldije por mi franqueza. No era improbable que Gravesend fuese más astuto de lo que yo me figuraba. Tal vez trabajase con Ferguson. No me habría resultado conveniente que en la «Luna Azul» se supiese que había intentado realizar investigaciones en un asunto de Ferguson. En la «Luna Azul» la curiosidad era un pecado mortal.

**A**L llegar el día siguiente a la oficina de la *Commercial Tribune* me dieron ocupación más que suficiente para absorber todo mi tiempo, y no tuve ocasión de visitar a Gravesend.

— Esta tarde los periódicos se ocupan de esto — me dijo el redactor jefe tendiéndome un paquete de recortes. — Vaya usted a la Jefatura de Policía y entérese a fondo. Luego venga a verme.



Los recortes hablaban de la desaparición de cuatro muchachas en otros tantos días, pertenecientes a respetables familias de Cincinnati, las cuales no dejaban en paz a la policía para que las encontrasen.

Pero lo más interesante es que se habían recibido una serie de telegramas de Pittsburgh, Louisville, Lawrenceberg y otras poblaciones ribereñas, dando cuenta de otras desapariciones.

En la Jefatura de Policía, el jefe Jackson me dijo que, según su opinión, los culpables eran individuos que se dedicaban a la trata de blancas. Como había encargado el asunto a sus agentes, era de esperar que se produjesen grandes sorpresas.

— ¿Tiene usted sospechas concretas, jefe? — pregunté.

— Sí, bastantes.

— ¿Publicables?

Jackson sonrió y replicó:

— No hay dificultad. Le daremos a usted los nombres. Así, mañana por la mañana, las personas a quienes buscamos podrán leerlo en el periódico y se apresurarán a venir a celebrar una entrevista con nosotros.

Acogí sonriendo aquella ironía y regresé sin más a mi oficina.

Mientras yo escribía en la redacción las noticias que tenía, llegó a nuestra oficina un telegrama de Nueva Orleans.

Aquellas cortas líneas cambiaron la marcha del asunto. Al leer la primera frase creí que me daba vueltas la cabeza. Este era el texto del telegrama:

«La policía de esta ciudad ha solicitado que se averigüe el paradero de Elena Gravesend, de diecisiete años, hija del capitán Mortimer Gravesend, rico comerciante retirado, que ha hecho su fortuna en el río. La muchacha abandonó su casa voluntariamente o fué seducida. Su madre está enferma. El capitán Gravesend está en el norte, ocupado en sus negocios, no se ha podido dar con él. La joven tiene talento para el teatro y se cree que se habrá fugado con alguna compañía ambulante, aunque los parientes rechazan esta suposición.»

Me metí el papel en el bolsillo y me dirigí al Hotel Gibson.

— Gravesend se ha marchado hoy — me dijo el empleado.

Y al ver mi inesperada expresión de desencanto, añadió:

— ¿Le debe a usted algo?

Di media vuelta y me dirigí a la «Luna Azul» por el camino más corto.

Aquella noche estaba decidido a entrar en el establecimiento con la mayor prudencia a fin de que me viesen el menor número posible de personas. Así, pues, en vez de acercarme a la puerta principal, lo hice hacia otra que daba al callejón.

A través de la delgada pared, llegó hasta mí el ruido de voces, el choque de vasos y la música de la pianola.

Me quedé cerca de la puerta, sin entrar.

El instrumento dejó de tocar en cuanto se le hubo terminado el rollo y mientras otro introducía una moneda en la ranura correspondiente, hubo uno de aquellos silencios momentáneos que a veces se hacen en una multitud. Pero me bastó aquel momento fugaz para oír voces cerca de mí, que pronto quedaron ahogadas de nuevo por la música y las conversaciones habituales del bar. Y al mirar hacia arriba vi una luz que salía de una ventana del segundo piso, en la parte posterior de la casa.

Me constaba que aquella habitación era utilizada por algunos privilegiados que allí jugaban y que a veces se llevaban a algunas mujeres desde el salón de baile de la planta baja.

Era imposible distinguir las voces que resonaban en aquella estancia a causa del ruido del bar, cada vez mayor. Decidido a averiguar lo que había en ella, trepé sobre un antiguo bote de remos que se alzaba sobre unos caballetes a la espalda de la casa y desde él pude asirme a la escalera de escape, instalada para casos de incendio. Echado en un rellano de aquella escalera pude mirar el interior de la habitación por la ventana entreabierta.

En seguida descubrí varios rostros, pero no con la claridad suficiente para reconocerlos. Estaba en esto, cuando resonaron en el callejón unas fuertes pisadas, y miré con el mayor cuidado. El recién llegado se acercó con rapidez a la puerta principal de la casa y la empujó con fuerza. Un rayo de luz surgido de aquella proyectó sobre el suelo la sombra de un hombre alto y corpulento, en la que reconocí instantáneamente a Guillermo Ferguson.

— ¡A callarse! — gritó después de proferir una blasfemia. Y el bar se quedó silencioso, a excepción de la pianola.

— ¡Que se calle el piano también! — añadió desde la puerta.

Las notas de la música acabaron con el estremecimiento de un gemido

*Al observar la expresión de alarma de mi rostro, Gravesend se volvió a medias para ver qué pasaba.*



— Esta noche va a venir la policía... — advirtió.

Tras él se cerró la puerta

con ruido, y yo respiré por vez primera desde su aparición. Continuó el silencio en el bar, pero casi en seguida pude oír la voz de Ferguson en la habitación que había frente a mí, en el lado opuesto del callejón.

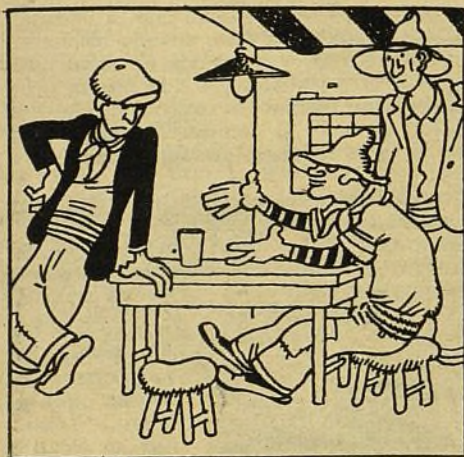
— ¿Por qué no hicisteis callar a los de abajo? — exclamó. — ¿Os parece bien que estuviesen armando ese escándalo? Os digo que la policía anda lista. Y ahora escuchadme. Hemos

(Continúa en la página 74)



# HAZAÑAS DEL DETECTIVE **TIM YESYÉS**

## II. — El robo de Jim «el Puyas», historieta por Moreno



La banda de Jim «el Puyas» en una tasca reunida, donde tiene su guarida, proyecta una de las suyas.



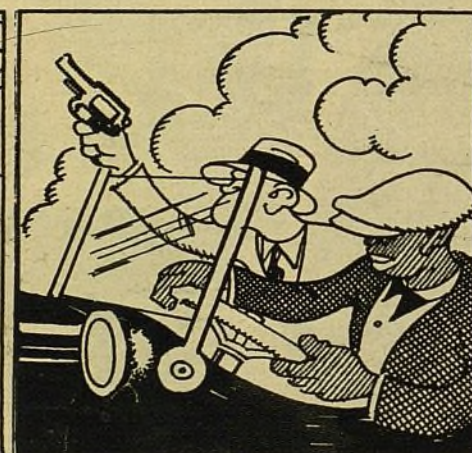
Pero Yesyés, que no es bobo y que un soplo ha recibido, en la maleza escondido acecha el lugar del robo.



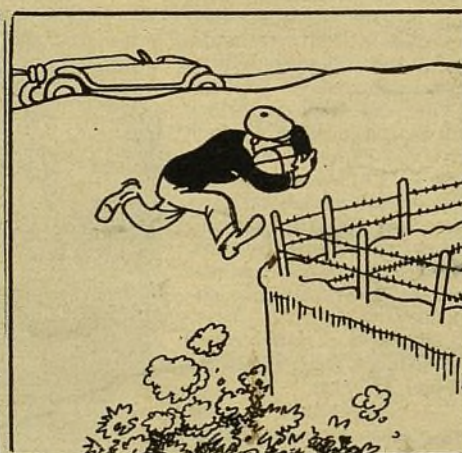
Y ve salir de la villa al mismo «Puyas» corriendo, cínicamente riendo y en las manos una arquilla.



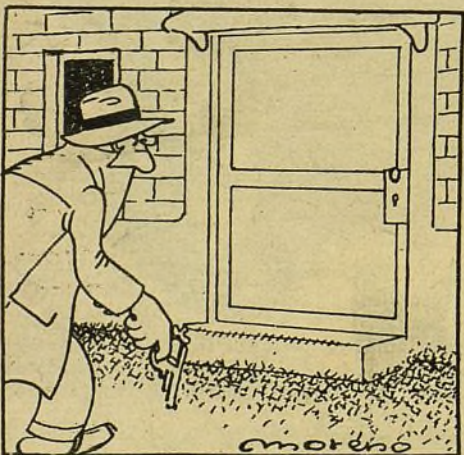
El prevenido ratero tiene un auto allí delante, en el cual sube al instante y ¡ruedas para qué os quiero!



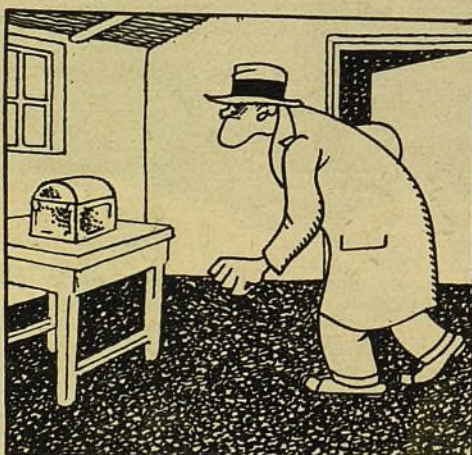
El detective lo ve y, empuñando un pistolón, sale en su persecución en un «cuarenta hache pés».



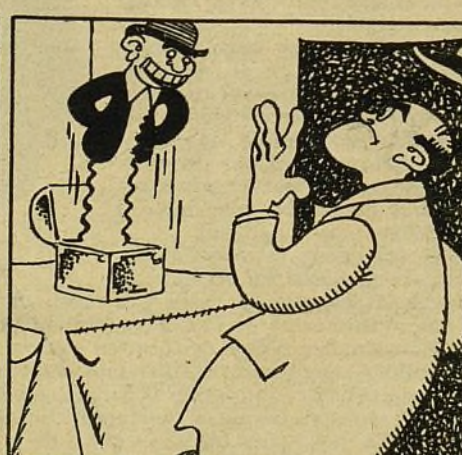
Del auto el ratero baja y hecha a correr nuevamente a una casa que hay enfrente, siempre abrazado a la caja.



«A ese tío me lo zampo», dice Yesyés en la cerca y poco a poco se acerca hasta la casa de campo.



Entra y ve que está de suerte, pues, solo y abandonado, el tesoro que han robado es lo primero que advierte.



Pero al abrirlo le falta el aliento y la firmeza, pues allí no hay tal riqueza ¡sino un muñeco que salta!





Ayuntamiento de Madrid

**EVELYN BRENT**  
en **BROADWAY**  
de la Universal



**RAYMOND HATTON**  
en SANTOS DEL INFIERNO  
de la Universal





**CHARLES BICKFORD**  
en **SANTOS DEL INFIERNO**  
de la Universal







Una escena de  
**LA REDADA**  
de la Paramount

Estudio de Madrid



# Chicago, la Ciudad del Crimen



EN Chicago aumentan de modo alarmante los crímenes a mano armada, hasta el punto de hacer en ella insuficientes las medidas de vigilancia que rigen normalmente en cualquier ciudad populosa. Los bandidos asaltan con frecuencia a los ciudadanos indefensos y obtienen ricos botines a costa muchas veces de innumerables víctimas.

Para contrarrestar en lo posible este peligro, se ha creado una escuela especial donde los policías y los comerciantes — joyeros, relojeros y banqueros especialmente — aprenden a defenderse contra las temibles bandas de malhechores.



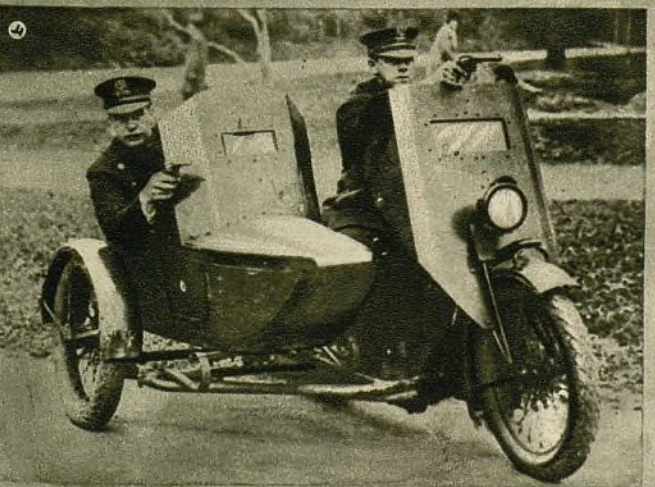
1.— Demostración práctica de cómo un empleado — mientras, amenazado, «levanta las manos» — pone en funciones con el pie derecho el aparato de alarma que hace acudir a tiempo a la policía.

2.— Un policía de la «Brigada contra los bandidos» entrenándose al tiro ultra-rápido, mientras un inspector, cronómetro en mano, cuenta el número de disparos por segundo.

3.— Dos tiradores de la policía rural haciendo ejercicios estratégicos de tiro.

4.— Tipo de side-car blindado, empleado por la policía de Chicago para perseguir a los bandidos.

5.— Dos miembros de la Brigada contra los bandidos haciendo ejercicios de tiro desde un automóvil blindado.





# EL RASTRO SANGRIENTO



por el sargento detective  
BERNARDO FYNES

**P**OR indicación del inspector Burke, me encaminé a medianoche a casa del viejo Hatton, para ver si todo marchaba bien. Se celebraba allí una recepción a fin de festejar el regreso de la hija de Hatton, Magdalena, de su viaje de boda por Europa, donde estuvo un año entero.

Como Hatton era multimillonario y el marido de su hija, Víctor Brooks, era un rico agente de Filadelfia, sus asuntos personales fueron divulgados por la prensa, y así se explica que yo estuviese enterado de la romántica historia de Magdalena, que huyó con su prometido Víctor Brooks y sólo ob-

Volví a encender mi cigarro y me disponía a alejarme, cuando de la casa surgieron algunos gritos de espanto. A continuación se abrieron las puertas delanteras y en lo alto de la escalera apareció una doncella que, a gritos, empezó a llamar a la policía. Casi inmediatamente la cogió un hombre por detrás, la obligó a entrar en la casa y, corriendo, se dirigió hacia nosotros. Yo acudí a su encuentro y por su traje vi que era un criado.

— ¿Qué ocurre?

— ¡Aprisa! — exclamó tan impresionado, que apenas podía hablar. — Se trata de un muerto.

— ¿Qué quiere usted decir?

— ¡El señor Brooks! Alguien le ha asesinado.

— ¡Dios mío! ¡Cómo puede ser!

Y, sin la menor demora, me volví hacia Clancey, a quien ordené que telefonease a la Comisaría para que viniera el inspector.

Subí la escalera y penetré en el vestíbulo, donde reinaba enorme confusión. Una multitud asustada corría por la escalera que conducía al piso superior, en tanto que otros invitados se agolpaban a las puertas que daban a la gran sala de baile.

Sólo parecía conservar su presencia de ánimo mi amigo Guillermo Dale, el hijo del fabricante de automóviles. Me acerqué a él admirando su conducta al tratar de restablecer el orden. Le toqué el brazo, y, dando media vuelta, me miró.

— Hola, Bernardo — dijo. — ¡Gracias a Dios que ha llegado alguien que tenga la cabeza clara y no esté asustado! — Y levantando la voz para que le oyese la multitud, gritó: — Señoras y caballeros, aquí está el detective Fynes que se encargará del asunto.

En aquel momento entró Clancey en la casa y con su ayuda obligué a los invitados a que se retiraran a la sala de baile. Le di órdenes para que se apostara en la puerta, sin dejar salir a nadie, y, eligiendo luego al criado que me pareció tener más presencia de ánimo, le puse de guardia en la puerta principal hasta que llegasen el inspector y sus ayudantes.

**G**UADO por Dale subí la escalera. Me condujo junto al cadáver, que yacía tendido de espaldas, frente a una puerta cubierta por una cortina, a cosa de cuatro metros y medio de distancia de la escalera. Después de un rápido examen comprobé que había sido apuñalado por la espalda y que la muerte debió de ser instantánea. No pude hallar puñal ni cuchillo alguno. Por el suelo estaban diseminados varios paquetes de cigarrillos.

— Muy bien, Dale — dije volviéndome. — Cuéntame todo lo que sepas.

Con voz normal y como si se tratase de un asunto corriente, me hizo un rápido relato de los sucesos, por lo menos de lo que él sabía.

Brooks y Magdalena habían llegado aquella misma mañana en el *Arconia* y se dispuso la recepción con objeto de que sus amigos de la buena sociedad pudiesen darles la bienvenida. Todo marchaba perfectamente. Brooks anunció que en Turquía había comprado varias cajetillas de cigarrillos para sus amigos y, antes de que se reanudara el baile, subió al primer piso con objeto de recogerlas.

— Me pareció que tardaba mucho — siguió diciendo Dale, — pero como ya había dicho que los cigarrillos se hallaban dentro de un baúl que aun no se había abierto, no se me ocurrió pensar nada alarmante. De pronto se oyó un terrible grito dado desde el vestíbulo superior. Magdalena y yo fuimos los únicos en subir, porque Hatton contuvo a los demás. Y le encontra-

*Por fin mi paciencia se vio recompensada.*

tuvo el perdón del viejo Hatton cuando le comunicó que se habían casado ya legalmente. Sobre todo, influyó mucho para que la perdonara y la hiciese volver a casa su hija mayor María — hermana consanguínea de Magdalena, — que estaba paralítica desde hacía un año.

Al llegar a la casa vi a Clancey, el policía a quien se encargó la vigilancia de la finca. Me dijo que todo marchaba perfectamente. Los reporteros se habían ido ya y los invitados, según creía, lo harían en breve.

— Mejor será que se quede usted aquí hasta que se hayan marchado — dije. — Son éstas precisamente las ocasiones que aprovechan los rateros para dar un buen golpe.



## Una mancha de sangre en el antepecho de la ventana fué el único indicio que proporcionó una pista para descubrir al asesino que apuñaló a un joven comerciante de Filadelfia

mos muerto, según le ves aquí. Magdalena se arrojó sobre su marido y, al tocarle el rostro, cayó desmayada. En aquel momento se presentó su doncella Lucía, sin que yo me diera cuenta de dónde salía. Entre los dos llevamos a Magdalena a su habitación y la dejamos en un diván. Aun está allí con su padre y el doctor Logan, que es uno de los invitados y desde hace muchos años asiste a la familia. Antes de ir a socorrer a Magdalena el médico examinó a Brooks y vió que ya no necesitaba ningún cuidado.

— ¿Está con la señora Brooks su hermana?

— No. Ya sabes cómo se encuentra María desde hace un año.

— ¿Encontraste el cuchillo?

— No. Al menos a mi alrededor no vi nada.

— ¿Han robado algo?

— Lo ignoro.

Volví a examinar la herida de la espalda del cadáver. El cuchillo penetró en su cuerpo por debajo del hombro izquierdo y le atravesó el corazón. La herida fué inferida por una mano fuerte y segura, y el asesino debió de tener mucha fuerza para poder retirar el arma.

Descorrí las cortinas de la puerta y entonces vi parte de la gran habitación que había más allá. Aunque estaba a oscuras y no podía distinguir mucho, me arrodillé para examinar el suelo, cerca de la alfombra sobre la cual yacía la víctima. En el acto me sobresalté, porque precisamente más allá de la puerta se veían algunas manchitas que indicaban otras tantas gotas de sangre, caídas probablemente del cuchillo.

**A**PRISA, Dale. Enciende la luz si sabes dónde está el conmutador — ordené a mi amigo.

Pasó por mi lado y un instante después la habitación quedó inundada de luz.

— Mira — le dije enseñándole nuevas manchas de sangre.

El asesino pasó por aquí. Ahora hazme el favor de explicarme cuál es el plano de este piso, el número de habitaciones y la situación de las escaleras.

— Esta habitación, que es como una antesala para la familia, se halla en la parte delantera de la casa. A la izquierda están las habitaciones que ocupaban Víctor y Magdalena, es decir, las de los invitados. A la derecha, se hallan las destinadas a la hija inválida. Hatton ocupa las de la parte posterior. Hay una escalera interior, en la parte trasera, que va desde el patio hasta la azotea y tiene puertas en cada uno de los pisos.

— ¿De modo que el asesino podía haber huído por allí, no?

— Sí, pero ten en cuenta que también hay escaleras para un caso de urgencia en ambos lados de la casa. Y precisamente los descansillos son muy anchos, casi como galerías. Estando, como están, abiertas todas las ventanas de esta habitación, cualquiera puede haber entrado y salido por una de ellas.

En aquel momento subió Hatton, pero, antes de que yo pudiese interrogarle, se abrió la puerta que daba a las habitaciones de la inválida y apareció el doctor Logan acompañando a una mujer de alguna edad, de cabello blanco y facciones desencajadas y temblorosas. Supuse que sería la enfermera de la parálitica.

— ¿Qué hay, Logan? — preguntó Hatton. — ¿Está bien María?

— Sí, señor. Ya se ha tranquilizado. Le he dado un calmante para los nervios. Pero la pobre se asustó mucho.

— ¿Qué quiere usted decir? — pregunté.

— Pues que el hombre que asesinó a Brooks se escapó por su habitación — replicó el doctor Logan.

— ¿Cómo?

— Haga el favor, Lisa — dijo el doctor zarandeando a la enfermera. — Refiera al detective lo que me ha contado a mí.

La pobre mujer se estremeció, y entre suspiros y sollozos nos contó lo sucedido.

— Oímos un grito en el vestíbulo. ¡Era terrible! Yo leía en voz alta para María, con objeto de que no pensara en la recepción, pues la pobrecilla estaba muy triste. Ella lo oyó y gritó a su vez, y hasta creo que yo la imité. Un minuto después oímos el ruido de una puerta que se abría y entonces un hombre atravesó el dormitorio y huyó por una de las ventanas abiertas.

— ¿Qué aspecto tenía?

— No puedo recordarlo. Me asusté mucho, y él pasó muy aprisa. Luego oímos voces por toda la casa. Yo me limité a tapar a María con la ropa de la cama, como si con ello quisiera librarla de algún peligro. No recuerdo lo que hicimos ¡oh Dios mío! hasta que llegó el doctor Logan.

Guiado por el doctor atravesé una sala y penetré en el cuarto de la enferma. Esta yacía en la cama que se hallaba cerca de la pared, dejando aparecer su brazo redondo y blanco por encima de la ropa. Sobre un taburete que había cerca de la cama veíase un pañuelo y un vaso a medio llenar. El hermoso rostro de la joven parecía tranquilo a pesar de lo que había visto.

Observé que la habitación tenía varias ventanas de las cuales colgaban cortinas de terciopelo grueso. Todas estaban cerradas a excepción de dos. Una de ellas se abría a treinta centímetros de distancia de la cama y la otra se hallaba al otro extremo de la estancia en sentido diagonal.

— ¿Por qué ventana escapó el asesino? — pregunté a la enfermera, que nos había seguido hasta allí.

— Por ésa — dijo señalando la que estaba más lejos de la cama.

Crucé la estancia, me asomé y miré al exterior. La ventana, que estaba a un lado de la casa, daba a la calle. Por allí no se veía la escalera de escape, de manera que si el asesino había huído por aquella ventana, no tuvo más remedio que tirarse desde una altura de diez metros.

— ¿Está usted segura de que fué por esta ventana?

La enfermera movió la cabeza de arriba a abajo.

Yo no quedé convencido. Era posible que, en su excitación, no hubiese notado con claridad lo ocurrido. Dirigíme a la otra ventana. Apoyé las manos en el antepecho y miré al descansillo, para fijarme en la posición de la escalera. Al hacerlo me sorprendió notar algo húmedo debajo de la mano derecha. Olvidándome un momento mi acostumbrada prudencia, levanté la mano y miré. Asombrado, me vi en la palma de la mano una mancha de sangre.

Repuesto de mi asombro, observé a mi alrededor. Al parecer, nadie se había dado cuenta de mi descubrimiento. Cerré, pues, cautelosamente la mano, para que no pudieran ver la mancha y, dirigiéndome a la otra ventana, me asomé de nuevo. Con esto no deseaba más que pasar tiempo a fin de que la mancha



Por un instante sorprendí su rostro.



de sangre de la mano pudiera secarse. Entre tanto fueron atravesando mi mente una docena de sospechas y de conjeturas. La principal era la de que el intruso había escapado por la ventana inmediata al lecho, y que la sangre que había en el antepecho procedía del cuchillo homicida.

— No me explico cómo pudo saltar desde esta ventana sin descrimarse. Es un salto tremendo.

Todos los presentes me rodearon como para asomarse también a la ventana y comprobar mi opinión.

— ¿Está usted segura de que ese hombre no escapó por la otra ventana?

— Segura por completo — replicó decidida la enfermera con cierta expresión de enojo.

De nuevo volví a asomarme a la ventana inmediata a la cama. Con toda intención apoyé la mano izquierda sobre el lugar en que la sangre me había manchado la palma de la derecha. Sorprendido de no sentir ninguna humedad, me miré con disimulo la mano y vi que no había en ella mancha alguna. Tuve que esforzarme para no proferir una exclamación de sorpresa. Me volví y miré a mi alrededor procurando no demostrar mis sensaciones. Al parecer, nadie se había acercado a aquella ventana, y sin embargo, habían limpiado la sangre...

**A** continuación observé otra cosa estupenda. Del taburete había desaparecido el pañuelo...

Miré con atención a la enferma, que seguía inmóvil en el lecho. El antepecho de la ventana estaba perfectamente a su alcance. ¿Acaso cuando yo le había vuelto la espalda y los demás me rodeaban se apresuró a tomar el pañuelo para lim-

Al regresar al dormitorio de María encontré al doctor y al padre de la joven que salían.

— Está bastante tranquila, teniendo en cuenta la impresión sufrida — dijo el médico, — pero les ruego que no la molesten más, porque un nuevo sobresalto podría tener malas consecuencias.

— Haré cuanto pueda — repliqué. — Pero he de examinar detenidamente su dormitorio. Si es preciso, cambien a la enferma de habitación. Ya esperaré hasta que lo hayan hecho.

Mientras ellos volvían a entrar en el dormitorio, llamé a Clancey y le ordené:

— Busque a la doncella de la señora Brooks, llamada Lucía, y llévela a una habitación en donde yo pueda interrogarla más tarde. Procure que nadie hable con ella.

No dejaba de preocuparme el detalle, contado por Dale, de que la doncella apareciese inesperadamente junto al cadáver de Brooks.

Me volví al observar que el banquero discutía con la enfermera.

— Tendremos que llevar a María a mis habitaciones — dijo acercándose. — Lisa teme que se enfrie. Siempre ha cuidado a mi hija como una madre. La quiere mucho e insiste en que, si se la traslada, continúe envuelta en sus mismas sábanas. ¿Hay algún inconveniente?

— Ninguno, pero hagan el favor de darse prisa. Yo me quedaré en el vestíbulo.

Si la parálitica había limpiado la mancha de sangre — yo no podía explicarme que hubiese desaparecido de otro modo, — tal vez ahora se proponía llevarse el pañuelo manchado sin

**C**ON la fuerza propia de una loca trató de librarse de mí, arañándome, dándome puntapiés y mordiéndome la mano, pero no la solté a pesar de sus esfuerzos. Mientras tanto, Lisa gritaba con toda su alma.

piar la sangre de la madera y lo ocultó luego debajo de la cama? El caso parecía así explicable, pero era preciso tener en cuenta que la joven no podía ni mover un solo músculo.

La cabeza me daba vueltas sin dejarme pensar con claridad. No obstante, saqué la impresión de que allí no hubo ningún intruso, sino que alguien — conocido de María y de la enfermera y que aun estaría en la casa — fué el autor del crimen y arrojó el cuchillo desde la ventana inmediata a la cama.

No me cabía duda de que aquellas dos mujeres tenían la clave del misterio.

En aquel momento apareció Clancey en la puerta y me hizo una seña. El inspector Burke y el médico forense habían llegado. Di orden al policía de que se pusiera de guardia para que nadie tocara cosa alguna y bajé a la planta baja, donde encontré al inspector y a varios policías vestidos de paisano.

— Oiga usted, inspector — dije llevándole a un lado. — Según veo, este caso es de los más complicados que se conocen. Es preciso trabajar muy aprisa. Haga el favor de dejarme un rato libre para seguir ocupándome yo solo del piso superior. Ahorraremos tiempo si usted hace una lista e interroga a los invitados. No se preocupe de los criados. Tengo una razón para ello.

— Está bien, Bernardo. Confío en usted, pero procure no equivocarse.

**V**OLVIENDOME a los policías de paisano, indiqué a dos de ellos que se ocuparan en buscar un cuchillo o un puñal por el terreno que se hallaba ante la parte trasera de la casa, aunque procurando no llamar la atención de nadie que pudiese estar vigilando desde el interior de la vivienda.

Acompañado del médico forense, volví al primer piso. Después de un breve examen preliminar mandé trasladar el cadáver a una habitación desocupada.

Antes de continuar mis investigaciones humedecí mi pañuelo en la sangre de Brooks y me lo guardé.

que nadie lo viese. Yo no sabía aún qué pensar, pero no estaba lo bastante seguro para oponerme a aquella petición, en apariencia muy lógica.

Pocos minutos después la enfermera y Hatton pasaron por mi lado, empujando el sillón de ruedas en que la joven estaba sentada y envuelta en las sábanas, que le llegaban casi a los ojos.

Al entrar en el dormitorio de María observé que había desaparecido toda la ropa de la cama. Al poco rato entró Hatton con mucho apresuramiento y, aunque estaba pálido, parecía haber recobrado el ánimo.

— Cuando haya terminado usted, María quiere volver a su dormitorio, porque en otro lugar está intranquila. Deseo ayudarle a usted cuanto pueda, pero todos estamos muy trastornados por tan horrible suceso. Lisa insiste en decir que no debíamos haber trasladado a la enferma. Ha sido una segunda madre para mi hija, sobre todo desde que se quedó parálitica. Tiene que darle de comer, lavarla, cuidarla y, en una palabra, la atiende tan bien, que ningún pariente habría sido capaz de hacer otro tanto. Sé que daría con gusto la vida si eso hubiese de proporcionar alguna felicidad a mi pobre hija. En fin, le dejo a usted solo para que trabaje más libremente.

**A**L pensar en lo que acababa de decirme el dueño de la casa, me pregunté si la enfermera, impulsada por su amor a la joven, habría cometido el asesinato instigada por ella. Pero aun así, ¿cuál podía ser el motivo de tan horrendo crimen? Quizá los celos. Y de no ser eso, y suponiendo igualmente que una de ellas fuese la criminal, no cabía duda de que estaba loca. Quizás María llegó a perder la razón al pensar en la suerte de su hermana y por su causa la enfermera mató al recién casado para que así la novia fuese desgraciada a su vez... Pero todo esto no pasaba de ser una hipótesis mía.

Después de cerciorarme de que Hatton se había encaminado hacia otro lugar de la casa, cerré la puerta y me acerqué a la



ventana. Sobre el mismo punto en que me apoyara extendí una hoja de papel de mi librito de notas y lo froté con el mango de mi cuchillo. Tan sólo resultó una débil huella. No necesité más para convencerme de que alguien había limpiado la mancha de sangre. Hice un registro completo de la cama, pero el pañuelo manchado no apareció.

**L**UEGO examiné el suelo y la alfombra y descubrí algunas gotitas de sangre. En cambio, ni en el antepecho de la ventana ni en la escalera de escape había huella alguna que probase la fuga del asesino. Miré también los armarios y los muebles, pero no observé nada sospechoso.

Al salir al vestíbulo, Clancey me señaló la habitación en que había encerrado a la doncella de la señora Brooks y añadió que el doctor había dado un narcótico a esta última para que pudiera descansar.

En seguida aparecieron el doctor y Hatton y les autoricé para instalar de nuevo a la enferma en su habitación.

Después de presenciar el paso de la paralítica, de su enfermera, del médico y de su padre, me encaminé a las habitaciones de éste por si hubiesen escondido en él el pañuelo manchado de sangre. Practiqué un rápido registro sin encontrar nada. Sin embargo, al ver que estaba abierto el cuarto de baño, penetré en él y en el suelo descubrí unas gotas de agua de color rojizo. Esto me dió a entender que alguien, Lisa probablemente, se había esforzado en lavar el pañuelo.

Registrando un recipiente que había para la ropa sucia, saqué, entre otras prendas, una sábana que tenía una esquina todavía húmeda. Al examinarla, me fijé en que se había hecho lo posible para hacer desaparecer una mancha; pero obraron con demasiada rapidez porque aun quedaban indicios de ella. Sin duda, el pañuelo manchó la sábana y se esforzaron en hacer desaparecer esta prueba. Además, no tendría nada de extraño que se hubieran librado del pañuelo metiéndolo por el desagüe del lavabo.

Doblé la sábana y me la llevé al vestíbulo para que Clancey se la escondiera debajo del uniforme y la guardase hasta que yo saliera de la casa.

Hecho esto, fui en busca de la doncella de la señora Brooks. Era mujer de algo más de treinta años, de ojos inteligentes y porte comedido. No parecía excitada ni trastornada. En cuanto cerré la puerta, se acercó a mí y en voz baja dijo:

— Permítame hablar. Debo regresar cuanto antes al lado de mi ama, porque me necesita. Además, si supiesen que yo le he dado noticias, me despedirían, cosa que no me conviene. Mas como el señor y la señora Brooks han sido buenos conmigo, no quiero contribuir a ocultar a los que les han perjudicado.

— Confíe en mí, Lucía. Si es posible no daré a entender que usted me ha hablado.

— He oído decir que el señor Brooks ha muerto a manos de un ladrón al que sorprendió. Yo no lo creo. Mientras se celebraba la fiesta permanecí aquí, en el piso superior. Me hallaba en la antesala, cuando oí que alguien subía la escalera. Era el señor Brooks, quien al pasar por delante de una habitación vacía del corredor se detuvo. Oí una voz femenina y, tal vez indiscretamente, me puse a escuchar. Aquella mujer estaba excitada. Hablaba en voz baja. Traté de ver quién era, pero no lo conseguí. Al alejarse el señor Brooks vi aparecer un brazo que, reteniéndole, le hizo volver atrás. Él dió una sacudida para libertarse y echó a andar hacia sus habitaciones. Entonces la voz de aquella mujer exclamó en tono bastante alto para que yo pudiese oírlo: «Si no quieres venir conmigo, te mataré.»

— Un momento. ¿Está usted segura de eso, Lucía?

— Puedo jurarlo. Corrí las cortinas y por la parte posterior de la casa me dirigí a mi cuarto. Casi en seguida oí un grito. Me asomé y vi que el señor Brooks estaba tendido en el suelo, cerca de las cortinas detrás de las cuales oí aquella amenaza.

Esta era la historia que me refirió la doncella, quien no se contradijo en nada a pesar de las preguntas que le hice. Por fin, le di permiso para volver al lado de su ama.

Si la historia era cierta, no cabía duda de que tenía suma importancia, porque daba a entender un motivo del asesinato.

Pero también eliminaba, al parecer, la posibilidad de que la enfermera fuese la asesina. ¿Sería acaso alguna invitada que, sin ser vista, se dirigió al piso superior, esperando la oportunidad favorable? En este caso, ¿qué significaba la sangre hallada en la ventana del cuarto de la paralítica y los manejos para hacer desaparecer su rastro? ¿Serían María y Lisa las encubridoras?

**A**L entrar de nuevo en el vestíbulo de la planta baja, el inspector había terminado su tarea. Después de decirle que había realizado importantes descubrimientos, le pregunté si quería volver a la Comisaría y esperar a que yo hubiese examinado otro aspecto del asunto, en lo cual no tardaría mucho. El consintió y siguió mis indicaciones de que se retirasen los demás policías.

En cuanto hubieron marchado, llamé a Dale fuera de la casa.

— Tú puedes ayudarme más que otra persona alguna — le dije. — ¿Querrás hacerlo?

— ¿Sospechas de alguno de nosotros? — inquirió. — Ya comprendo que es una pregunta indiscreta, mas como el pobre Brooks era casi un hermano para mí, te doy mi palabra de que haré cuanto pueda para ayudarte.

— Pues bien, si no tienes inconveniente, hazme el favor de registrar conmigo los alrededores de la casa. El arma blanca usada por el asesino fue arrojada al exterior desde una ventana.

Atravesando un prado que había en la parte trasera, encontré a los dos hombres a quienes encargué el registro de los terrenos que rodeaban la casa. Uno de ellos encendió un fósforo mientras el otro sostenía un puñal de hoja muy estrecha, con mango de marfil incrustado en oro. La hoja estaba manchada de sangre ya seca. Dale ahogó una exclamación de asombro.

Lo he encontrado entre esas matas — dijo uno de los detectives, señalando unas que estaban a bastante distancia de la casa. — Tal vez el asesino lo arrojó aquí al huir, pero si lo tiró desde la ventana no hay duda de que se trata de un hombre habilísimo y forzudo.

Mandé a los dos hombres a la Comisaría y yo me quedé con Dale, a quien le referí algo de lo que había descubierto. Por él supe el dato importantísimo de que el puñal había pertenecido a la madre de María, o sea a la primera esposa de Hatton. De nuevo los indicios parecían señalar como autor del asesinato a alguno de los vecinos de la casa o a lo sumo a un amigo de la familia que, conociendo la existencia del puñal, se apoderó de él.

(Continúa en la página 76)



Quando se disponía a leer el diario, penetré en la habitación.



"MANITAS DE PLATA" presenta

# las Primeras Figuras

**Sensacional reportaje en  
mundial de delincuentes,**



*He aquí el caballero «Mani-  
tas de plata», que en el labe-  
rinto tenebroso del hampa  
internacional guió al repor-  
ter para hacerle conocer las  
principales figuras del inau-  
dito Congreso.*

sión entre los profesionales del delito complicará de manera extraordinaria la labor investigadora de la policía de todo el mundo.

He querido por ello conocer tan singular e importante documento. Y, ante la reserva impenetrable de los que, por su cargo, están en el secreto, me he visto obligado a seguir el camino opuesto; quizás en beneficio del lector, porque, en definitiva, nadie con más autoridad que los eruditos filólogos de la Federación de ladrones podían revelarme el texto de su misterioso Código.

He aquí la labor que me ha facilitado «Manitas de Plata». Garantizando mi buena fe con su palabra de ladrón acreditado y, además, interponiendo la influencia de su alto prestigio en el hampa dorada, me ha conseguido un emocionante «vis a vis» con los tres intelectuales de la Federación que han dotado al mundo de una lengua nueva; y he podido, además, conocer en su propia madriguera, a algunos destacados trapacistas internacionales, que, en distintas ocasiones, han tenido a la opinión mundial pendiente del hilo de sus hazañas.

He penetrado, pues, en las tinieblas de la alta delincuencia. Un éxito, sin duda, de la mayor importancia; porque en el recinto misterioso donde se cobijan los «fuera de la ley», no se entra cada día. Un éxito que, desde luego, no atribuyo a mis condiciones de reporter, sino, exclusivamente, a las relaciones de buena amistad que, a consecuencia de un incidente casual, me unen con «Manitas de Plata».

Sepa el lector que, una vez, en Marsella...

**ANTOÑITO** Pelayo Santies-teban — el caballero de industria «Manitas de Plata» — ha hecho honor a su palabra. Sin demora, con la urgencia requerida, se ha puesto a mi servicio para introducirme y guiar mis pasos en el laberinto de la complicada red que tiende por todo el planeta la Federación internacional de ladrones. Una organización poderosa, de cuyo último Congreso — celebrado en Lérida — ha salido un documento de trascendental importancia: el código secreto del vocabulario de los delincuentes internacionales. Una obra realizada por eminentes eruditos — miembros activos de la Federación — cuya difu-

## UNA TRAPACERIA GENIAL DE «MANITAS DE PLATA»

**ANTOÑITO** Pelayo es un excelente carterista. Pero — según su propia confesión — ha errado el camino. El campo que le ofrece su especialidad es de muy reducidos horizontes; se sabe hombre inteligente, culto y de una capacidad financiera nada común. Y por ello, todos sus esfuerzos tienden a derivar sus actividades contra la propiedad ajena, hacia el gran mundo de las finanzas.

Esta desviación de su carrera la ha intentado en multitud de ocasiones. Yo le conocí en una de ellas, en Marsella, cuando había conseguido enredar, con una trapacería genial, a cuatro acandilados burgueses.

«Manitas de plata» — buen poliglota — desembarcó un día en el puerto de Marsella, procedente de El Cairo. Se llamaba, entonces, Farah Malouf y — según su pasaporte — era negociante sirio. Pero no un negociante de tres al cuarto, sino un poderoso industrial cuyas explotaciones se extendían por toda el Asia Menor, y cuyo giro anual ascendía a muchos millones de francos. Gran señor por temperamento y de una rara simpatía, no le fué difícil difundir la noticia de su falsa condición por los círculos cerrados donde se reúnen habitualmente los magnates de las finanzas marselesas. Y, además, la prodigalidad principesca de sus propinas hizo de los mismos empleados del gran hotel, donde se hospedaba, sus mejores propagandistas.

Así pudo Farah Malouf — nuestro «Manitas de plata» — alternar, en el ambiente suntuoso del «C. r. s. Club», con los más poderosos negociantes de Marsella. Y así — antes de dos meses — tenía por compañeros habituales de sus partidas de «bridge» a cuatro ciudadanos marseleses, a quienes su perspicacia mercantil y la suerte habían favorecido con varios millones de francos.

Nuestro hombre se presentó una tarde, en la peña, fumando su cigarrillo en una magnífica y costosa boquilla. Sus contentillos hicieron elogios calurosos de aquel «fume-cigarette».

— ¿Les gusta? — preguntó «Manitas» sorprendido. — ¿Quiéren una?... ¡Psche! Tengo los bolsillos llenos...

Y repartió — sin conceder importancia a su gesto — diez o doce. Quien entendía de ello, aseguró que aquellas boquillas eran de ámbar puro. Se las habían, sin duda, con un loco o un multimillonario...

Pero Farah Malouf reía a carcajadas de la cara sorprendida de sus amigos.

— ¿También pican ustedes? ¡Vaya por Dios! Pues bien, sepan que esto es una imitación perfecta. Cada boquilla no me resulta ni a diez céntimos... Es un invento mío; tengo la patente. Pienso explotarlo aquí, en Europa...

Aquellos industriales marseleses que iban siempre a la caza de buenos negocios, cayeron en la red. Todos ellos hicieron examinar las boquillas por un técnico. No había, en absoluto, diferencia alguna entre una de verdadero ámbar y la que les había regalado Farah Malouf. La ocasión la pintan calva. Desaprovechar semejante oportunidad fuera de idiotas. Era necesario explotar aquella patente maravillosa.

Y «Manitas de plata» recibió, en pocos días, numerosas ofertas por valor de varios millones, para constituir una sociedad anónima que explotara su invento. Pero nuestro hombre se hizo el desganado. Tenía ya decidido explotarlo él sólo. Si acaso — para interesar también capital francés — aceptaría socios comanditarios por dos millones de francos...

Esta fué la cantidad que se embolsó «Manitas de plata», antes de desaparecer, para siempre, de Marsella. Pues que



# del Congreso Internacional

## de LADRONES

la sede de la Federación  
por **Miguel Capuz**

el truco de su negocio — el lector, nada cándido, ya lo habrá sospechado — consistía, sencillamente, en haberse gastado diez mil francos para repartir entre sus amigos de peña boquillas de ámbar verdadero.

**AQUEL BANQUETE DE QUINIENTOS CUBIERTOS...**



Olga Azef, la amiga de Alejandro Stratos, que, en su papel de gran duquesa Xenia, ayudó a su «Alteza» en el asunto del joyero Izasl.

**T**ROPECÉ de nuevo con «Manitas de plata», unos meses más tarde. Fué en París. Ya no era Farah Malouf, sino un súbdito de Su Majestad británica, que en la capital francesa realizaba negocios de Bolsa. Llamábase John Morris; una nueva personalidad, avalada por la debida documentación. Bajo la influencia, sin duda, del nombre inglés, despertóse en su espíritu una afición desmedida — muy británica — al humorismo. En todas sus nuevas trapacerías se adivinaba, siempre, que su autor lo había concebido contraídos los labios por una sonrisa irónica. «Manitas de plata» necesitaba diez mil francos. De aquellos dos millones, sólo quedaba el recuerdo. Fué, en París, a un restaurante lujoso; y convino con el dueño por medio de un contrato, que si él organizaba un banquete en

aquel establecimiento, percibiría el veinte por ciento del importe de todos los cubiertos.

Y cobró los diez mil francos, pues antes de un mes había conseguido reunir — en el banquete pactado y a cien francos cubierto — a quinientos veinte comensales. Para ello fundó una sociedad — «Nouvelles Energies Françaises» — destinada a fomentar las casas baratas y el ahorro privado. Instaló la entidad en un despacho amueblado, por el que había de pagar quinientos francos mensuales. Y remitió unas tarjetas que decían así: «Tengo el honor de comunicarle que inauguramos la «Nouvelles Energies Françaises» con un banquete que se celebrará el 7 de diciembre, en el restaurante X, a las ocho de la noche. Traje de calle. Se le ruega comunique su aceptación.»

Remitió un sinnúmero de estas tarjetas a comerciantes e industriales de París. No se olvidó de los periodistas parisienses y multitud de corresponsales de Prensa. Yo fui uno de ellos. Comunicué mi aceptación, y conmigo otros 519 ciudadanos. Celebróse el banquete en un ambiente de entusiasmo y cordialidad. La «Nouvelles Energies Françaises» venía a cumplir un fin altamente patriótico y humanitario. Monsieur Morris era un ciudadano meritorio. Champán y discursos efusivos... De pronto un camarero habla, al oído, a monsieur Morris. Este se levanta.

— Señores — dice, — perdonenme; pero el ministro de Hacienda me llama, con urgencia; a su despacho. Confío traerles noticias excelentes para nuestra sociedad. Adiós, señores...

Y surgió el conflicto cuando los primeros comensales intentaron retirarse; pues el dueño del restaurante — según lo convenido con monsieur Morris — nos exigió a cada comensal los cien francos de nuestro cubierto.

A consecuencia de este banquete «Manitas de plata» — monsieur Morris — hubo de responder ante el Tribunal del Sena, de sesenta denuncias por estafa.

— Se le acusa — le dijo el magistrado-presidente — de haber invitado a 520 personas a un banquete y de haber abandonado la sala, sin liquidar antes la cuenta que ascendía a 52,000 francos.



Alejandro Stratos, «Alteza», habillísimo suplantador de los príncipes de la tierra.



— Perdón, señor Presidente — contestó «Manitas de plata». — Yo organicé un banquete, al que asistieron 520 comensales. Lo organicé, pero nada más. Se trataba de un acto de esos, en los que, generalmente, cada uno paga su cubierto. Nadie puede probar que yo le hubiera invitado...

Mi declaración como testigo — apoyando la defensa de «Manitas de plata» — decidió su absolución. Tanto dije en su favor — sugestionado por su agudo ingenio — que «Manitas de plata» me ofreció, sinceramente, sus servicios, del más alto valor para mí, reporter, siempre al acecho de la información sensacional. Desde aquella fecha, he cultivado la valiosa amistad de «Antoñito Pelayo».



*Hans von Zwith, «el Conde», miembro de la Federación de Ladrones que, por el procedimiento del cambiazo, estafó 500,000 francos a Mrs. Kyne.*

#### EN LA MADRIGUERA DEL HAMPA INTERNACIONAL

He llegado a Bourg-Madame — en la frontera francesa — siguiendo las instrucciones telegráficas de «Manitas de plata». Mi amigo me aguardaba ya, en el volante de una conducción interior, junto a la estación destartada e inhóspita. Me ha erigido una sola condición: el secreto absoluto en cuanto a la situación de la espléndida madriguera de los ladrones internacionales. Diré, pues, únicamente, aquello que no me está vedado.

Prestada mi promesa, demarró el coche, y a los cinco minutos volábamos por una carretera sinuosa del Pirineo, a noventa por hora. Pasamos, creo, al pie de Mont-Louis...

Un alto muro tapizado de hiedra. Un jardín francés. Perros; muchos mastines, que aullan como lobos. La consigna. Un hall decorado en rojo. Criados. Un salón convertido en bar. Y — por grupos, en distintas mesas — hombres de todas las razas, enfundados muchos en un «smocking» de «soirée» — arman con sus risas y sus voces discordantes una terrible algarabía...

Ha salido a nuestro encuentro el presidente en funciones. Un hábil falsificador — también español — cuya figura contrahecha llegó a adquirir la máxima popularidad en las crónicas judiciales de la Prensa española.

Quién ha olvidado aquel excelente «trabajo» de falsificación de unas papeletas del Monte de Piedad? ¿Y aquel cheque

por un valor muy aproximado a los 20,000 duros, contra un Banco español de nuestra ciudad y en perjuicio de la cuenta corriente de un conocido industrial de Barcelona? ¿Y aquella obra maestra de unos falsos billetes de Banco, que hizo andar de cabeza a los peritos de cierta entidad bancaria?

¡Este compatriota es un águila! Conoce, como nadie, los secretos de su profesión. Una profesión, la de falsificador, enormemente productiva, pero que ha tenido la desgracia de provocar los odios de todos los legisladores del mundo. Y en consecuencia, la pena señalada a un delito de esta índole — sea donde fuere — es algo terrible: media vida entre las rejas de un penal o agotando la salud y las fuerzas en el clima insano y el régimen severo de alguna penitenciaría colonial.

Pero este compatriota nuestro es el «as» de los falsificadores. Hace las «cosas» debidamente; «con la técnica — me dice — y el arte que me han enseñado mis muchos estudios y un largo aprendizaje con los más hábiles maestros de la falsificación. Además, fui durante tres cursos — del año 10 al 13 — alumno del gran artista, ya fallecido, H. R., en su escuela profesional abierta en Londres, en una calleja de Witechapel.»

¿Cómo extrañarnos, pues, de que, en homenaje a su elevada categoría, sus colegas los falsificadores de todo el mundo le hayan designado para representar los intereses de esta especialidad del delito, en el Consejo de la Federación? ¿Cómo sorprendernos, además, de que fuera este trapacista español el delegado de los falsificadores internacionales en el Congreso de Lérida...?

#### PASE USTED PRIMERO...

Su figura, lector, es del mayor relieve en el panorama del hampa mundial. Por ello, quise darle la preferencia en esta serie de informaciones en torno a los protagonistas del Congreso Internacional de ladrones. Pero nuestro compatriota es, además de un pozo de ciencia, hombre de extraordinaria modestia...

— No, primero mis amigos; yo el último... En beneficio de su misma información. Así tendremos más tiempo.

Y a la vez que desviaba el objetivo de mi cámara, ha llamado a voces a un magnífico anciano — ensimismado, junto a una ventana, ante un tablero de ajedrez — cuyas barbas blancas le daban aspecto profesoral. Con él vino hacia nosotros su compañero de juego: un hombre joven y bien plantado que cultivaba, en todos sus gestos, una afectada elegancia.

— Alberto Rocca, «El Canciller», una gloria de Italia... — presentó el falsificador español, señalando al anciano de las barbas de nieve. — Su «partenaire» Alejandro Stratos, «Alteza», ciudadano griego y perfecto suplantador de todos los príncipes de la Tierra...

#### UN BELLO CUENTO DE AMOR Y DE GUERRA

Estos dos compinches mediterráneos se hospedaron, hace unos años, en el Negresco de Niza. Eran, según sus pasaportes expedidos en la misma Atenas, el príncipe Mitilo Kutaia, pa-



riente del ex rey Constantino y su secretario, el profesor Gonatas. Con ellos se hospedaron, además, en el mismo hotel, la gran duquesa María Mikhailovitch — prima del último Romanof, Nicolás II — y su hija Xenia, novia del falso príncipe Mitilo. Por lo menos, con estos nombres se hicieron reservar telegráficamente, desde Roma, el mejor de los departamentos privados del Negresco, dos grandes damas que llegaron al hotel a la vez que el príncipe y su secretario.

Esto ocurría en plena «saison» del año 1919. Cuando los personajes de la gran epopeya revolucionaria rusa y, singularmente, las víctimas imperiales de aquella tragedia constituían la actualidad papitante del mundo entero. Por ello, antes de quince días, todos los «potins» de rigor en los salones cosmopolitas de Niza y Montecarlo giraban en torno a la personalidad de los huéspedes del Negresco. Su vida fastuosa en la Corte del Zar, sus aventuras inverosímiles a través de los llanos de Poltawa y de Kiew, para escapar a la furia roja; su fortuna fabulosa, de la que aun pudieron salvar una buena parte, en joyas bellísimas, gemelas algunas de las que constituían la colección del Zar.

Pero el que atrajo, singularmente, la atención de la brillante clientela de la Costa Azul fué el salvador de las grandes duquesas. Este gallardo muchacho — el príncipe Mitilo Kutaia, huésped, cuando estalló la revolución, del gran duque Sergio, en el Kremlin de Moscú — que, con su ingenio y su valor heroico, exponiendo cien veces su vida, consiguió poner a salvo, por la frontera de Rumania, a las dos víctimas indefensas del terror bolchevique. Soberbia hazaña la del príncipe Mitilo — de la familia real griega — que vióse compensada con el amor ferviente de la gran duquesa Xenia. La unión de los dos príncipes — boda de cuento de hadas — tendría lugar, muy en breve, en la misma Niza.

La patraña estaba bien urdida. El «Canciller» y su «Alteza» — Alberto Rocca y Alejandro Stratos — confirmaron una vez más sus excelentes cualidades de maestros de la trapacería. Lo hicieron tan bien que, antes de quince días se conocía en toda la Costa Azul la presencia en Niza del príncipe griego y de las grandes duquesas rusas. Consiguiendo, además, que nadie pusiera en duda la autenticidad de su elevada alcurnia.

#### LAS ACCIONES MINERAS DE SALAMINA

Monsieur Héctor Boulet — respetable y acreditadísimo agente de negocios, establecido en Niza hace treinta años — tiene una magnífica organización de corresponsales en las cinco partes del mundo. Fué uno de estos corresponsales — el de Roma — quien indicó a monsieur Boulet la conveniencia de visitar, en el Hotel Negresco, al príncipe Mitilo Kutaia, que había salido de la capital de Italia con su prometida, la gran duquesa Xenia, hacia Niza, donde pensaban contraer matrimonio. Y como ambos novios eran fabulosamente ricos, se trataba de «pescar» algún posible negocio. Máxime cuando el corresponsal de Roma sabía — por una confidencia que le había hecho el profesor Gonatas, secretario del príncipe — que el magnate griego pensaba regalar a su prometida joyas por valor de un millón de francos.

Monsieur Boulet hizo la oferta de sus servicios — el «trousseau» de la novia, un castillo en el Loire, un «yatch» que fué del Emperador de Alemania, un «bungalow» en la India, las joyas más espléndidas... — al príncipe Mitilo, en un salón privado del Hotel Negresco. Tenía — dijo — verdadero interés en servir al príncipe ahorrándole pasos y gestiones enojosas.

— Muy agradecido — contestó Su Alteza, con aire displicente. — Acepto, desde luego, sus servicios; pero entiéndase usted con mi secretario. Monsieur Gonatas ya tiene las oportunas instrucciones.

La nota del profesor Gonatas fué breve,

pero sustanciosa: un palacio en la misma Costa Azul — a ser posible en «Cap Martín», — un collar de brillantes hasta medio millón de francos, dos brazaletes de cincuenta mil francos cada uno, un collar de perlas y varias joyas más cuyo precio en conjunto no podía exceder de otro medio millón.

Monsieur Boulet — exultante por tan soberbio negocio — pasó a su despacho, donde dió las debidas instrucciones para la inmediata adquisición del palacio en el maravilloso «Cap Martín». Después, sin perder minuto, visitó la sucursal que su amigo Julius Izasi — el joyero parisense — tenía abierta en el centro de Niza.

— Tengo — dijo monsieur Boulet — un magnífico negocio para ti. Un cliente riquísimo: el príncipe Mitilo Kutaia...

— ¡Ah, sí! Le conozco. El huésped del Negresco. ¿No?

— ¡El mismo!

— Y ¿qué quiere?

— Comprar joyas, para su prometida, por más de un millón de francos.

— Bien, muy bien...

— ¿Comisión para mí?

— El diez por ciento, pagadero a la entrega de las joyas.

— ¡Hecho!

Y monsieur Boulet marchó, seguidamente, a comunicar a monsieur Gonatas el resultado de su gestión.

El joyero Izasi visitó al día siguiente al príncipe Mitilo, llevando consigo joyas maravillosas por un valor de varios millones. La gran duquesa Xenia — ¡tan bella, tan distinguida, tan afable! decía monsieur Izasi — escogió un collar de brillantes, dos de perlas, varios brazaletes, un juego

de esmeraldas, otro en rubíes... ¡Poca cosa, para la fortuna inmensa de su prometido! Total, un millón trescientos cincuenta mil francos...

El príncipe Mitilo pagó en el acto. Sólo que la moneda no fué del agrado del joyero Izasi: cuatro letras cuyo vencimiento estaba escalonado, cada quince días, a partir del lunes siguiente. La escena ocurría un miércoles, a las once de la mañana. El príncipe — explicó el profesor Gonatas — liquidaba aquellos días sus paquetes de Acciones de las minas de hierro de Salamina, depositados en la misma sucursal de Niza, de la Société Générale de Banque. No era cuestión de vender aquellos Títulos industriales — cuyo valor total ascendía a ocho millones de francos — para pagar la cuenta-cita de monsieur Izasi. Se trataba — terminó indiferente monsieur Gonatas — de aceptar aquellas condiciones o abandonar el negocio. Al príncipe Mitilo no le faltaban ofertas.

El negocio era espléndido y los compradores ofrecían las máximas solvencias morales: ¡un príncipe real! ¡dos grandes duquesas rusas, primas del Zar!... Pero monsieur Izasi ya había sido víctima, diversas veces, de condes falsificados y de aventureros americanos. Vivía, por ello, con la mosca en la oreja.

— Ha hecho usted bien (Continúa en la pág. 78)



Filiberto Cerrajeira y Adelina, una pareja de enamorados portugueses que han hallado un procedimiento infalible para ganar siempre en el juego de la ruleta.



# "AJAX", el Raffles del Siglo XX

por CARLOS H. STRATTON

del Departamento de Identificación Criminal  
de Oklahoma

ESTABA yo en mi despacho de la Jefatura conversando con Esteban, el viejo policía, cuando sonó el timbre del teléfono.

Esteban descolgó el auricular y esperé casi seguro de lo que iba a oír. Al terminar de comunicar le pregunté:

— ¿Ha sido *Ajax*?

— No he querido preguntarlo, jefe; pero eso lo veremos en seguida. Se trata de un robo en el barrio aristocrático. Acaba de descubrirlo el vigilante.

Nos trasladamos inmediatamente al lugar del suceso.

Realmente, mi sospecha de que pudiese ser *Ajax* quien llamaba por teléfono tenía su fundamento, ya que este habilísimo ladrón nos tenía en jaque a todos los policías desde hacía una temporada. Con una audacia y una astucia inauditas venía cometiendo un robo tras otro, sin que nuestros esfuerzos consiguiesen recuperar nada de lo sustraído ni evitar que se repitiesen los desvalijamientos. Y, lo que era peor, tampoco podíamos dar con la pista del famoso ladrón, el cual tenía el cinismo de avisar por teléfono a un cuartelillo u otro dando cuenta de cada robo que acababa de cometer.

Por lo visto, se enteró de que mis superiores me habían encargado la investigación de este caso, y desde entonces las llamadas telefónicas fueron dirigidas particularmente a mí.

Una vez llegué al lugar del robo cuando la punta del cigarro que había acabado de arrojar *Ajax* al suelo estaba aún completamente encendida. Otra vez vi asomar un par de zapatos por debajo de una cortina, y, cuando nos acercamos cautelosamente creyendo tener al ladrón en nuestro poder, resultó que sobre los zapatos no había absolutamente nadie. En otra ocasión, *Ajax* llegó a recomendarme, en una de sus llamadas telefónicas, que me comprase un automóvil de carreras, ya que no dió resultado la motocicleta que, para llegar antes, quise utilizar aquel día.

La ciudad en general seguía con curiosidad los robos que iba cometiendo *Ajax*, habiendo ya empezado a llamarle «el Raffles del siglo XX». A la gente no dejaba de causarle gracia que el mismo ladrón, después de llevar a cabo el robo sin que nadie le viese, se tomase luego la molestia de comunicar a la policía las señas exactas de la casa desvalijada, y hasta cierto punto les resultaba simpático — mientras no hubiesen sufrido, naturalmente, la desagradable sorpresa de llegar a casa y encontrar la puerta o la ventana violentada, — pues le consideraban en medio de todo como un ladrón generoso. No había disparado jamás su revólver contra nadie ni había dado ocasión de que se derramase una sola gota de sangre.

Pero a mí maldita la gracia que me hacía, sobre todo cuando recibía sus recados telefónicos. Además, si bien era cierto que aun no había disparado el revólver, no lo era menos que se debía a no habersele ofrecido el caso de tenerse que defender de la policía.

LEGADOS al lugar del suceso de la llamada de aquel día, lo primero que vió Esteban, al entrar en una de las habitaciones saqueadas, fué el nombre de *Ajax* escrito con grandes caracteres en un espejo. Con una misma mano se quitó la gorra y rascóse la cabeza con gesto de apuro y contrariedad.

— Creo que nos podemos ir, jefe — me dijo el viejo policía en un rasgo de buen humor, al mismo tiempo que señalaba el espejo. — Como usted ve, ha sido cosa de *Ajax*, y perdéremos el tiempo lastimosamente.

Yo también me quedé de momento entre perplejo y descorazonado, mirando en el espejo el nombre del irónico y misterioso ladrón.

— ¡No, Esteban — exclamé de pronto; — no perderemos el tiempo! Ese hombre no se burlará de mí impunemente. Primero escribía anónimos a máquina. Ahora se permite el lujo de escribir de su puño y letra. Déjale que se confíe, que se entusiasme. Su misma vanidad acabará por perderle. Ya tenemos un dato más. Envuelve este espejo de modo que las letras no se borren y vamos a recoger una vez más cuantos vestigios haya dejado aquí ese tunante. Veremos quién ríe el último.

Mandé cerrar las puertas de la casa y estuvimos encerrados en ella cerca de dos horas, acumulando datos para el archivo criminológico de la Jefatura.

AQUELLA misma noche los superiores me hablaron con cierta ironía de mis trabajos en la persecución de *Ajax*, pero yo les atajé con estas palabras:

— Pido a ustedes de plazo un mes para presentarles a *Ajax* esposado. Si en ese tiempo

no lo he conseguido, pondré la dimisión en manos de ustedes. ¡Palabra de honor!

Al día siguiente publicaba la prensa esta declaración, con el consentimiento de mis jefes superiores, a los cuales indiqué la conveniencia de dar publicidad al hecho para enardecer a *Ajax* hiriendo su amor propio. Indudablemente, esto le conduciría a excesos de cinismo que habían de facilitar mucho la labor de captura a que yo me había comprometido en el plazo señalado.

LA prensa publicó la noticia por la mañana, y a primera hora de la tarde, mientras estaba yo trabajando a solas en mi despacho, sonó el timbre del teléfono.

— ¿La Jefatura de Policía? — preguntó una voz.

— Sí, señor — contesté.

— Acuda usted inmediatamente al número 40 de la Avenida Central. *Ajax* ha cometido un nuevo robo... ¡Pronto! Se sospecha que el ladrón está aún dentro de la casa.

Cogí el sombrero, mandé llamar a Esteban y salí con él de estampía. *Ajax* acostumbraba a avisar por ironía los robos que cometía, pero también procuraba que por un medio u otro se

"AJAX", el ladrón extraordinario, de audacia sin límites, burlador irónico de la policía, cuyas gestiones anula de continuo provocando sus iras, fué envuelto en una red amorosa que impensadamente se convirtió en el brazo de la justicia.



enterase algún vecino y diese la voz de alarma. Por eso nos sorprendió ver que en el número 40 de la Avenida Central reinaba una paz completa. Los porteros se encogieron de hombros cuando les hablé de un robo cometido en aquella casa.

— Debe de tratarse de una broma, jefe — opinó Esteban. — Alguien que no tenía nada que hacer y ha querido divertirse a costa de nosotros.

— ¿Qué pisos de la casa pueden estar vacíos en este momento? — pregunté al portero, sin hacer caso de lo que decía Esteban.

— Desalquilado no hay ninguno, pero vacíos, es decir, sin que estén en este momento los dueños, acaso haya tres o cuatro. Las personas que viven en ellos se pasan el día en la calle.

— Haga el favor de acompañarme a esos pisos.

El portero cogió un gran manojo de llaves y fué abriendo, una a una, las viviendas momentáneamente vacías. Dos habíamos requisado ya y el portero iba a abrir la tercera puerta, cuando advirtió que la llave encontraba un obstáculo al penetrar en la cerradura.

— ¡Qué raro! — exclamó. — Estoy seguro de que esta llave es de aquí y, sin embargo, no entra.

Probé entonces yo a introducir la llave y noté que el obstáculo tenía cierta blandura. Inmediatamente hurgué con un cortaplumas y extraje residuos de periódicos.

— Han taponado la cerradura con papeles, sin duda para tener tiempo de huir. ¡Pronto, Esteban; vaya usted a la parte posterior de la casa y no deje bajar a nadie por las escaleras de urgencia!

Al mismo tiempo que daba esta orden, cumplida inmediatamente por Esteban, disparé varias veces el revólver contra la cerradura hasta que bastó un empujón para abrir la puerta.

Me perdí en la obscuridad del pasillo, en tanto el portero se quedaba de guardia en la puerta, no ciertamente para vigilar la salida, sino porque no se sentía lo bastante héroe para acompañarme en los primeros pasos.

En varias estancias advertí huellas del asalto, pero el ladrón o los ladrones habían huido ya. Realmente, el hecho de que la cerradura estuviese taponada no quería decir que los salteadores se hallaran dentro. Lo hicieron, como se comprende, por si los vecinos volvían mientras realizaban el robo; pero como no volvieron, se marcharon los cacos tranquilamente, sin entretenerse en quitar los papeles de la cerradura.

Extrañado de no ver el nombre de *Ajax* por ninguna parte, me asomé a los balcones traseros para llamar a Esteban.

*Se sacó la gorra y rascóse la cabeza, con gesto de apuro.*



— Hemos llegado tarde — dije al policía cuando llegué al piso.

— Ese *Ajax* es el mismo demonio.

— Esta vez nada prueba que sea *Ajax* el autor de la fechoría. Únicamente hay un punto oscuro en todo esto, que después trataremos de aclarar. Ahora vamos a hacer en la casa una detenida inspección.

Cerramos las puertas y comenzamos la requisa, revólver en mano. Había en la casa muchos rincones y muchos muebles capaces de contener el cuerpo de una persona. El «por si acaso» debe ser lema constante de todo buen detective.

Estaba yo examinando un cigarro puro que encontré encendido encima de una mesa, cuando, de pronto, Esteban lanzó una exclamación. Había levantado el tapete de un velador y sobre la madera se veía la huella de una mano tan perfectamente marcada, que Esteban dijo:

— Esto está hecho adrede. La impresión es tan cuidadosa como las que obtenemos nosotros en la Jefatura.

Iba yo a dar mi opinión, cuando el insistente sonido de un timbre a mis espaldas me hizo dar media vuelta con tanta ra-



*Habla levantado el tapete de un velador y sobre la madera se ve la huella de una mano.*

tándolo todo como los exploradores anotan las peripecias de sus viajes. Escuche usted, jefe.

Y Esteban se sacó un pequeño cuaderno del bolsillo superior de la guerrera y comenzó a enumerarme fechas y sucesos. Desde la primera llamada telefónica eran, según su cuenta, quince los robos registrados, y me recordó el caso de los zapatos, el de la motocicleta, el

pidez como si hubiera obrado a impulsos de una descarga eléctrica. Era el timbre del teléfono. Esteban avanzó hacia el aparato, pero adelantándose a él, descolgué yo mismo el auricular.

La misma voz que últimamente me había llamado a la Jefatura, preguntó:

— ¿Es usted Stratton?

— Sí, señor.

— ¿Ha levantado ya el tapete del velador? Como sé que le gusta coleccionar mis huellas dactilares, ahí se las he dejado con mano y todo. Le felicito porque están muy bien las declaraciones que ha hecho usted en la prensa: o el triunfo o la dimisión. Hombres así no abundan en estos pervertidos tiempos... Pero no divaguemos. Venga usted en seguida a la calle Diez y Ocho, número 50, donde le he dejado una buena provisión de huellas dactilares, después de haber recogido, como es de suponer, todo lo que merecía la pena. Venga usted en seguida. *Ajax* tiene el gusto de saludarle.

**H**ABIAN pasado veinte días. Me quedaban sólo diez para que expirara el plazo en que me iba el honor profesional. El bueno de Esteban empezó a hacerme reflexiones:

— Jefe, hizo usted mal en comprometerse a dar caza a *Ajax* en un tiempo determinado.

— Hice lo que tenía que hacer. Lo último que un detective debe perder es el honor profesional.

— Pero es lástima que por un hombre de esa clase sacrifique una persona honrada su carrera.

— Yo no sacrifico nada, amigo mío. El sacrificado será el portentoso *Ajax*.

— Admiro su optimismo, jefe, pero la realidad no es para estar optimista. Llevamos más de mes y medio corriendo detrás de ese hombre con la lengua fuera. No nos deja comer ni dormir con tranquilidad. He tenido la curiosidad de ir apun-

del espejo, el del cigarro, y qué sé yo cuántos más.

— Después de esto, no me explico cómo puede sentirse usted optimista.

— Le voy a explicar a usted por qué estoy optimista, viejo desconfiado. He tenido una buena idea. Es tan sencilla, que me ha costado caer en ella. A veces no hay nada tan difícil como lo fácil. De ahora en adelante, la Compañía Telefónica, siempre que pidan comunicación conmigo, no la pondrán hasta después de decirme desde dónde me llaman. Inmediatamente, partiré yo en motocicleta hacia el punto indicado y, entretanto, hablará usted por teléfono con *Ajax*, procurando entretenerle. Diga usted que en ese momento estoy ocupado y que puede decirle lo que desee, pues es usted mi hombre de confianza. Procure contestar con retos a sus retos, pues eso le divierte mucho, y su entusiasmo le impedirá pensar en otra cosa mientras telefonea. ¿Qué le parece? ¿Hay o no motivos para tener esperanzas?

Esteban tuvo un gesto de duda. (Continúa en la página 81)





# ¿QUIÉN Secuestró a José Gumina?

*El niño José estaba en inminente peligro de muerte mientras permaneciese en poder de sus secuestradores. Y era el detective De Martini quien tenía que salvar la vida del niño a toda costa*

Por el DETECTIVE FÉLIX B. DE MARTINI  
(De la Oficina Central de Detectives de la Policía de Nueva York)



EL 28 de abril de 1914 fué uno de esos días cálidos de primavera que enervan a los más fuertes. Acababa de poner mi firma en el parte que enviaba diariamente relativo al crimen de Galgano, cuando presentóse el secretario del jefe de la policía diciéndome que me esperaba en el despacho de este último. A la sazón estaba yo encargado particularmente de aquella sección del barrio extranjero que llaman la «pequeña Italia».

Al entrar en el despacho me fijé en la figura altiva y en las facciones angulosas del célebre jefe sentado tras el escritorio. Sus ojos negros estaban fijos bondadosamente en un individuo que estaba sentado en un sillón, el sillón que solían ocupar los reos cuando se les sometía a un interrogatorio estrecho.

Advertí con sorpresa que ese hombre era Dominico Gumina, que tenía fama de joven honrado, pacífico y trabajador. Su buen corazón y generosidad con los necesitados eran de todos conocidos. Su almacén producía lo suficiente para vivir con desahogo.

— Gumina, aquí está el detective De Martini — dijo el jefe dándole unas palmaditas en el brazo. — Es muy experto en casos de secuestro. Repítale lo que me refirió usted.

Saludé al jefe con una inclinación de cabeza y me senté junto a Gumina.

— Han cogido a mi hijo José — me dijo éste en italiano. — Desapareció esta tarde, y esta noche el cartero me ha traído una carta, con el sello de correspondencia urgente. Hela aquí.

A pesar del aire fresco que entraba por la ventana abierta, tenía aquel buen hombre la frente cubierta de sudor, y la tez lívida.

Tomé la hoja de papel rayado, de clase barata, que me tendía él. Al pie del escrito había trazados dos puñales, una pistola, dos manos negras de mala catadura y la firma «Mano Negra». La carta, traducida, decía lo siguiente:

*Es inútil que busques a tu hijo, pues ya puedes figu-*

*rarte en dónde está. No te lo devolveremos si no nos entregas dos mil dólares.*

*Busca a amigos, y no avises a la policía.*

MANO NEGRA.

— ¿Qué significa eso de que «puede figurarse en dónde está su hijo»? — pregunté yo, mirándole al soslayo.

Movió la cabeza de un lado para otro; el asombro y el horror entremezclábanse en la expresión de sus ojos.

— No sé — contestó. — No lo entiendo. Cualquiera que me conozca sabrá muy bien que yo no poseo dos mil dólares.

— Pues atienda bien las instrucciones que voy a darle: No hable a nadie de este asunto. No mencione la carta a sus

amigos, ni a sus vecinos ni siquiera a su esposa y familia. Podrían hablar, y su charla sería causa de que matasen a su hijo. No vuelva aquí. Si quiere encontrarme con urgencia llámeme por teléfono a la Comisaría o directamente a mi propio domicilio. Cuando me llame por teléfono dé siempre el nombre de Dominico y pregunte por Deodato. Llámeme siempre Deodato cuando me esté hablando, precaución necesaria por si hubiese quien escuchara. Si no estoy yo, alguien apuntará su nombre. Lo más pronto posible, después de haber recibido su recado, pasará yo por delante de su tienda tapándome la cara con el pañuelo de bolsillo. Cuando usted vea que hago esto, salga de la tienda y sígame, hasta que estemos a cierta distancia. Entonces daré vuelta y le seguiré, para cerciorarme de que no hay espías. En cuanto esté seguro de que no hay enemigos a la vista, me acercaré a usted. De ningún modo debe dirigirme la palabra antes de que yo le hable. Ahora, váyase a su casa. Cuando reciba otra carta, o le visite algún amigo con el propósito de hablar del rapto de su hijo, llámeme por teléfono. Si yo deseara verle en cualquier



*José Gumina, el niño secuestrado.*



momento, pasará frente a su tienda y hará la señal del pañuelo.

Gumina, algo vacilante, púsose de pie; me juró resueltamente que se atendería exactamente a las instrucciones que le había dado. Después de saludarme con la cortesía propia de los italianos, y haberme dado las gracias, salió de la estancia.

Tenía yo motivos importantes para prevenir a Gumina contra todo género de comentarios acerca del secuestro entre parientes o amigos... Esto, en primer lugar, le evitaría caer en la trampa que ocultaban las palabras: «Busca a amigos». Si visitaba alguien a Gumina vendiéndose por amigo, y le hablaba del secuestro, podía ser que si resultaba luego estar complicado en el delito, adujera, para defenderse, que había obrado por indicación del padre. Además, si Gumina no decía a nadie que su hijo había desaparecido y alguien se presentaba a hablarle del secuestro, podía inferirse que esa persona sabía algo del asunto y, por lo tanto, podía ser considerada como sospechosa. Por último, si la carta reflejaba verdaderamente las intenciones de los que la enviaban, alguien, seguramente, se presentaría a Gumina para tratar del rapto de José, y no hacía falta que hablara él del asunto.

Sabía yo, por otra parte, que era muy natural que los parientes comentasen el rapto, y si por desgracia llegaba a oídos de los criminales que Gumina había denunciado el hecho a la policía, se podía dar por muerto al pobre niño. La pena máxima que se impone en América por el delito de secuestro es de cincuenta años de presidio. Antes que correr el riesgo de que les cogiesen teniendo en su poder al niño, aquellos desalmados le matarían y harían desaparecer fácilmente el cadáver echándolo al río.

— Creo sería conveniente que, para despistar, siguiese investigando el caso del asesinato de Galgano — le indiqué al jefe después que Gumina se hubo ido. — No podemos, claro está, interrogar a gente sospechosa de lo de Gumina, pues eso demostraría que ha habido denuncia, y tampoco, por ese motivo, podemos valerlos de los métodos de información usuales. Pero yo puedo espiar sin que nada sospechen.

El jefe asintió con la cabeza.

— Está bien. Adelante. ¿Necesita ayuda?

— Podría ser de utilidad vigilar por algún tiempo a Vicente Bagarello — contesté. — Gumina no tiene fortuna para que esperen los secuestradores sacar provecho de él. Pero ocurre con frecuencia que un italiano envía cartas amenazadoras a un competidor para intervenir en su negocio. Bagarello no tenía a nadie que le hiciera competencia hasta que Gumina abrió su establecimiento al otro lado de la calle. Y sé que ese individuo tiene compinches en el mundo del hampa.

El jefe consintió inmediatamente en encomendar a dos agentes que vigilasen a Bagarello. Después de cambiar algunas impresiones más, salí del despacho, llevándome la carta que habían enviado los secuestradores. Aquella noche la mandé por correo al departamento fotográfico de la Central de Policía, rogándoles que hicieran un facsímil y que me devolvieran el original. Esa carta podía ser de una importancia extrema.

Durante los cuatro días y noches siguientes frecuenté los lugares en donde el hampa de aquel barrio se suele reunir.

Eran ésos unas madrigueras lóbregas, puntos de reunión de tipos peligrosos de «armas tomar», como suele decirse. Venían a ser «bolsas» del asesinato, donde por cinco dólares podíase alquilar a un hombre para deshacerse de un rival por medio de la «porra», de la navaja o del revólver. Tres dólares era el precio corriente para hacer apalear o herir a algún competidor sin matarle. En esos lugares han sido planeados crímenes horribles. Y debía de ser en algún escondrijo de aquel barrio donde estaba secuestrado el hijo de Gumina. Tenía yo el convencimiento de ello.

Pero pasaron días sin que pudiese dar con el menor indicio,

hasta que cierta noche, mientras estaba yo sentado en el sórdido «vestíbulo» de una de esas cuevas, oí pronunciar el nombre de Gumina. Atisbando por la entornada puerta, conocí al que hablaba — un individuo que había pertenecido a una cuadrilla de «fabricantes de bombas» y que había sido condenado por ese delito.

La abertura era tan angosta, que solamente le podía ver a él. Fui sorprendido en el acto de escuchar por un compinche suyo a quien sin duda debió de avisar el camarero. Para evitar sospechas, detuve a los dos hombres y los conduje a la delegación, donde fueron interrogados muy extensamente sobre el caso Galgano, sin que, claro está, se mencionase para nada el asunto del secuestro.

A la mañana siguiente me llamó Gumina, diciendo que había de verme inmediatamente. De conformidad con lo convenido, pasé por delante de su tienda y le llevé a un lugar algo apartado del Parque Central.

Sin decir palabra sacó una carta del bolsillo y me la enseñó. Los dibujos amenazadores al pie de la hoja eran parecidos a los del primer mensaje; había, además, algunas manchas, o salpicaduras, de color rojizo. Decía así la carta:

*Padre y madre crueles ¿cómo podéis sentaros a la mesa y comer tranquilamente mientras vuestro pobre hijo José está llorando por estar separado de vosotros? Haréis bien en daros prisa y aprontar el dinero cuanto antes, pues de lo contrario le sucederá algo grave a vuestro hijo. Os mandamos sangre suya.*

— ¿No puede usted hacer algo? — preguntó angustiada Gumina.

Me miró mientras yo doblaba el pliego y lo colocaba en mi cartera. Me proponía enviarlo en seguida a la Central para que lo fotografiasen.

— Ya sabe usted que esos malvados no retroceden ante nada, Gumina — le dije. — He de actuar con muchísima cautela. Si consiguiese ahora, desde el principio, hallar la pista de los secuestradores y perseguirles muy de cerca, asesinarían al niño. No puedo interrogar a nadie, sólo escuchar y observar. Llámeme en seguida si tiene más noticias.

Después de hacerle dos o tres preguntas más, le dejé sentado en un banco y me encaminé apresuradamente a alquilar una habitación amueblada frente a su almacén. No dejé ver la inquietud que me causó al decirme que no se había dirigido a él, personalmente, ningún mensajero. Eso me preocupaba



La tercera y última carta, escrita en incorrecto italiano, que enviaron los secuestradores al padre del niño José Gumina.





*Los secuestradores al llegar a la cárcel.*

pues recordaba ciertos casos en que pandillas de esa clase colocaron bombas en los domicilios de las víctimas. Este procedimiento tenía por objeto atemorizarlas más, obligándolas, rápidamente, a pagar el rescate e impidiendo, al propio tiempo, que comunicasen con la policía.

En la misma calle, exactamente frente al número trescientos cinco, en donde estaba el establecimiento de Gumina, logré alquilar, tras muchos trabajos, una pequeña habitación haciéndome pasar por un trabajador. La dueña de la casa no me hizo preguntas.

Los dos agentes que estaban vigilando a Bagarello dieron parte al jefe de que el droguero no se alejaba mucho de su casa. No se encontraba con sus amigos, ni visitaba los lugares en donde solía reunirse el hampa. Al saber eso se acrecentaron mis sospechas, pero hice suprimir la guardia de aquellos dos agentes, ya que su vigilancia no daba resultados y yo podía por mi propia cuenta estar ojo avizor respecto del droguero.

Durante diez días tuvieron a Gumina atormentado por la angustia. A la sazón le abordó un «amigo». De acuerdo con lo convenido, me avisó en seguida. Nos citamos en la esquina de Park Avenue y de la calle Sesenta y Ocho, y al verle le hice señas para que me siguiera en dirección al Parque. Aquella mañana había recibido yo de la Central los facsímiles de las dos cartas enviadas por los malhechores. Las llevaba en el bolsillo.

El infeliz había envejecido en el transcurso de aquellos diez días. Hondas arrugas surcaban su rostro.

— ¿De manera que por fin ha tenido usted noticias de esos secuestradores, Gumina? — le dije yo.

— Sí, sí, tal vez las he tenido, pero no lo sé. Benito Ran-

dazzo, que vive cerca de mi tienda, me vino a ver esta mañana. Habló de cosas indiferentes hasta que estuvimos solos. Entonces me dijo:

«¿Es cierto, Dominico, que tu hijo José ha desaparecido, que le han secuestrado?» Le contesté que sí, que era verdad, desgraciadamente. Luego preguntó él: «¿Por qué no has avisado a la policía?», y yo le dije que no quería, porque si lo hacía podían matar a José. Randazzo movió la cabeza de un lado para otro y me replicó que era mejor denunciar el caso, pues era una atrocidad eso del secuestro de mi hijo. Dijo también que ansiaba poder hacer algo, pero no podía, porque estos casos son de compromiso, sobre todo tratándose de individuos peligrosos, de temibles malhechores. Luego se marchó.

Le felicité.

— Obró usted muy acertadamente. Esté siempre ojo avizor y no se fíe de nadie. Ese Randazzo puede haber sido el primer «tanteador» que le han enviado los raptos. Aquí están los originales de las cartas que ha recibido usted — le dije, mientras se los entregaba. — Tenga cuidado de no perderlas. Puede ser que se las hagan enseñar como prueba de que no ha tenido tratos con la policía. Dígales francamente que no puede darles dos mil dólares. Si se ofreciera usted a entregar el dinero en el acto, podrían sospechar que les tendía un lazo de acuerdo con la policía.

— Aunque quisiese, no podría yo reunir esa suma — dijo Gumina desconsoladamente. — Trescientos, quizá, los podría conseguir sin vender el almacén.

— Eso es precisamente lo que quieren los secuestradores: que venda usted su tienda. Déjese guiar por mí y recobrará usted a su hijo sin perder su comercio.

Aunque Gumina aparentaba ser sincero, sentía yo sospechas



de que me ocultaba algo. Al confiar en la policía, obraba de un modo contrario a las costumbres de su «mundo», por más que yo me hacía cargo del dilema en que se hallaba. Sería inútil, ya lo sabía yo, intentar convencerle de que descubriese por completo todo ese lío.

A la mañana siguiente empecé a seguir el rastro de Randazzo. Vigilé todos sus pasos, desde que salía de su domicilio. Noté cuidadosamente los nombres y las señas de los distintos individuos con quienes trataba. Entre los que veía con frecuencia había un cuñado suyo, llamado Mateo Pallazzola, que vivía en la misma casa donde Gumina se albergaba, y un tal Vicente

soslayo, parecía más desencajado y pálido que nunca; por último, después de vacilar unos momentos, se apoyó en la pared de madera medio decaído. Entonces díjele disimuladamente:

— Tome el próximo tren y apéese en la calle Ciento veinticinco. Si yo no bajo allí, diríjase al estanco más cercano, y si no hay enemigos a la vista, me reunirá allí con usted.

Cuando el tren paróse en la estación, subí yo al último coche y recorrí todo el tren como si buscara algún asiento que me conviniera. Mediante este subterfugio pude averiguar si algún compinche de Randazzo andaba por allí. Como no vi a ninguno,



*Pallazola (1), Buono (2), la esposa de Brusco (3), Randazzo (4), Brusco (5) y el detective De Martini (6), convenientemente disfrazado para conseguir la captura de los secuestradores.*

Nasso, de la Primera Avenida. Este último era pariente de uno de los dueños de la taberna, situada en la calle Sesenta, en donde yo había oído el nombre de Gumina.

La tercera mañana después de mi entrevista con Gumina, atisbando por la ventana de mi habitación, vi a Randazzo salir como de costumbre de su casa a eso de las siete y media. No obstante, en lugar de encaminarse a la panadería en que trabajaba, entró en la tienda de Gumina. A los pocos minutos el tendero y él salieron a la acera y pusieron a hablar acaloradamente.

Las mujeres italianas suelen efectuar todas sus compras por la mañana, de manera que aguardé hasta bien entrada la tarde antes de pasar por delante del almacén. Al ver a Gumina cerca del escaparate, logré llamarle la atención y hacer la señal convenida.

Me dirigí con él a la estación del metropolitano. Di algunos pasos por el andén y observé que Gumina, a quien miraba de

decidí que mi entrevista con Gumina podía celebrarse sin inconveniente en cierto restaurante barato que yo conocía.

Al apearme en la calle Ciento veinticinco hallé a Gumina que me aguardaba. Le hice señal de que me siguiera.

— Entremos aquí a tomar café — propuse yo cuando estuvimos cerca del lugar en que había pensado.

Me saludó con expresión de abatimiento y desconcierto indefinibles. Esto me alarmó, pues temía que perdiese la confianza en mí e intentase obrar por cuenta propia. Su obsesión era poder recobrar a su hijo a toda costa, mientras que mi propósito era arrancarlo de las manos de sus raptos a los mismo tiempo de capturarlos.

Cuando estuvimos sentados, un hombre de edad madura con delantal lleno de manchas vino a tomar nota de nuestro encargo y luego se alejó.

— Ahora dígame usted, Gumina, lo que esta mañana le dijo Randazzo.

*(Continúa en la página 83)*



# El PENADO INOCENTE

*Historia de un lamentable  
:: error judicial de 1848 ::*



## ROBO, INCENDIO Y ASESINATO

por G. P. M.

EN la villa de Tieu, en el departamento de la Gironda, vivía en una modesta casa un mercader llamado Dranham, en compañía de su hijo, de diez años, y un maestro albañil, pariente suyo. Era la noche del 15 al 16 de noviembre de 1847.

Los tres individuos, al acabar de cenar, se retiraron a sus respectivas habitaciones. La del mercader daba al campo, y pudo observar, cuando ya estaba para acostarse, que un vivísimo resplandor iluminaba el horizonte. El buen hombre no se pudo contener y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Fuego, fuego!

Su hijo y el albañil se vistieron apresuradamente y, acompañados por otro vecino, echaron a correr hacia el sitio del incendio.

Después de una buena caminata se detuvo el hijo del mercader y exclamó:

— Ya sé dónde es el fuego.

— ¿Dónde? — le preguntaron.

— En el Petit-Marré.

— Pero si allí no existe más que una pequeña choza...

— Justo, la del viejo Gay.

— Pues de seguro que ya habrá ardido cuando lleguemos.

Esta oportuna observación les hizo correr de nuevo, no tardando en llegar al lugar del siniestro.

Un bosquecillo de pinos rodeaba el miserable edificio, situado sobre una loma. Era una especie de barraca, cubierta con ramas, pero aun no había sido tocada por el fuego.

— Me parece que hemos llegado a tiempo — observó el mercader.

— Sin embargo — añadió Pelesan, que así se llamaba el albañil — las llamas ya han empezado a quemar el cobertizo de al lado y pronto será esto un enorme brasero.

Diciendo y haciendo, empezó a descargar golpes con una gruesa estaca sobre las débiles paredes de tablas, para despertar al anciano si es que éste dormía.

Sus compañeros observaron que estaban las ventanas abiertas de par en par.

— ¡Señor Gay, señor Gay! — gritó el mercader.

Pero nadie contestó a su llamamiento.

Aquí saltó el muchacho por la ventana de la barraca y tropezó con el cuerpo del viejo, que yacía tendido en el suelo.

Los demás individuos penetraron a su vez.

— Está muerto — murmuró el albañil.

— Puede que se haya caído al suelo del susto al darse cuenta del incendio.

— ¿Y cómo lo sabes tú? — le preguntó el vecino.

— Me lo hace suponer esa herida que tiene en la frente y los platos que hay en el suelo. Sin duda iba a cenar cuando se cayó.

Nada se podía hacer ya con el infeliz anciano y entonces trabajaron con fe procurando dominar el incendio lo más pronto que pudieron.

¿Quién era el desdichado que habitaba la choza? Un pobre jornalero que había venido de la Alta Loira. Contaba sesenta y dos años, estaba enfermo y vivía completamente solo. Se mantenía con el producto de un pequeño campo de hortalizas y con lo que le producían unas cuantas cepas de viña. El poco vino que sacaba de su modesta cosecha lo encerraba en el cobertizo, que fué lo primero que empezó a arder.

Al día siguiente del siniestro, o sea el 16, se presentó Vianett, juez de paz de Contra, para levantar el cadáver, asistido de un oficial de policía judicial y del médico forense doctor Soulé, los cuales se dieron cuenta al instante de que se trataba de un crimen.

Se hizo entonces un minucioso reconocimiento de la herida. Habiéndose encontrado en el cuarto un trapo que a modo de gorro solía

llevar Gay en la cabeza, se aseguraron de que las manchas de sangre que aquél presentaba no correspondían al sitio donde estaba la herida; de modo que el viejo no llevaba aquel gorro cuando fué herido. Tampoco tenía las manos manchadas de sangre, y a pesar de ello se encontraron huellas de unas manos ensangrentadas en las tablas de la cama, lo mismo que en otros objetos de la misera vivienda.

En el hogar no había fuego, ni luz en el cuarto. ¿Cómo se explicaba entonces el incendio y la muerte del pobre hombre?

No había señales de lucha ni huellas de sangre en el suelo donde fué encontrado el cadáver; luego no se cometió allí el crimen.

La creencia del juez Vianett fué que la herida había sido hecha con un instrumento cortante, mas, al hacer la autopsia en presencia del juez de Libourne, convinieron los médicos en que la mencionada herida fué causada de un martillazo.

Las consecuencias que sacaron fueron las siguientes:

1.<sup>a</sup> Que la muerte del anciano no había sido producida por ningún ataque de apoplejía, sino por obra de mano airada.

2.<sup>a</sup> Que había muerto a consecuencia de la conmoción cerebral resultante de una herida hecha en la parte posterior de la cabeza.

3.<sup>a</sup> Que esta herida había sido hecha con un instrumento contundente, con el cual le habían dado un golpe con mucha fuerza.



*Tropezó con el  
cuerpo del viejo que  
yacía tendido en el suelo.*



4.<sup>a</sup> Que la muerte debió de ser instantánea, y

5.<sup>a</sup> Que Gay había sido muerto en otro sitio que aquel en que se le encontró.

Entre tanto, se habían sacado los escombros del cobertizo incendiado y se encontraron trozos de aros y tablas de toneles que debieron de contener vino.

Algunos vecinos aseguraban que Gay tenía tres o cuatro pipas de vino; y de aquí se dedujo que el incendio pudo ser perpetrado para ocultar el robo. Sin embargo, esto no era más que un débil indicio y quedaba, por tanto, sin verdadero esclarecimiento el crimen. Además, el anciano no tenía parientes ni enemigos, al menos conocidos.

#### SOSPECHAS

La gente había lanzado un nombre para quien aquella muerte podía ser de algún provecho. El anciano acababa de vender su pequeña hacienda al maestro de primeras letras del pueblo; y la venta, firmada en 1.<sup>o</sup> de septiembre anterior, se hizo por una renta vitalicia de seis francos setenta y cinco céntimos mensuales.

Y apoyada en este simple detalle, la justicia empezó a vigilar al maestro.

Este se llamaba Francisco Lesnier, nacido en Chamadelle; su padre, persona muy acomodada antes, llegó a perder su fortuna pleiteando.

La conducta de Lesnier hijo, en la noche del crimen, no daba lugar a sospechas. Incluso también acudió al fuego cuando llamaron a su puerta para avisarle. Y mientras ayudaba a

de haber asesinado al anciano Gay. Yo dije que no es cristiano acusar a nadie sólo por suposiciones gratuitas, pero todos me replicaron que no podía haber sido nadie más que él, puesto que es el único que tenía interés en que desapareciera, por haberle comprado su hacienda mediante una renta vitalicia. Aun así, volví a decir que no es esa razón suficiente para achacar a un hombre un crimen como éste. Sin embargo, no pude menos que recordar algo que me hizo dudar a mí también, señor juez. Yo he estado una o dos veces a ver a Gay, sabiendo que se hallaba enfermo. Hablamos del estado de sus intereses y le felicité porque había vendido sus bienes a renta vitalicia, que es lo mejor que podía hacer.

— No he hecho ningún negocio — me contestó muy triste.

— ¿Por qué?

— Porque ese hombre me deja sin tener un bocado de pan que llevarme a la boca.

— ¿De veras? — le pregunté con el natural interés.

— Y no es eso todo.

— ¿Más aún?

— ¡Oh! Nunca viene a verme.

— No está eso bien hecho — seguí diciéndole, y él añadió:

— Si le ve usted, háblele de mí y de lo necesitado que estoy.

En cuanto pude fui a ver a Lesnier para satisfacer los deseos del anciano. Le dije en muy buena forma el estado en que se hallaba Gay y me contestó el maestro:

— Ese hombre no estará jamás contento, y ya me está molestando demasiado. Se ha empeñado en que esté en su casa todo el día.

— Ya ve usted, señor juez, que la conducta de Lesnier — siguió explicando el párroco — no es lo correcta que debiera

## DECLARACIÓN de la testigo María Cessac:

...además de prohibirme que hablase con mi marido, me aconsejaba que procurase indagar el sitio donde guardaba el dinero y que se lo fuera robando en pequeñas cantidades. También me aconsejó que comprara arsénico diciendo que era para destruir las ratas y que se lo propinara a mi esposo.

sacar de la choza los pocos muebles que contenía, se encontró una vieja cartera con nueve francos ochenta céntimos, todo lo cual entregó al juez. Finalmente, él fué el primero en decir que quizás le habrían asesinado con el móvil del robo, añadiendo que en el momento de su muerte tenía cuatro pipas de vino entre blanco y tinto y dos medias pipas aparte.

Se trató de indagar jupicialmente cómo habían desaparecido el vino y las pipas que lo contenían, y el único vestigio que se halló fueron las rodadas de un carro que se había dirigido hacia el camino real; pero el fiscal, al verlas, aseguró que las huellas databan de bastantes días antes de haberse cometido el asesinato del anciano Gay.

Aquí siguió un riguroso examen de la vida privada de Lesnier hijo.

Alguien hizo constar que mantenía relaciones ilícitas con la mujer de un tabernero de Tieu llamado Lespague. Esta mujer, a causa de su conducta irregular, vivió separada de su marido durante algún tiempo.

Se pidieron informes al alcalde de Tieu, quien informó que Lesnier estaba muy entrampado, ascendiendo todas sus deudas a mil francos.

Al mismo tiempo no faltó quien se presentara a la justicia para dar conocimiento de ciertas conversaciones de Lesnier hijo, en las que casi siempre aseguraba que no tendría que esperar mucho tiempo para ver extinguida la renta vitalicia que tenía que pagar al anciano; pero, bien mirado, estas manifestaciones podían tomarse por el estado de salud y los años de Gay. De esto a un crimen hay mucha distancia.

Así las cosas, vino a complicar el asunto contra Lesnier a declaración espontánea de don José Delmas, cura párroco de Tieu, el cual se presentó el 17 de noviembre al juez de paz David y le dijo:

D— Ayer en Saint-Medard todo el mundo acusaba a Lesnier

ser. Además, he sabido que la noche del incendio se presentó a medio vestir y no demostró asombro alguno como los demás vecinos. Al día siguiente se acercaba a los corrillos como si quisiera indagar algo que le interesaba y, al verme a mí hablar con el alcalde, no apartó ni un momento la vista del grupo que formábamos, como queriendo leer en mis ojos lo que yo decía, lo cual, aunque no se refería al crimen, no dejaba ciertamente de interesarle a Lesnier.

La justicia no se decidía a admitir estas sospechas, creyéndolas poco fundadas; pero otro nuevo acontecimiento vino a fijar sus incertidumbres.

#### TESTIGOS DE CARGO

Los seis días de haberse cometido el crimen, entró precipitadamente, con las ropas destrozadas y sin poder hablar apenas, un hombre llamado Daignaud, en casa de los esposos Feurlay, y, dejándose caer en una silla, se puso a llorar.

— ¿Qué le pasa a usted, hombre? — le preguntó Feurlay.

— Una cosa espantosa. Unos bandidos han intentado robarme al otro lado del bosque.

— ¡Válgame Dios! ¿Qué dice usted?

— Lo que oye. Y no quiera usted saber el trabajo que me ha costado poder escapar.

— Pero usted...

— Sí, me he defendido como he podido y he logrado huir descargando mi garrote sobre uno de los criminales.

— ¡Oh! De esto es preciso dar parte a la justicia — manifestó indignado el dueño de la casa.

Y él mismo acompañó a Daignaud a casa del alcalde Sarracin, ante el cual añadió que había reconocido entre los bandidos del bosque a Lesnier padre e hijo.





*Un buen martillazo habrá dado cuenta de él en un momento.*

— ¿Está usted seguro? — preguntó el alcalde.

— Los he visto y he hablado con ellos, pero seguridad completa no la tengo más que respecto a Lesnier hijo.

Ya no tuvo por qué permanecer la justicia mano sobre mano, porque esta declaración no podía ser más grave. Daignaud era un pobre diablo, un simple gañán que no podía tener interés alguno en acusar a aquellos hombres.

De aquí que los Lesnier, tanto el padre como el hijo, fueran detenidos inmediatamente.

EL día 6 de diciembre el juez Vianth se trasladó a la casa de Lesnier padre, donde halló varias pipas de vino y otros efectos que le infundieron sospechas. También en casa del maestro se encontraron, si no pruebas contundentes, al menos indicios para una buena pista.

El 28 de diciembre, el alcalde Sarracin se presentó al juez de paz de Contrás para declarar que María Cessac, esposa del tabernero Lespagne, le había dicho que, después de cometido el crimen del Petit-Marré y antes de ser preso Lesnier hijo, éste había comprado a un mercader ambulante un corte de refajo y se lo había regalado a ella para que no descubriera ciertos secretos de que era depositaria. Conducida esta mujer ante el juez, completó así la declaración:

— Hace cerca de un año que tuve la desgracia de conocer a Lesnier hijo; y digo desgracia porque él fué el culpable de que yo me separara de mi marido. Me amenazó insistentemente y, acosada por el miedo, me obligó a jurar que diría ante los jueces que mi marido me daba muy malos tratos. Me prometió que él pagaría los gastos del divorcio; y esto me lo aseguró después de haberse cometido el crimen en la persona del viejo Gay, añadiendo que estaba dispuesto a comprometer a mi esposo en lo del incendio y asesinato. También Lesnier padre me ha buscado para que declare en favor de su hijo cuando me llamen.

— Y de su hijo ¿qué sabe más? — interrogó el juez.

— Unos días antes de que le prendiesen, fué a buscarme y

me entregó un corte de refajo, encargándome que cuando me llamasen a declarar no le nombrase, porque le comprometería mucho.

— ¿Es esto todo? — insistió el juez.

— No, señor. La noche del incendio, salió de su casa a eso de las siete; le vi atravesar el campo e ir a coger una senda que conduce al Petit-Marré. Andaba preocupado y muy de prisa.

EL día 4 de enero volvió María Cessac a comparecer espontáneamente ante el juez de Contrás demostrando gran empeño en circunstanciar su primera declaración y en subsanar algunos olvidos. A la anterior declaración añadió que, tres días después del incendio, había estado en casa del maestro durante la hora que tenían los niños para el recreo.

— ¿Qué tiene usted? — preguntó a Lesnier.

— He pasado muy malas noches — le contestó.

— ¿Por qué?

— He estado preocupado temiendo que la justicia quisiera averiguar dónde paraba el vino de Gay; pero, como veo que nadie se acuerda de esto, va desapareciendo mi inquietud.

La misma mujer manifestó después que, unos días antes de cometerse el crimen, le había dicho el hijo de Lesnier:

— Tú irás a vivir con mis padres al Petit-Marré.

— ¿En aquella choza? — le contestó ella, sorprendida.

— Ya la haré reedificar convenientemente.

— ¿Y dónde irá a vivir el viejo Gay?

— Ya habrá dejado de existir.

Cuando, pocos días después, le regaló el corte de refajo, le dijo:

— Ha sucedido al fin lo que yo deseaba. Ahora poco a poco iré saliendo de apuros.

La mujer le interrumpió vivamente:

— Pero los que han asesinado al anciano son unos canallas. Lesnier no pronunció ni una palabra.

A continuación, sin que el juez se lo pidiera, refirió María



la historia de sus primeras relaciones con Lesnier.

— Hace cosa de un año — explicó — estando sola en mi casa, vino el maestro y empezó a requebrarme. Yo le increpé duramente; pero él no se dio por vencido y por fin logró su intento, no de grado, sino por fuerza y por el miedo que me daban las dos pistolas que constantemente llevaba encima. ¡Cuánto me arrepentí de mi falta! Siempre estaba triste y pasaba la mayor parte del día llorando. Entonces él me reconvenía diciéndome que le quería muy poco; y terminaba siempre con amenazas para que no hablara con nadie de aquel asunto. Además de prohibirme que hablase con mi marido, me aconsejaba que procurase indagar el sitio donde guardaba el dinero y que se lo fuera robando en pequeñas cantidades. También me aconsejó que comprara arsénico diciendo que era para destruir las ratas y que se lo propinara a mi esposo. En fin, señor juez — terminó la esposa del tabernero, — estoy segura de que si no hubiese tomado la determinación de separarme de mi esposo uno de los dos habríamos ya dejado de existir.

Otras declaraciones de la misma mujer acabaron de poner en claro la mala conducta de Lesnier hijo.

#### VISTA DE LA CAUSA

LOS tribunales de Burdeos por sentencia de mayo de 1848 resolvieron que pasase la causa a la audiencia de la Gironda; y el 30 de junio del mismo año comparecieron los dos Lesnier ante aquel tribunal superior, como acusados de incendio, robo y asesinato, crímenes cometidos de común acuerdo entre ambos.

En el acta de acusación constan las palabras homicidas que salieron de la boca de Lesnier hijo así como el terror que éste y su padre producían en sus vecinos, dados sus caracteres de hombres rudos y hasta feroces. Consta también como parte interesante, la mala conducta del hijo y sus pésimos antecedentes.

Una vez leída el acta de acusación, los acusados se encerraron en una negativa absoluta, no demostrando temor, sino el decaimiento natural de los días que ya llevaban encerrados.

El gañán Dignaud repitió lo que ya dijo de que los Lesnier le detuvieron en el camino para robarle; y aseguró que especialmente a Lesnier hijo le reconoció por la voz y por las ropas.

— Eso es imposible — rectificó el maestro. — Aquella noche cené yo en casa de Catherineau.

Los esposos Lespagne declararon después, sobre todo la mujer, cuyo testimonio era en realidad la única base de este proceso. Lesnier hijo la miró con tal insistencia, que hizo enmudecer de momento a María; pero pronto se rehizo y se ratificó enérgicamente de cuanto tenía declarado.

Declararon varios testigos sacando a relucir ciertos hechos sin importancia de la vida íntima del acusado. Otros declararon repitiendo las palabras que dijera el maestro, por las cuales se podía adivinar el pensamiento criminal que abrigaba.

El señor Magere, aserrador de tablas, declaró que Lesnier hijo le propuso que comprara el vino y los muebles de Gay. Este último le dijo al declarante que se veía reducido a venderlo todo, porque no le daban nada para mantenerse, y se quería ir a un asilo.

El presidente le preguntó al testigo:

— Algunos días después del incendio ¿no le dijo Lesnier padre que esperaba que sospecharan de él?

TESTIGO. — Sí, señor.

PRESIDENTE. — ¿Y no añadió que si alguno le denunciaba le pegaría un tiro?

TESTIGO. — No, señor. Lo único que dijo fué: Y bien ¿qué piensa usted de este negocio? Por fuerza los que han dado el golpe son enemigos de los Lesnier.

— Yo no sé que tengáis enemigos — le contesté.

— Sí que los tengo — replicó, y como ya comprendí que estas palabras se referían a Lespagne, le dije que éste era incapaz de cometer semejante atentado.

Seguidamente declaró Catharineau, diciendo que la tarde y gran parte de la noche en que fué detenido el gañán por unos que le querían robar, estuvo Lesnier hijo en su casa. A eso de las cinco fueron a visitar a unos caballos; después, ya entrada la noche, cenaron juntos y estuvieron jugando a las cartas hasta las once.

El presidente preguntó a otro testigo, pidiendo informes sobre la moralidad de la familia Catherineau.

— No hace más que quince meses que vivo en el pueblo — contestó el testigo, — pero he oído decir que no es muy buena.

PRESIDENTE. — ¿Se puede dar fe a su testimonio?

TESTIGO. — No lo sé; pero en el país no se les cree dignos de mucho crédito.

El presidente preguntó entonces al alcalde Sarrazin:

— ¿Se puede tener confianza en las declaraciones prestadas por la familia Catherineau?

ALCALDE. — Yo les tengo por personas honorables.

PRESIDENTE. — ¿Los acusados gozan de posición desahogada?

ALCALDE. — Todo lo contrario; están cargados de deudas. Lesnier hijo debe 1,500 francos cuando menos, y cada día se presentan nuevos acreedores. A mí me debe 200 y para reintegrarme me había autorizado para cobrar su sueldo; pero ya había hecho lo mismo con diferentes personas.

Otros muchos testigos desfilaron ante el tribunal de justicia y todos hicieron cargos a los acusados, los cuales se iban emocionando por momentos.

#### ACUSACION Y DEFENSA

LA acusación del fiscal no pudo ser más abrumadora para los procesados. Este magistrado reunió y coordinó con arte singular todos los indicios de culpabilidad que resultaron de los testimonios, y tuvo su discurso la particularidad de prescindir por completo de lo que habían dicho los pocos testigos que declararon favorablemente acerca de los acusados.

— Unicamente Lesnier hijo — terminó diciendo el fiscal — pudo

tener interés en el asesinato de Gay. En todas sus palabras, en todos sus actos, se trasluce el deseo de que muera el pobre anciano, y éste presiente más de una vez el terrible fin que le espera. Después de cometido el crimen, todos los esfuerzos de los Lesnier tienden a engañar a la justicia. Lesnier padre trata a toda costa de cerrar la boca de los que saben algo del incendio y asesinato, y para ello les amenaza de todas suertes. Pero todos estos cargos palidecen ante las declaraciones de la mujer del tabernero Lespagne. Ha confesado el adulterio por violencia, los consejos de envenenamiento, las instigaciones al robo, las promesas de un porvenir fundado en la muerte de Gay. Y éstas fueron las palabras que pronunció Lesnier: «Le mataré; un buen martillazo habrá dado cuenta de él en un momento.» El público que llenaba la sala se estremeció horrorizado. El fiscal, como para coronar su discurso, dijo finalmente en tono de convicción:

— Todo lo tenía previsto, hasta el arma con que se había de llevar a cabo el homicidio.

A estas gravísimas acusaciones sólo contestaron los Lesnier que eran inocentes y que varios enérgicos encarnizados tenían el propósito de perderles. A continuación se levantó Aureliano Gergeres para emprender la difícil tarea de defender a los acusados. El joven abogado se hallaba plenamente convencido de la inocencia de aquellos hombres, y esto le animaba en parte en su noble empresa.

Empezó haciendo un resumen de las declaraciones de los testigos. Según su modo de pensar, no había nada más risible que lo referente a la conducta íntima y moral de los dos Lesnier. No eran ciertamente ricos y más de una vez anduvieron escasos de dinero; pero no carecían enteramente de medios. El alcalde Sarrazin exageró enormemente la cantidad a que ascendían las deudas del hijo. Este no debía más que 80 francos a uno, 14 a otro y 12 a su sombrerero; de modo que los 250 francos de que se había hablado en un principio quedaban

## PALABRAS del abogado defensor:

— Señores: El veredicto que tenéis que pronunciar resonará como un eco en vuestra conciencia por mucho tiempo, y es preciso que jamás ninguno de vosotros pueda oír una voz que le diga como al oído: "Has caído en un error, y este error es irreparable".



reducidos a 106. ¿Es esto mucho para un hombre que gana 1,200 francos al año?

Y siguió defendiéndoles así:

— Lesnier hijo ha probado que la noche en que Daignaud asegura que le sorprendió para robarle estuvo, desde las cinco de la tarde hasta las ocho de la noche, en casa de los Catherineau. Nadie se atreverá a negarlo. Las palabras que han atribuido a Lesnier hijo, anunciando la muerte de Gay, son

casi todas las declaraciones y no se detuvo hasta pronunciar con su peculiar nobleza y valentía que se trataba de un error judicial y, dirigiéndose al jurado, exclamó:

— Señores: el veredicto que tenéis que pronunciar resonará como un eco en vuestra conciencia por mucho tiempo, y es preciso que jamás ninguno de vosotros puede oír una voz que le diga como al oído: «Has caído en un error, y este error es irreparable».



*Al echárseme todos encima, creí haber entrado en el infierno.*

otros tantos chismes despreciables que la misma Justicia, por sentido común, debiera haber rechazado rotundamente. No es lógico ni humano que un hombre que piensa cometer un crimen lo anuncie antes de realizarlo; para admitir esto hay que admitir también que Lesnier hijo había perdido el juicio, y aun entonces tampoco puede ser responsable del crimen que se le imputa. Mis defendidos son desgraciadamente víctimas de un celo exagerado a la justicia después de haber sido elegidos por alguien para llevar a cabo una venganza. La misma mujer de Lespaigne está cansada de decir que, desde que encerraron a los Lesnier, su sueño es una continua pesadilla. Y eso es lo único perfectamente explicable, porque demuestra el miedo de que se halla poseída.

Y terminó el abogado su brillante informe con las siguientes frases:

— Mujer de Lespaigne, ¿quiere usted que le diga el nombre de esa angustia secreta que de día la atormenta y de noche la ahoga? Oídla bien: ¡Remordimiento!

La interpelada no pudo contenerse y, levantándose de su asiento, pálida y descajada, salió de la sala de la audiencia.

De deducción en deducción, había ido el joven abogado poniendo de relieve la anormalidad que se había observado en

#### EL FALLO

SIN embargo, después de deliberar los jurados, Lesnier padre fué puesto en libertad y su hijo condenado a trabajos forzados para toda su vida. Se le condenó por asesinato e incendio y no por robo.

Una vez leída la sentencia, se levantó Lesnier padre y, acercándose a su hijo, que se hallaba estupefacto, le dió la mano y le dijo con energía:

— ¡Ve, hijo mío, a cumplir tu condena, pero con la confianza de que aun te queda tu padre!

Este es el drama.

¿Qué habrán visto en él nuestros lectores, que no lo hayan observado mil veces en los tribunales? Un crimen vulgar, innoble, inspirado por la más baja de las pasiones, demostrado por un testigo irrecusable, por cien indicios poderosos; una conclusión fiscal lucida, enérgica, inatacable en su sencilla y robusta contextura; una defensa que, como otras, pelea contra la evidencia de la acusación y contra la turbación interior del defensor; un culpable que quiere escapar de la justicia; una sentencia justa, merecida; una protesta frívola del orgullo y de la impotencia. (Sigue en la página 86).



# La PISTA del GEMELO

*Un gemelo con tres iniciales, hallado en la mano de un prestamista asesinado, hizo sospechar que el criminal era un médico famoso.*

por GUILLERMO WALLACE

repórter y discípulo del detective SAMUEL E. ALLENDER

**E**STABAMOS sentados en el salón «para fumadores» del círculo *O'Neuille*, cuando se recibió el aviso telefónicamente. Acababa de cometerse un asesinato en la joyería de Jorge Wurzburger.

Mi amigo, el detective Allender, a quien todo el mundo conoce por sus afortunados éxitos en la investigación deductiva, se puso en pie de un salto y corrió hacia el aparato con objeto de inquirir el alcance de las

primeras referencias. Pero el comunicante había desconectado ya, y Allender, ignorando qué cuartelillo podía haber transmitido la noticia, volvió a mi lado para invitarme a seguirle en caso de querer presenciar uno de sus muchos y asombrosos trabajos policíacos.

No hay que decir que acepté encantado en el acto y que seguidamente tomamos un taxímetro, a cuyo conductor dió Allender la dirección de la casa donde se había cometido el crimen. Media hora después nos apeábamos en la puerta de ella.

La joyería de Jorge Wurzburger, más que joyería en el sentido estricto de la palabra, era un comercio de préstamos sobre joyas, dedicándose también, como la mayoría de estas casas que tienen alguna importancia, a la venta de las alhajas cuyos plazos de empeño expiraban sin que el pignorador se presentase a rescatarlas. Esta doble modalidad con que lo desarrollaba Wurzburger contribuía a hacer de su casa una de las más importantes del barrio de Senvell, zona donde se encuentran la mayor parte de las casas de empeño en Nueva York.

En cuanto nos apeamos del automóvil, dos de los agentes que custodiaban la entrada de la casa salieron al encuentro de Allender.

—¿Cómo han transmitido la noticia? — preguntó éste.

—La dimos al cuartelillo 7, desde donde deben haberle avisado a usted.

—¿Quién hay dentro? — volvió a preguntar.

—Dos agentes más y el dependiente que estaba presente en el momento de ocurrir el crimen.

*El desconocido que había quedado al otro lado de la ventanilla sacó rápidamente una pistola...*





Pasamos. La tienda, como casi todas sus similares, constaba solamente de un amplio vestíbulo, con bancos junto a las paredes y dividido al fondo por una cristalera que separaba la oficina de los empleados. Los dos agentes del interior y el dependiente salieron a nuestro encuentro, conduciéndonos seguidamente al departamento del cajero. Allí, derribado contra el respaldo de la butaca giratoria, estaba el cadáver de Jorge Wurzbürger.

Allender, antes de proceder al minucioso análisis de los detalles complementarios, que formaba para él como el proceso imaginativo del episodio, requirió al dependiente que nos acompañaba, para preguntarle:

— ¿Dónde estaba usted cuando ha ocurrido el asesinato?

El dependiente señaló una de las mesas que había en el departamento de las oficinas.

— Allí — indicó.

— ¿Vió usted «absolutamente» todo lo ocurrido?

Mientras formulaba la pregunta, Allender había ido a situarse ante la mesa indicada por el dependiente. En efecto, desde allí se dominaba perfectamente la ventanilla del cajero y parte del vestíbulo de la tienda.

— Sí, señor — respondió el dependiente cuando mi amigo se reintegró a nuestro lado.

— Cuéntenos usted, sin omitir el menor detalle, todo cuanto haya visto.

El dependiente se dispuso a referirnos puntualmente el suceso.

— Eran aproximadamente las siete y media de la tarde

— empezó. — Como la jornada de trabajo concluye a las siete en punto, todo el personal de oficinas se había marchado ya, quedando solamente en la casa el señor Wurzbürger y yo. Había salido mi jefe un momento al vestíbulo para asomarse a la calle, cuando entró un hombre de unos treinta años, alto, afeitado y vestido con gabán gris y sombrero flexible.

— ¿Qué desea usted? — le preguntó el señor Wurzbürger.

— ¿Es hora aún de realizar una operación? — dijo aquél.

El señor Wurzbürger miró el reloj de pared que hay en el vestíbulo, movió con aire de indecisión la cabeza y por fin dijo:

— Pasan veinticinco minutos, pero, por excepción, puedo atenderle todavía. ¿Qué trae usted?

El desconocido sacó del bolsillo un par de gemelos dorados y mostrándoselos a mi jefe, preguntó:

— ¿Cuánto podría usted prestarme por esto?

— ¿Qué necesita usted?

— Cuatro dólares solamente.

— No valen tanto, ni con mucho — respondió el señor Wurzbürger.

— Puede ser — concedió el desconocido. — Pero es que necesito esa suma, precisamente.

— ¿Por qué?

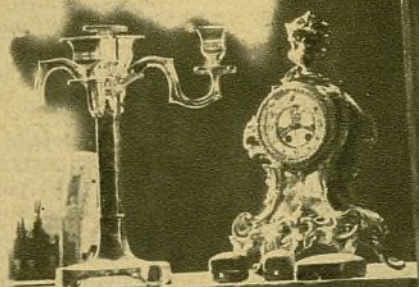
— Este por qué — dijo el hombre con acento amargo — es el que me ha inducido a venir, a pesar de la hora. Tengo que pagar el alquiler o levantar mi casa esta misma noche. También tengo hambre. Es de suponer que usted, hombre acostumbrado a enfrentarse con la desgracia, se hará cargo fácilmente de lo que supone todo esto para mí...

Tales palabras parecieron influir en el ánimo del señor Wurzbürger, quien decidió:

— Está bien. Le daré a usted los cuatro dólares que pide.

Tomó los gemelos en su mano y entrando en el departamento del cajero sacó el libro de anotaciones y se dispuso a escribir las referencias habituales. Desde el lugar en que me encontraba no pude entender el nombre que dió el desconocido,

...y la disparó sobre el señor Wurzbürger.



pero observé que al oírlo, el señor Wurzbürger dejó rápidamente la pluma sobre la mesa y frunció el ceño al mismo tiempo que miraba fijamente a aquel sujeto. Acto seguido, cambió de expresión, tomó de nuevo la pluma, movió la cabeza y sonriendo con ironía volvió a escribir.

A poco, el desconocido, que había quedado al otro lado de la ventanilla, sacó rápidamente una pistola. y la disparó sobre el señor Wurzbürger, quien cayó herido en el acto. Entonces yo, horrorizado por el hecho que acababa de presenciar, salté del asiento y traté de dirigirme a la calle para demandar socorro, pero el asesino se me interpuso, encañonándome con el arma, y me obligó a retroceder hasta aquel ángulo de la sala. Una vez que me tuvo acorralado allí, guardó pausadamente su pistola, se arrojó sobre mí y, dominándome con su gran estatura, me derribó al suelo, atándome fuertemente con unas cuerdas que debía de traer preparadas al efecto. Por último me amordazó y en este estado de impotencia presencié cómo desvalijaba las vitrinas y todos cuantos sitios contenían joyas de algún valor. Hecho esto, se dirigió al libro de anotaciones, arrancó la hoja donde había escrito el señor Wurzbürger y desapareció. Dos horas más tarde entró el sereno en la tienda, extrañado de ver la puerta abierta y la luz encendida aún, y me desató, yendo a dar aviso a la policía inmediatamente de saber por mí cuanto había ocurrido. Esto es todo.

Al acabar de hacernos el dependiente este relato, Samuel Allender reflexionó unos instantes, sin duda para determinar bien en su imaginación las diversas fases del episodio.

— ¿Cuánto tiempo lleva usted al servicio del señor Wurzbürger? — preguntó de pronto al dependiente.

— Ocho años.

— ¿Qué cargo desempeña usted?

— Soy el secretario de la administración — respondió el joven con serenidad.

La actitud normal, el continente tranquilo del joven, debieron de desviar a mi amigo de la sospecha que le había asaltado al formular tales preguntas. Probablemente pensó en una posible complicidad del dependiente con el asesino. Pero esta sospecha se había desvanecido.



— Bien — resolvió — vamos a proceder ahora al «interrogatorio de las cosas». Estas, aunque son mudas de ordinario guardan en ocasiones referencias elocuentísimas de los hechos, para quien sabe leer en ellas. ¿No es así, Wallace? — añadió dirigiéndose a mí.

Yo sonreí asintiendo. Había comprendido perfectamente el significado de sus palabras.

Los cajones y vitrinas en que el prestamista solía guardar las alhajas presentaban un aspecto asolador. El ladrón había ido buscando los objetos que podían tener más valor, en tanto que desechaba — dejándolos caer por el suelo — los que indudablemente eran de quincallería.

Nos acercamos al cadáver. Ya he dicho que éste había



*Vimos bajar la escalera a un hombre corpulento, con largas patillas y bigote. Tocado con sombrero flexible, llevaba un gabán colgado del brazo y en la otra mano un maletín.*

quedado derribado contra el respaldo de la butaca instalada junto a la ventanilla. El proyectil había hecho blanco en la frente, un poco desviado hacia la sien izquierda, y de la cabeza colgante, la sangre había caído con abundancia sobre el pavimento.

— Ha dicho usted — preguntó Allender dirigiéndose de nuevo al dependiente — que el señor Wurzbürger, al entrar en las oficinas, había tomado los gemelos de manos de su asesino, ¿no es así?

— Sí, señor — respondió el joven.

— En ese caso — añadió mi amigo como si hablase consigo mismo — los gemelos deben de hallarse por aquí.

— ¡Ah! — interrumpió el dependiente. — Se me había olvidado decirles ese detalle: Al cortar el asesino la hoja del libro, vi perfectamente que también recogía los gemelos de encima del pupitre.

Allender, sin hacer mucho caso de la aclaración del joven, se inclinó a los pies del cadáver y comenzó a buscar minuciosamente en el suelo. Su práctica le aconsejaba no desviarse nunca de primeras intenciones.

Al cabo de unos minutos se alzó; no había hallado nada.

Pero de pronto le vi fijarse atentamente en una de las manos crispadas del muerto y, como guiado por una revelación, abrió aquella mano, tomó con sus dedos algo que había en ella y manifestó:

— El asesino se llevó, en efecto, uno de los gemelos; pero el otro no lo vió, no pudo verlo. Sin duda la víctima lo tenía en la mano cuando fué herido. Helo aquí.

Y nos mostró lo que acaba de encontrar en la mano del muerto, uno de los gemelos que sirvieron de pretexto al crimen.

— Pero no es sólo esto — añadió examinando la alhaja. — Este gemelo tiene tres iniciales enlazadas H. W. E., y me parece que en él se ha dejado el dueño una huella muy importante. Veamos antes de dar ningún paso más.

Llamó a uno de los agentes que nos acompañaban y le ordenó:

— Llame usted a la Jefatura por teléfono y que consulten en el archivo si existe el nombre de algún fichado que corresponda a estas tres iniciales.

Entregó el gemelo al agente y luego vi que se sentaba a esperar tranquilamente el resultado de la consulta.

— ¿Qué opina usted de todo esto?

— me preguntó sacando un cigarrillo.

— Por ahora, nada — respondí.

— Estoy sumido en un mar de confusiones. Al principio, cuando el dependiente nos ha relatado la forma en que el otro logró sujetarle, creí ver en este joven un posible cómplice del asesino. Pero ahora, su serenidad me ha desviado de esta sospecha.

— Tal me ocurre a mí — dijo Allender. — No creo en la complicidad de este muchacho, porque le juzgo demasiado simple para establecer una coartada como esa y sostenerla después con serenidad. A mi entender, su relato es completamente veraz y el ladrón es un simple profesional cuyo nombre nos va a ser revelado ahora cuando vuelva el agente. Ya verá usted.

Transcurrieron aún unos minutos antes de que regresara el policía que había ido a comunicar por teléfono. Al fin volvió a nuestro lado; mas, en contra de la esperanza de mi amigo, la respuesta de la Jefatura era negativa. En el registro de personas fichadas no existía ningún nombre que correspondiese a las letras grabadas en el gemelo. Este resultado, sin embargo, no

contrarió siquiera a Allender. Hombre acostumbrado a todas las alternativas del fracaso y de la victoria, un resultado parcial de este género no le conmovía en lo más mínimo. Se levantó.

— Es preciso que recurramos a los medios inductivos — dijo. — Por lo pronto vamos a empezar por el examen de las huellas digitales. En el libro de anotaciones, donde el asesino ha manipulado para arrancar la hoja en que había escrito el señor Wurzbürger, deben de haber quedado impresas mejor que en ningún otro sitio.



Dirigió sus pasos nuevamente al departamento donde se hallaba el cadáver del prestamista y cogió cuidadosamente el libro, que estaba abierto aún sobre el pupitre. Al consultarlo observó que su rostro se transfiguraba bajo una impresión de asombro inusitado.

— ¡Oiga usted, Wallace! — me gritó. — Mire usted lo que encuentro ahora. ¡El asesino se ha llevado la hoja del libro, pero ha dejado la matriz con su nombre! Véalo; es el mismo de las iniciales del gemelo. Harrison Watt Ethelemin.

Al oír pronunciar este nombre retrocedí estupefacto.

— ¡Harrison Watt! — exclamé con el mayor asombro. — ¡No es posible!

Allender me miró a su vez con extrañeza.

— ¿No es posible? — repitió. — ¿Qué quiere usted decir?

— ¡Conozco al doctor Harrison Watt! ¡Es un médico célebre que asiste a la sala de esgrima donde yo voy todas las tardes! Mi amigo se me acercó.

— Cállese, Guillermo. ¿Es posible lo que está usted diciendo?

— ¡Absolutamente, Samuel! Veo todos los días al doctor Harrison. Es un caballero que disfruta actualmente de la mejor posición y le creo incapaz de haber cometido un acto semejante.

El detective, viendo la excitación que me había causado la sorpresa, me condujo cerca de una de las mesas y me obligó a sentarme. Por su parte, tomó otra butaca y se acomodó a mi lado.

— Vamos a ver, Guillermo. Ante todo, serénese usted. No es propio de un periodista que hace informaciones cerca de un detective asombrarse de cosas que pueden ser frecuentes en actuaciones de esta índole. Dígame usted: ¿por qué cree incapaz a ese caballero de perpetrar un acto como el que nos ocupa?

— Ya he dicho a usted que el doctor Harrison ocupa una posición social respetabilísima — contesté.

— No es una razón suprema, aunque lo parezca — observó Allender con su habitual frialdad. — Por otra parte, ¿en qué sentido ha empleado usted la palabra *actualmente* al referirse a la posición del médico?

— No era rico antes — contesté. — Por eso he dicho que disfruta *actualmente* de una posición envidiable...

— ¡Ah! ¿Ve usted cómo no puede uno asombrarse de nada, por singular que parezca?

— ¿Qué quiere usted decir? — pregunté.

— Mi amigo no respondió directamente, sino que me formuló, a su vez, esta pregunta:

— ¿Conoce usted la historia del doctor?

— Parte de ella la he oído referir en distintas ocasiones.

— ¿Qué parte es la que usted conoce?

— La que se refiere a sus éxitos económicos.

— ¿Quiere usted referírmela sucintamente?

— Es muy sencilla — informé. — Parece ser que el doctor Harrison arrastraba antes ese estado de pobreza digna que sufren la mayor parte de los médicos cuyo nombre no se ha hecho célebre. Pero hace un par de años hizo una expedición a la India inglesa y el hallazgo de unos yacimientos petrolíferos le enriqueció rápidamente. Cuando volvió a Nueva York, hará cosa de siete meses, había vendido la propiedad de los yacimientos a una compañía de explotación y su caudal lo traía ya reducido a dinero. Eso es todo cuanto sé.

Allender movió la cabeza con aire de duda.

— ¿No ha pensado usted — me preguntó — que los viajes a la India inglesa van estando demasiado explotados como pretexto de enriquecimientos?

— ¿Quiere usted decir que el doctor Harrison?...

— Mi amigo me interrumpió con un gesto.

— Por lo pronto no quiero decir nada concretamente — formuló. — En mi calidad de detective, me limito a sacar deducciones de hechos que no me parecen muy claros. Esa rápida fortuna que el doctor Harrison da como hecha en la India, ¿por qué no puede tener otro origen? ¿Hay algo que se oponga a ello?

— Indudablemente, no. Pero...

— ¿Qué?

— No sé... Me desvía usted de mis juicios acerca de ese hombre... ¿Qué piensa usted hacer?

Algo extraordinariamente sencillo. Detener al doctor Watt y ponerle frente al dependiente que presencié el crimen. No me negará usted que es un testigo irrecusable.

— Es verdad. Pero también puede haber habido una intencionada usurpación de nombre y resultar el doctor inocente — Tanto mejor. Un control de la justicia, patentiza la honorabilidad de un ciudadano.

Me agité en mi asiento bajo la contrariedad que me producía la determinación de mi amigo.

— Creo que obra usted precipitadamente en este caso — disenti. — A mi juicio, en un caso de duda como el que se nos ofrece, opino que debía actuar antes el periodista que el detective.

— No le entiendo a usted. ¿Qué es lo que quiere decir?

— Que me deje usted visitar al doctor Watt antes de proceder a su detención. Si es el asesino de Jorge Wurzbürger, mañana lo habré descubierto yo.

— Piense usted, Wallace — observó, — que su paso puede comprometer el asunto. De ser él el asesino, su gestión le pondrá sobre aviso para huir.

Retrocedimos hasta refugiarnos detrás de un mueble.



— Deseche usted semejante temor, porque, a reserva de lo que pudiera resultar, usted estará al alcance de una simple  
(Continúa en la página 89)



# Una AVENTURA de

*Envuelto en una extraña y misteriosa aventura — en la que paró a la joven María Hillis contra todas las*

*por el periodista*

**M**I encuentro con María Hillis fué consecuencia de una serie extraña de circunstancias fortuitas, pero todavía fueron más extraños los acontecimientos a que dió lugar.

Había ido yo a San Diego para ocupar el puesto de redactor regional en un gran «rotativo» de aquella ciudad. Durante la primera semana de mi estancia allí tuve poco tiempo para estudiar la población y sus alrededores, que me interesaban mucho; pero en cuanto hubieron transcurrido unos días poniéndome al corriente del trabajo rutinario de la redacción, estuve libre para recorrer en auto toda la comarca, que comprendía varios pueblos apartados, a lo largo de la costa y de las grandes vías interiores de comunicación.

Comenzaba para mí un período de vacaciones, que bien merecidas las tenía.

Visité primero las poblaciones de la costa y del interior más cercanas a San Diego y a fines de semana púseme a recorrer las regiones montañosas, más interesantes todavía que las del litoral.

Un sábado por la tarde, mientras me dirigía a la costa desde el hermoso valle en que está resguardado el apacible pueblo de Fairbrook, me vi precisado a detenerme en medio de una carretera desconocida para reponer un neumático. Este incidente me molestó y hasta me preocupó un poco, pues habiendo empezado ya a caer la tarde, no sabía ni remotamente a qué distancia me encontraba de la población más próxima. Además, el camino no era muy bueno, y acaso me esperaban varias horas de recorrido fatigoso entre baches y curvas peligrosas.

Después de mucho bregar logré por último colocar la llanta de repuesto y atornillarla convenientemente.

Mientras me enjugaba las manos y me sacudía el polvo de los pantalones con el pañuelo de bolsillo, experimenté la sensación de angustia que suele producir el miedo repentino... Alguien se aproximaba sigilosamente a la carretera por entre los arbustos, con el intento evidente de pasar inadvertido. Al fin, ¡oh sorpresa!, apareció, mirándome de hito en hito, el asustado rostro de una hermosa joven.

Ella retrocedió sobresaltada, al darse cuenta de que yo la había visto, y disponíase a emprender la fuga. Como me supo mal que mi presencia la hubiese asustado,

le dije sosegadamente, mientras se abría paso entre las matas: — No se vaya, señorita. Soy inofensivo.

La joven vaciló, echando atrás una mirada llena de inquietud. — No se vaya — repetí. — Soy un ciudadano pacífico y de confianza. Debo confesar, no obstante, que antes de ver su cara me figuré que era usted algún bandido que intentaba atacarme.

La muchacha causóme todavía más asombro al prorrumpir repentinamente en una risa histérica, ocultándose el semblante con ambas manos. Eso me trastornó hondamente, y creo que ella lo notó, pues hizo esfuerzos para dominarse. Por fin, me miró de nuevo, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

— ¡Ay! — exclamó. — Usted pensará que estoy loca... Es que he sufrido un susto espantoso... Me atacaron dos hombres, robándome mi auto.

Me hicieron salir de la carretera, mientras ellos escapaban. ¡Dijeron que me matarían si aparecía en el camino! Yo... yo...

Y se echó a llorar desconsoladamente. Tras una pausa algo embarazosa, le pregunté en dónde vivía.

— En San Diego — contestó entre sollozos.

— ¡En San Diego! ¿Y a qué ha venido usted por estos andurriales?

— Mi hermana vive en Fairbrook. Ha estado enferma unos días. Yo la cuidaba. Esta tarde salí para volver a mi casa, en auto, y me han robado unos desalmados.

— ¿Desea usted regresar al lado de su hermana?

— ¡Ay, no! ¡No! Quiero ir a mi casa. Temo perder mi colocación. ¿No puede usted llevarme a la población cercana,

que es Oceanside? Me robaron hasta la cartera...

— La llevaré a San Diego, si eso le conviene. Yo también vivo allí.

Se sosegó así un poco y me dió las gracias con voz algo trémula.

Le di mi nombre, le dije quién era para inspirarle confianza, y ella me dijo que se llamaba María Hillis, que trabajaba en las oficinas de una compañía de seguros de San Diego y que vivía con una prima suya.

Cuando nos pusimos en marcha era noche cerrada, pero la sensación de ir acompañado hacía que el camino pareciese mucho menos apartado y solitario. Antes de referirme los detalles que le pedí acerca del atraco de que había sido víctima me pidió que no los comunicara a mi diario, pues temía que dándole publicidad al asunto sólo se lograría alarmar a los ladrones dificultándole así a ella el recobrar su coche.

Andaba, según dijo, a buena velocidad,

*Yo no pude menos que fijarme en él.*





# MISTERIO y AMOR

*intervino también el amor —, el periodista Neil Carson ampariencias que la acusaban de un asesinato*

NEIL CARSON



cuando al doblar aquel recodo, algo más abajo de en donde yo había tenido mi avería, distinguí a un hombre que yacía inerte en medio del camino, impidiendo el paso. Al parar el coche, levantóse el hombre y apareció otro de entre la espesura que hay junto a la carretera, armados ambos de largas pistolas.

— Necesitamos tu coche — le dijeron a la joven. — Apéate y no te opongas, ¿estamos? Y danos cuanto dinero lleves.

Hubo de obedecerles, pues el lugar era desierto y el miedo le impedía obrar. Los atracadores tenían prisa en marchar, lo cual la libró probablemente de ser maltratada.

— ¡Su aspecto era espantoso! — dijo. — Me produjeron una sensación de horror indeciblemente extraña. Tenía miedo de que me matasen.

Por lo visto se habían alejado en la misma dirección que seguíamos nosotros; por eso le pregunté si temía volverlos a encontrar.

— No — contestó. — Seguramente estarán ya lejos.

La descripción que de los bandidos hacía no era muy precisa, pues el espanto no le había permitido fijarse en ellos detenidamente. Sólo podía decir que eran corpulentos y de tez morena.

Al pasar a eso de las nueve delante de las luces solitarias del convento de San Luis, empezamos a subir la cuesta que conduce al litoral. Al llegar a la cumbre y divisar las iluminaciones del pueblo de Oceanside, le pregunté a la muchacha si deseaba detenerse allí unos momentos para comer algo. Consintió en ello con cierto reparo debido — me pareció — a que tenía prisa en volver a su casa.

Nos detuvimos, pues, en un bar-restaurante, donde encargué que nos preparasen algo que comer para el camino, sin necesidad de perder tiempo. Mientras estaba aguardando junto al mostrador, vi que otro coche se paraba al lado opuesto de la carretera. El que lo conducía se apeó y entró también en el bar. Yo no pude menos que fijarme en él, sorprendido por su pésima catadura de hampón.

— ¡Vamos, chica! — dijo en voz áspera a la muchacha que servía. — Llevo mucha prisa.

Cogí las provisiones y las metí en mi coche, que estaba parado un poco más allá de la esquina de la casa. Al ver a la muchacha acurrucada en el suelo del auto como si quisiera esconderse de alguien, me dieron ganas de llamarla, pero me refrené a tiempo y subí al coche sin decir palabra.

No sé por qué tuve en aquel momento la sensación, o mejor dicho, el presentimiento de que aquel individuo del bar era uno de los bandidos que habían atracado a la muchacha que yo acompañaba a San Diego.

— No se mueva — susurré. — Voy a seguir un poco adelante, daré vuelta y luego les seguiremos. ¿No es ése uno de los atracadores?

— Sí — respondió en voz apenas perceptible.

Más allá de la manzana de casas detuve el auto al lado de otros dos coches junto a una farmacia. María Hillis salió de su escondite y se volvió a sentar.

— ¿Qué número lleva su coche? — le pregunté.

Lo apunté. Llamé a un hombre que vi de pie en el umbral de la tienda y le entregué el número.

— Oiga — dije sin perder tiempo en preámbulos. — Llame inmediatamente a un agente ciclista y dígame que siga el auto que lleva este número. Está parado al otro lado de la calle, frente al bar. Van en él dos individuos corpulentos, de aspecto



— ¡Vamos, chica! Llevo mucha prisa.



sospechoso, que probablemente se dirigirán al norte. El coche le ha sido robado a esta joven y vamos a intentar no perderlo de vista hasta que el policía esté sobre la pista... ¿Puedo confiar en que se ocupará usted del asunto inmediatamente?

El desconocido hizo con la cabeza una señal afirmativa. Mientras dá-



*...viendo dormida en aquel aposento, reclinada en mi sillón, a la protagonista de la aventura.*

bamos la vuelta. Vi que el otro automóvil se ponía en marcha pero más rápido que el nuestro, estaba ya a buena distancia por la carretera cuando nuestra velocidad resultó insuficiente para no perderlo de vista. Desaparecieron en seguida delante de unos automóviles más lentos. Por más que puse mi coche a toda marcha, no pudimos alcanzarles, renunciando finalmente a la persecución, pues me hacía cargo de que antes que nada era preciso llevar a su casa a la atribulada joven.

No sé si en definitiva algún agente de policía persiguió al coche en que iban los bandidos. El caso fué que no lo encontramos en la carretera, ni a la ida ni a la vuelta, y que nada pude averiguar, al día siguiente, cuando telefoneé a la delegación de policía de Oceanside.

Por la mañana fui muy temprano a la oficina, aunque era domingo. Había proyectado mi plan periodístico, mediante el cual podría complacer a mis varios corresponsales en las poblaciones apartadas. La lista de dichos corresponsales iba encabezada por Forrest, de La Solla, muchacho joven, emprendedor, de inteligencia y sagacidad. Luego venía Bundy, joven también que residía en el tranquilo pueblo de Fairbrook y recogía las noticias de interés local que se difundían por el valle. Era tan despejado, que merecía se le trasladase a un puesto de más importancia.

Fué Bundy quien aquella mañana vino a perturbarme en mis ocupaciones con una llamada de teléfono para comunicarme, en forma breve, pero con tono que revelaba su entusiasmo, que tenía una noticia «estruand», la cual seguidamente me refirió en un estilo animado.

Ricardo Atkinson, el ingeniero de la Compañía de aguas del pantano de Daly, había sido hallado muerto, de un tiro, en la sala de bombas, a eso de las diez. Nadie había oído el disparo, pues el lugar era apartado y estaba a gran distancia de la carretera.

No cabía sospechar del guardián, porque el conductor del camión en que había venido de la población cercana le había acompañado hasta el interior del edificio para recoger unas tuberías que debían llevarse a la ciudad. Los dos habían descubierto a Atkinson tendido cerca de la maquinaria con una herida de bala en el lado izquierdo de la espalda, y por los detalles observados hacía varias horas ya que estaba muerto.

Hasta entonces el único indicio habíalo proporcionado inconscientemente la señora Atkinson, quien el sábado por la noche telefoneó a una vecina para que viniese a ayudarla, pues se hallaba enferma, y su hermana se había ido de pronto, abandonándola mientras dormía, después de haberle dado algún narcótico con objeto de sumirla en un profundo sueño para que no advirtiera que se disponía a desaparecer.

¿Que cómo se llamaba la hermana? Pues Hillis, María Hillis, una muchacha al parecer simpática. Todos los vecinos decían que en aquella casa había habido riñas, de las que la señora Atkinson no quería hablar. Esta sentía hacia su hermana cierto rencor, si bien desde que supo la noticia de la muerte de su esposo habíase negado a decir palabra, y permanecía en cama llorando.

Quise reflexionar, pero no pude. ¿Qué había hecho yo? Al amparar a una muchacha en apariencia sola e indefensa, ¿habría ayudado y encubierto sin saberlo a una criminal? Mi mente negábase a creerlo, y sin embargo, mi extraño encuentro con María Hillis, lo raro del caso que me había referido, su estado de nerviosidad y su negativa terminante al preguntarle si deseaba regresar al lado de su hermana eran circunstancias que me infundían duda y desasosiego.

Mientras seguía hablando Bundy, traté de tomar una resolución. Como domingo, no era necesario que publicásemos noticias de poca importancia. Podía aplazarse hasta el día siguiente, lunes, la publicación del crimen de Fairbrook, contando con que no averiguarían nada los demás periódicos. ¡Pero ésa era una suposición absurda! La noticia, con seguridad, acabaría por difundirse, pero lo que yo me proponía era referir el caso a mi manera, hacer que recayesen las sospechas en un individuo corpulento, de tez oscura, que había sido visto, la noche antes, en las cercanías de Fairbrook. Fuera o no culpable, era preciso que la chica tuviese una posibilidad de justificación, lo cual no sucedería si se publicaba la noticia en la misma forma que me la había transmitido Bundy.

Le dije que se abstuviera de todo comentario sobre las circunstancias en que había sido ejecutado el crimen, añadiendo que había visto, la noche anterior, al salir de Fairbrook, a un individuo sospechoso, sin decir exactamente dónde. Aquella así mi conciencia recordando al tipo de aspecto repulsivo encontrado en el bar-restaurante de Oceanside.

Al surgir en mi mente el recuerdo de aquel incidente, se reavivó mi fe — ya algo vacilante — en la joven en cuestión. Debía de haberme dicho la verdad, o bien era una comedianta y una criminal astuta y consumada. Además, ¿qué motivos podía tener para esconderse de aquellos hombres, para incitarme a perseguirlos, en loca carrera, si no era cierto lo que me había referido?

Terminada mi conversación con Bundy me presenté al jefe.

(Continúa en la página 91)



# DELITOS *Tragicómicos*

## ENSAÑAMIENTO

Zaragoza. — En la calle de Peromarta riñeron Luisa Muniero, francesa, y Magdalena Vilaure, catalana.

Después de frases fuertes, terminaron a golpes, resultando Luisa con desperfectos en su vestido, que valora en veinticinco pesetas.

(Heraldo de Aragón, Zaragoza.)

Alguien dirá que esta noticia no tiene importancia. Una mujer de aquí y otra de allá que riñen y ésta que le rompe a aquélla el vestido. Pero ¡ah!, piensen ustedes que Luisa es francesa y que los daños que Magdalena le ha inferido significan para ella un gasto. El dolor no le ha impedido hacer un cálculo rápido y justo: veinticinco pesetas de modista. Realmente, Magdalena podía haberse conformado con arrancarle una oreja, o las dos si tan furiosa estaba, pues estos desperfectos se reparan gratuitamente en la casa de socorro del distrito.



## LOS JUSTICIEROS

Valladolid. — En el Hospital provincial ha sido asistida Dominica Busnadio, de 23 años, con domicilio en Renedo, 16, de una herida contusa en la región parieto-occipital derecha, de pronóstico reservado.

Dicha lesión se la produjo en su domicilio Ricardo Escribano, de 26 años, a causa de resentimientos anteriores.

La agresión ocurrió en el momento de hallarse la lesionada riñendo con Felipe de la Iglesia, con quien vive el agresor.

(El Norte de Castilla, Valladolid.)

Es natural. ¿Cómo va a consentir un Escribano que se ofenda en su presencia a la Iglesia?



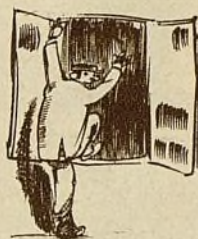
## BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN EL SUEÑO PROFUNDO:

Santander. — Anoche penetraron ladrones en el chalet del vecino de Torrelavega, don Sixto Serrano, llevándose ropas y efectos.

Además entraron en la habitación donde dormía el dueño y de una americana que tenía colgada de la cama cogieron la cartera, extrajeron dos billetes de 50 pesetas que había en ella y dejándolo todo como estaba se marcharon tranquilamente.

(La Voz de Aragón, Zaragoza.)

Tal vez a estas horas se estará lamentando don Sixto de tener el sueño tan pesado, pero sin duda no ha reflexionado bien. Piense en lo que habrían hecho los audaces intrusos si él se despierta y empieza a dar voces. Así, en cambio, todo se arregló con veinte durillos y un fardo de ropa y otros efectos. Bien vale este lote la integridad de una persona. Es una razón de peso para que a don Sixto no le pese tener el sueño tan pesado.



## UN CONFLICTO

Málaga. — María Pérez García, de 76 años, habitante en calle de la Jara, 30, ha dado cuenta de que en ocasión de hallarse en el Mercado de Alfonso XIII se le acercó un individuo desconocido, sustrayéndole nueve décimos de la lotería, correspondiente al sorteo próximo, del núm 17.498.

(La Unión Mercantil, Málaga.)

En menudo conflicto se va a ver ahora el sustractor. No se atreverá a ofrecer a nadie los décimos, después de haber publicado el número la prensa. Si no toca, María Pérez se evitará el disgusto mayúsculo que puede suponerse y lo recibirá, en cambio, el desdichado ladrón, que, al fin de cuentas, no habrá sacado absolutamente nada del robo. Y si toca, ese pobre hombre se va a volver loco al ver que no puede cobrarlos. De ésta se hace persona honrada.

## IMPRUDENCIA MATEMATICA

Madrid. — Manuel Hernández Rodríguez, domiciliado en la calle del Marqués de Santa Ana, número 27, ha presentado una denuncia, por amenazas de muerte, contra un convecino suyo, que en la citada calle le amenazó con un revólver, diciéndole que le iba a meter en la cabeza, justas y cabales, las cinco cápsulas del arma.

(Informaciones, Madrid.)

He aquí un caso en que las matemáticas sólo sirven para enredar las cosas. Si el vecino le dice a Manuel: «A usted le voy a pegar un tiro», es casi seguro que el amenazado se habría contentado con responder: «Eso ya lo veremos». Pero precisar que van a ser cinco los balazos y, sobre todo, añadir: «justos y cabales», demuestra una fría crueldad, capaz de poner el alma en un hilo al más pintado. ¿Conque «justos y cabales»? Eso ni es

justo ni se le puede ocurrir a persona alguna que presuma de estar en sus cabales.



## UN CASO DE INCONSECUENCIA

Barcelona. — En el Dispensario de Hostafranchs fué auxiliado José Cuesta, de treinta y dos años, por presentar la fractura de los nasales y contusión, con hematoma, del ojo derecho, de pronóstico reservado, causadas en la calle de Consejo de Ciento, por un chofer, al decirle aquél que moderase la marcha del coche y bajar éste del mismo, dándole unos cuantos porrazos.

(Hoja Oficial, Barcelona.)

Hay que ser consecuentes. Si el automóvil es una máquina que sirve para ir de prisa, lo mismo de un punto a otro de la tierra, que de la tierra al cielo o de la tierra al infierno, ¿por qué no ha de servir para lo mismo el chofer? José Cuesta ha pagado cara su inconsecuencia. Y sabe lo que cuesta oponerse a la libre circulación.



## UNA PLANCHA DE 5,000 KILOS

Bilbao. — En la oficina de la Sociedad Anónima «Ferrovías Siderúrgica», sita en la calle de Lersundi, 22, planta baja, entraron ladrones la noche pasada, llevándose una caja de caudales. La caja sólo contenía unas pesetas, porque al cerrar la oficina se había retirado una respetable suma.

(La Vanguardia, Barcelona.)

Otros ladrones infortunados. Verdaderamente, se está poniendo muy mal el oficio. Después de haber transportado cuatro o cinco mil kilos de peso, se encontrarían con que no llegaban a peseta al hacer el reparto. En cambio, ahora, cuando se encuentre la caja, los que la transporten a «Ferrovías Siderúrgica» pedirán la ayuda de un camión y se ganaron sus buenas cinco pesetas cada uno. Como los cacos no se sindiquen están perdidos.



# DESCUBIERTOS por la

*Es la Meldwesen — gigantesca organización de la policía alemana — un verdadero mecanismo que, extendiendo sus invisibles tentáculos por todos los ámbitos de Alemania, captura siempre al criminal a quien persigue.*

*Una visita a la habitación del mayordomo le permitió cerciorarse de que el pobre hombre se hallaba en casa*



**L**A presente historia no, por ser extraña y asombrosa e incluso menos verdadera. El criminal es en ella el traidor de drama. Los demás seres humanos son personajes de segunda categoría. Y el héroe, el personaje principal, es una máquina: la «Meldwesen». En ella se verifica, pues, el milagro paradójico del hombre perseguido y derrotado por sus propias creaciones, visión de un futuro probablemente no lejano...

De leer yo esta historia, en vez de referirla por escrito, me imaginaria estar entre máquinas de ruidosos émbolos, de zumbadoras ruedas y de complicados engranajes, como escenario adecuado a su desarrollo.

Conciba el lector, si puede, un sistema gigantesco y mecánico que cubre una manzana entera de edificios, compuesto de millones y millones de piezas, algunas de ellas tan delicadas como las de un reloj suizo y otras, en cambio, tan enormes y macizas, como las de un palacio de titanes. Todo aquel mecanismo funciona con la suave precisión de un cronómetro eléctrico de observatorio, sensible como una célula de selenio y dotado de la enorme fuerza de un rodillo de vapor. Tal es, en

cierto modo, la «Meldwesen», terror de los criminales alemanes.

La parte principal de esta máquina es un índice de fichas que ocupa la mayor parte de la manzana de casas de que he hablado, es decir, que consta de una colección de archivadores de acero que llenaría unas doscientas habitaciones de regular tamaño. Es imposible decir con exactitud cuántas fichas hay allí, pero todo hombre, mujer o niño de Alemania, lo mismo que numerosos extranjeros, están registrados, y si se tiene en cuenta que la población de Alemania alcanza casi los sesenta millones, se podrá tener una idea de las gigantescas proporciones de aquel índice.

Las tarjetas están dispuestas científicamente para que sirvan de referencia y de contra referencia. El buen orden y el manejo de este sistema requiere a unos cuatrocientos empleados. El elemento humano, o sean los empleados, policías y detectives, no son más que las levas de esta máquina; de ellos ha desaparecido toda expresión de individualidad, para convertirse en hombres casi mecánicos, a los que numerosas reglas precisas regulan los pasos, las palabras y hasta los mismos pensamientos. Además, todos ellos han servido varios años en el ejército alemán.

Aquellos archivos contienen el registro de la vida y costumbres de todos los habitantes de la nación, tanto de las personas honradas como de los criminales. Asimismo existe un complicado índice de todos los extranjeros que, en una u otra ocasión, han visitado Alemania, y otro igualmente complicado de los criminales peligrosos de otras naciones que no hayan estado nunca allí y... que mejor es que no vayan, porque la «Meldwesen» nunca se equivoca.

Jacobo Holz, por ejemplo, puede ser un honrado carnicero alemán, de cuarenta años, sin nada particular en su vida. Sin embargo, la «Meldwesen» conoce la fecha y lugar de su nacimiento, el nombre de sus padres, hermanos y hermanas, dónde y cuándo nacieron. Conoce la religión de Jacobo, la iglesia en que fué bautizado y el presbítero que ofició. Sabe a qué escuelas asistió, dónde y cuándo; en qué estudio se distinguió, y así sucesivamente. Ha registrado los distintos viajes que ha hecho, la época, los lugares visitados y hasta los hoteles y las casas en que se alojó. Está enterada de los negocios que ha tenido hasta una fecha muy reciente. En fin, es muy poco lo que ignora la «Meldwesen», con respecto a los ciudadanos honrados y mucho menos aún cuando se refiere a los criminales.

**E**L milnario Jacobo von Gortner no pensaba en máquina alguna cuando aquella noche brumosa de invierno despidió su coche y subió las escaleras de mármol de su lujosa mansión. En realidad, estaba pensando en la ópera y más concretamente



# MAQUINA de IDENTIFICAR

por

WILBERT WADLEIGH



*Gerardo estaba tendido en la cama, atado y amordazado..., tal vez muerto.*

en Wágner, al terminar una de las más inspiradas representaciones que se han dado en los tiempos modernos de *El buque fantasma*; así, pues, muy satisfecho y silbando la *Balada de Senta*, entró en la casa y encendió la luz eléctrica. Pero en cuanto sus ojos presenciaron la escena que se ofrecía a ellos dejó de silbar y dió un respingo de horror y de incredulidad.

Esparcidos por el suelo de la sala había numerosos papeles, *bi-belots* y otros efectos personales de von Gortner. Los cajones estaban abiertos; habían desaparecido de las paredes algunos cuadros de gran valor, lo mismo que varios jarrones esmaltados, tapicerías, vajillas de plata y oro y hasta algunas alfombras. Habíanle robado de un modo completo y a la vez experto.

Las emociones que una tras otra experimentó von Gortner no tienen palabras con que explicarse, sobre todo siendo como era uno de los principales coleccionistas de arte de Europa entera; además, su casa estaba guardada por un complicado aparato de alarma, por una patrulla especial de policía y por dos criados que pertenecieron al ejército.

— ¡Gerardo! ¡Federico! — exclamó.

No recibió respuesta alguna. Fué de una a otra habitación, llamando a los criados y sintiendo crecer su ira y su indignación a medida que iba notando la falta de otros objetos de valor. En la biblioteca vió abierta por una explosión su pequeña caja de caudales, de la cual faltaban unos catorce mil marcos y una valiosa colección de sellos.

— ¡Federico! — rugió de nuevo. — ¡Gerardo!

Había dado permiso de salida al cocinero y a la doncella, pero encargó a su mayordomo y a su ayuda de cámara que se quedaran en casa. ¿Habrían salido también contra sus mandatos? Pero una visita a la habitación del mayordomo le permitió cerciorarse de que el pobre hombre se hallaba en casa. Gerardo estaba tendido en la cama, atado y amordazado..., tal vez muerto, porque cuantos esfuerzos hizo para que recobrara el sentido fueron inútiles por completo.

También el criado Federico estaba en su habitación, atado y amordazado del mismo modo. Von Gortner sintió en ambas habitaciones un olor peculiar que al pronto no reconoció, pero al quitar la mordaza a su criado le recordó su estancia en la clínica cuando se hizo operar.

— ¡Eter! — exclamó disgustado y casi mareado por las emanaciones.

Echó a correr escaleras abajo, en dirección a la devastada sala para telefonear al cuartelillo de policía, y aquí creció su indignación al ver que el aparato telefónico estaba estropeado.

Al salir a la calle encontró al agente Stein que daba la vuelta a la esquina, precisamente cuando él mismo empezaba a gritar y gesticular como un loco.

Cuarenta segundos después el telefonista de la Central de Policía de Berlín recibió la llamada telefónica de un cuartelillo, escuchó el relato del agente Stein y le puso en comunicación con el teniente Pederman. Este oprimió dos timbres eléctricos, habló brevemente por medio de un pequeño transmisor que tenía sobre la mesa, miró el reloj de la pared y tomó algunas notas en un block.

Tres minutos después un automóvil de la policía daba la vuelta a la acera y se detenía ante la Jefatura, y como si al pararse el coche hubieran sido soltados por un muelle, el teniente Pederman, que más bien parecía una máquina, y otros cinco individuos semejantes a él salieron del edificio, avanzaron en formación y subieron al automóvil.

A los pocos minutos el vehículo de la policía se detuvo ante la residencia de von Gortner. Salieron aquellos hombres-máquinas, formaron con la mayor corrección y avanzaron hacia la casa.

Una vez dentro, cada uno de ellos se dedicó a determinada tarea y colectivamente hicieron las mismas cosas que los detectives suelen realizar en semejantes circunstancias, es decir, buscaron huellas digitales, tomaron notas e inventarios, hicieron fotografías y así sucesivamente.

El señor von Gortner fué sometido a un interrogatorio lo mismo que los dos criados en cuanto hubieron recobrado le



sentido. Pero no pudieron dar ninguna luz acerca de la situación. El agente Stein y un guardián especial atestiguaron que no habían observado nada anormal en lo que iba de noche. Los reglamentos de la policía alemana son muy severos, pues obligan a los agentes a dar cuenta de las cosas más insignificantes que puedan ocurrir y se aparten de lo corriente, como, por ejemplo, que un hombre ande por el centro de la calle o que un lechero no dé la medida exacta de su mercancía. Pero, sí, Stein recordó haber visto cómo uno de los camiones municipales de riego se metía por la avenida que existía en la parte posterior de la mansión del señor von Gortner. Mas era preciso tener en cuenta que allí había una boca de riego en la que aquellos camiones se proveían de agua con frecuencia. Por otra parte, estuvo allí muy poco rato.

¿Qué número llevaba el vehículo? El agente contestó que a causa de la niebla no pudo verlo, aunque le constaba que era uno de los camiones de la brigada de riegos del Ayuntamiento.

Una investigación permitió descubrir las débiles huellas de los neumáticos en la avenida, lo cual confirmaba la afirmación del agente Stein, y en el acto se mandó orden a todos los cuartelillos de policía de la ciudad para que detuviesen aquel autocubo.

Los ladrones entraron en la casa por una ventanita de la planta baja. Aplicaron unas tiras de tafetán al cristal inferior de la ventana, inmediato a la falleba, luego lo cortaron con un diamante, abrieron la ventana y con la mayor habilidad cortaron el alambre del aparato de alarma. Allí había algunas huellas digitales bastante curiosas, pues, en realidad, eran unos arcos elípticos marcados en el cristal y que, al parecer, indicaban que el ladrón se había untado los dedos con colodión. No había surcos papilares ni indicio alguno de que las manos estuviesen enguantadas, y de no haber sido por la niebla ni siquiera habrían quedado marcadas, porque el colodión cierra por completo los poros de la piel. Dentro de la casa no se encontraron marcas ni huellas similares.

En el sótano hallaron los marcos de los cuadros, cuyas telas fueron cortadas. También los ladrones dejaron allí una alfombra bastante grande, que, sin duda, consideraron embarazosa por su volumen.

La salida se realizó por la puerta del sótano, que tan sólo estaba protegida por una barra de acero en la parte interior y era, por consiguiente, fácil de abrir.

El examen de la policía fué muy completo. Hicieron una lista de los objetos robados. Tomaron fotografías de cada una de las habitaciones, buscaron huellas digitales, partículas de arcilla o de barro y otros detalles por el estilo. Pero los ladrones — pues se creía que entraron dos y que otro, por lo menos, se quedó fuera vigilando — procedieron con la mayor astucia y dejaron la menor cantidad posible de rastros comprometedores.

Sin embargo, se observó un hecho significativo con respecto a la caja de caudales. Según el dictamen de un experto, la abrieron los ladrones por medio del tacto, es decir, gracias a la hábil manipulación del disco de letras. Se apoderaron de su contenido, cerraron de nuevo la caja y la destrozaron por una explosión de nitroglicerina.

En la cocina se observó otro detalle interesante: había en el linóleo un punto húmedo que despedía un débil olor de vinagre. Una investigación probó que alguien tomó un frasco de encurtidos del armario, hizo uso de una parte de su contenido y luego dejó caer el frasco, tal vez sin querer. Y el resto fué arrojado al cubo de la basura.

Los criados fueron atados por medio de cuerdas ordinarias de algodón; las vendas para los ojos eran trozos cuadrados de tela blanca y las mordazas de muselina del mismo color, al parecer saturadas de éter.

Una impresión digital, la única que parecía dar alguna esperanza, se encontró sobrepuesta a otras del mismo von Gortner en la tapa de una caja de laca para cigarros que había en la mesa de la biblioteca. El perito que examinó y fotografió aquella huella lo hizo con gran cuidado y terminó examinán-

dola con el microscopio, gracias al cual descubrió una partícula de cierta substancia viscosa en el borde de la impresión digital.

El continente de dicha huella fué cuidadosamente envuelto y sellado en papel parafinado. Escribieron encima algunas inscripciones y el conjunto se envió en un saco negro al químico de la policía. Las huellas del neumático, que eran muy débiles a causa de la condensación de la niebla, fueron examinadas y medidas con el mayor cuidado. También se revisaron los alambres telefónicos del exterior de la casa, los cuales estaban cortados, y se vió que faltaba un trozo regular.

En la avenida y cerca a la puerta que a ella daba se encontró un solo guante de seda ya usado.

**E**N la Jefatura de Policía un operador recibió estos y otros detalles, cifrados en una clave especial. El parte empezaba como sigue: Tipo de robo, número 11 BK, subclasificación 6 R; modo de entrada 21 AF, tafetán; método de abrir la caja 17 E, pero en apariencia como 4 KL, nitroglicerina...

Y así sucesivamente, en el único lenguaje que los detectives mecánicos de la «Meldwesen» alemana podían entender. Incluso el hallazgo del guante y el hecho de que se hubiese retirado el frasco de encurtidos del armario de la cocina estaba expresado con los símbolos apropiados.

A medida que el telefonista de la Jefatura recibía estos detalles los iba repitiendo verbalmente a un transmisor conectado por medio de un cuadro distribuidor con ciertas habitaciones del edificio, al mismo tiempo que otro agente los transmitía por telégrafo de acuerdo con una clave especial, con lo cual se pusieron en funcionamiento centenares de repetidores telegráficos, instalados en las estaciones de policía de todo el país.

La mayor parte de los empleados de la enorme «Meldwesen» estaban entonces acostados, porque corrían las primeras horas de la mañana; pero la guardia nocturna estaba en sus puestos ante innumerables filas de armarios de acero, cuando el empleado principal empezó a recibir los centenares de símbolos que hemos mencionado y con ellos comenzó a alimentar al monstruo mecánico.

Aquellos empleados, casi todos provistos de gafas, abrieron varios cajones, eligieron algunas fichas y las mandaron a la oficina central. El tipo de robo, según clasificaban los símbolos, tenía por objeto apo-

derarse de obras de arte, así como de otras cosas valiosas, aunque no fuesen artísticas. El robo había sido cometido en grande escala, con rápida habilidad, por unos ladrones que ataron, vendaron de ojos, amordazaron y anestesiaron a los guardianes de la vivienda.

Tan sólo el modo de entrada poseía siete unidades de comparación; la apertura de la caja de caudales, diecisiete, y cada detalle separado se relacionaba íntimamente con todos los demás. La enorme máquina estaba ajustando un intrincado rompecabezas que, una vez completo, descubriría los nombres y el paradero aproximado de los culpables.

Por fortuna no había muchos criminales especializados en el robo de objetos raros de arte, y aquel «trabajo» era, sin duda alguna, obra de hombres muy experimentados. Además, había que tener en cuenta que dos días antes hubo en Leipzig un caso semejante y otro parecido el día anterior en Wurttemberg. Aquellos tres casos se caracterizaron por un método sensiblemente parecido.

Entre tanto, los peritos habían encontrado nuevos detalles en el robo de la casa de von Gortner que transmitieron rápidamente a la «Meldwesen».

Uno de los ladrones, por lo menos, se había cubierto las yemas de los dedos con colodión a fin de llenar los surcos dactilares; pero aun tal impresión deja cierta huella. Incluso los dedos enguantados, cuando rozan determinados objetos, dejan desprenderse ciertas partículas del material de que están compuestos. En aquella ocasión no se descubrieron restos de los guantes y, en cambio, se encontró un guante de seda.

Como el éter disuelve el colodión, era posible que el ladrón

**A**BRIERON primero la caja, manipulando hábilmente el disco de letras, extrajeron las cosas de valor y luego hicieron estallar los explosivos que colocaron dentro de la caja.

En una palabra, que realizaron un "robo falsificado".



que aplicase el anestésico llevara guantes de goma y no de seda. Por el contrario, había pruebas de que el hombre que vació el jarro de encurtidos llevó tal guante o guantes, pues se lo cortó con un fragmento del vidrio y dejó una partícula muy pequeña de goma en uno de los trozos a que se redujo el frasco. Los guantes de goma resbalan con facilidad, especialmente si se humedecen en el líquido ácido en que se conservan los encurtidos, de modo que no era de extrañar que al ladrón se le cayese el frasco.

Así, pues, uno de aquellos desconocidos llevaba guantes de goma y el otro tan sólo tenía los dedos cubiertos por una capa protectora de colodión.

A pesar de eso se encontró una huella digital muy clara en la caja de laca. Y diez minutos después que el perito de la policía hubo clasificado su configuración, la «Meldwesen» descubrió que pertenecía al índice de la mano derecha de Jules Lamont, hábil ladrón francés, especializado en robar objetos de arte.

Pero se daba el caso raro de que Jules Lamont había sido muerto aquella misma noche en uno de los barrios bajos de París.

En vista de eso, se llegó a la conclusión de aquella impresión digital había sido falsificada. Entonces la «Meldwesen» ordenó descubrir el procedimiento empleado, segura de que en cuanto lo supiera podría averiguar quién fué el falsificador.

Existía aquella pequeña partícula de substancia viscosa que el perito descubrió en un extremo de la huella digital antes de mandar la caja de laca al químico de la Jefatura. Este no tardó en dar cuenta de que era gelatina cromada.

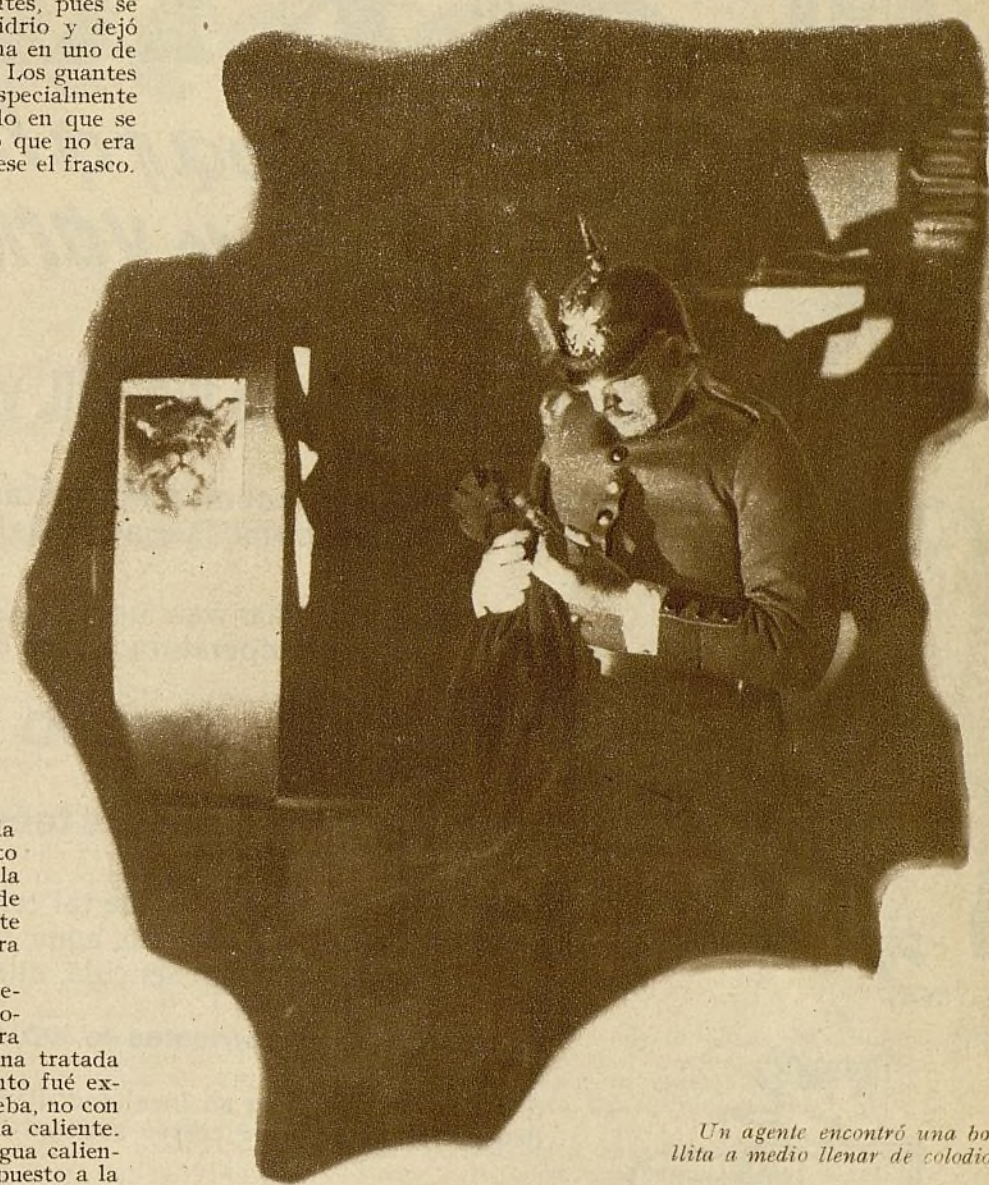
El falsificador obtuvo una impresión verdadera de Lamont y la fotografió. La negativa fué unida a otra placa que tenía una capa de gelatina tratada con bicromato de potasa. El conjunto fué expuesto a la luz y se desarrolló la prueba, no con la solución corriente, sino con agua caliente. La gelatina cromada es soluble en agua caliente, siempre y cuando no se haya expuesto a la luz; por consiguiente, todas las partes de la negativa, a excepción de la misma imagen, eran negras u opacas y la luz tan sólo pudo pasar a través de la imagen en cuestión. Luego, sumergiendo la placa gelatinizada en agua caliente, todo desapareció a excepción de los surcos de la huella digital, que quedaron en relieve como un sello de caucho.

Y así es como se usó. Y, tal vez, el ladrón se lo pasó antes por el cabello para darle una ligera capa de grasa.

Por consiguiente se trataba de dos ladrones tipo 11 bk, s. c. 6 R», uno de los cuales había llevado guantes de goma y el otro tenía los dedos untados de colodión para dejar impresa una huella digital falsificada de otro criminal que se dedicaba a robos parecidos. Los registros de la «Meldwesen» revelaron que el sistema de Jules Lamont para entrar en las casas era parecido al empleado en casa de von Gortner.

Si Lamont tenía ocasión de abrir una caja de caudales, lo cual no era corriente, empleaba la nitroglicerina, pero de un modo completamente distinto que los ladrones de von Gortner. Estos, según averiguaron los peritos de la policía, después de examinar la esfera y los tambores, y a juzgar por la violencia que la explosión ejerciera en el metal del arca y por otros detalles, abrieron primero la caja, manipulando hábilmente el disco de letras, extrajeron las cosas de valor y luego hicieron estallar los explosivos que colocaron dentro de la caja.

En una palabra, que realizaron un robo falsificado, puesto que fingieron todo el sistema empleado, incluso el éter, del cual se valió en dos ocasiones Lamont para narcotizar a las personas inocentes que encontró en la casa.



Un agente encontró una botellita a medio llenar de colodión.

AUNQUE ya era más de medianoche, la policía continuó siguiendo la pista al automóvil de riego, preparando trampas para encontrar los objetos robados y atando cabos en general. Después de interrogar a von Gortner y a sus criados, procedieron a visitar y a interrogar a los amigos y parientes.

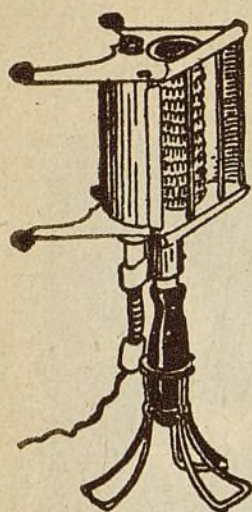
Innumerables fichas del inmenso depósito se iban reuniendo en el escritorio del jefe, donde eran inmediatamente elegidas y comparadas. Algunas de ellas quedaban eliminadas y otras eran enviadas al archivo para pedir referencias complementarias, lo cual era motivo de que apareciesen más fichas.

Cuando hace algún *raid* o trata de encontrar a un criminal entre determinado número de ciudadanos normales, la máquina de la policía alemana se apodera de todos y los examina uno a uno. Es un hecho corriente que los inocentes — tanto si han presenciado un caso cualquiera como si no saben nada de él — se vean detenidos hasta que se pone en claro el objeto perseguido por la policía; pero a nadie le parece esto una cosa extraordinaria porque, en realidad, no hay otra alternativa. Además, el resultado práctico de todo esto es que cada una de las personas detenidas proporciona nuevos detalles al archivo.

Mientras los empleados mecánicos continuaban tamizando los símbolos correspondientes al robo contra von Gortner, el jefe de la oficina llamaba apresuradamente a sus superiores para examinar los montones de tarjetas acumuladas en su mesa.

(Continúa en la página 94.)





Estufa

# DIXRAM

*Aparato eléctrico de varios usos*

**¡Gran éxito! ¡Más de DOS MIL vendidos en un mes!**

Sirve para freír, cocer, asar, tostar, calentar la plancha y las tenacillas, como secador del pelo y como estufa

Consume de 350 a 400 wats hora (de 25 a 30 céntimos) y alcanza la temperatura útil en 6 a 8 segundos.

**PRACTICO :: CÓMODO :: MANEJABLE**

**Construído para todas las tensiones y corrientes**

La resistencia de este aparato es de tal calidad, que no se estropea ni sumergiéndolo completamente en agua fría. Cuando conviene cambiarla, es de construcción tan sencilla, que hasta un niño sabe hacerlo.

Lo servimos para corrientes de 100, 110, 120, 125, 150 y 220 voltios

Si no lo encuentra en su localidad, llene el boletín que va al pie, mándenlo y a vuelta de correo recibirá el aparato del voltaje que desee.

Aparato completo, a punto de funcionar .....	25 ptas.
Trípode y cordón con enchufes .....	2 »

En Barcelona se vende en los principales establecimientos del ramo, en el Palacio de Comunicaciones de la Exposición de Barcelona (Stand n.º 404 bis) y en casa del representante exclusivo para España, Portugal y Norte de África.

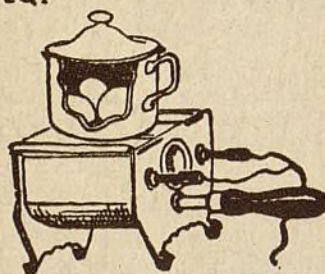
**CARLOS F. DE LA REGUERA**

Aribau, 130, pral., 2.ª :-: Teléfono 72923

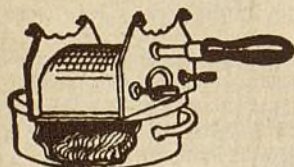
**BARCELONA**



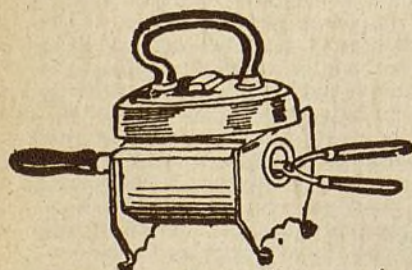
Para secar el pelo



Guisar



Asar



Calentar tenacillas y planchas

BOLETIN a recortar y enviar a Carlos F. de la Reguera, Aribau, 130, pral., 2.ª

D. ....  
 Calle ..... N.º .....  
 Población .....  
 Desea recibir ..... aparatos DIXRAM para corriente  
 de ..... voltios, cuyo importe Ptas. .... envía por giro postal.  
 Fecha .....



# La picota

**Un infamante suplicio de la Edad Media que todavía subsiste en pleno siglo XX**

**Q**UIEN haya viajado a través de las áridas mesetas castellanas habrá observado que, en lugar más o menos apartado de la entrada de algunas de sus villas y ciudades, se alza una columna de piedra, llamada vulgarmente *picota*.

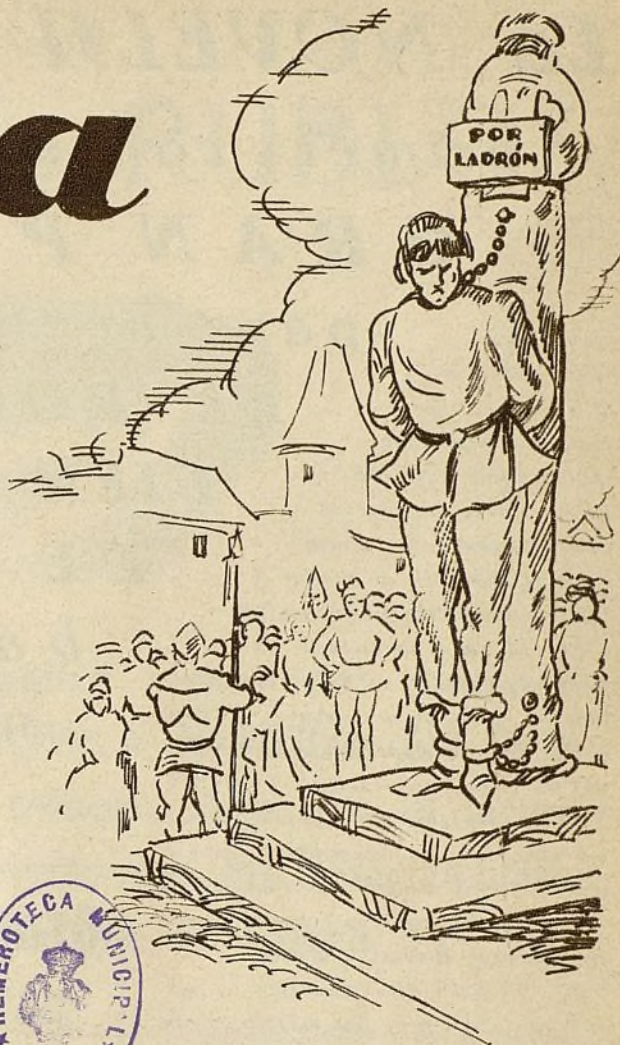
Estos pilares, muy frecuentes en todos los Estados que durante la Edad Media vivieron sometidos al régimen feudal, fueron en España peculiares de Castilla y, según cuentan las tradiciones populares, señalan el sitio donde se aplicaban a los delincuentes las severas leyes penales que regían en los tiempos medievales.

La picota, nombre que, procedente de la parte puntiaguda o pico del pilar, se aplicó por extensión a todo el monumento, constituía generalmente una sencilla columna de piedra rematada por una capillita o galería de columnas y asentada sobre una gradería; pero, según fuera la mayor o menor riqueza del pueblo, se recargaba con escudos y adornos heráldicos, llegando algunas a ser, como la famosa picota de Villalón, verdaderas obras de arte.

Además de su función general indicadora del lugar donde se administraba justicia, la picota se destinaba a servicios diferentes. En su parte superior tenía unas argollas salientes o garfios destinados a colgar los cuerpos de los criminales ejecutados o a exponer sus cabezas o sus miembros. Tristemente célebre es la picota de Villalar por haber sido expuestas en ella las cabezas de Padilla, Bravo y Maldonado, los nobles y heroicos cabecillas de los comuneros de Castilla. Y sin dejar nunca de ser usada para este fin, el principal objeto de la picota fué el de exponer a la vergüenza pública a los condenados a la pena capital antes de ser ejecutados, lo mismo que a ciertos reos de delitos menos graves, como falso testimonio, falsificación, hurto, etc.

Respondía esta costumbre a la tendencia, tan arraigada en aquellos tiempos, de hacer públicos los castigos y ejecuciones, para que su vista sirviese de ejemplar escarmiento a la multitud; por ello se elegían los días de mercado o de feria para exponer a los malhechores en la picota. Un cartel colocado sobre la cabeza del condenado precisaba los motivos del castigo, y durante las dos o más horas que duraba la pública exhibición, el pueblo — poseído de la insana curiosidad que despiertan estos espectáculos monstruosos — acudía a contemplar al reo, al cual insultaba con frases burlonas y palabras mortificantes, gozando y ensañándose en sus sufrimientos, pues si era grave el delito cometido, frecuentemente se sujetaba al condenado en incómoda postura y, a veces, con una mano clavada en el tétrico pilar.

Al abolirse, con la implantación de los modernos sistemas penitenciarios, las penas corporales, desapareció de Europa el uso de este instrumento que caracteriza la justicia medieval, bárbara y primitiva en sus procedimientos y sangrienta e inhumana en la aplicación de las penas.



Únicamente subsiste hoy la picota como instrumento de muerte en algunas naciones atrasadas de Asia y Africa, en China principalmente, donde ha venido aplicándose con espantosa frecuencia durante la agitada situación creada por las discordias políticas.

Sólo por excepción, entre las naciones civilizadas, algunos Estados de la Unión Norteamericana han restablecido la exposición en la picota como pena correccional y medida disciplinaria, y aun así se aplica casi exclusivamente a los delincuentes de raza negra — muy abundante en dichos Estados — pues el prestigio de la raza dominante se opone a que un blanco sea sometido a tales exhibiciones.

La picota americana, importada a aquel continente por los conquistadores españoles, es de madera y muy semejante en su forma a la que se usó en Castilla. Unas veces consiste en un simple pilar, al cual se sujeta al condenado por medio de sólidas argollas de hierro, y otras veces el pilar está atravesado en su parte superior por un tablero dividido en dos mitades en cuyo centro hay unos cortes semicirculares, que, al juntarse, forman unos boquetes a propósito para sugetar la cabeza y las manos del condenado. Aun cuando este castigo dura solamente dos horas, como el reo ha de tener la cabeza inclinada, el cuello sufre una constante torsión, y el malestar que produce esta incómoda postura se traduce en intolerable sufrimiento cuando el cansancio hace que las rodillas se doblen bajo el peso del cuerpo.

Se ha pretendido justificar el uso actual de la picota alegando que es un correctivo mucho más eficaz — y también más económico — que la prisión; pero en pleno siglo XX, cuando triunfan por completo las teorías de que la corrección del delincuente se ha de lograr por medio de la educación y la enseñanza, únicos medios de hacerle apto a la sociedad, no deja de resultar paradójico que ahaya naciones que, pretendiendo marchar a la cabeza de la civilización, aun toleren medios represivos propios de una época de evidente atraso y terribles injusticias en cuanto a legislación correccional.



# La NOVELA partida en DOS

primer concurso organizado por

## GRAN PROYECTOR

para acertar el final de

EL ROBO DE LOS

CIEN MILLONES

DE RUBLOS

bajo las

siguientes

bases

1.<sup>a</sup> El presente concurso se plantea y resolverá durante los meses de junio, julio y agosto. Y en adelante de dos en dos meses se irán planteando otros concursos a base también de acertar el final de La novela partida en dos.

2.<sup>a</sup> El autor ha dividido en dos partes el relato de su trama novelesca, titulada, en este primer concurso, El robo de los cien millones de rublos. En la primera parte — que publica GRAN PROYECTOR en la página 57 — sienta los puntos esenciales del argumento y corta el autor el relato dejando las cosas de tal forma, que la trama ya expuesta admita sin esfuerzos diversas soluciones.

3.<sup>a</sup> El lector debe remitirnos la solución que, a su juicio, crea más apropiada. Bastará para ello una cuartilla — escrita a ser posible a máquina — en la cual ate los cabos sueltos del relato y dé «su» final a la breve novela.

Pero no debe hacer literatura, sino limitarse a decir lo que sea necesario para comunicarnos sencillamente su solución.

4.<sup>a</sup> Al entregarnos esta primera parte de El robo de los cien millones de rublos, Angel Marsá ha depositado en la Gerencia de GRAN PROYECTOR — dentro de un sobre cerrado y lacrado — «su» segunda parte.

5.<sup>a</sup> GRAN PROYECTOR publicará la solución del autor en el número correspondiente al mes de agosto del presente año. El lector debe enviar su solución antes del 15 de julio, por correo y con la indicación en el sobre de «Para el concurso La novela partida en dos».

6.<sup>a</sup> GRAN PROYECTOR premiará en cada una de estas competiciones con ciento cincuenta pesetas al concursante cuya solución coincida con la que le dé el autor. Sin embargo, como no está en el ánimo de la Gerencia de GRAN PROYECTOR declarar desierto ninguno de

estos concursos, en el caso de que no se dé aquella coincidencia, el premio se adjudicará al concursante cuya solución tenga más puntos de contacto con la original del autor. Y en el caso de que hubiera varios en las mismas condiciones, el premio se sorteará entre ellos.

7.<sup>a</sup> El resultado de cada concurso se dará a conocer en el mismo número en que se publique la solución del autor.

8.<sup>a</sup> Por cada una de las soluciones que se acierten en estos concursos se concederá un punto. Y los tres concursantes que en la fecha del primer aniversario de GRAN PROYECTOR reúnan mayor número de puntos, recibirán — según su puntuación — los tres premios siguientes:

1.<sup>o</sup> 500 pesetas en metálico.

2.<sup>o</sup> Una magnífica bicicleta marca «Quillet» o bien una lujosa gramola.

3.<sup>o</sup> Una «Enciclopedia Columbus», cuyo precio es de 180 pesetas.

En el caso de que en este «concurso anual» resulten con igual puntuación dos o más concursantes, el empate se resolverá asimismo por medio del sorteo.

9.<sup>a</sup> No se mantendrá correspondencia acerca de los fallos e incidencias de estos concursos.

10.<sup>a</sup> Toda solución deberá venir necesariamente acompañada del cupón que para este concurso de La Novela partida en dos publicamos a continuación.

### Gran Proyector

destina 2,000 pesetas en metálico y en objetos valiosos y útiles para sus concursos anuales

Ejercita, lector, tu ingenio y podrás llegar a ganarla

En el actual concurso, por ejemplo, de

### LA NOVELA PARTIDA EN DOS

¿qué solución le darías al enigmático relato de Angel Marsá

### EL ROBO DE LOS CIEN MILLONES DE RUBLOS

Tienes un caso misterioso en que se ha cometido en Leningrado, el doble crimen de robo y asesinato; sabes que los autores y cómplices, con el botín a cuestas, han embarcado en un trasatlántico con rumbo a Nueva York; has presenciado cómo, ya en el puerto de Nueva York, han arrojado al mar, desde la borda del trasatlántico, a una hermosa joven humildemente vestida; has visto cómo, inopinadamente, la ha salvado un detective ruso cuando se dirigía al buque para dar con la pista de los criminales rusos...

¿Quién crees que robó y asesinó?...

¿De quién se valió como cómplice?...

¿Por qué se intentó asesinar a una muchacha que parece ajena al crimen cometido en Rusia?...

Lector, aquí es donde tu ingenio puede hacerte ganar las 2,000 pts. que destinamos para premios

### VALE

para tomar parte en el concurso de La Novela partida en dos organizado por

GRAN PROYECTOR

dando solución a la novela de Angel Marsá titulada

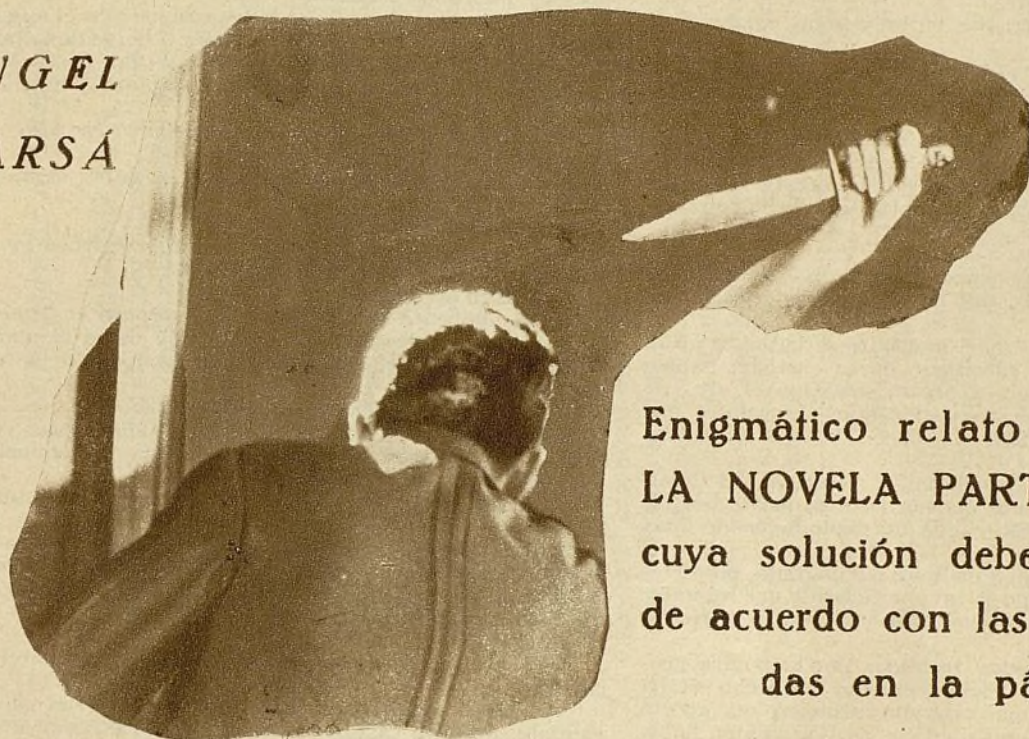
EL ROBO DE LOS CIEN MILLONES DE RUBLOS



# El ROBO de los Cien Millones de RUBLOS

por

ANGEL  
MARSÁ



Enigmático relato del concurso  
LA NOVELA PARTIDA EN DOS  
cuya solución debe dar el lector,  
de acuerdo con las bases publica-  
das en la página 55

SONÓ varias veces el toque de la campana de a bordo. Señales de maniobras y, por fin, la orden de que parasen las máquinas.

Un trasatlántico de gran porte deslizóse aún, casi insensiblemente. Cinco minutos después, la enorme mole quedó inmóvil en el antepuerto.

La noche caía en densos jirones de sombras sobre el muelle. El agua — acero fundido — rielada de reflejos lejanos, era como un gran campo sembrado de luces.

A quinientos metros se erguía la Libertad iluminando al mundo. En realidad, apenas si iluminaba una zona del puerto de Nueva York; pero como símbolo no estaba mal.

El cielo, color de tinta de estilográfica, también empezaba a encender sus luces propias.

Recostada sobre la borda de babor, cercana a la proa, una mujer humildemente vestida, miraba un punto lejano. En seguida se echaba de ver que era una joven perseguida, esa joven bella y desgraciada que asoma al principio de todas las novelas de aventuras y de todas las películas de series.

No lejos de ella, un hombre, con un gorro peludo, que le daba un sombrío aspecto de fiera, se le iba acercando con paso cauteloso.

Vestía el desconocido el traje característico de los emigrantes rusos, y en sus facciones — verde aceituna, pómulos salientes — adivinábase una dilatada expresión de ansiedad y de odio. ¿Era el traidor, ese traidor que asoma después de la joven perseguida, al principio de todas las novelas de aventuras y de todas las películas de series?

Sus ojos, pequeños, apretados, eran astutos, y esa astucia, como una flecha, se proyectaba casi corpóreamente sobre la desprevenida muchacha.

Con elástica lentitud, con cautela pavorosa, fué acortando la distancia que le separaba de su presa inminente.

Los ojos del misterioso emigrante se redondeaban. Su boca, sumida y ancha, parecía dispuesta a morder.

Había cerrado la noche por completo. Era la hora propicia al asesino. Aquel silencio confidencial invitaba al delito... Aquella hora le daba sazón al crimen. De noche, y en el mar, el crimen sale siempre sazonado.

Una quietud vibrante, llena de tantos rumores apagados, envolvía al siniestro desconocido y a su futura víctima.

El enorme trasatlántico, como un pueblo en día de romería, parecía desierto. Todos sus habitantes estaban en la romería, una romería insospechada, pero cierta. A bordo se esperaba la visita de los empleados de sanidad, encargados de decretar la entrada del buque, limpio de toda infección.

Hasta el vigía había abandonado su atalaya. Sólo el canto monótono de un grumete asomaba de vez en cuando, taladrando el silencio como un berbiquí musical.

Sin duda alguna aquél era el momento del crimen, y así el autor del hecho no iba a resultar el hombre, sino el momento.

Por eso, como obedeciendo a un resorte — el resorte de la hora criminal —, aquel desconocido se irguió con una maravillosa elasticidad, con un movimiento rápido y brusco de felino, y dando un formidable salto de tigre — tan Douglas Fairbanks —, se arrojó sobre la joven.

Fué un instante. La víctima ni tiempo tuvo de lanzar un grito.

La hoja de un puñal, en violento zigzag, reverberó junto a la cabeza blanca de la muchacha; luego dibujó un descenso rapidísimo y fué a hundirse en el busto breve, de virgen de retablo primitivo, de la confiada joven.

Un momento después, su cuerpo, levantado en vilo por el desconocido, fué lanzado al abismo de sombras de las aguas negras, cayendo a pocos pies del costado del buque y hundiéndose rápidamente en un tímido torbellino de círculos oscilantes.

**H**ORAS antes, cuando el trasatlántico en que se desarrolló el crimen — ese crimen de la hora criminal — hallábase aún en alta mar, en el despacho del jefe superior de la policía secreta de Nueva York celebrábase una importante entrevista.

El jefe estuvo más de dos horas encerrado en su despacho con el primer inspector del Cuerpo.

En la antesala había un hombre joven, de aspecto enérgico y varonil, que estaba leyendo ávidamente un periódico, mientras sacaba grandes bocanadas de humo de una pipa panzuda, una de esas pipas que no pueden ser más que pipas de detective.

Este hombre, que vestía un holgado traje de dril a grandes cuadros, tenía todos los rasgos característicos de la raza eslava.

— Iván — díjole el primer inspector, saliendo —. El jefe le necesita a usted. —



Pasó al despacho. Era una vasta sala rectangular, un despacho claro, situado en el piso treinta y siete de un descomunal rascacielos, con una ancha ventana abierta sobre todos los tejados neoyorkinos.

En todas las películas norteamericanas se ven despachos como aquél.

Era un despacho lleno de sagacidad detectivesca, diríase que alfombrado de astucia policiaca. Los pasos sonaban a hueco. Encima de una enorme mesa llena de papeles había un montón de pistolas relucientes.

El jefe puso a Iván al corriente, en muy pocas palabras, de lo que se trataba.

Hacia poco tiempo que en Leningrado — esta capital de nombre revolucionario, inventada por la revolución rusa, que parece el grado máximo dado a Lenin —, se había cometido un asesinato, acompañado de robo — cien millones de rublos oro — y se tenían fundadas sospechas de que el ladrón y asesino, en unión de sus cómplices y con el botín a cuestas, tomaron pasaje en determinado vapor que debía llegar al puerto de Nueva York de un momento a otro.

El hecho era el siguiente:

Un Comisario del Pueblo, encargado de la Tesorería del Soviet de Leningrado, había sido asesinado misteriosamente en su despacho oficial.

Ni los camaradas que en aquel momento se hallaban en la oficina ni la Guardia Roja encargada de su custodia habían advertido nada. Sin embargo, apareció saqueada el arca de caudales, habiendo desaparecido varios fajos de valores que ascendían a la enorme suma de cien millones de rublos oro.

Dicha cantidad había ingresado en la Tesorería del Comisariado del Pueblo, procedente de una entrega hecha por un grupo financiero yanqui como canon de explotación de unos yacimientos de platino.

De momento no se detuvo a nadie en Leningrado, por carecerse de toda pista. Pero luego se tuvo noticias de que los autores del hecho habían logrado embarcar con rumbo a Nueva York.

Tales fueron las confidencias recibidas por la policía neoyorkina. Tan interesado en el esclarecimiento del hecho estaba el Gobierno de los Soviets como el grupo financiero que aportó la cantidad. En las altas esferas políticas de Washington había un decidido empeño en descubrir a los audaces criminales.

**I**VÁN, ruso de nacimiento, hacía algunos años que vivía en Norteamérica y prestaba sus servicios como detective en la policía secreta yanqui, donde se distinguía por su valor, realmente temerario.

Por eso, por ser el único de los detectives que tenía el idioma ruso como nativo, fué elegido para perseguir y capturar a los bandidos.

En un momento, una vez recibida la orden, Iván trazó un plan, pensando varias estratagemas audacísimas para apoderarse del ladrón y de los cien millones de rublos oro.

Los detectives parece que tengan un gran almacén de estratagemas para todos los usos, y así, en cuanto se les plantea un caso, en seguida echan mano de la estratagema correspondiente para dar con los delincuentes.

Comenzó por disfrazarse de emigrante ruso, y una vez adoptado el tipo, con esa rara perfección que sólo los detectives poseen para adoptar todo género de disfraces, se fué hacia uno de los muelles, donde tenía la certeza de hallar lo que necesitaba para poner en marcha su plan y su estratagema.

En efecto. A la media hora escasa de haberse separado del jefe, ya Iván había alquilado una gasolinera, que desamarró en dirección a Sandy-Hoole. A los cinco minutos divisaba el gran trasatlántico objeto de sus pesquisas.

La gasolinera se fué acercando lentamente, hasta colocarse a menos de media milla del enorme buque.

Entonces, lanzaron al mar un pequeño bote de remo, en el que se acomodó Iván solo para poder llevar a la práctica la estratagema ideada, que consistía en acercarse sigilosamente al costado del barco, echarse al agua y pedir desesperadamente auxilio.

Calculaba Iván que al pedir socorro le prestaría auxilio la dotación del trasatlántico y al llevarlo sobre cubierta no verían en él sino a un emigrante que se había caído al mar, cosa que ocurre con alguna frecuencia.

Desde luego contaba con las maldiciones de la marinería; pero, ¿qué le importaba eso, si conseguía llevar a cabo su plan y estar en condiciones de inspeccionar cuidadosamente y husmear su presa, sin que nadie se ocupara de él ni le molestara con preguntas impertinentes?

De esta manera quizás llegaría a coger a los que buscaba.

Un acontecimiento imprevisto debía, no obstante, echar por tierra los planes del detective.

**E**N el preciso momento en que Iván llegaba con su bote al costado del buque, una forma humana se precipitó desde la cubierta al mar, yendo a caer a dos metros del bote y sumergiéndose rápidamente. El detective, que era un experto nadador, se arrojó al agua avanzando hacia el lugar en que se había hundido el cuerpo humano, logrando mantenerlo a flote después de improbos esfuerzos.

Luego Iván, alcanzando el bote, acomodó en él a la víctima y subió a su vez. Era una noche clara y a la luz de la luna pudo darse cuenta Iván de que se trataba de una joven bellísima.

Le prestó los primeros auxilios, y pronto la muchacha comenzó a reanimarse.

Al fin, entreabriendo los ojos, murmuró en ruso:

— ¿Dónde estoy? —

Afortunadamente, el idioma en que se había expresado era familiar a Iván, quien pudo contestar:

— ¡Está usted salvada! —

La joven lanzó un profundo suspiro. Se frotó los ojos y mirando a su salvador, dijo débilmente:

— ¿Quién es usted? —

— De momento eso no importa — repuso el detective —

Lo que interesa es saber cómo ha caído usted al mar... —

La hermosa muchacha, que había recuperado ya los sentidos, rectificó:

— No he caído, señor. Me han arrojado... —

Iván prosiguió el interrogatorio con avidez, pues comprendía la enorme trascendencia de aquellas revelaciones:

— ¿Y sabe usted quién fué? —

— Sí: un emigrante con quien trabé amistad durante la travesía. Se llama Nitocha Pantepoff... —

El detective quedó perplejo. ¿Nitocha Pantepoff, el famoso bandido ruso, que, aprovechándose de las incidencias de la revolución, tantos crímenes había cometido al amparo de las tenebrosas organizaciones de la «Checa» y la «G. P. U.»? ¿Sería el mismo?

Pero la joven seguía su extraño relato con voz débil y entrecortada:

— Intentó matarme de una puñalada, y vi el cuchillo levantado sobre mi cabeza... A partir de aquel momento no me acuerdo de nada... —

Un hondo estremecimiento sacudió a Iván. Entonces, la joven a quien acababa de salvar de morir ahogada, estaba gravemente herida, resultando inútil el esfuerzo que había realizado?

Pensó, no obstante, que al sumergirse repentinamente en el agua, después de apuñalada, podía haberse detenido la hemorragia. En tal caso, había que obrar con toda energía y sin pérdida de tiempo.

Urgía llevar cuanto antes a la joven a un refugio, donde pudiera recibir asistencia.

Y el detective se puso a remar con fuerza. A la media hora estaba en el muelle.

**F**INGIENDO un accidente, llevó su preciosa carga a una taberna de marineros, pidiendo una habitación con toda urgencia.

Cuando hubo tendido a la hermosa joven en la cama, rasgó la blusa para ver la importancia de la herida. Practicó un rápido pero concienzudo reconocimiento. Y fué enorme su asombro cuando advirtió que la muchacha no había sufrido el más ligero rasguño.

¿Qué había ocurrido? Algo verdaderamente providencial. La víctima llevaba colgando sobre el pecho un medallón de oro de grandes dimensiones, y por una milagrosa coincidencia la hoja del cuchillo había chocado contra la alhaja, evitándose con ello que se rasgara ni siquiera la piel de la joven.

El detective se había sentado al borde de la cama, velando el sueño reparador en que había caído la muchacha.

Iván la inspeccionaba detenidamente. Y observó con sorpresa que sus humildes ropas no estaban en relación con el noble porte y la delicada hermosura de la joven, así como con la riqueza de la joya providencial.

Por fin despertó la muchacha. Iván comprendió que había llegado el momento de esclarecer el misterio.

— El destino nos ha puesto el uno frente al otro — sonrió el detective —, y estoy seguro de que seremos buenos amigos... ¿Quiere contarme su historia?... —

**Lector, cuéntanos tú su historia para terminar la novela.**



lo mismo que éste de hoy. En ese mismo sitio nacieron, hace hoy tres meses, dos gemelos. ¡Ah, no, señor!; no son cosas naturales...

En aquel momento un hombre delgado que vestía un traje gris muy escaso de tela subió por el pasillo y vino a detenerse junto a mí.

— ¿Está enfermo el mozo? — preguntó apreciando de una sola ojeada el horrorizado semblante del empleado, mi propia excitación y el pequeño boquete que dejaban abierto las cortinas. Extendió una mano y se apoderó de una de las muñecas del negro, consultando al propio tiempo su reloj de oro, de un tamaño anticuado.

— ¡Uum! ¡Sólo cincuenta pulsaciones! ¿Qué le sucede? ¿Ha experimentado alguna emoción violenta? — preguntó con voz de falsete.

— Sí — respondí yo por el empleado. — Ambos la hemos sufrido. Si es usted doctor en medicina, como presumo, le ruego vea a un hombre. Está en esa litera de ahí enfrente; en la número diez. Temo que sea demasiado tarde, aunque no soy experto en la materia.

Descorrimos las cortinas, e, inclinándose, el doctor examinó con fría mirada profesional la oscilante cabeza, la caída mandíbula y la horrible mancha de la camisa. Su examen duró sólo un instante. La muerte estaba escrita en la transparente blancura de las ventanillas de la nariz, en los descoloridos labios y en la desaparición de las trágicas arrugas de la noche anterior. Aquel semblante no aparecía del todo feo en su nueva dignidad; el cabello gris era aún abundante, las facciones, enérgicas y bien delineadas. El doctor se enderezó para mirarme.

— Hace tiempo que ha muerto — dijo, pasando un dedo por las manchas de sangre. — Están secas y negras, ¿ve usted?; por consiguiente, la muerte no es de ahora... ¿Era amigo suyo?

— Ni siquiera le conozco — repliqué. — Sólo le había visto una vez antes de este momento.

— En ese caso, ¿sabe usted si viajaba solo?

— No; viajaba... — comencé a decir. Mas me detuve en seguida.

El doctor levantó vivamente los ojos y me miró, si bien acto seguido volvió a dedicar al muerto toda su atención. Rápida como una centella, había surgido en mi mente la imagen de la mujer del caballo cobrizo y su trágico semblante cuando la sorprendí de madrugada en la plataforma del vagón. Mas yo obraba obediendo a un primer impulso, muy viril, que me llevaba a salvaguardar a una mujer.

El doctor había desabrochado la desgarrada chaqueta del *pijama*, dejando al descubierto el pecho del muerto. En el lado izquierdo tenía una pequeña herida redonda; un agujerito de tamaño insignificante.

reparado, de un modo indiferente, en su grave actitud, en el color sombrío de su vestido, y, por último, en la sedosa masa de cabellos de un tono cobrizo que le asomaba sobre la nuca. Pero ella me miró de pronto, y la desesperada o, mejor dicho, trágica expresión de sus ojos produjo en mí gran conmoción. Entornó los párpados y exhaló un gran suspiro. Después volvió a encararse con el hombre que tenía enfrente.

Ni uno ni otro habían probado la cena. El estaba sentado en el borde de la silla, con la cabeza inclinada sobre el pecho. Y los pliegues de carne sobresalian por encima del cuello de su camisa. Tendría, tal vez, unos cincuenta años y era calvo y grotesco, aunque no carecía de energía. Pero había bebido bastante, por lo visto; mientras yo le miraba, levantó una mano temblorosa para llamar al camarero y ordenó que le trajera la lista de los vinos.

Entonces la mujer se inclinó sobre la mesa y le volvió a hablar muy de prisa. Inconscientemente, había alzado la voz. No era bella, si bien su gravedad y la tensión nerviosa que sufría me interesaron hasta tal punto, que por un momento me asaltó la tentación de aconsejar al camarero que retirara las botellas de la mesa. ¿Qué habría sucedido si lo hubiera hecho?

Supongamos que Harrington no hubiera estado ebrio cuando entró en el *Pullman* «Ontario» aquella noche...

Por lo visto, la pareja se disponía a emprender un viaje, pero la mujer deseaba ir sola. Yo les observaba con descaro, y mientras lo hacía, me tomé tres tazas de café, a las que atribuyo el insomnio que sufrí más tarde. La mujer protestaba, aunque inútilmente, porque el hombre le replicaba con monosílabos gruñidos, tornándose cada vez más cejijunto y sombrío. Durante un breve *pianissimo* de la orquesta la voz de ella llegó clara y vibrante a mis oídos:

— Si pudiera verle aún...! — decía. — ¡Oh! ¡Es horrible!

Aun cuando el incidente había despertado mi interés, hubiéramos olvidado en el acto, apartándolo de mi imaginación, a no habérmelos tropezado, después, en la estación de Pensilvania. La situación no había variado entre ellos; la misma terca resolución se pintaba en el rostro del hombre. En cuanto a la mujer (¿hija, o esposa suya?), había bajado el velo, si bien yo me figuraba el dolor que se ocultaba debajo.

Para adquirir el billete que me daba derecho a una litera, tuve que aguardar turno entre una hilera de ocho a diez personas. Pasito a paso había logrado acercarme a la ventanilla, cuando me interpeleó una mujer alta en quien no había reparado. Se hallaba junto a mí, llevando en la mano dinero y un *ticket*.

— ¿Querrá tomar para mí una litera de las de la línea inferior



cuando adquiriera usted la suya? — me preguntó. — Hace tres noches que duermo en las superiores...

Accedí a su ruego sin fijarme mucho en ella. La gente me empujaba y un individuo se había instalado sobre uno de mis pies. De todos modos, me hice cargo, vagamente, de su aventajada estatura y de cierto aire de majestad que emanaba de su persona. Adquirí las dos literas sin dificultad y en cuanto me posesioné del cambio y de los billetes, me volví hacia la mujer, tendiéndole una mano.

— ¿Cuál prefiere usted? — pregunté, mostrándole los dos billetes. — ¿La litera número once o la litera número diez?

— Me es igual una que otra — replicó. — Un millón de gracias. En vista de que me dejaba el derecho de elección, me reservé el billete correspondiente a la litera número diez y le entregué la número once, llamando al propio tiempo a un mozo para que se encargara de su equipaje. Lentamente eché a andar tras ellos hasta el andén y diez minutos después el tren se ponía en marcha.

Penetré en el coche-cama. Presentaba el aspecto abigarrado y poco atractivo de todos los *sleepings*. Las literas estaban listas; el pasillo central semejaba un camino flanqueado por altos muros de tela obscura y volandera, mientras que los dos asientos, situados a ambos extremos del vagón, desaparecían bajo un heterogéneo montón de maletas y paraguas.

Un empleado sudoroso trataba, en vano, de acudir a cien sitios distintos. Se dice que, para que disimulen mejor la suciedad, los empleados de la *Pullman* son casi siempre negros. Ello será cierto... pero no disimulan el sudor.

Éran las nueve y cuarto. Pareciéndome una hora poco apropiada para irme a la cama, máxime cuando en el tren no duermo, o si lo hago, es por poco tiempo, me encaminé al vagón reservado para fumadores y me entretuve hasta muy cerca de las once leyendo una revista.

El coche iba muy cerrado. La noche era calurosa y antes de volver a entrar en el coche-cama me detuve un momento en la plataforma. Me encontré allí con el guardafrenos, y como el tren venía haciendo frecuentes paradas, le pregunté el motivo.

Parece ser que se había recalentado un eje del coche contiguo, incidente que no sólo nos había retrasado, sino que entorpecía la marcha de la segunda sección de nuestro tren, que nos seguía. A medida que penetrábamos en las montañas, el aire tornábase más fresco; además, comenzaba a invadirme una dulce languidez, por lo que di las buenas noches al guardafrenos y fuí en busca de mi litera. ¡Oh, sorpresa! El número diez estaba ya ocupado. Una maleta sobresalía debajo de la cama, en el suelo, y junto a ella había un par de zapatos.

.....

#### CAPÍTULO IV

### LOS NUMEROS SIETE Y NUEVE



CUANDO traté, después, de recordar el triste descubrimiento hecho en la litera número diez, advertí que no era el asesinato revelado al descorrer las cortinas el que había producido en mí una impresión más viva. Sobre todo, destacábase en mi mente la imagen de una muchacha vestida de azul que sin oírme había comprendido lo que yo decía; de dos mantitas que se agarraban, desesperadamente, al respaldo del asiento más próximo. En el pasillo, la muchacha se inclinaba hacia nosotros con una doble expresión de alarma y perplejidad en el semblante.

El empleado trató de volver a correr las cortinas con manos crispadas, pero le faltaron las fuerzas y se dejó caer sobre mi cama, en cuyo borde se sentó, oscilando. Era tal mi excitación, que le sacudí sin duelo.

— ¡Valor, hombre! — le dije en tono brusco. — Va usted a conseguir que padezcan un ataque de nervios todas las mujeres del vagón; si así sucediera, yo acabaría deseando ocupar el lugar del muerto.

El negro hizo girar sus ojos muy de prisa.

Un hombre, próximo a nosotros, que hasta entonces había estado leyendo el diario, lo dejó caer con viveza y se nos acercó de puntillas. Asonó la nariz por entre las entreabiertas cortinas, y tras cerrarlas del todo, se volvió solemnemente a su sitio. El mismo crujido con que abrió el periódico contribuyó a aumentar la expectación general, pues los viajeros acabaron por darse cuenta de que sucedía algo anormal; se notaba en el ambiente.

El empleado se rehizo en cuanto se hubieron corrido las cortinas; se enjugó los labios con un pañuelo y después se puso en pie.

— Este es el último viaje que hago en esta vagón — afirmó, pensativo. — No sé qué fatalidad pesa sobre esa litera, que últimamente la mujer que dormía en ella tomó una dosis excesiva de algún narcótico y al otro día la encontramos muerta.



La decoración estaba lista; un minuto más y el telón iba a alzarse sobre el primer acto de la obra. Hecho el reparto me correspondía permanecer, como al traidor, en el centro del tablado, expuesto a los silbidos de la galería.

El empleado se había colocado junto a la litera número diez y llamaba violentamente con los nudillos, pero sus esfuerzos no dieron resultado. Volvió la cabeza y me hizo un guiño; después recorrió las cortinas y se inclinó sobre el lecho. Yo estaba detrás de él. Le vi enderezarse vivamente y oí la ahogada exclamación que salió de sus labios. Una intensa palidez azulada se había extendido por su rostro, llegando hasta su nuca. Retrocedió un paso y el interior de la litera quedó expuesto a la claridad.

El hombre del restaurante yacía boca arriba. El sol bañaba su rostro, pero su luz no podía ya molestarle. Una pequeña mancha roja alteraba el color uniforme de la pechera de su traje de etiqueta y bajaba, en un reguero, por la sábana. Sus entreabiertos ojos se clavaban sin ver en la pulimentada madera que formaba el techo de la litera.

Después de contemplar con los ojos muy abiertos a aquel cuerpo inerte, al que el traqueteo del tren prestaba una espantosa apariencia de vida, cogí al empleado por los temblorosos hombros, balanceando:

— ¡Dios mío! ¡Este pobre hombre ha sido asesinado!



Del otro lado de las cortinas salía un rítmico resuello, inequívoca señal del más profundo sueño. Fui en busca del empleado negro y juntos procedimos a una investigación.

— ¿Duerme usted, caballero? — preguntó el empleado inclinandose, deferente, sobre el lecho, pero no obtuvo respuesta. Entonces recorrió las cortinas y miró. Sí, el intruso estaba dormido, profundamente dormido, y el intenso olor a *whisky* que exhalaba nos convenció de que continuaría durmiendo así hasta la mañana siguiente. Yo me indigné. El coche iba atestado, y yo no estaba dispuesto a tomar una litera de la línea superior mientras que un borracho, un extraño, dormía, descansadamente, en mi cama.

— ¡Salga usted de aquí! — exclamé, sacudiéndole con violencia; pero el hombre me contestó con un gruñido y se volvió del otro lado. Entonces vi, por vez primera, sus facciones. Era el testarudo individuo del restaurante.

Yo me hallaba menos dispuesto que antes a ceder de mi derecho. Por fortuna, el empleado me sugirió la solución del problema luego de una corta requisa que hizo en silencio.

— Vea, señor — dijo descorriendo por completo las cortinas de una litera que había enfrente. — La número nueve está vacía. Debe de pertenecer al caballero, quien sin duda se ha equivocado de cama, lo cual no es de extrañar dado el estado en que se halla. ¿Quiere usted ocuparla?

Accedí a ello, adoptando la firme resolución de que si por casualidad llegaba el verdadero propietario, me iba a hallar tan poco dispuesto a despertarme como yo había hallado al hombre que dormía al otro lado del pasillo. Me desnudé con calma, no sin asegurarme previamente de que los billetes continuaban metidos en el saco, que coloqué lo mismo que en el viaje anterior, o sea entre la ventana y mi persona. Como soy hombre de sistemáticas costumbres, doblé toda mi ropa, saqué los zapatos al pasillo para que el criado pudiera limpiarlos y metí el cuello y la corbata en la red, puesta allí con tal objeto.

Por fin, luego de colocar las almohadas de modo que me permitieran mirar al exterior sin necesidad de incorporarme y después de apartar la poca higiénica sábana (desconfío siempre de ellas, tan manchadas), me dispuse a aguardar la llegada del sueño.

Pero éste no venía. El tren se detenía con frecuencia, chirriando, por lo que deduje que habría vuelto a recalentarse el eje. No soy nervioso, mas cada vez que pensaba en la segunda sección que venía, dando traqueteos, tras de nosotros, sentía un escalofrío. Una vez, mientras yo dormitaba, la locomotora dió un agudo silbido. «¡Mantente en tu puesto!», chillaba. O por lo menos mis oídos soñolientos lo



interpretaban así. A nuestra espalda, una voz cilla sumisa respondía «Perfectamente; así lo haré. Perfectamente; así lo haré.»

Me desvelé del todo. Al llegar a Cresson, me alcé sobre un codo y miré, parpadeando, por la ventanilla; las luces de la estación me deslumbraban. El tren tomaba nuevos viajeros. La voz de una mujer, voz meridional, llena, profunda, rica en modulaciones, llegó hasta mis oídos. Luego, silencio otra vez.

Mis nervios estaban en tensión. ¡Transcurrió media hora, diez minutos, quizás. De repente, sin previo aviso, y mientras el tren volvía una curva, un cuerpo pesado fué arrojado sobre mi litera. El incidente, trivial en sí, era, sin embargo, alarmante, pues aun cuando yo había estado con el oído alerta y bien despierto, no oí ruido de pasos en el pasillo. Un instante después la cortina pendía hacia e inerte como antes, siempre sin hacer ruido, el intruso perturbador había vuelto a la obscuridad. Frenético por el insomnio, me senté en la cama y me calcé las zapatillas, buscando, al propio tiempo, a tientas, la bata.

De una litera fronteriza, la número diez probablemente, salía un exasperante ronquido de esos que comienzan ligeros, delicados, atiplados como la voz de una soprano, recorren una escala descendente, a nota por inspiración, y concluyen, tras tener en suspenso al oyente, en una explosión que rasga los aires.

Yo me sentía cada vez más irritado.

— ¡Así te ahogaras! — murmuraba sentado al borde de la cama. Mas el durmiente tenía, por lo visto, una vitalidad poderosa, porque continuaba roncando a más y mejor, finalizando para tornar a empezar de nuevo con vigor redoblado. Desesperado, cogí un fósforo y unos cuantos cigarrillos, amontoné las mantas sobre el saco de noche y después de dejar las cortinas herméticamente cerradas, como si la litera continuara ocupada, me dirigí a la plataforma de un modo muy correcto... Yo no iba vestido. ¿Será el tono oscuro de su atavío habitual la causa de que el hombre guste de rejuvernecerse usando batas, o *pijamas*, de colores llamativos? Sería preciso haber nacido turco para atreverse a comparecer en público vistiendo una bata roja y guada (regalo que me hizo por Navidades la señora Klopston) y calzando unas zapatillas que hacían juego con ella.

De aquí que al ver cerca una silueta femenina, mi primera intención fuera retroceder. Pero la mujer fué más rápida que yo; dirigiéndome una mirada de sobresalto, giró en redondo, dejándome ver el tono cobrizo de sus trenzas, y desapareció en el coche contiguo. Sosteniendo en una mano la pitillera, y el fósforo en la otra, me apoyé en el marco de la puerta y contemplé la retirada de la desconocida. El aire de las montañas hacía flamear la bata en torno de mis piernas desnudas; mi única cerilla ardió y se consumió, y

— ¿Vacía? ¿Quiere usted decir que mi ropa no está ahí? — pregunté. — ¿Y el maletín? ¡Vaya, respóndame!

— Cuando me deje usted hacerlo, señor — replicó el empleado. — No he visto ropa ninguna; en cambio, creo que alguien ha estado echado sobre la cama.

Mi desilusión fué mayor, a causa de los anteriores instantes de esperanza. Me puse en pie, pálido de ira, y vestí las ropas que me habían dejado. Después, siempre rabiando, torné a sentarme en el borde del lecho y me calcé los antipáticos zapatos amarillos. Llamado al cumplimiento de sus deberes, el negro volvía a mi lado de cuando en cuando para ayudarme a vestir... y al propio tiempo para reírse de mi confusión. Muy compuesto exteriormente, pero haciendo alguna que otra mueca irritante, se hallaba junto a mi litera cuando salí al fin de su interior llevando la roja corbata en la mano.

— Apostaría cualquier cosa a que el traje le sienta a usted tan bien como a su dueño — observó mientras manejaba la escoba.

— Buen tunante debe de ser su dueño! — repliqué sombríamente. — Como le coja, me parece que va a necesitar una mortaja. ¿Dónde está el revisor?

Venia en seguida, según me aseguraba el negro, al propio tiempo que me manifestaba que no había en todo el vagón un saco de mano parecido al que yo le había descrito. Me metí en el tocador, dando un portazo, y allí me lavé, ahogándome al querer ponerme el cuello de mi antecesor, que era medio número menor de lo que yo gastaba. Por fin, transcurridos cinco minutos, volví a salir al coche. Con el día, su aspecto había cambiado, lo mismo que el de sus ocupantes. Me dirigí a mi asiento cojeando, porque uno de los zapatos me venía algo estrecho y me hallé frente a una muchacha vestida de azul, cuyo rostro era imposible olvidar una vez se había visto. «¡Tres mu-jeres ya, sin contar a la enfermera de Gilmore — me dice McKnight.

— ¡Esto marcha!»

Estaba de pie, con el rostro vuelto hacia mí. Una de sus manos pendía inerte a uno de sus costados; la otra le servía de apoyo cada vez que oscilaba en tanto contemplaba el fugitivo panorama. Su vista causóme la impresión de haberla visto ya, no sabía dónde, pero de todos modos en otras circunstancias más alegres, pensaba yo, viendo su actual melancolía. Junto a ella, pero sentada, no en pie, una mujer morena, bajita, de mucha más edad, le hablaba muy de prisa, a media voz. De vez en cuando la muchacha asentía con una indiferente inclinación de cabeza. Mi entrada la sobresaltó. Me senté con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, de aquel pantalón que no era mío, y contemplé melancólicamente la punta de los zapatos que me habían endosado.



El empleado se hallaba sumamente divertido, al parecer.

— He aquí los zapatos, señor — me dijo haciendo una cortesía. — Con toda seguridad que el señor ha soñado...

Ahora bien, de mi vestuario he excluido siempre dos accesorios, debido, probablemente, a la particular idiosincrasia de mi existencia de colegial. Son estas dos prendas: las corbatas rojas y los zapatos de color tostado. Y no sólo los zapatos que me ofrecía el empleado eran de una vistosa tonalidad amarilla, sino que también la corbata se destacaba del cuello donde estaba puesta por su vivo color encarnado. Un minuto largo tardó en penetrarse de la verdadera importancia de todo aquello mi ofuscada inteligencia, y entonces, con vengativa furia, di un vigoroso puntapié al inofensivo terno.

— Ninguna de estas prendas es mía — refunfuñé, — y antes que ponerme ninguna de ellas, prefiero permanecer aquí sentado hasta echar raíces.

— Pues es lástima, porque son muy bonitas — dijo el empleado, observando la roja corbata como inteligente en la materia. — Se ve que no es un cualquiera quien ha dejado todo esto.

— Llame usted al revisor — replicó concisamente. Y en aquel mismo momento se me ocurrió una plausible explicación del lance.

— ¡Ah, mozo...! ¿Qué número tiene esta litera?

— El número siete, señor. Mire, si no piensa calzarse estos zapatos...

— ¡El siete! — exclamé casi chillando, pues sentía un gran alivio. — ¡Entonces la explicación es bien sencilla! El número de mi litera es el nueve; por consiguiente, he dormido en una litera que no es la mía. ¿Dónde diantres andará el verdadero propietario?

— Estará metido en la número nueve. — El negro se divertía extraordinariamente. — Esta noche ustedes dos cambiaron de cama, y... esto es todo.

Era evidente que el negro pensaba que yo había bebido de más. Exhalé un hondo suspiro. No había otra explicación aceptable del hecho. Aquella era, sí, la litera del propietario de la número siete; y aquél era su sombrero blanco; y su paraguas, su chaqueta y su saco de noche... Mi ira se convirtió en indignación contra mí mismo.

El mozo se aproximó a la cama contigua y le oí decir en voz baja, con acento insinuante:

— Es hora de levantarse, caballero. ¿Está usted despierto? Es hora de levantarse.

Mas no obtuvo respuesta. Adiviné que había abierto las cortinas y miraba al interior de la litera. Después volvió a mi lado.

— La litera número nueve está vacía — dijo.

aun continuaba yo sumido en mi contemplación, pues había visto pintado en aquel expresivo rostro femenino el horror habitual. Sí, verdadero horror. Dios sabe que no me tengo por psicólogo. Las emociones han de resaltar muy visiblemente en una fisonomía para que yo pueda captarlas; pero una mujer que sufre, despierta en mí sentimientos caballerescos, y aquella mujer no sólo sufre, sino que, además, era presa del más profundo espanto. De no tener al ridículo, hubiera ido tras ella, mas temí que la aparición de un hombre envuelto en una bata roja y gualda, desgredado y en zapatillas, la llevara al borde del histerismo aun cuando aquel hombre pretendiera llevar a su ánimo la convicción de que iba a protegerla. Ya en una ocasión parecida, cuando los ladrones quisieron escalar mi casa, inspiré tal terror a una doncella, que la pobre tuvo que guardar cama durante ocho días seguidos; por consiguiente, traté de tranquilizarme, de convencerme de que el horror de la dama existía sólo en mi fantasía, si no era yo quien lo había hecho nacer, y pronto apartarla de mi imaginación. Por otra parte, podía ser que motivara su ansiedad el estado en que se hallaba el desagradable individuo del restaurante. ¡Qué necio había sido! Yo pude tranquilizarla manifestándole que dormía el sueño del justo (o del borracho) en un lecho que, en justicia, era de mi exclusiva propiedad. Pero no lo hice. Asimismo se me olvidó decirle que si yo me hallara ligado por los lazos del parentesco a un hombre que roncara de aquel modo, concluiría por anestesiarle para arrancarle el paladar, depositarlo donde jamás pudiera chasquearlo como vela suelta al viento.

Mientras yo estaba en la plataforma, pasamos por delante de Harrisburg. La noche estaba estrellada y a su luz contemplé el panorama. A las grandes crestas de los Alleghanyes sucedían bajas colinas. A intervalos dejábamos atrás grandes manchas de un blanco pizarroso; eran granjas de labor. McKnight está conforme con este modo de pintirlas, porque, según dice, ello les presta un confortable aspecto, lo que no sucede con sus moradores.

El sueño me asediaba otra vez; la mujer del cabello cobrizo se esfumaba, se borraba de mi imaginación. Hacía fresco; vine acometido por un escalofrío y me dispuse a entrar en el coche-cama.

Al efectuar este movimiento, un trocito de papel revoloteó en el aire y vino a posarse sobre mi manga, como mariposa en una flor de brillantes colores. Era parte de un telegrama que había sido hecho pedazos. El fragmento contenía cinco palabras truncadas: «...DIEZ, LINEA INF... VAGON SEPT...», mas ellas me dejaron perplejo y aturdido; no cabía duda: la litera número diez de la línea inferior del coche-cama era la que yo había adquirido, pero de la cual otro había aprovechado.





— Mozo — llamó una voz femenina que salía de una litera próxima, en la línea superior; — mozo, ¿es que va usted a tenerme esperando todo el día?

— ¡Déjela que aguarde! — exclamé yo fieramente. — Quiero que me busque el maletín.

El empleado frunció el ceño. Luego observó, mirándome con aire de dignidad ultrajada:

— Perdónese el señor, pero yo sólo he entrado en el vagón el abrigo del señor. El maletín lo llevaba usted en la mano.

¡El muchacho tenía razón! Debido a un exceso de precaución, yo me había negado a dejar el maletín de mi mano entregando los demás títulos al empleado. Así, la cosa era bien clara. ¡Me habían hecho víctima de un robo vulgar, muy común en los trenes! Hice esta deducción sudando a mares. La dama de la litera continuaba aguardando y murmurando por lo bajo a causa de la espera, más cerca, otra voz temeraria daba prestamente sus órdenes, en francés, a otra persona que debía de ser su doncella. El empleado estaba de rodillas mirando debajo de la cama.

— Aquí no está, señor — dijo al fin después, de sacudirse el polvo de las rodillas. Viéndose a cubierto de toda responsabilidad, estaba mucho más alegre que al principio.

— Quizás se lo quitaron anoche, mientras vagaba usted por el coche.

— Pues bien, si lo encuentra le daré cincuenta..., ¡no..., ¡cien dólares! — le prometí. — Ahora, haga el favor de darme los zapatos, que voy a...

Me interrumpí bruscamente. Mis ojos se posaron estupefactos en la americana que pendía de un gancho a los pies de mi litera. De la americana pasaron deslumbrados a la camiseta de floja pechera que había junto a ella y de aquí a la red pendiente junto a las ventanillas, donde se hallaban un cuello y una corbata.

— ¡Cien dólares! — repitió el empleado enseñando los dientes, mas yo le cogí por un brazo y le mostré la chaqueta que estaba a los pies de la cama.

— ¿De... que color es esa americana? — pregunté tartamudeando.

— Gris, señor. — El negro había adoptado un aire de cariñoso reproche.

— ¿Y... y los pantalones?

— Grises, también — me contestó sonriendo, luego de haber examinado una pechera.

— ¡Grises! — Yo no podía dar crédito a mis ojos ni aun después de corroborar el negro lo que ellos veían. — Pero ¡si mi traje es azul! — exclamé por fin.



En vista de que no daba con la solución del problema, me fui a la cama. El durmiente del otro lado del pasillo ya no roncaba, ahogado, tal vez, o porque se hubiera vuelto del otro lado; así es que poco después me quedé dormido, para no despertar hasta la mañana siguiente, con el rostro bañado de luz solar.

Bostezando, busqué a tientas el reloj, que había dejado la noche antes bajo la almohada, pero no lo hallé; en cambio, algo me arañó el dorso de la mano. Me senté en la cama, enojadísimo, y restañé la sangre que brotaba de la pequeña herida. Después torné a palpar medio dormido aún. Nada; allí no había nada, ni siquiera el alfiler de corbata, como yo había supuesto. Despierto ya del todo, extendí el brazo y así el maletín. Advertí que no era el mío cuando le hube acercado a mí y eché mano a su cerradura.

El que yo usaba era de piel de cocodrilo; por cierto, que yo mismo había matado, en la Florida, al animalito, gastando en la empresa una cantidad igual a la que me hubiera llevado la adquisición de una casa, y asimismo el vigor necesario para construirla. El que en aquel momento sostenían mis manos era negro, tal vez de piel de foca.

Sentí vértigo. ¡Pensad en lo que significaba para mí aquella pérdida! Apoyé el dedo en el botón del timbre y hasta que no acusó el empleado no lo quité de allí.

— ¡Llamaba usted, señor? — preguntó el negro, con acento oficioso, asomando la cabeza por entre las cortinas cerradas. Según McKnight, el asomar la cabeza de este modo es una falta de educación. Sin embargo, entre los empleados de la *Pullman* es muy frecuente esta costumbre.

— ¡Naturalmente! — rugí. — Vea usted... Me han cambiado el maletín. ¿Quiere explicarme lo que significa eso? Sepa usted que llevaba en el papeles importantes; por consiguiente, vaya a buscarlo. ¡Corral! ¡Busquelo, aunque tenga que despertar a cuantos duermen en el vagón!



# El Misterio del Teatro Carleton

(Continuación de la página 8)

semana, convencidos de que el éxito en el Carleton nos proporcionaría otras contrataciones. Ella me prometió no preocuparse más de Lázari. Yo procuré no dejarla sola y, en efecto, vi que no se acercaba a ella... hasta esta noche.

— No, señor. No me acerqué a ella — exclamó el *clown* moviendo, muy excitado, los brazos. — Esta noche mi hermano y yo estábamos entre bastidores para presenciar el número. El podrá decírselo; en toda la semana yo no le había dirigido la palabra.

— ¡Es usted un embustero! — Estas palabras las pronunció un tramoyista corpulento que se acercó al *clown*, amenazándole con el puño cerrado. — Oiga usted, detective. Yo estaba entre bastidores cuando los Lázari llevaban sus trajes al guardarropa. Dale estaba al otro lado del escenario, esperando su número. Gene pasó por nuestro lado para dirigirse a la cabina desde la cual aparecía ante el público. Entonces José la cogió para besarla, pero ella le abofeteó, apartándole de sí.

Hube de imponerme entre el *clown* que, en aquel momento, parecía desmayarse, y Dale, que saltó como impulsado por un resorte.

— ¡Es verdad todo eso? — grité sacudiendo a Lázari violentamente por los hombros.

— Sí..., señor. No pude remediarlo. Ella estaba muy cerca de mí, yo la quería mucho y... Pero era tan incapaz de hacerle el más pequeño daño, que antes me habría dado muerte yo mismo.

— ¿Qué ha hecho usted del revólver? — le pregunté dándole otra sacudida, pues quería aprovechar su turbación para hacerle confesar toda la verdad antes que recobrase su presencia de ánimo.

Trató de hablar, pero las palabras se le ahogaron en la garganta. Al ver los rostros ceñidos que le contemplaban, se retorció las manos.

— No tiene arma de ninguna clase — aseguró el hermano. — Mientras ocurrió el hecho yo estaba a su lado. Nosotros tan sólo...

— ¿También tú te atreves a mentir? — increpó un bailarín que se puso a mi lado. — Este granuja trata de disculpar a su hermano, pero a mí y a otros artistas nos consta que José Lázari tenía en su camerino un mauser que dijo dispararía a Dale si le volvía a pegar.

El *clown* hincóse de rodillas suplicante: — Por favor, señor, no me prenda usted. Yo no la he matado. Es verdad que tengo una pistola, pero está en mi camerino.

— ¡Miente usted! — le repliqué lamentando que gimiera en vez de defenderse. — Tenía usted el arma para disparar contra Dale en caso de que éste le pegara. Cuando su esposa le abofeteó, la mató usted.

— ¡No! ¡no! — protestó llorando.

— Puedo enseñársela a ustedes — indicó el hermano. — Está en el camerino dentro del cajón. Voy a buscarla.

— Se guardará usted muy bien. Iré yo mismo por ella. Rooney, cuide de que todo siga tranquilo hasta que vuelva. Usted, Dale, siéntese. Tenga paciencia y espere. Las investigaciones no marchan mal.

Y salí no sin darme cuenta de que José Lázari, acurrucado en el suelo, lloraba a lágrima viva.

— ¿Ha averiguado usted algo? — preguntó el empresario, que estaba entre bastidores, cuidando de que se terminara la representación sin la alarma del público, el cual no se enteró hasta la mañana siguiente de que había sido testigo de un crimen.

— No puedo decir nada todavía. Tal vez necesite su auxilio...

— Cuento usted conmigo. Haré todo lo posible para que prendan al criminal, pero quisiera poder disponer de algunos artistas que tiene usted encerrados.

— Llámelos usted a medida que los necesite, fuera de los dos *clowns*. Dígame a Rooney que yo le he autorizado. Pero en cuanto terminen su número respectivo, mándelos otra vez.

— ¿Dónde está el camerino de los Lázari?

— Número cinco. Por este corredor, a la izquierda.

**A**VANCE entre los muebles y otros accesorios que estaban dispuestos junto a los bastidores para la representación. Me fijé en la mesa en que estaban amontonados los trajes grotescos de los hermanos Lázari. Aquella mesa tenía bastante interés para mí.

Si José Lázari disparó desde los bastidores, tuvo muy poco tiempo para ocultar el arma antes de ser rodeado por los artistas y tramoyistas que se apresuraron a acudir al escenario.

Miré alrededor, sin que nadie, al parecer, me observara.

Me acerqué a la mesa, examiné los trajes, las pelucas y otros accesorios de trabajo. Luego levanté una chaqueta de terciopelo, de la cual deslizóse, al volverla del revés, un mauser provisto de aparato para apagar la detonación.

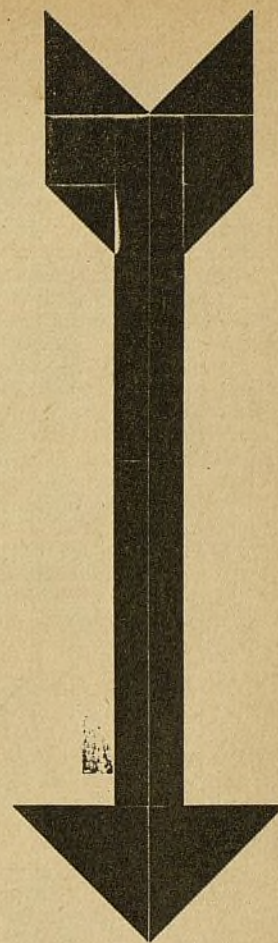
El hallazgo me dejó sin aliento. Envolví el arma en mi pañuelo con objeto de no destruir las huellas digitales que tuviera. Con el mayor cuidado me la metí en el bolsillo interior y me dirigí al camerino número cinco. Una vez dentro, con la puerta cerrada, me eché a reír. Poseía ya bastantes pruebas para dejar convicto a José Lázari ante cualquier tribunal.

El cajón de la mesa del tocador, ante cuyos dos grandes espejos se caracterizaban los dos hermanos, estaba entabillado. Acabé de abrirlo sirviéndome de los nudillos, para no dejar huellas, y vi que solamente contenía cosméticos y accesorios de caracterización. Me senté en una silla, saqué mi paquete y me lo puse sobre las rodillas; volví a guardarme el pañuelo, y examiné el arma con cuidado y di un silbido.

El dispositivo silencioso no estaba bien colocado. Por lo visto, Lázari o lo ajustó con apresuramiento o no conocía muy bien su empleo. Y aquel ajuste imperfecto, unido a las condiciones acústicas del teatro, era el motivo de que yo hubiese podido oír el disparo apagado cuando la bala salió del cañón.

**A**BIERTA el arma, vi que sólo se había disparado una bala. Si la autopsia demostraba que el proyectil que había en el cadáver de la bailarina era semejante a los que quedaban en el arma, y si las huellas dactilares coincidían con las de José, éste no podría disculparse en manera alguna.

Envuelto de nuevo el revólver, me



## GRAN PROYECTOR

publicará en su tercer número, que se pondrá a la venta a primeros de agosto, la trágica vida del inventor de los gases asfixiantes, cuya fórmula intentaron comprarle — o arrebatarle — Francia y Alemania por medio de hábiles servicios de espionaje. La narración se titulará,

## LOS SIETE QUE ◀ MURIERON ▶

sensacional historia contada

por uno que los mató



En todos los quioscos: 1'25 pts. ejemplar



lo guardé en el bolsillo. Busqué la caja de los cartuchos, pero no la hallé. Sin embargo, en el suelo, cerca de la puerta, recogí un pedacito de papel blanco, hecho una bola. Con las uñas lo extendí; tendría dos pulgadas y mostraba claramente tres huellas dactilares de grasa. Creí que el papel debió de contener un narcótico. Entonces me pregunté si Lázari habría querido darse ánimos con un poco de cocaína para matar a Gene.

Revolvía en la mente estos pensamientos cuando me fijé otra vez en las huellas grasientas. Entonces me ocurrió una duda. ¿Acaso un acróbata, para quien un resbalón, por ligero que sea, suele ser causa de un grave accidente, permite que sus manos estén grasientas? No podía creerlo. Estos artistas llevan siempre al escenario una caja de colofonia en polvo, con la que se frotan las manos y los pies para impedir las consecuencias del sudor. Volví a examinar la mesa del tocador. En varios sitios vi manchas de yeso, numerosas huellas de rojo y de colcrén, y en el borde del cajón, otra mancha grasienta semejante a las del papel.

**D**OBLANDO cuidadosamente el papel, lo metí en la cartera con la esperanza de que quedasen aún algunas partículas de la droga. Luego examiné todas las ropas de la estancia sin encontrar más polvos, de modo que si Lázari los tenía, seguramente no disponía más que de una dosis.

De regreso a la salita, encontré a la mayor parte de los que allí estaban cuando salí, más tres policías que hablaban con Rooney. Dale me miraba con ojos interrogadores. José y su hermano estaban aparte, en un rincón. En otras circunstancias la expresión de sus semblantes me habría hecho reír, porque las lágrimas habían trazado surcos en sus blanqueadas mejillas.

— ¿Encontró usted el arma en el cajón? — me preguntó dando un paso hacia mí.

— Un momento. Ante todo conteste a dos preguntas. ¿Tiene usted licencia de uso de armas? Ya me lo figuraba — añadí al ver que movía negativamente la cabeza. — ¿Por qué puso un apaga-

ruidos si sólo quería usarla en caso de ser atacado por Dale?

— ¿Un apagarruidos? — preguntó con los ojos muy abiertos. — No lo he tenido nunca.

Miré a mi alrededor preguntando:

— ¿Alguno de ustedes vió si la pistola de Lázari tenía apagarruidos?

— No — contestaron a coro.

Entonces saqué el arma del bolsillo, la descubrí y la mostré preguntando:

— ¿Es ésta su pistola, José?

— Sí, señor, pero no es mío el aparato que hay en ella. Y dígame usted: ¿no encontró la pistola en el cajón? — añadió esperanzado.

— Présteme atención, Lázari. Probablemente usó usted hoy el apagarruidos. Por eso sus compañeros no lo habían visto. Ya sabe que sirve para amortiguar el estampido. Tal vez contaba usted ya con el ruido de la orquesta que impediría oír el disparo.

— ¡Pero si ya le he dicho que no soy yo! Yo no habría podido matarla. En cuanto a la pistola, estaba en mi camerino donde usted la encontró.

— Se engaña, porque la hallé encima de la mesa, junto a la cual, entre bastidores, estaban usted y su hermano. La descubrí debajo de los trajes amontonados en ella.

Por unos momentos me miró mientras su cerebro trataba de comprender plenamente mis últimas palabras. Luego cerró los ojos, se tambaleó y, sólo gracias a su hermano, no se cayó al suelo. Miguel le hizo sentar en una silla y luego se puso delante de él, como si quisiera protegerle de las miradas de odio que le dirigían de todos lados.

Me acerqué a Dale, que estaba con los ojos perdidos en el espacio. Se sobresaltó cuando le puse una mano en el hombro.

— Váyase usted a su camerino — le susurré al oído — y no salga del teatro porque tal vez le necesitaré.

Luego, volviéndome a los demás, les dije:

— Todos ustedes, a excepción de los hermanos Lázari, pueden reanudar su trabajo, pero sin salir del teatro todavía. Usted, Rooney, busque un coche y tráigase el traje de calle de ese individuo. Llévele a la Jefatura. Yo telefonearé al inspector Sullivan avisándole su llegada.

— ¿Va usted a detenernos? — preguntó Miguel.

— ¿Quiéren ustedes confesar la verdad?

— Ya se la hemos dicho. Somos inocentes.

— Está bien. Ya se lo contarán ustedes al inspector.

**C**UANDO salí del teatro, noté que más de la mitad de los espectadores se habían marchado. Era evidente que tenían la impresión de que el repentino desmayo de Gene era más grave de lo que anunciaban desde el escenario.

Desde el despacho del empresario me puse en comunicación telefónica con el inspector.

— Esperaba sus noticias, Feretti. ¿Es algún asesinato?

— Sin duda. Alguien disparó contra la bailarina Gene con un revólver provisto de apagarruidos.

— ¿Dónde estaba usted en el momento del crimen?

— Detrás de la orquesta. Con el inspector del Departamento de Incendios.

— Bien, cuéntemelo todo. Con el mayor cuidado le enteré de

todo lo ocurrido, de la investigación realizada y de las pruebas que había contra Lázari.

— Al parecer tiene usted bastantes pruebas contra él. Cuando Rooney los traiga aquí, prenderé a José como acusado de homicidio y a su hermano como cómplice. Pero dígame, Feretti, éste es el primer caso de asesinato en que interviene usted. ¿Quiere que le mande a Delaney o a otro veterano para que le ayude?

— Le ruego, inspector, que deje el asunto a mi cargo, en la seguridad de que lo haré bien.

— Perfectamente. Hasta ahora lo ha hecho usted maravillosamente. ¿Cuándo vendrá usted?

— Dentro de una o dos horas.

Al llegar a la sala vi que el público ya iba saliendo. Un empleado que hacía guardia para que los porteros no se marcharan, me notificó que los Lázari ya se habían ido y que en el escenario me esperaban el médico y los peritos dactilógrafos, los cuales habían examinado las huellas de los dos hermanos antes de que se los llevasen.

Encontré en la salita de los artistas a los que me aguardaban. Rogué a los peritos que me esperasen unos momentos e hice señas al doctor y a su ayudante para que me siguieran. Dale estaba en su camerino. El cadáver de la bailarina fué llevado a otro, desocupado.

— Doctor — le dije, — urge que haga usted la autopsia. ¿Tiene inconveniente?

— Ninguno — me contestó.

Dió orden de que llevasen una mesa y las cosas necesarias a la habitación del empresario donde yacía el cadáver. Mientras tanto acompañé a los dos peritos al camerino de los Lázari, donde les mostré las huellas dactilares que había en la mesa del tocador.

— Deseo saber si las imprimieron los acróbata — les dije.

**C**OMPARÁNDOLAS con las que habían tomado recientemente, me contestaron en sentido afirmativo. Luego les mostré el papel que, según me imaginaba, había contenido narcótico.

— Tengan mucho cuidado al manejarlo — les advertí. — Empleen la lupa más poderosa que posean para ver si hay en él átomos de polvo.

Así lo hicieron, obteniendo resultado afirmativo.

— Ahora díganme ustedes si estas huellas digitales de grasa son de la misma persona que las anteriores.

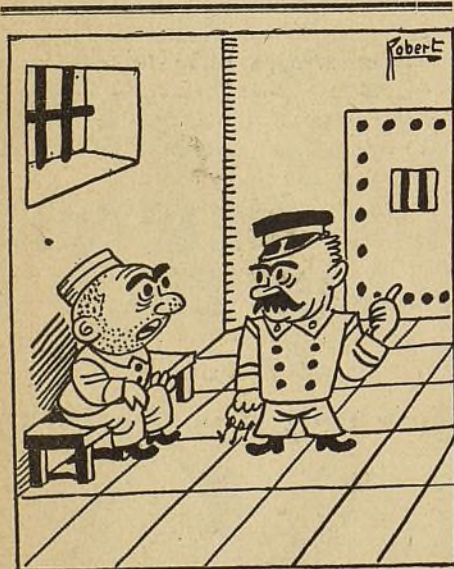
El examen requirió algún tiempo, mas, al fin, convinieron en que las había hecho la misma persona.

— ¡Magnífico! — exclamé. — Sólo falta ya una prueba. — Saqué la pistola del bolsillo y la desenvolví. — Observen ustedes si las huellas de esta arma pertenecen a uno de los Lázari.

Manejando el arma con pinzas de acero, la examinaron detenidamente, empleando un pincel muy suave para cubrir de polvo blanco la culata y de polvo negro el cañón y el apagarruidos. A continuación con unas enormes lupas y una lamparilla eléctrica poderosa, estudiaron la pistola con el mayor cuidado.

Por fin se miraron uno a otro con cierta expresión de extrañeza. Entonces uno de ellos volvió a tomar el papel para examinarlo y su compañero le murmuró algunas palabras al oído. Luego ambos se volvieron hacia mí, diciéndome:

— Muy bien, Feretti. Ha ganado usted. Seguramente ya lo había usted sos-



*El celador. — Oye, tú; allí está el verdugo que quiere verte.*

*El reo. — Dígame que no se moleste; que deje su dirección, y yo tendré el gusto de ir a saludarle a su domicilio.*



pechado. El último que manejó la pistola fué el mismo que ha tocado el cajón y el papel. Hay unas huellas muy débiles debidas, probablemente, a José Lázari, pero ninguna de ellas está en el apagarruidos. Las que existen en éste, que son muy numerosas, las imprimió seguramente el que lo sujetó al cañón, y las que aparecen en la culata del arma, por encima de las de Lázari, presentan pequeñas manchas de sangre. ¿Qué resulta de esto?

—No puedo decírselo todavía, pero han hecho ustedes un importante descubrimiento. Llévense el arma y el cajón. Yo me guardaré el papel.

Al volver al despacho del empresario llamé a Rooney para que viniese con nosotros y ordené a los peritos que tomasen las huellas digitales de todos los que estaban en el teatro, dándoles, también, instrucciones para que anotasen el nombre y la dirección de cada uno de ellos.

—Todavía no hemos descubierto al individuo que dejó las huellas en el arma. Si le descubren — les encarecí, — avísenme por mediación de Rooney.

El empresario cedió su despacho a mis ayudantes. El médico había terminado su cometido. Cuando llegué junto a él, me sorprendió su expresión de enojo.

—Es un crimen repugnante, Feretti — me dijo. — Aquí está la bala. Me parece que es del calibre treinta y dos, pero el asesino aseguró el golpe convirtiendo el proyectil en una bala dum-dum. En realidad, no tocó el corazón de la pobre artista, pero destruyó todo lo que encontró alrededor. De ahí que muriera en el acto. Espere — añadió cuando yo me disponía a replicarle. — Hay un detalle que no me explico. Me han dicho que la víctima estaba inclinada cuando la mataron desde los bastidores. Eso no lo puedo creer, a juzgar por la dirección de la bala, cuyo recorrido es de arriba a abajo. A mi juicio fué disparada desde un lugar más alto que los bastidores.

**C**ONTUVE el aliento cuando oí estas palabras. Y el doctor se quedó sorprendido al estrecharle yo las manos con vigor.

—Pues bien, doctor, yo estaba mirando a esta muchacha cuando la mataron y positivamente puedo afirmar que estaba enteramente erguida. Ahora es preciso averiguar quién fué el asesino.

—Tal vez pagó a alguien para que lo hiciese en su lugar.

—No lo creo, mas lo que sí parece probable es que el asesino robó del camerino de Lázari la pistola con que mató a la joven. Luego, aprovechando los momentos de excitación, ocultó la pistola entre la ropa de los *clowns*, a fin de que se sospechara de José. Y como el asesino estaba enterado de la enemistad existente entre Dale y los Lázari, puede asegurarse que ha de ser uno de los artistas o empleados de este mismo teatro. Llévese la bala y ya nos veremos más tarde en la Jefatura. Ahora voy a interrogar a Dale. Dentro de un rato podrá usted autorizarle a que se lleve el cadáver de su mujer. Quiero hacerle otra pregunta. — Saqué el papel de mi monedero y se lo mostré diciéndole: — Por medio de una lupa se han visto algunos átomos de polvo en este papel. ¿Hay modo de saber qué polvo era ése?

El doctor tomó el papel, lo olió y luego pasó la lengua por él.

—Con seguridad, no, porque hay demasiado poco. Tiene el sabor de un alcañal. Tal vez sea cocaína.

Satisfecho, me marché antes de que pudiese interrogarme. Estaba ansioso por saber si los peritos dactilógrafos habían descubierto algo que pudiese señalar el desconocido criminal, pero preferí interrogar a Dale, para ver si obtenía alguna pista. Le encontré solo en su camerino. Le manifesté que tenía mucha prisa y que pronto le visitaría el médico. Luego le rogué que me dijera si él o su esposa tenían enemigos.

—Ninguno en absoluto. Ni mi esposa ni yo nos hemos peleado con nadie, a excepción de Lázari.

Sin darle a entender que buscaba a otra persona, le interrogué sobre la vida anterior suya y de su esposa. Aunque su relato fué interesante, no me proporcionó el hilo que yo buscaba. En resumidas cuentas fué el siguiente:

Guillermo Dale, de veinticinco años, pertenecía a una familia de artistas de circo. Su padre, un buen músico, le enseñó a tocar el violín. Estuvo ocho años en una compañía de *variétés*. Su esposa, Eugenia Gautier, llamada familiarmente Gene, era natural de Québec, y pertenecía igualmente a una familia de artistas de *variétés*. Desde niña se dedicó a bailar y a cantar. Huérfana a los diecisiete años, entró en una compañía de grandes espectáculos, que dirigía un francés, llamado Juan Breville. Este, dándole cuenta de las grandes condiciones de la muchacha, le enseñó algunos bailes especiales, que ella ejecutaba en una plataforma de cristal, mientras proyectaban sobre su cuerpo numerosos focos de luz policroma.

Aunque Breville le llevaba varios años, se enamoró de ella y le pidió su mano varias veces sin resultado alguno. Una noche, en Boston, un joven tiró desde un palco un ramo de flores a la artista. Breville, loco de rabia, entró en el camerino de la joven y la golpeó de tal modo, que la dejó sin sentido. Luego huyó, figurándose que la había matado. Las autoridades averiguaron que se había dirigido a Québec, desde donde huyó a Francia, su país natal. Más tarde supimos que había muerto en la gran Guerra.

La paliza recibida fué causa de que Gene perdiese la voz, pero continuó bailando. Dale la conoció en una *tournee*. Se enamoraron y se casaron. Después su vida fué muy feliz hasta que en su camino se cruzó José Lázari.

La entrada del médico forense me dió la oportunidad de marcharme.

Me dirigí al despacho del empresario, donde pude ver que se había terminado la operación de tomar las huellas digitales de todo el personal del teatro.

—No hemos ganado nada, Feretti, — me dijo uno de los peritos. — No hay una sola huella digital que coincida con las de la pistola y el papel. Me temo que ha desaparecido un individuo, aunque me parece que eso no tiene gran importancia.

—¿Quién se ha marchado? — grité irritado, volviéndome al empresario.

—Esteban Mackel, el que mandé para llamar a la policía. Siento declararlo.

Entonces recordé un detalle que me impresionó. A Mackel le vi cerca de la mesa donde estaban los trajes de los *clowns*, cuando tropecé con ella. Sin duda tuvo ocasión de ocultar entonces la pistola entre la ropa.

—En fin — dije para mis adentros. — No había sospechado de él.

—No creo que importe gran cosa — añadió el empresario. — Es un imbécil. Casi siempre está borracho de cocaína, aunque realiza bien el trabajo que le está encomendado.

—Espere usted un momento — dije sentándome y esforzándome en reflexionar. — De modo que Mackel es cocainómano. Por otra parte en el camerino de Lázari había un papel con manchas de grasa. Ahora dígame — añadí disimulando mi excitación — ¿cuál es el trabajo de ese hombre?

—El de electricista; es una notabilidad en su ramo. Por eso no le he despedido.

—¿Y dónde estaba esta noche?

—En las bambalinas, manejando el reflector que iluminaba la cabina en que Gene...

—Supongo que ése debe de ser un trabajo muy sucio. Por eso se habrá manchado los dedos de grasa.

—Creo que sí. Los tornillos del reflector están muy engrasados. Pero no creo que se vaya usted a figurar que...

—Lo que me figuro es... que Esteban Mackel mató a esa muchacha, disparando desde las bambalinas el revólver de Lázari. ¿Qué tenía contra ella?

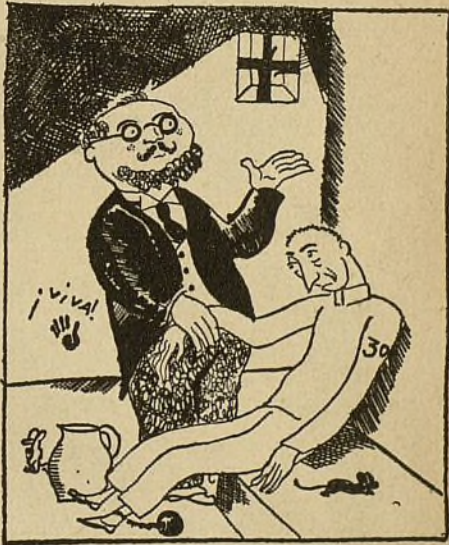
—Supongo que nada. Pero un día se disputó con Dale. Un jueves le pidió la propina acostumbrada en vez de esperar, como siempre, al fin de la semana. Tal vez quería el dinero para comprar el narcótico. Dale le complació, pero al día siguiente, como no quisiera admitir otro sablazo, se cruzaron entre ellos palabras fuertes. Supongo que no va usted a creer que este pobre diablo mató a Gene en venganza de esa tontería.

—No se preocupe usted de lo que pienso. ¿Dónde vive? Ahora debe de estar lejos de su casa.

—No lo sé — contestó el empresario.

—Me parece que no tiene domicilio fijo porque de todas partes le echan en cuanto se enteran de su vicio. Espere — añadió corriendo hacia la puerta.

Una vez allí, gritó a los empleados que estaban en el corredor, preguntándoles si alguno de ellos conocía el domicilio de Mackel.



—¡Bah! Esto no es nada. No tiene usted más que treinta y ocho grados.

—Pero fíjese usted, doctor, que estoy a la sombra...



Pocos momentos después volvió casi arrastrándose un individuo.

— Yo lo sé — dijo éste — Le acompañé el lunes por la noche, porque apenas podía andar. Está en la calle Cuarenta y Nueve, no muy lejos de aquí. Vive con una hermana solterona que tiene una casa de huéspedes. No puedo acordarme cómo se llama. Lo que sí recuerdo es que al ver su estado no le dejó entrar.

— ¿Podrá usted reconocer el sitio?

— Sin duda alguna.

— Vaya a buscar un taxi.

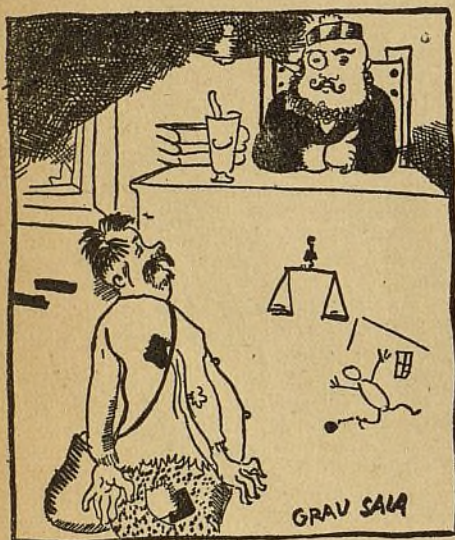
— Yo iré también — dijo el empresario. — A ver si podemos coger a ese bandido.

— ¿No tiene usted ninguna arma?

— Sí — dijo tomando el revólver del cajón de su escritorio.

— Métaselo en el bolsillo exterior, como yo. Pronto verá usted que prender a un asesino cocainómano no es cosa de broma, precisamente.

Atendió mi consejo, subimos al taxi-



— ¿Qué edad tiene usted?

— Treinta y dos años, señor juez.

— ¿Y cuántos hace que no trabaja?

— ¡Treinta y uno!

metro y diez minutos después nos apeábamos ante una casa vieja, de escalones altos. En la puerta del piso superior se veía una placa cuyo letrero pude leer con el auxilio de un fósforo. Quedé pasmado. El nombre que acababa de leer era Breville, y el apellido de la hermana solterona de Mackel era...

Repentinamente me expliqué el asesinato. El cocainómano Mack no era otro que el mismo Juan Breville, el francés que, pocos años antes, casi mató de una paliza a la pobre Gene, en un arranque de celos. Sin duda ella le vio durante el ensayo del domingo por primera vez desde que él la había maltratado. Ambos debieron de sentir una impresión desagradable, pues cada uno de ellos suponía muerto al otro. Esta circunstancia explicaba perfectamente los trastornos sufridos por la joven desde los primeros días de la semana, así como la razón de no querer confiar a su marido lo que ocurría, para evitar un grave disgusto.

Mientras formulaba mentalmente estas reflexiones, había oprimido el botón del timbre varias veces. De pronto brilló una luz en el corredor, y un viejo abrió la puerta, interceptando el paso con un cuerpo. Le di un empujón, le mostré mi insignia y le pregunté dónde estaba la dueña de la casa.

— Ha salido — tartamudeó.

— ¿Y su hermano Esteban Mackel?

— También se ha marchado. Salieron los dos juntos en un taxímetro.

— ¿Cómo?

— Sí, señor. El llegó a casa muy enfermo. Arreglaron su equipaje sin perder tiempo y se fueron. Yo les bajé las maletas. Dijeron al chofer que les llevara a la estación Grand Central.

— ¿Dice usted la verdad?

— Como Dios nos oye. Soy un criado. Les oí telefonear preguntando por la salida de los trenes que van a Montreal.

ERAN las doce y media. El tren nocturno para Montreal salía a la una. Mis compañeros y yo tomamos un taxímetro, ordenando al chofer que, aun contraviniendo el reglamento de velocidad, se dirigiera a la estación a toda prisa. Llegamos a ella tres minutos antes de la salida del tren. Pudimos entrar en el andén gracias a mi insignia. El jefe tenía ya la mano levantada, cuando le di cuenta de mi objeto y le describí a Mackel. Le dije que estaba enfermo y que, probablemente, le acompañaba una mujer. El jefe llamó a varios empleados, uno de los cuales recordó haber visto subir a un coche a una pareja semejante a la descrita por mí.

Acompañados de aquellos empleados, penetramos en el vagón por ambos lados.

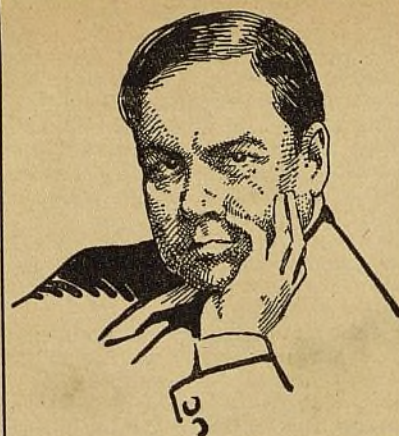
— ¡Ahí está! — gritó el empresario, señalando un asiento en donde una mujer daba un vaso de agua a un hombre encorvado y decaído en extremo.

Al sentir el grito, Mackel trató de levantarse rápidamente, sin duda para huir, pero sus escasas fuerzas le traicionaron. Me bastó yo solo para sujetarle antes de que hiciera ningún movimiento de defensa. En cuanto le puse las esposas se desmayó, de modo que tuve que sacarle a hombros del vagón y conducirlo en el taxímetro a la Jefatura.

No llegó a sentarse en el sillón eléctrico, como hubiera correspondido a su delito. Su prisión hizo desaparecer el último vestigio de razón que le dejara la cocaína.

Ahora está en un manicomio, como loco incurable, pero por su hermana, a quien se confesó al huir aquella noche del teatro, tuvimos la certeza de que fué él el autor del crimen.

Al ver a la mujer a quien creía haber muerto y al darse cuenta de que estaba casada con otro, despertaron de nuevo sus celos homicidas. Fué testigo de la disputa entre Dale y Lázari y vió que este último mostraba su revólver. Entonces, con la astucia que le daba la cocaína, usó aquella arma para matar a Gene desde las bambalinas, después de haber dirigido hacia ella el reflector eléctrico y luego guardó el arma donde esperaba que constituyese una acusación contra el acróbata. Mas, una vez en la calle, abandonó la decisión de volver al teatro después de hablar con Rooney, yendo a buscar la salvación en la fuga con ayuda de su hermana.



## Rubén Darío

NOVÍSIMA BIOGRAFÍA

POR

Guillermo Díaz Pla

PUBLICADA EN LA COLECCIÓN

### Los Grandes Hombres

La figura de Rubén Darío, tan conocida por el fervor que ha suscitado su obra, estudiada en aspectos parciales por numerosos ensayistas, se encuentra falta de estudios que la enfoquen de una manera global, en la totalidad de su trascendencia. Esta obra constituye quizá la más completa aportación crítica que se ha publicado sobre la obra del gran poeta. Rico de documentación, con una bibliografía abundantísima y difícil de reunir, este libro presta un servicio importantísimo a todo el que se interese por la figura del lírico de Nicaragua.

Se inicia con una biografía del poeta. A continuación una serie de ensayos nos presentan diversos aspectos de su producción literaria; estos ensayos constituyen la parte más interesante del libro. Sigue una «Iniciación a una lectura de su obra lírica» en la que el autor va siguiendo, paso a paso, la evolución poética de Rubén, y cierran el libro unos apéndices sobre aspectos anecdóticos de su obra.

Un tomo con numerosas ilustraciones

En tela y oro..... 4 ptas.

En rústica..... 3 «

Otros volúmenes publicados en la colección LOS GRANDES HOMBRES

DANTE, por I. Vázquez Yepes.

NAPOLÉON, por H. L. Fisher.

CERVANTES, por M.<sup>a</sup> Luz Morales.

MOLIERE, por José Escofet.

BISMARCK, por A. Herrero Miguel.

GOYA, por T. Gutiérrez Larraya.

VICTOR HUGO, por A. H. Miguel.

BÉCQUER, por J. Andrés Vázquez.

De venta en todas las librerías de España y América.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.  
EDITORES

Disputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda

Valverde, 21 dup. — MADRID



Una colección recomendable de obras de

# HIGIENE Y GIMNASIA

Para el campo y el hogar



**Salud, Fuerza y Belleza por medio de la Gimnasia Sueca**, por el Doctor Saimbraum.

Un tomo de 149 páginas, 2 pesetas.

**Teoría y Práctica de la Gimnasia Respiratoria**, por el Dr. Saimbraum.

Un tomo de 152 páginas, 2 pesetas.

**Gimnasia de las Profesiones**, por el Dr. Saimbraum.

Un tomo de 155 páginas, 2 pesetas.

**Higiene Moderna**, por el Doctor Juan Bardina.

Un tomo de 339 páginas, 5 pesetas.

**Los Baños de Aire, de Luz y de Sol en Casa**, por el Dr. Monteuis.

Un tomo de 324 páginas, 5 pesetas.

**Para ser Fuertes**, por William Blaikie.

Un tomo de 417 páginas, 5 pesetas.

**La Higiene Sexual, y sus Consecuencias Morales**, por el Dr. Ribbing.

Un tomo de 509 páginas, 5 pesetas.

**La Vida Sexual Normal y Psicopatológica**, por el Dr. Mesonero Romanos.

Un tomo de 200 páginas: en tela, 4 pesetas; en rústica, 2'50 pesetas.



De venta en las buenas librerías de España y América y en las siguientes, que las remiten franco de portes anticipando por giro postal o en sellos de correo el importe de las obras:

**Sociedad General de Publicaciones, S. A.**  
Diputación, 211.- BARCELONA  
**LIBRERIA «EL HOGAR Y LA MODA»**  
Valverde, 21 dup. - MADRID

## El Misterioso Robo del Collar Loftus

(Continuación de la página 11)

REINO silencio durante algunos minutos, mientras yo fijaba mi plan.

— Tendré necesidad de pedir algo extraordinario — dije por fin, — porque convendrá que vaya a su casa y me quede en ella día y noche, hasta solucionar este enigma. Para ello no hay más que un medio. Debo fingir que soy el señor Bassford y durante algunos días será su huésped. Creo que podré llevar a cabo el plan, teniendo en cuenta que los criados no me conocen a mí ni conocen tampoco al señor Bassford.

— No tengo inconveniente — replicó el verdadero Bassford. — Yo me alojaré en el hotel.

— Nada de eso, Alberto, porque usted se queda aquí — le dijo Roberto.

— Pues, entonces, ya está todo arreglado. ¿Dónde están sus maletas, señor Bassford? ¿Están marcadas con sus iniciales?

— Sí, señor. Y, además, les han pegado muchas etiquetas de barcos y de hoteles. Supongo que querrá usted que se las preste. Están abajo, en el auto de Jaime.

— Muy bien. Convendrá que las haga subir, Roberto, porque no quiero que el ladrón sospeche cosa alguna. Saque usted toda la ropa de su amigo y ponga algunas mudas para mí. Usted y yo tenemos casi la misma corpulencia y yo llevaré su ropa interior. No tengo tiempo para ir a casa.

Mientras Roberto se marchaba para ejecutar estas instrucciones, me volví hacia Loftus.

— ¿Puede usted hablar con su esposa por teléfono, sin que nadie en la casa se entere de lo que le dice?

— Sí, señor. Todos los teléfonos de mi casa son individuales y sin extensiones de ninguna clase.

— Pues entonces póngase en comunicación con ella, sin pérdida de tiempo, y explíqueme lo suficiente para que no se sorprenda cuando aparezca yo. Ordene, también, lo necesario para que me preparen habitaciones en el segundo piso. Quiero vigilar a todos los que puedan aparecer por las cercanías del lugar en que se cometió el robo. Pero, pensándolo mejor, creo que voy a coger un resfriado. Esto me permitirá permanecer en mis habitaciones una gran parte del día sin excitar las sospechas de nadie. Incluso podremos llamar a un médico, que tenga la confianza de usted, y así los criados se enterarán de que no me encuentro bien.

LOFTUS hizo lo que yo le encargaba en tanto que Roberto rehacía las maletas de Bassford. Entonces decidí otra cosa. Disponiendo de tiempo suficiente habría estado seguro de solucionar el conflicto yo solo, pero como era preciso obrar con rapidez, me buscaría un auxiliar, alguien que pudiera seguir las pistas que yo le indicase. Expliqué mi plan a Loftus, diciéndole que me esforzaría en lograr la cooperación de Miguel Delaney, detective veterano de la Jefatura de Policía de Nueva York, uno de los mejores de la ciudad.

— Delaney es digno de toda confianza — dije. — A veces es un poco romo, pero tan abundante en recursos como un zorro y, sobre todo, no conoce el miedo. Si logramos la victoria, le servirá eso mucho en su carrera, lo cual redun-

dará en beneficio de su familia. Además, si hay que prender a alguien, es preciso valerse de la policía oficial, y así, utilizando a Miguel Delaney, estaremos ya preparados para esta contingencia. Es más, suponiendo que encuentre yo al ladrón, permitiré que Delaney obtenga todo el mérito de la captura. Le debo muchos favores.

— Acepto, desde luego, todo lo que usted disponga.

Telefoné, pues, a mi secretario, le describí mi misión y le dije dónde podría encontrarme y bajo qué nombre. Luego llamé al inspector Sullivan, de la Jefatura de Policía, y le dije que tenía ocupación para Delaney, quien fácilmente consentió en ayudarme. Loftus y yo nos encaminamos apresuradamente a la Jefatura y recogimos a mi amigo al ir a la vivienda del banquero.

Al llegar allí nos abrió la puerta el viejo mayordomo Benito, que sin duda estaba enterado del asunto. Tras él y en el vestíbulo, muy bien iluminado, se hallaba el ayuda de cámara Guillermo, que tendría unos cuarenta años. Era hombre vigoroso y, a juzgar por la expresión de su rostro y el brillo de sus ojos, un luchador. Una mirada me convenció de que yo no le conocía, pero también vi por ella que si resultara el ladrón, sería hombre peligroso al verse perseguido. Tanto él como el mayordomo parecían haberse dado cuenta de que ocurría algo extraordinario, causa por la que toda la servidumbre estaba despierta a pesar de lo avanzado de la hora.

Loftus me miró y luego habló a los dos criados, mientras el chofer entraba y dejaba en el suelo las maletas que me habían prestado.

— Este es el señor Bassford. Permanecerá con nosotros hasta el día en que nos embarquemos. Usted y Guillermo tomen sus maletas. Mi amigo ocupará las habitaciones de los huéspedes en el segundo piso. Diga a la señora Loftus que hemos llegado y ruéguele que se una a nosotros en la biblioteca. Usted y Benito procuren no alejarse demasiado, porque es posible que les necesitemos.

Mientras Guillermo me ayudaba a quitarme el gabán, observé que vigilaba a Delaney con cierta intranquilidad. Pero Miguel, que había permanecido en segundo término, pareció no haberse fijado siquiera en los criados. Entonces Guillermo se alejó con mis maletas y los tres nos dirigimos a la biblioteca, que estaba situada en la parte posterior de la casa.

Una vez cerrada la puerta, Miguel encendió un cigarro, me hizo un guiño y se volvió a Loftus preguntando:

— ¿Cuánto tiempo hace que ese Guillermo trabaja en esta casa?

— Unos tres meses.

— ¿Quién se lo recomendó a usted?

— Le dieron buenas referencias?

— Trabajó en casa del agente de bolsa Mortimer Pinckney antes de presentarse a mí. Y ahora recuerdo que en casa de este último sirvió poco tiempo, porque cayó enfermo. Pinckney tomó a otro ayuda de cámara y como yo necesitaba uno, me mandó a Guillermo. Además, él me enseñó algunas cartas de recomendación de personas conocidas.

— Y, como la mayor parte de hombres de negocios, usted no se molestó en com-



probar si tales cartas eran verdaderas...

—Es cierto que no lo hice. ¿A dónde quiere usted ir a parar?

—¿Ha reconocido usted a este individuo, Miguel? —interrogué a mi vez. —¿Cree usted que las cartas pueden ser falsas?

—Es lo más probable. Lo que sí es cierto es que ese Guillermo no se llama así, sino José Kock, alias «el jugador de poker». Es un tuno muy conocido en los barrios bajos. Su cara inexpresiva le granjeó este apodo. Tengo entendido que procede de Inglaterra. Suele aceptar una colocación en casa de alguna persona influyente y trabajar allí el tiempo suficiente cumpliendo puntualmente para que le den un buen certificado. Es un falsificador muy listo y puede ofrecer a quien se las pida las recomendaciones necesarias. Cuando ha dejado satisfecho a uno de sus jefes, cambia de trabajo y busca el modo de emplearse en casa de la persona a quien se propone robar. Parece como si se hubiese propuesto esto último en casa del señor Loftus. Loftus hizo aquí un gesto de contrariedad.

—Hace algunos años sufrió una condena larga —prosiguió Miguel. —Luego otra y hace cosa de un año que recobró la libertad. Me dijeron que estaba en Quebec, pero la verdad es que no me preocupé mucho de lo que pudiese hacer allí.

—Parece que ya hemos descubierto al ladrón —observó Loftus muy excitado. —Supongo que le interrogará usted y registrará su habitación.

—Todavía no —contestó Delaney. —Aunque sea un tuno, eso no quiere decir que forzosamente deba ser el ladrón. Además, si él ha robado el collar, lo habrá escondido donde no se encuentre con facilidad. Conviene averiguar algo antes de hacer cosa alguna.

En aquel momento entró la señora Loftus a quien me presentaron. Me acogió muy sonriente.

—Tendré que llamarle a usted Alberto —dijo, —porque los criados habrán oído este nombre y no el de señor Bassford. ¿Qué desea usted hacer?

—Pronto trataremos de eso, querida mía —dijo su marido ofreciéndole asiento. —Pero voy a darte una sorpresa. Guillermo es un ladrón profesional. El señor Delaney le ha reconocido. Ha estado en la cárcel por haber robado en una casa donde estaba de mayordomo.

—Esto explica, pues, lo que dijo Margarita cuando le hablé del robo.

—¿Qué fué ello, señora? —pregunté sobresaltado.

—Permítame que me explique. Margarita es más antigua en nuestra casa que Guillermo, pues creo que la tomamos unos tres meses antes que a éste.

Yo miré de un modo significativo a Loftus y a Delaney al oír esto, pues durante aquellos tres meses Guillermo trabajó en casa de Pinckney y fingió estar enfermo.

—Mi doncella —continuó la señora —es inglesa y Guillermo también, pero no sostienen muy buenas relaciones a pesar de ello. Alguna vez les he sorprendido disputándose. Y en más de una ocasión ella me ha dicho cosas desagradables de Guillermo. A mí eso me resulta incomprensible y sólo me lo explico suponiendo que ella tenga celos, porque el ayuda de cámara de mi marido parece ser un servidor modelo. Poco después de haberse descubierto el robo y cuando mi marido salió para ir a recibir al señor Bassford, mi doncella me dijo

## Colección de Novelas



### WILLIAM J. LOCKE

El novelista más leído en todo el mundo, por lo humano de los caracteres de sus personajes, por su fino humorismo y por sus acertados detalles de observación de la vida real. Sus obras están traducidas a todos los idiomas.

#### OBRAS PUBLICADAS

LA GLORIA DE CLEMENTINA

EL AMADO VAGABUNDO

SÉPTIMO

EL VENDEDOR DE FELICIDADES

MOORDIUS Y COMPAÑÍA

LAS DIVERTIDAS AVENTURAS DE ARÍSTIDES PUJOL

UN JOVEN AFORTUNADO

#### EN PRENSA

STELLA MARIS

PRECIOS DE CADA VOLUMEN

Encuadernado en cartón, 5 pts.

Solicite el catálogo, que se envía gratis.

EDICIONES DE

Sociedad General de Publicaciones, S. A.

Diputación, 211. — Barcelona

De venta en todas las librerías de España y América

Librería "El Hogar y la Moda"

Valverde, 21 dup. — Madrid

Ayuntamiento de Madrid

algo que ahora parece ser muy significativo. Me dijo que había visto a Guillermo en el segundo piso durante la noche. Como ya se comprende, él tenía la orden de permanecer abajo y ayudar a Benito, cuidando de la habitación destinada a los caballeros. Y mi doncella añadió que tal vez fuese conveniente interrogar al ayuda de cámara.

—Creo oportuno que llame usted a esa muchacha. Usted, Miguel, encárguese de interrogarla. Yo he de conservar mi papel de huésped.

Contestando a una llamada del timbre se presentó la doncella, en apariencia asustada y tratando de ocultar sus temblorosas manos debajo del delantal. El color rosado de sus mejillas se acentuaba gracias a su abundante y rubio cabello, que llevaba anudado en forma de moño. Era muy bonita, aunque de corta estatura.

Miguel le dirigió breves preguntas, a las que ella contestó con absoluta claridad y sin ninguna evasiva. No tenía nada que decir contra Guillermo, a excepción de que le gustaba mucho dar órdenes y a veces se familiarizaba demasiado, basándose en el hecho de que ambos eran ingleses. Pareció desagradarle tener que repetir lo que dijera a su señora, mas por fin admitió haber visto a Guillermo en el segundo piso y dirigiéndose al vestíbulo. La muchacha insistió en que el comportamiento de él no fué sospechoso, sobre todo no habiéndole visto salir de ninguna habitación. Por consiguiente, ella no le acusaba en este punto de nada.

En vista de esto, se le dió permiso para retirarse. La impresión que me produjo su reticencia fué la de que, tal vez, tenía convertida a su compañero en un enemigo encarnizado si le hacía objeto de una acusación que después no se podría comprobar.

Cuando hubo salido indiqué a Miguel una serie de preguntas para que las hiciese a los demás criados, que fueron llamados sucesivamente, aunque no arrojaron luz alguna sobre el misterio. Simón permaneció en su puesto, en la puerta principal, hasta que se hubo marchado el último invitado. Ningún desconocido se acercó a él, ni pasó por su lado criado alguno de la casa. Intencionadamente nos abstuvimos de llamar entonces a Benito y a Guillermo, lo cual no era obstáculo para que yo hubiese llegado a la convicción de que el ladrón había de ser este último. En consecuencia, temiendo que el interrogatorio a Guillermo resultara desagradable, sugerí a la señora Loftus la conveniencia de que regresara a sus habitaciones cuando el ayuda de cámara fuese llamado a declarar.

Tocó el turno a Oriol, el vigilante exterior de la finca, quien declaró que acababa de descubrir un cordón de seda, colgado de la rama de un árbol que asomaba por una de las ventanas del invernadero. Eso indicaba la asombrosa posibilidad de que el ladrón hubiese escalado la cerca. Pero Oriol se negó a admitir esta posibilidad, porque no creía que un intruso pudiese haber pasado inadvertido para sus perros.

Ordenando a los demás que permanecieran en la habitación, acompañé a aquel hombre hasta el árbol en cuestión, del cual colgaba aún el cordón citado.

Una vez en presencia de los hechos, parecía evidente que Oriol y sus perros no vigilaron tanto como el primero aseguraba. Pero cambié de opinión después de haber subido al árbol para examinar



cómo estaba sujeto el cordón. En realidad, no estaba atado, sino que uno de sus extremos había sido, sencillamente, colocado en torno de la rama. Un tirón fué suficiente para soltarlo y así se demostró que no habría sido capaz de soportar ni siquiera el peso de un niño.

Sólo pude llegar a la conclusión de que el ladrón pertenecía a la casa; pero, deseoso de fingir que procedía del exterior, arrojé aquella cuerda al árbol hasta que se agarró a la rama y dejó caer al suelo el extremo opuesto. Como es natural, pensé en Guillermo por ser un profesional consumado y la persona más indicada para ocurrírsele semejante subterfugio. Luego volví al lado de Delaney y de Loftus dándoles cuenta de mi hallazgo y de mis deducciones.

— Sólo se puede hacer una cosa, Miguel, y es que se lleve usted a Guillermo a la Jefatura y le encierre como sospechoso. Eso me permitirá registrar su habitación y otros posibles escondrijos. Si él continúa en libertad, no hay duda de que se nos escapará con los brillantes, si es que realmente los ha robado él. Es posible que acabe siendo inocente, pero, al menos, estará en nuestro poder en caso necesario.

Se llamó a Guillermo. Delaney cerró la puerta y se guardó la llave y luego se puso frente a aquel hombre, cuyo rostro continuaba impassible, aunque en sus ojos me pareció advertir una expresión temerosa.

— Este asunto ha terminado, José — dijo bruscamente Miguel. — Entrega los brillantes que has robado a la señora Loftus. Te será muy conveniente.

— Ya me figuraba que era usted un policía — contestó el criado con impasibilidad, — pero no le reconocí. He oído hablar de este collar robado. Los demás criados han asegurado que ellos no son los ladrones, y usted, como conoce mi historia, ha decidido atribuirme el robo. Pero se equivoca, porque hace ya mucho tiempo que llevo buena conducta y puedo probarlo. Además, no le será posible acusarme de nada.

— ¿De modo que no quiere confesar?

— ¡Vaya usted al demonio! Le repito que sigo una conducta honrada. Regístreme a mí y todo lo que me pertenece. Deténgame si quiere, pero se verá obligado a soltarme. Ya soy demasiado duro para meterme de nuevo en aventuras y lo único que deseo es ganarme honradamente la vida, a pesar de la policía.

Hice una seña a Delaney que, inmediatamente, registró de pies a cabeza a aquel hombre, aunque sin hallar nada.

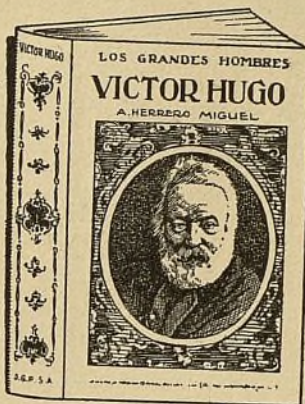
Guillermo sonreía con insolencia cuando, en compañía de Delaney, salía en dirección a la Jefatura de Policía.

EN unión de Loftus me dirigí en el acto a las habitaciones de su esposa, en donde realicé un minucioso registro, empleando una lámpara eléctrica de bolsillo y una fuerte lupa que siempre llevo conmigo. No descubrí huellas digitales ni de pies calzados ni arañazos sospechosos. Mi único hallazgo consistió en que la ventana que daba frente al árbol que sostuvo la cuerda fué abierta desde la habitación sin que luego la volviesen a cerrar. Eso no revelaba otra cosa sino que el ladrón no desdeñó ningún detalle que diese a entender que el autor del robo procedía del exterior.

Encendí la luz y cerré la puerta. Entonces entré en el cuartito que estaba casi lleno de antigüedades, de adornos, de trajes pasados de moda y de cosas

## VICTOR HUGO

por A. HERRERO MIGUEL



Nueva e interesante biografía publicada en la colección

### Los Grandes Hombres

La gigantesca figura de Víctor Hugo ofrece en la historia de la literatura un interés excepcional por su doble aspecto de incomparable escritor y de plasmador del espíritu romántico francés. Por eso una biografía suya es un medio eficazísimo de conocer más profundamente la recia personalidad que le hace sobresalir sobre todos sus contemporáneos.

A través de los nueve capítulos de este tomo va desarrollándose la vida íntima del genio con una nitidez de acción realmente notable. Desde la accidentada infancia, con los inquietos viajes por Italia y España, hasta la serena ancianidad, con los triunfos literarios y las intervenciones políticas, toda la vida de Víctor Hugo nos la presenta Herrero Miguel como un esfuerzo sublime del que lucha por la patria y por las letras, dando en cada caso el preciso análisis de las causas que motivan el hecho o el esquema del fin a que tienden.

Un tomo ilustrado con 32 artísticas fotografías:

En tela y oro. . . . . 4 ptas.

En rústica. . . . . 3 ptas.

De venta en todas las librerías de España y América

EDICIONES DE

Sociedad General de Publicaciones, S. A.  
Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda  
Valverde, 21 dup. — MADRID

semejantes. Con satisfacción noté que había una ligera capa de polvo sobre todos los objetos de la estancia y en el acto empecé a buscar huellas digitales. Observé algunas señales, pero no huellas, a lo largo del estante en donde fué ocultado el collar. Sin duda el ladrón se puso guantes. Pero ¿por qué se agarró al estante? Guillermo era más alto que la señora Loftus y podía haber llegado a él sin necesidad de empinarse.

Debajo del estante había una pesada silla de madera y sobre ella unas cuantas cajas. Un examen minucioso me demostró que alguien las había quitado de la silla. El polvo había desaparecido en algunos puntos. Entonces me fijé en la alfombra y vi que la pelusa de ésta estaba algo aplastada, como si la silla hubiese sido arrastrada por el suelo. Puse las cajas a un lado y observé con cuidado el polvo que había sobre el asiento de la silla. Era evidente que alguien se encaramó en ella, y las señales dejadas por los zapatos eran demasiado pequeñas para ser de hombre. Y, sin embargo, eran bastante redondeadas por la punta y, por consiguiente, muy distintas de las huellas que pudiesen dejar unos zapatos de mujer. Eso me extrañó, pero dibujé su perfil y su tamaño en una hoja de papel.

Arrodillándome entonces empecé a examinar la alfombra. A poco de buscar encontré una horquilla de latón, algo descolorida, con dos o tres hebras de cabello rubio. Reflexioné. Me habían asegurado que nadie, a excepción del señor y de la señora Loftus, había entrado en el cuartito. Pero el cabello de la dueña de la casa era de color negro intenso. Entonces recordé que la única criada que tenía el cabello rubio era Margarita.

Me puse en pie. ¿Habrá dado con la solución? ¿Sería preciso olvidar a Guillermo, para sospechar de Margarita que, además, tenía muy poca estatura?

Por si acaso, desde aquel momento decidí fijarme más en la doncella que en el ayuda de cámara.

Al volver a la habitación inmediata llamé a los dueños de la casa y después de recomendarles que hablasen en voz baja, les pregunté:

— ¿Saben ustedes si la doncella usa zapatos de punta redondeada?

— Por dentro de casa, sí, señor — contestó la señora. — Trajo esos zapatos de Inglaterra. Muchas veces me he reído de ella, porque tal costumbre no está de acuerdo con su general aspecto elegante, pero ella es una muchacha muy económica e insiste en seguir usando el calzado en cuestión.

— Bien. Ahora hágame el favor de fijarse en esto — le dije mostrándole la horquilla.

— Así las usa Margarita — exclamó asombrada la señora Loftus. — ¿Acaso se figura usted...?

— Por ahora importa poco lo que yo piense. Sin embargo, debo advertirles que el éxito del asunto depende de que ustedes sigan tratando a esa muchacha como siempre.

Me guardé la horquilla y añadí:

— Convendría que Margarita viniese aquí. El señor Loftus y yo esperaremos en otra habitación.

Tomé una polvera y arrojé polvos al suelo con cuidado, para que no se viesen mucho.

— Haga el favor de llamar a Margarita, señora Loftus. Procure usted que se ponga en pie en este lugar, pues deseo observar sus huellas sobre la alfombra.

Mi proyecto se realizó sin el menor



# films films films films films

## ¿qué será...?

inconveniente. En cuanto la doncella se hubo marchado de nuevo, examiné sus huellas con ayuda de la lupa y las comparé con los dibujos que había hecho. La forma y las medidas eran idénticas. No había, pues, duda alguna de que Margarita estuvo en el cuartito.

— Voy a dormir una o dos horas — dije. — Todavía no puedo explicar cosa alguna, pero vuelvo a recomendarles la conveniencia de seguir tratando a esa joven como antes, de manera que no pueda sospechar cosa alguna.

No me desnudé, sino que me tendí en un diván de una habitación cuya ventana daba al jardín. Dejé abierta dicha ventana y en eso obré con grande acierto, pues al poco rato me despertó el ruido de alguien que se movía por entre las plantas. La posición del sol me indicó que serían más o menos las siete de la mañana, hora de levantarse. Me acerqué sigilosamente a la ventana y miré. Margarita iba de un lado a otro con una regadera. Por dos veces echó agua abundante a un gran tiesto de magnolias. Parecía ser su planta favorita y no dejó de extrañarme que aquella muchacha — tal vez una ladrona — demostrase tanta afición por las flores. Pero durante mi vida había visto a muchos criminales que tenían otras manías aun más extraordinarias.

ENTONCES recordé la conveniencia de realizar mi plan para tener una razón plausible de permanecer en mi cuarto durante muchas horas al día.

A la hora del desayuno me quejé de haberme resfriado durante la noche anterior y hasta tosi un poco. Como entonces la doncella estaba en la habitación, en la que entró para entregar un telefonema a la señora, me convencí de que mis palabras habían llegado a sus oídos. Loftus ofreció llamar a un médico, pero yo me negué, diciendo que más tarde saldría yo mismo para hacerme visitar, aprovechando la hora del sol.

Cuando estuvimos retirados en el saloncillo de fumar, di instrucciones a mis huéspedes. Loftus tenía que volver a su oficina y permanecer en ella como de costumbre. Una vez se hubiese terminado el trabajo de la mañana, había que dar orden a los criados para que ninguno de ellos subiese al primer piso sin permiso especial. Todos estaban ya enterados del robo y, como es natural, debían de imaginarse que los detectives empezarían a ocuparse del asunto. Y como yo era el que debía dedicarse a hacer el registro, convenía que no pudiera interrumpirme nadie. Además di instrucciones a la señora Loftus para llevarse a Margarita tan pronto como le fuera posible y pasar la mañana entera ocupada en hacer compras.

Al regresar a mis habitaciones volví a mirar al invernadero. Margarita estaba cerca de la magnolia, lo cual me extrañó y me pregunté si su amor por las cosas bonitas y no el deseo de apoderarse de un objeto de valor fué lo que la indujo a cometer el robo, suponiendo que ella fuese la autora.

— Muy bien, señorita — me dije cuando la vi salir más tarde en compañía de la señora Loftus. — Espero que su afición a las flores no será su única cualidad.

Llamé por teléfono a Delaney y le recomendé que al cabo de una hora estuviese en la parte alta de la ciudad y me esperase una esquina más allá de la casa del banquero. El, a su vez, me comunicó que Guillermo no había confesado nada y que tan sólo dijo que deseaba encargar su defensa a un abogado, lo cual le fué negado.

Como no había moros en la costa, me metí en la habitación de Guillermo y la registré de cabo a rabo, sin olvidar detalle alguno, en el suelo, en las paredes y en el techo, pero no encontré ni rastro del collar de brillantes. En su baúl hallé cartas de recomendación de sus antiguos jefes y no dudé de que debían ser falsificadas, pues algunas de ellas se referían a un período que él pasó en la cárcel. Las dejé donde estaban. Toda su ropa había sido hecha en Inglaterra y tenía algunos trajes nuevos por completo, lo cual me indicó la posibilidad de que aquel hombre hubiese llegado recientemente a los Estados Unidos.

En cambio, en la habitación de la doncella hice un descubrimiento precioso. Tenía dos baúles y una maleta. Uno de los primeros era del modelo generalmente usado por las artistas teatrales y observé que en él habían quitado todas las etiquetas que tuvo pegadas, de hoteles, buques y ferrocarriles, lo cual me dió mucho que pensar, pues comprendí que la joven había querido borrar todo antecedente que se refiriese a su persona.

Me apresuré a abrir el baúl y debajo de la ropa de calle, que había en la parte superior, encontré unos trajes propios de la escena, mallas y algunos pares de zapatos de satén, de punta redonda.

Era evidente que la muchacha fué bailarina profesional, y si llevó el mismo calzado en la casa fué porque estaba acos-

tumbrada a él. A muchas bailarinas les ocurre lo propio, sin contar con la necesidad que tienen de practicar con frecuencia el ejercicio de sostenerse sobre la punta de los pies.

En el fondo del baúl encontré un sobre muy grande que contenía varias fotografías teatrales. Entre ellas las había con la imagen de Margarita en traje de escena. No todas eran recientes. Elegí una de las más nuevas, en la que aparecía en traje de baile. El otro baúl, la maleta, el armario y la habitación no contenían nada interesante. Desde luego, yo no esperaba encontrar el collar, pero, de momento, estaba más que satisfecho con los descubrimientos hechos.

Saliendo de la casa fuí al encuentro de Delaney, le llevé a un lugar retirado del parque y allí le di cuenta de todo lo que había descubierto, mostrándole, además, el retrato de la joven.

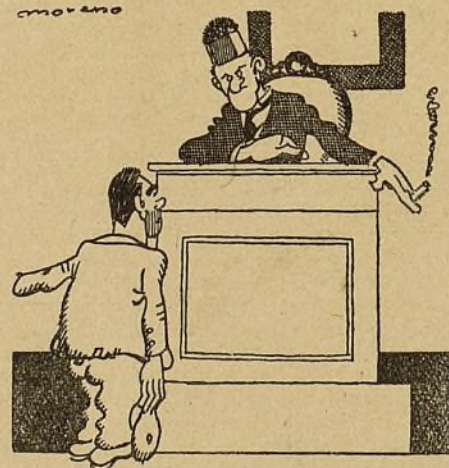
— Gracias a este retrato — dije — me parece que podré averiguar la historia de esa muchacha. Sin duda oculta algo que tiene relación directa con el caso.

— ¿No cree usted que Guillermo es inocente? ¿No le parece que todo lo que hizo ella fué con objeto de hacer recaer las sospechas sobre él?

— Todavía no estoy convencido de cosa alguna. Cualquiera de ellos, y también los dos juntos, pueden ser los ladrones. No me extrañaría nada que fuese así. En efecto, supongamos que trabajan juntos. En tal caso Guillermo elige la casa de los Loftus como apropiada para realizar el robo. Antes procura meter en ella a la muchacha, que se esfuerza en conquistar la confianza de sus amos y en preparar el terreno. Luego él logra ser admitido como ayuda de cámara y así se realiza el robo.

— Realmente, eso parece bastante lógico — asintió Miguel.

Pues prosiguiendo el razonamiento, se puede suponer que la pareja esperaba una buena oportunidad para dar el golpe, cosa que ocurrió ayer noche. La muchacha vió que su ama dejaba el collar en el cuartito y luego escondía la llave. Entonces avisó a Guillermo, quien se apoderó de la llave y la entregó a su cómplice porque ésta no infundiera sospechas aunque la viesen en la habitación de su ama. Una vez cometido el robo ocultó el botín y Guillermo devolvió la llave a su sitio. Es propable, también,



— ¿Es cierto que, además de los quinientos duros, se llevó varias sortijas, relojes y otras alhajas?

— Sí, señor juez. Me acordé de que el dinero por sí solo no hace la felicidad del hombre.





—¿Conoce usted al procesado?  
—Sí, señor juez.  
—Entonces ¿por qué en la primera declaración dijo que no?  
—Porque entonces no le conocía, pero aquel día me lo enseñó usted y ahora ya le conozco.

que Margarita arrojase el cordón al árbol, con objeto de desviar las sospechas hacia fuera. Desde luego, ellos esperaban un revuelo extraordinario, en caso de descubrirse el robo durante la permanencia de los invitados. Entonces Guillermo hubiese procurado que se hallase el cordón y, aprovechando la confusión, la joven habría podido esconder el collar. ¿Qué le parece?

—No está mal; pero es evidente que Guillermo debió de calcular que la policía le reconocería.

—En eso dió pruebas de ser muy listo. El y la muchacha fingieron disputar y tenerse antipatía, con objeto de evitar la sospecha de que estuviesen de acuerdo. Aunque él ya contaba con ser reconocido y preso, tenía la seguridad de que la policía no podría probarle nada y que, al fin, se verían obligados a soltarle. Eso tendría, además, la ventaja de que, entre tanto, nadie sospecharía de la joven, que se aprovecharía de ello para esconder el collar en algún lugar lejano de la casa. Más tarde, cuando Guillermo fuese puesto en libertad, se reunirían los dos y desaparecerían.

—Parece, parece que no anda usted descaminado, Neil.

—Es posible, pero todavía no podemos probarlo. Hay que trabajar bastante para obtener pruebas. Lo más interesante es descubrir el escondrijo del collar.

—Y ¿qué va usted a hacer ahora?

—Ante todo averiguar lo que pueda de la historia de Guillermo y de Margarita. Mientras tanto, usted hablará con Guillermo y le dará cuenta del hallazgo del cordón, diciéndole que está convencido de que el ladrón no pertenecía a la casa, y póngale en libertad. Dígame, sin embargo, que Loftus no le admitirá de nuevo en su casa, ni le permitirá, siquiera, entrar en ella, a causa de su pasado, de manera que habrá de mandar a otra persona para recoger todas sus cosas. Lo que convenga hacer luego con respecto a él corre de su cuenta, Miguel. No le pierda usted de vista, ni deje de comunicarse conmigo frecuentemente. Si trata de salir de la ciudad, cójale y regístrele.

Creo que no lo hará por ahora, ya que, según me parece, los brillantes están aún en casa de Loftus. En cuanto llegue usted a la Jefatura, búsqume los retratos de Guillermo y su filiación completa. Yo iré luego.

Al dejar a Delaney me encaminé a una agencia teatral y enseñé al director la fotografía de Margarita. La reconoció en el acto y me dijo que formaba parte de una *troupe* de bailarinas inglesas que, seis meses antes, llegó a los Estados Unidos. La buena suerte hizo que entonces la *troupe* en cuestión estuviese trabajando en Broadway. Logré descubrir a su *manager* y me presenté a él después de recoger los retratos de Guillermo. Le mostré los retratos de los dos y le pregunté si podía identificarlos.

Sus noticias fueron asombrosas. El verdadero nombre de la muchacha era Ana Willey. Su familia era gente poco honorable. Casi de niña huyó de su casa y empezó a trabajar en un teatro. Era muy hábil, especialmente en el baile de conjunto. Observó buena conducta hasta tres años antes, en que, mientras bailaba en una revista que se daba en Londres, robó una pulsera de brillantes del cuarto de la primera tiple. Se descubrió el robo, fué presa y como aquel era su primer delito le impusieron una pequeña condena. Al salir de la cárcel le fué bastante difícil encontrar trabajo y tuvo que ir con compañías de tres al cuarto.

Seis meses antes, el *manager* recibió una buena oferta para llevar diez y seis bailarinas a América con un contrato indefinido. La falta de tiempo le obligó a contratar a Margarita para completar el número, pero pocos días después de la llegada, la joven desapareció y él no volvió a saber ni oír cosa alguna de ella.

En cambio, desconocía por completo a Guillermo.

Como, según me había manifestado el *manager*, la *troupe* llegó en el *Altonia*, consulté la sección marítima del periódico y vi que este barco se hallaba de nuevo en el puerto, y que su salida estaba fijada para el sábado por la mañana. Con la mayor prisa me dirigí al muelle y conferencé con uno de los camareros, quien no recordó a Margarita, aunque sí a la *troupe* entera. En la fotografía de Guillermo le pareció reconocer a un individuo que estuvo a bordo durante el mismo viaje de la *troupe*. Iba bien vestido, era reservado y gastaba mucho dinero, de modo que todos le creían un inglés rico. El registro de a bordo demostró que había dado el nombre de Casimiro Harky. El camarero no le vió nunca hablar con ninguna de las bailarinas.

Al salir del barco yo estaba muy satisfecho, pues acababa de probar que Margarita y Guillermo habían llegado en el mismo buque. Mis presunciones se iban confirmando.

ANTES de regresar a la parte alta de la ciudad telegrafíé a mi agente de Londres, dándole cuenta de todo lo que sabía con respecto a Guillermo y a Margarita y le pedí que me comunicara otros detalles, en especial si los dos habían trabajado juntos. Además, le rogaba que a ser posible me contestase el mismo día siguiente.

Avisé a mi secretario del cablegrama que esperaba y le recomendé que me telefonara su contenido en español, con objeto de que no se enterasen los que pudieran sorprender la conversación.

Hecho esto, me dirigí en *taxímetro* a casa de la señora Loftus, a quien recomendé dijese a Margarita que se proponía llevarla consigo a Europa. Con esto quería asustarla, dándole a entender que disponía de muy poco tiempo para sacar los brillantes de la casa.

En efecto, a Margarita le supo muy mal la orden de prepararse para el viaje, y la señora me dijo, también, que Guillermo había mandado a recoger sus efectos.

Corriendo me dirigí a mi habitación y al pasar junto a Benito me quejé de estar peor de mi resfriado y anuncié mi propósito de no volver a salir durante aquel día. En cuanto oí ruido en el jardín fingí encerrarme en mi habitación y fuí a observar por la ventana. Margarita se ocupaba en regar las plantas y por dos veces se detuvo ante la magnolia, mirándola con atención. Entonces comprendí su interés por aquella planta. Sin duda el collar de brillantes estaba escondido en el tiesto. El escondrijo era magnífico, pues, con seguridad a nadie se le hubiese ocurrido buscar allí las piedras preciosas.

La señora Loftus entró en el jardín y mandó a su doncella a un recado.

Aproveché la oportunidad para avisar a la señora Loftus con objeto de que no excitara las sospechas de la joven y le

**films**  
**films**  
**films**  
**films**  
**films**  
**films**

**será la mejor  
revista cine-  
matográfica.**



## NUEVA EDICION DE



## MODOS DE DEFENDERSE EN LA CALLE, SIN ARMAS

Lecciones prácticas de boxeo,  
jiu-jitsu, lucha grecorromana, etc.

por el Doctor SAIMBRAUM

PRINCIPALES PUNTOS TRA-  
TADOS EN ESTA OBRA:

**PUÑETAZOS. — ZANCADILLAS. GOLPES CON LOS PIES. — TORCEDURAS. — GOLPES DADOS CON LA CABEZA. — REGLAS GENERALES PARA DEFENDERSE EN UN COMBATE. — OBSERVACIONES GENERALES SOBRE EL CUERPO A CUERPO. GOLPE CON LA RODILLA. — GOLPE DE LA HORQUILLA. — GOLPE CON EL SOMBRERO O LA GORRA. PARADAS EN UN CUERPO A CUERPO. — ALGUNOS GOLPES DE APACHE. — DEFENSA EN EL SUELO, etc.**

Un tomo con profusión de  
fotografías y dibujos . . . . 2 pías.

De venta en todas las librerías de  
España y América y en la Adminis-  
tración de

## GRAN PROYECTOR

DIPUTACIÓN, 211, BARCELONA  
VALVERDE, 21 DUPLICADO, MADRID

Utilice el siguiente cupón, que le da  
derecho a recibir la obra en su do-  
micilio, libre de gastos de envío.

### GRAN PROYECTOR

Agradeceré me remitan un ejemplar de la  
nueva edición de la obra **Modos de defen-  
derse en la calle, sin armas**, por el Dr.  
Saimbraum, cuyo importe de 2 pesetas remito  
por giro postal n.º . . . . . — adjunto en sellos  
de correo (certificando la carta).

Nombre . . . . .  
Domicilio . . . . .  
Población . . . . .  
Provincia . . . . .  
Fecha . . . . .

di nuevas instrucciones. Debía decirle que iba a echar una siesta, de modo que la doncella se quedase en libertad durante la primera parte de la tarde. Luego debía procurar que estuviese tan ocupada, que le fuese materialmente imposible abandonar la casa sin llamar la atención. La señora me prometió obedecer sin preguntarme nada. Finalmente, le rogué que me procurase una aguja larga de hacer calceta y, en efecto, no tardó en dármela.

UNA vez solo me encaminé al jardín y hurgué la tierra del tiesto con la aguja de hacer calceta. En toda la circunferencia del tiesto, la tierra estaba muy dura, a excepción de un lado en el que encontré un obstáculo de tamaño regular. Esto me dió a entender que el asunto estaba casi resuelto, por lo menos en lo referente a la doncella. Pasé el resto de la tarde vigilando. Margarita volvió dos veces al jardín y me pareció que estaba nerviosa. Sin embargo, se limitó a examinar bien el tiesto como para cerciorarse de que nadie lo había tocado.

Al oscurecer me telefoneó Delaney para comunicarme que Guillermo se había alojado en un hotel frecuentado por gente de conducta equívoca. A media tarde fué llamado al teléfono. Yo supuse que Margarita quiso comunicar con él para informarle de que había de acompañar a Europa a la señora Loftus. Más tarde Guillermo fué a la oficina de una compañía de vapores, compró pasajes y se hizo reservar un camarote para el señor y la señora Dunning, en un vapor que había de salir el viernes por la noche, hacia el Canadá. Era de suponer que al día siguiente Margarita sacaría el collar de su escondrijo, se reuniría con Guillermo y los dos huirían hacia el Canadá. Era posible que hubiesen ya encontrado el medio de vender el collar a alguno de los individuos que en Nueva York se dedican a comprar objetos robados, aunque también era probable que se propusieran llevarlo al Canadá.

Todo eso era muy lógico, pero yo no había podido probar aún que Guillermo y Margarita trabajasen juntos. Por esto, y a pesar de haberme convencido de la culpabilidad de Margarita y de que el collar estaba en el tiesto, decidí no detenerla ni recobrar el botín hasta que llegase la ocasión de cogerla con las manos en la masa, lo cual me permitiría apoderarme también de Guillermo.

PASE la noche sin dormir y muy preocupado, porque no me atrevía a perder de vista el jardín.

A la mañana siguiente, poco después de desayunar, recibí respuesta a mi cablegrama de Londres. Lo que me comunicó mi secretario me causó una sorpresa extraordinaria. Resultaba que al salir de la cárcel inglesa, Margarita conoció a un ladrón muy popular entre la policía inglesa y norteamericana. En Inglaterra se llamaba Jaime Fleming y en América José Kock. Vivieron juntos algún tiempo y por fin se casaron, pocos meses antes de la época del robo.

Aquellas noticias eran extraordinarias. Así, pues, la linda Margarita era esposa de «el jugador de poker». Además, el cable me daba cuenta de la salida de Margarita con la *troupe* de bailarinas en dirección a los Estados Unidos. Mi corresponsal ignoraba el paradero de Kock, pero suponía que estaría, también, en América.

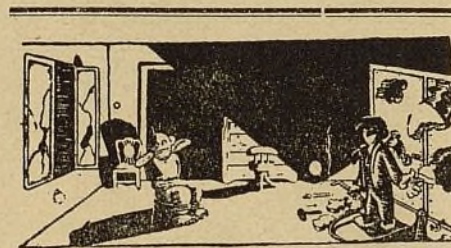
Poco después telefoneó Delaney. Le

dije que no perdiese de vista a Guillermo, porque sospechaba que aquel mismo día, o a lo sumo por la noche, trataría de escapar. Luego di instrucciones al señor Loftus y a su esposa para que se ausentaran de su casa hasta que tuvieran noticias mías. Deseaba dar facilidad de movimientos a Margarita. Mientras tanto yo vigilaba el jardín.

Al anoecer no había ocurrido nada todavía y empezaba a estar inquieto. ¿Me habría equivocado? No obstante, continué en mi sitio, persuadido de que, en último caso, Delaney prendería a la pareja si no tendía a huir.

MI resolución fué acertada, porque poco antes de las diez de la noche apareció la doncella vestida con un traje de calle y llevando una maleta. Se metió en el jardín que estaba tenuemente alumbrado por la luna. Se acercó a la magnolia, hundió la mano en la tierra del tiesto y retiró algo que guardó en la maleta. Luego igualó la tierra, se limpió las manos, se puso los guantes y salió de la casa.

Tomó un taxímetro que pasaba. Yo la seguí en otro. Nos dirigimos hacia el muelle al que estaba atracado el barco canadiense. Margarita abandonó el vehículo antes de llegar al puerto. Hice yo lo mismo y empecé a seguirla sin que me viese.



El ladrón (después de tres horas de trabajo). — Ya podía haber dicho que no tenía ni cinco céntimos.

De pronto, surgió una mano desde una puerta oscura y me agarró por el brazo. Sobresaltado, empuñé el revólver, pero oí la voz de Delaney que me decía:

— Guillermo está en la droguería de la esquina. Esa que ha pasado es Margarita, ¿verdad?

— Sí. Y lleva el collar.

— Pues vayamos tras ellos y preparémonos para la lucha.

En efecto, al llegar a la esquina vimos que Guillermo se unía a la muchacha. Esta sacó algo de la maleta se lo dió y él se lo guardó en un bolsillo interior.

— ¡Ahora! — exclamé.

Y los dos, de un salto, nos arrojamos sobre ellos. Delaney agarró a Guillermo, que luchó como un loco para libertarse. Dando un grito, Margarita echó a correr, pero yo le hice la zancadilla y caímos juntos. Cuando la llevé al lado de mi compañero, éste ya se había sentado sobre su adversario después de ponerle las esposas con las manos a la espalda. Metimos a la pareja en la droguería y allí les registramos. El collar, aun lleno de tierra húmeda, estaba en el bolsillo de Guillermo.

En la actualidad el matrimonio se halla en la imposibilidad de hacer daño alguno, porque los dos están alojados en la prisión del Estado, en locales diferentes.



# Sobre la Pista de "El Rata"

(Continuación de la página 15)

de marcharnos cuanto antes. Yo he hecho lo más peligroso en este asunto y vosotros no habéis hecho nada.

Y continuó hablando con voz irridada, pero yo no pude entender nada más.

Entonces percibí la voz de otro hombre.

— Viene de Nueva Orleáns, Guillermo.

— ¿De Nueva Orleáns? ¡Calla, imbécil!

Por estas últimas palabras comprendí el asombro de Ferguson.

— ¿De modo que es un policía y le habéis dejado rondar tranquilo por ahí?

— Si es policía será nuevo o particular

— dijo otro. — Conozco a todos los de la región, Guillermo, y estoy seguro de que ese viejo no lo es. Sin embargo, te anda buscando.

— ¿Iba solo?

— Sí.

— Me parece que en todo eso hay algo desagradable — continuó diciendo Guillermo. — Sin embargo, tal vez convendría no trabajar aún en Nueva Orleáns. Anteayer nos apoderamos de esa muchacha. Pero, ¿qué habrá ocurrido? ¿Por qué no la traen por el Mississipi? Ya es hora de que nos marchemos con todas nuestras conquistas. En cuanto a vosotros, me parece que os asustáis aun antes de que os cojan.

— No creas que tenga miedo, Guillermo — volvió a decir el primer hombre, — pero de todos modos convendría salir cuanto antes. ¿Tienes ya la embarcación dispuesta?

— ¿Pues qué demonios os figuráis que he estado haciendo? — exclamó Guillermo, escupiendo al mismo tiempo con desdén.

EL ruido de sillas arrastradas y de pies que se movían me permitió bajar a la planta baja sin ser advertido.

De un modo u otro era preciso llegar junto a la policía antes de que Ferguson pudiera alejarse.

Llegué abajo y entré en la «Luna Azul». Me acerqué al mostrador con el propósito de marcharme pronto, pero al dar un vistazo por el bar me encontré con los ojos grises de Mortimer Gravesend.

En el mismo instante un rata del río se separó del grupo y se dirigió a la puerta posterior que conducía a la escalera. A Gravesend no le habían ser-

vido aún la consumación. Vino hacia mí y disponíase a hablarme, cuando apareció Ferguson por la puerta trasera, casi pisando al hombre que salió a avisarle. Los músculos se me pusieron rígidos mientras me esforzaba en disimular la emoción que me salía al rostro.

El voluntario mensajero dió aviso en voz baja y los hombres que había en el local se apresuraron a alejarse. Gravesend, que estaba a punto de hablarme, al observar la expresión de alarma de mi rostro se volvió a medias para ver qué pasaba.

— ¿Me buscaba usted? — preguntó Ferguson metiendo su mano derecha en el bolsillo del pantalón.

— ¿Es usted el señor Ferguson? — preguntó Gravesend con acento suave.

— Sí. ¿Qué demonios se le ofrece?

Gravesend se sobresaltó y se asombró a un tiempo. Sus ojos miraron interrogantes, pero permaneció tranquilo.

— Hace días, señor Ferguson, que le busco — dijo mientras se llevaba la mano izquierda al bolsillo interior de la chaqueta.

— Tengo aquí una cosa...

— ¡Quieto!

Esta palabra salió con el ímpetu de una bala de los labios de Ferguson, que al mismo tiempo sacó una pistola automática de su bolsillo.

— ¡Saque usted la mano del bolsillo! — gritó.

A Gravesend, inmóvil, le relampaguearon los ojos. Levantó ligeramente la mano que tenía junto al pecho. Del arma de Ferguson salió un fogonazo y un estampido. Simultáneamente Gravesend disparó su pistola sin sacarla del bolsillo. Ferguson lanzó un alarido. Alguien arrojó una botella, se apagaron las luces, y prodújose una algarabía infernal.

Entonces se abrieron las puertas, y una docena de lamparillas eléctricas hicieron brillar numerosas pistolas en el momento en que los policías entraban con precipitación.

— ¡Manos arriba! ¡Todos en fila junto a la pared! — gritó un teniente.

Gravesend miraba a su alrededor muy asombrado. Cogiéndose una muñeca ensangrentada, Ferguson, tendido en el suelo, miraba a la policía.

— ¿Qué te pasa, Guillermo? — preguntó el teniente apuntándole con descuido su arma. — ¿Quién es usted? — añadió dirigiéndose a Gravesend. — ¡Suelta esa pistola!

Hasta entonces no había notado el teniente que aquel desconocido empuñaba una larga pistola, apuntada en aquel momento hacia el suelo, despidiendo aún una leve columna de humo.

— Me llamo Mortimer Gravesend, y soy de Nueva Orleáns.

En los ojos del policía se notó una expresión extraña.

— ¿Gravesend? Tal vez conoce usted a una joven llamada Elisa Gravesend. También es de Nueva Orleáns y...

— Es mi hija, señor. ¿Qué quiere usted decir? ¿Por qué pronuncia usted aquí su nombre?

En aquel preciso momento entró un segundo escuadrón de la policía y el ruido apagó las palabras de Gravesend. Un sargento se dirigió presuroso al teniente, diciéndole:

— Ya los tenemos a todos, teniente. También nos hemos apoderado de la embarcación de Guillermo. A las muchachas las hemos encontrado amordazadas en el retrete.

— Muy bien. Tráelos aquí.

— El que estaba de guardia en la embarcación ha cantado, teniente — continuó diciendo el sargento. — Sería mejor hacer funcionar el telégrafo. Guillermo esperaba otra embarcación suya procedente de Nueva Orleáns en la que vienen otras jóvenes.

De pronto Gravesend pareció comprender lo que ocurría. Dando un largo paso se acercó al teniente, empuñando todavía la pistola.

— ¿Qué significa eso, teniente? — preguntó con los ojos centelleantes.

Como yo estaba enterado, le dije.

— Teniente, este señor es el padre de la señorita de Nueva Orleáns.

El oficial se fijó más en Gravesend y luego miró a Ferguson que aun estaba en el suelo custodiado por un policía.

— ¿De modo que usted ha disparado contra ese hombre porque le ha raptado a su hija, no es verdad? — preguntó el teniente.

— Mi hija raptada? ¿Elisa? ¡Dios mío! No, señor. Vine aquí de Nueva Orleáns con objeto de ver a este hombre por asuntos de negocio. Quería venderle una embarcación. Y cuando le encontré aquí, en el bar, él torciendo mis intenciones, me disparó un tiro, precisamente al disponerse a sacar del bolsillo los planos de mi embarcación. Por esta razón disparé y le herí en el brazo.

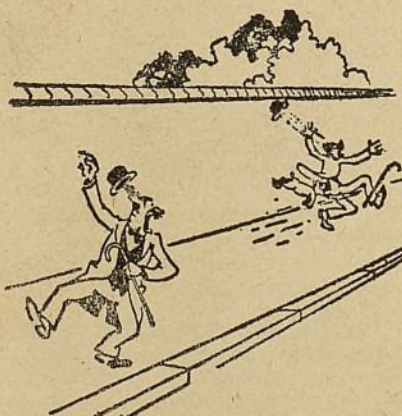
— ¿Así usted ignoraba que la banda de Ferguson le había robado a su hija? ¿No sabía que este hombre se dedicaba a la trata de blancas?

Gravesend dió media vuelta y el teniente se inclinó para arrebatárle la pistola.

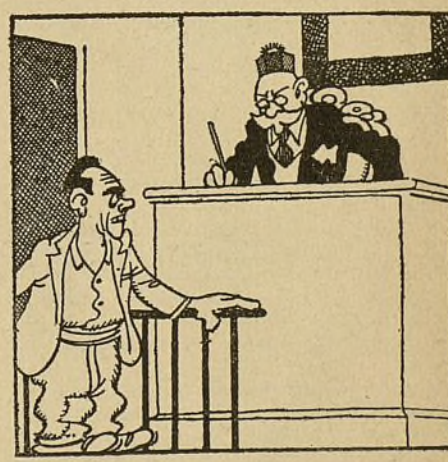
— ¡Si yo hubiese sabido eso — exclamó el pobre hombre, entregando el arma, — tenga la seguridad de que no le habría herido en la mano.

NO creo necesario decir, por supuesto, que Ferguson y los hombres que operaban a sus órdenes están hoy incapacitados para el ejercicio de su profesión. Desenredada la madeja de sus crímenes, todos cumplen hoy altas condenas.

En cuanto a las muchachas raptadas, fueron todas reintegradas a sus países.



— ¡A ése! ¡A ése! ¡Detenedle, que se me lleva el perro!



— A ver, explíqueme prácticamente cómo jué la riña.

— Imposible, señor juez. Esta sala es demasiado pequeña.



# El Rastro Sangriento

(Continuación de la página 25)

Después de dar permiso a Dale para que se retirase, volví hacia la fachada de la finca de Hatton, donde Clancey me dió la sábana que guardaba. Entonces me apresuré a dirigirme a la Comisaría a fin de ver al inspector. Este me dijo que los invitados no habían proporcionado ningún dato importante. Le hice un resumen de lo averiguado y le mostré mis pruebas, o sea la sábana, el puñal y mi pañuelo empapado en la sangre de Brooks.

Un cuidadoso examen del arma demostró que habían limpiado el mango, el cual carecía ya de huellas digitales.

Se convino en que yo terminaría la investigación de aquel caso, en tanto que el inspector ocultaría a los periodistas lo que se había descubierto.

Era casi de día cuando salí de la Comisaría y, llevando conmigo las pruebas obtenidas, me fui a mi casa. Y después de poner el despertador para las seis, me tendí en un diván. Cuando me desperté, me parecía no haber dormido nada en absoluto.

Mientras desayunaba leí las versiones que los diferentes periódicos daban del suceso. Decían que Brooks, al subir al segundo piso en busca de unos cigarrillos para sus invitados, encontró a un ladrón que le asesinó. Lo que más me satisfizo fué la afirmación de que no habían encontrado al asesino ni el arma con que cometió el crimen. También decían que nadie pudo dar una descripción del criminal, el cual, por otra parte, no había robado nada ni dejó huellas digitales que ayudasen a la policía.

Referían con todo detalle la fuga de Magdalena con Brooks y expresaban gran simpatía por la hermana enferma, que había visto al asesino cuando éste atravesó su dormitorio para alcanzar la escalera de escape por la que huyó.

A eso de las siete de la mañana fui a casa del doctor Meyrerck, jefe del laboratorio químico de la policía, y le hice levantarse de la cama. El no protestó, comprendiendo que se trataba de un caso urgente.

—Oigame, doctor — le dije sacando del maletín los objetos que constituían mis pruebas. — Hay aquí algunas cosas que desearía examinara usted cuanto antes. La sangre del pañuelo es de Víctor Brooks, asesinado anoche en casa de su suegro Hatton. Deseo saber si también es suya la del puñal. ¿Ve usted esta mancha en la sábana? Al parecer la lavaron ayer noche, pues estaba húmeda cuando la encontré. Me interesaría, por tanto, saber si la mancha era igualmente de sangre de Brooks.

—Pase usted esta tarde por el laboratorio — dijo despidiéndome con lacónismo.

Telefoné al doctor Vanderwalt, la mayor autoridad en enfermedades nerviosas entre todos los facultativos de la ciudad. En más de una ocasión yo pude prestarle algún servicio y por esta razón me recibió en seguida. La distancia era corta.

Entre tanto, yo me había formado una extraña teoría, de la cual no me atrevía a dar cuenta a mis superiores. Por eso fui a ver al especialista con la esperanza de que me diese alguna confirmación de ella.

Yo estaba casi seguro de que María Hatton movió el brazo la noche anterior.

—¿Podría mover también todo el cuerpo? ¿No sería su parálisis un engaño, sostenido un año entero con el diabólico propósito de coger descuidado a Brooks y matarle en condiciones que la dejaran al margen de toda sospecha?

—Si me lo permite usted, doctor — empecé diciendo en cuanto estuve a solas con él, — quisiera hacerle algunas preguntas sobre su especialidad médica.

—Como guste.

—¿Cree usted posible que una parálítica, mujer de veintitrés años, que desde hace uno no puede moverse, conserve su peso habitual y el buen color del rostro? Me refiero a una persona que no es capaz de mover un solo dedo y a la que incluso es preciso dar de comer.

—Es imposible contestar con precisión — dijo después de ligera pausa — sin ver a la persona de que se trata. En algunos casos esa enferma puede aumentar de peso a causa de la falta de ejercicio. En otros, en cambio, la misma inquietud mental es bastante para que pierda carnes y se convierta en un esqueleto. Si la mujer de que se trata está bien cuidada, respira aire puro, le dan masaje, la alimentan y la cuidan bien, es probable que conserve su peso acostumbrado y el buen color del rostro. ¿Qué más?

—¿Cree usted posible, doctor, que una mujer de esa edad y de gran fuerza de voluntad podría, con la ayuda de una enfermera, fingir la parálisis descrita y engañar a los miembros de su familia, que sólo la ven a determinadas horas del día?

—Sí, señor. En los anales clínicos hay casos semejantes.

—¿Y cree usted que esa misma fingida enferma podría engañar a un médico?

—Es posible, siempre y cuando se trate de una persona muy inteligente y de enorme fuerza de voluntad que, además, cuente con una fiel auxiliar. Sin embargo, voy a observarle algo interesante. Averigüe usted si la mujer de quien habla ha sufrido en otro tiempo un verdadero colapso nervioso a consecuencia de un disgusto o accidente que, por algún tiempo, la dejó parálítica. En este caso, la verdadera enfermedad le habrá dado una experiencia — digámoslo así — para fingir con síntomas evidentes de realidad la dolencia de que usted me habla.

—Muchas gracias, doctor. Otro día ya le contaré la historia verdadera.

AL salir fui directamente al despacho del doctor Logan, quien llegaba en aquel momento de hacer una visita a la parálítica.

Por él supe que Magdalena estaba bastante tranquila después de haber recobrado el sentido; pero insistía en querer ir a vivir a casa de una amiga hasta que se celebrase el entierro, lo cual me extrañó bastante.

—¿Y Hatton cómo está? — pregunté.

—Bastante bien. Habló con el inspector mientras yo estaba en la casa y le recomendó que hiciese toda clase de esfuerzos para descubrir al asesino. Hasta ofreció adelantar el dinero para hacer las debidas investigaciones.

Me pregunté si el banquero sabría algo más de lo que nosotros conocíamos y trataba de lanzarnos a todos por una dirección equivocada.

—¿Y la señorita María? ¿No ha teni-

do consecuencias desagradables el susto que sufrió?

—Según creo, no mucho. Aunque se ha negado a hablar del asunto, tuvo indudablemente un sobresalto tremendo. La pobre apenas abre los ojos desde entonces. Le he prescrito la mayor tranquilidad y he dado instrucciones para que ante ella no se hable del crimen. También he recomendado que en su obsequio se procure abreviar el proceso del entierro, y tanto Hatton como la señora Brooks han convenido en ello.

—¿Quiere usted decirme, doctor, cómo, cuándo y por qué se quedó parálítica la señorita María?

—¿Qué tiene que ver eso con el caso?

—Mucho. Deseo saber si son fidedignas sus declaraciones. Tenga usted en cuenta que, en caso de sufrir alucinaciones, deberíamos creer que no pasó nadie por su habitación.

—¿Cómo se explica entonces que también la enfermera viese al asesino?

—Muy fácilmente, si se considera que aquella noche estaba tan excitada, que habría jurado que vio a alguien si otra persona se lo hubiese sugerido. Y si la señorita María no vio más que una alucinación, el asesino habrá sido, por improbable que parezca, un criado de Hatton o un invitado, que habrá escondido el cuchillo en la misma casa.

—Ya veo su intención. Por mi parte creo que la muchacha y su enfermera dijeron la verdad. María heredó un temperamento muy sensible de su madre española. Cuando se fugó Magdalena, el temor del escándalo la impresionó de tal modo, que el choque nervioso la dejó parálítica. Se pasó dos días sin sentido y a partir de entonces fué incapaz de mover un solo músculo. Y cuando Magdalena y Brooks volvieron a esta casa con el perdón de Hatton, yo no permití que viese a su hermana, para evitar que sufriera una recaída, por más que ella tenía vivos deseos de verles. Desde entonces, aunque sigue sin moverse, ha recobrado el apetito y la lucidez de su inteligencia, de modo que puede razonar y hablar como cualquiera de nosotros. Su enfermera la distrae constantemente con la lectura, y así se entera de todo lo que ocurre. Por todo eso le aseguro que puede usted confiar en ella cuando afirma que vio cómo un hombre atravesaba su dormitorio.

Una vez fuera del despacho de Logan, sonreí pensando en que María tuvo un ataque de parálisis cuando su hermana se fugó con Brooks. Indudablemente, el doctor se equivocaba al tratar el caso, porque no era posible que un ataque tan grave se debiese únicamente al temor del escándalo. En cambio, en el supuesto de que María hubiese estado enamorada de Brooks, se comprendía muy bien que el ataque fuese verdadero. Y luego, con el auxilio de Lisa debió de fingir la parálisis con algún fin determinado. Lo interesante, desde luego, era saber con qué fin lo había hecho.

En aquel caso yo seguí una pista tan vaga como atrevida, que, sin embargo, se iba confirmando poco a poco. Era preciso obrar con la mayor cautela para no cometer una equivocación de graves consecuencias.

AL llegar al laboratorio de la policía, el doctor Meyrerck ya me esperaba para comunicarme el resultado preliminar. La sangre del puñal era también de Brooks. De igual modo la sábana fué manchada de sangre, si bien, para probar que pertenecía a la víctima, le era preciso un



día de trabajo. Según su parecer, no tendría nada de extraño que fuese completamente ajena a Brooks.

Después de examinar a fondo el asunto me resolví a dar un golpe aventurado. Lo primero que debía hacer era obtener permiso de los vecinos de la casa frontera a la de Hatton para apostar en ella a unos detectives que, de día y de noche, vigilaran la morada del banquero. Pusieron una habitación a nuestra disposición, y allí los detectives, provistos de excelentes prismáticos, se turnaban en la vigilancia de las ventanas correspondientes a las habitaciones de María.

Visité a Dale y le rogué que me pusiera en relación con un criado de la casa digno de toda confianza. Hizo llamar a Nelson, que era el mayordomo, el cual, aunque al principio se negó a consentir en lo que yo proponía, por fin acabó aceptando.

Mi plan era pasar las noches en casa del banquero, sin que lo supiera nadie más que el mayordomo. Aquella misma noche fui allá y Nelson me introdujo en su habitación.

Mi primera vela en la casa dió muy poco resultado. Me acerqué descalzo hasta las habitaciones de María y por el agujero de la cerradura y por la parte inferior de las puertas me esforcé en ver lo que pasaba dentro, pero no pude distinguir más que el resplandor de las luces. De cuando en cuando oía de un modo vago una conversación, aunque sin distinguir las palabras.

Al día siguiente, cuando mis vigilantes me comunicaron que no habían descubierto nada interesante, empecé a sospechar si seguía un camino equivocado, y hasta me pregunté si mis compañeros se burlarían de mí al saberlo.

Poco antes de la hora del entierro fui a la casa desde donde vigilaban mis subalternos y me quedé de guardia, que fué larga y aburrida, pues mis ojos no se apartaron un momento de las ventanas que me interesaban. Por fin, mi paciencia se vió recompensada en el momento en que pusieron el ataúd sobre el coche, dispuesto a emprender la marcha.

Con rápido movimiento alguien abrió la cortina de la ventana y una mujer se asomó a mirar. Por un instante sorprendí su rostro y así pude comprobar que era el de María.

Mi sobresalto no tuvo límites. Por primera vez me convencí de lo acertado de mis deducciones. Es verdad que aun no comprendía bien lo ocurrido, pero ya estaba lo suficiente animado para seguir mis investigaciones, confiado en la Providencia.

En cuanto el cortejo fúnebre se hubo alejado, me dirigí a la casa de Hatton. Nelson me franqueó la entrada. Por orden del señor Hatton el mayordomo había estado de guardia en el vestíbulo de la planta baja para que nadie, ni siquiera los criados, subiese al piso y pudiese molestar a María. Se suponía que no estaba enterada del día ni de la hora del entierro, pues su misma enfermera fué advertida para que no se lo comunicara.

Dos días después, a eso de media tarde, di cuenta a los periódicos, con permiso del inspector, de que en Baltimore había sido preso un hombre como presunto asesino de Brooks. Como es natural, esta noticia era más que suficiente para que se publicase en los diarios de la noche una extraordinaria información sensacional. En cuanto aparecieran los vendedores de periódicos en las inmediacio-

nes de la casa del banquero Nelson, el mayordomo saldría por encargo mío a comprar varios ejemplares, uno de los cuales lo haría llegar a manos de la enfermera. Yo, mientras tanto, estaría observando la ventana desde la escalera de escape.

El día había sido muy caluroso, y con gran sorpresa y satisfacción a un tiempo, noté desde mi escondite que estaban abiertas las ventanas de la habitación de la joven, aunque con las cortinas corridas. Pero cuando las movía la brisa podía distinguir algo en el interior. No me atrevía a acercarme demasiado, para evitar que el ruido me traicionase.

De pronto, se oyeron los gritos de los vendedores de periódicos voceando el descubrimiento del asesino de Brooks. Aprovechando el ruido de unos autos que ahogaban el que mis pasos pudiesen hacer, me atreví a acercarme a las cortinas para mirar por una abertura. Al llegar a la ventana situada junto al dormitorio miré al interior y lo que vi me dió ánimos para llegar al final de aquel drama. La cama estaba desocupada, indicando el desorden de las ropas que quien se acostaba allí había abandonado precipitadamente el lecho. María estaba delante de la ventana que daba a la calle, mirando y escuchando por una pequeña abertura entre las cortinas, mientras Lisa vigilaba la puerta de entrada.

En esto, se oyó una llamada a la puerta y la joven se apresuró a meterse en la cama. Lisa abrió un poco la puerta y cogió un periódico.

—¿Qué dice? — preguntó María muy excitada.

En silencio, pero con toda la rapidez posible, volví al vestíbulo, frente a la puerta del dormitorio de María. Todo dependía de lo que ocurriese durante los próximos segundos. Me atreví a abrir la puerta sin hacer ruido. La joven, entretanto, había abandonado de nuevo la cama y tenía el periódico en las manos. Cuando se disponía a leerlo, penetré en la habitación.

Al verme empezaron a gritar las dos mujeres, pero yo, corriendo, me acerqué a la fingida enferma y la sujeté por la muñeca.

En un momento desaparecieron todas las dudas que pudiese sentir aún acerca de su falsa enfermedad. Con la fuerza propia de una loca trató de librarse de mí, arañándome, dándome puntapiés y mordindome la mano; pero no la solté a pesar de sus esfuerzos. Mientras tanto, Lisa gritaba con toda su alma.

De pronto oí la voz de Hatton y los gritos de los criados. Un momento después unos y otros penetraron en la estancia y se quedaron inmóviles y sorprendidos al verme sujetar a la muchacha, que ya había cesado de luchar.

—¿Qué es eso? — preguntó el banquero, asombrado e impresionado a un tiempo.

—Haga salir a todo el mundo y cierre la puerta — ordené.

Hatton obedeció.

—Espere un momento, señor Hatton — dije al ver que se disponía a hablar de nuevo. — Lamento verme obligado a hacer esto, pero vale más decirle sin rodeos lo que ocurre. Su hija ha estado engañándonos a todos. No hay tal parálisis.

La enfermera exhaló un gemido.

—Pero, ¿qué dice usted? ¡Si no es posible!...

—Estoy en esta casa en calidad de agente de autoridad. Su hija queda detenida como autora de la muerte de Víctor Brooks.

—¿Que ella mató...? — y al decirlo se tambaleó y tuvo que apoyarse en una silla para no caer. — Está usted loco. No es posible. Ella no habría podido.

—Sí, señor Hatton. Y le mató con este puñal — añadí sacando el arma de mi bolsillo.

—Pertenece a mi esposa — observó Hatton.

—En efecto, pero obraba en poder de su hija desde hace muchos años y con él apuñaló al desgraciado Brooks.

—No, no. Di que no lo has hecho, María, hija mía.

La joven dió un grito, casi un rugido, y se libertó de mis manos para decir con sañuda fiera.

—Sí que lo hice. Y me alegro de ello. Yo le amaba desde que nos conocimos en Europa. Y se habría casado conmigo a no ser por Magdalena. Ella me lo robó. Pero yo le avisé antes de que se fugase con ella. Le dije que le mataría si no se casaba conmigo. Él no quiso creermelo...

—y aquí se interrumpió un momento para cobrar aliento, aunque la ira la hacía estremecer. — Le habría matado antes de que él y Magdalena se marcharan a Europa, pero entonces no me fué posible porque estaba parálisis de veras. No podía resistir la idea de perderle. Decidí darle la oportunidad de volver a mi lado haciendo que usted perdonase la fuga a Magdalena. Y cuando recobré el movimiento no quise decirlo a nadie. Sabía que algún día volvería. Y yo me vengaría en caso de que no quisiera casarse conmigo. Y por fin llegó aquí. Subió solo a este piso. Yo le salí al encuentro en el corredor y le rogué que dejase a Magdalena. El se negó rotundamente, volviéndome las espaldas. Comprendí que tenía que obrar inmediatamente, porque, de lo contrario, todos conocerían mi engaño. Por esto cogí el puñal, le esperé detrás de un cortinaje y...

No prosiguió. Dando un gemido se cubrió los ojos y cayó exánime.

—Cuide usted de ella — dije a la enfermera.

Luego llamé a Burke por teléfono.

—Venga usted inmediatamente a casa de Hatton, inspector. Traigase una ambulancia y un médico.

El juicio de María Hatton fué el suceso más sensacional que se había conocido en la ciudad. Magdalena Brooks, que abandonó la capital inmediatamente después de la prisión de su hermana, se negó a comparecer ante los jueces. El padre hizo cuanto le fué posible para salvar a su hija; la acompañó constantemente durante el juicio y le procuró la mejor defensa que le fué posible, contratando a distinguidos abogados y notables alienistas. María no pronunció una sola palabra, ni siquiera ante su padre, durante la vista de la causa. Sin embargo, las pruebas demostraron que había premeditado el crimen y que su parálisis era fingida. A pesar de eso, logró salvar la vida, gracias a que una mayoría de médicos atestiguó que cuando mató a Brooks no estaba en su juicio.

Fué enviada a un manicomio, de donde sin duda no saldrá mientras viva. A la enfermera Lisa se le impuso una pequeña condena como encubridora, porque no pudo probarse que estuviese enterada del crimen que proyectaba la asesina.



# NAPOLEÓN

por H. A. LAURENS FISHER



## Interesante Biografía

PUBLICADA EN LA COLECCIÓN

## Los Grandes Hombres

La gigantesca figura del caudillo, que llenó con su grandeza todo un siglo de la historia de Francia y aun de Europa entera, y cuya sombra sigue proyectándose todavía en nuestros tiempos, aparece magníficamente descrita por la pluma de Laurens Fisher. Este escritor inglés, en una versión notablemente documentada, nos cuenta la vida del ambicioso emperador, su juventud, sus amores, sus heroicidades, su ambición misma que, como imparcial y acertadamente señala en esta excelente obra Laurens Fisher, tuvo que detenerse ante dos enemigos peligrosos que le salieron al paso: la Iglesia católica por una parte, y el espíritu de nacionalidad por otra, sintetizado en el alzamiento español.

Un tomo ilustrado con  
32 artísticas fotografías

En tela y oro..... 4 ptas.  
En rústica ..... 3 ptas.

Otros títulos publicados en la  
colección **LOS GRANDES HOMBRES**

DANTE, por I. Vázquez Yepes.  
CERVANTES, por M.<sup>a</sup> Luz Morales.  
MOLIERE, por José Escofet.  
BISMARCK, por A. Herrero Miguel.  
GOYA, por T. Gutiérrez Larraya.  
VICTOR HUGO, por A. H. Miguel.  
BÉCQUER, por J. Andrés Vázquez.  
RUBÉN DARÍO, por G. Díaz Plaja.

De venta en todas las librerías  
de España y América

Sociedad General de Publicaciones, S.<sup>a</sup>  
**EDITORES**  
Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda  
Valverde, 21 duplicado. — MADRID

# Las Primeras Figuras del Congreso Internacional de Ladrones

(Continuación de la página 29)

en no hacerle al príncipe semejante proposición — contestóle el profesor Gonatas cuando monsieur Izasi le habló de garantías. — Porque, además de deshacer el negocio, hubiera usted salido del hotel arrojado por los criados... Pero, yo quiero favorecerle. Venga a ver una cosa que, sin duda, le tranquilizará.

Fueron ambos a la sucursal de la Société Générale. Y ante la taquilla correspondiente, el profesor Gonatas preguntó, en presencia del joyero Izasi:

— Haga el favor: Su Alteza el príncipe Mitilo Kutaia ¿tiene en este Banco algún depósito de títulos?

— Voy a verlo.

Volvió el empleado a los pocos minutos.

— Sí, señor — contestó.

— ¿Por qué cifra? — preguntó de nuevo el profesor.

— ¿A quién tengo el honor de informar? — interrogó, a su vez, el empleado.

— Al profesor Gonatas, secretario del príncipe.

— Bien. Por ocho millones doscientos mil francos.

— ¿Están, acaso, embargados?

— No, señor.

— Gracias.

Y salieron ambos del banco.

Después de esta gestión, el negocio quedó terminado seguidamente. La gran duquesa quedóse con las soberbias joyas — por un millón trescientos cincuenta mil francos — y monsieur Julius Izasi — el desconfiado joyero parisiense — con cuatro letras aceptadas por el poderoso príncipe Mitilo, y un poder que le autorizaba para retirar de la Société Générale aquel depósito de valores industriales, en el caso de que el aceptante dejara de pagar cualquiera de las letras. Un magnífico negocio, garantizado, además, con acciones mineras de Salamina por ocho millones doscientos mil francos.

El príncipe Mitilo dejó de pagar la primera letra. No podía pagarla porque — con su secretario y con las dos supuestas grandes duquesas — había desaparecido del Negresco, el sábado por la noche. Y cuando monsieur Izasi retiró con su poder notarial el depósito de valores industriales que el príncipe tenía en la Société Générale, comprobó, desolado, que la explotación minera de Salamina había sido declarada en quiebra quince años atrás. Por lo tanto, el valor a la fecha de aquellas acciones era aproximadamente de unos diez francos, bien vendidas al peso de su papel.

## UN TRAPACISTA DE SANGRE AZUL

Yo no hubiera sospechado nunca que, bajo las trazas vulgares y hasta repulsivas de este pupilo de «La Residencia» que esta noche ha sido mi vecino en la mesa de «pocker», se ocultara un noble prusiano, héroe cien veces en la defensa del Camerón alemán, durante la gran guerra. Y se trata nada menos que del conde Hans von Zwick, ex coronel de un regimiento de infantería colonial.

Así, por lo menos, lo asegura su tarjeta. Un cuadrángulo de pergamino puro que von Zwick prodiga sin medida. Le interesa, según parece, difundir considerablemente el secreto de su elevada

alcurnia. «Porque — me ha dicho — no me gusta que mis nuevas amistades me confundan con esta «canalla», cuyo trato me veo obligado a cultivar por mi nueva situación...»

¿Eh? ¿Qué tal? ¡Singular psicología la de este pintoresco prusiano que, cuando vive regimiento del producto de sus trapacerías, no quiere verse confundido con sus colegas de «La Residencia»! Es, aún, su orgullo de casta; eso que no ha conseguido extirpar ni la terrible lección del gran desastre.

— ¿Le sorprenden a usted mis palabras?... Pues no debe extrañarse. Sépa que, a pesar de «todo», sigo siendo el conde Hans von Zwick; y que el único cambio que he sufrido a los ojos de mis antiguas amistades consiste, sólo, en mis medios de vida, siempre honorables: antes gastaba pródigamente las rentas cuantiosas de mis posesiones de Landsberg y hoy hago un fabuloso negocio con ciertas explotaciones forestales de la selva virgen del Brasil.

«El Conde» — como llaman simplemente a von Zwick sus compañeros de «La Residencia» — tiene razón. No debe confundirsele, ni aun con estos aristócratas del hampa internacional que son los huéspedes de «Saint François d'Asis». Porque aun en sus mismas actividades de temible trapacista procede siempre en aristócrata, con una distinción y una delicadeza que denuncian su elevada progenie.

Una vez, en Deauville...

## EL ARTE DIFÍCIL DEL «CAMBIAZO»

Mrs. Ruth Kyne — viuda del multimillonario de Chicago, Alfred B. Kyne — pasaba el verano en esta playa francesa. En un hotel aristocrático, del que era huésped, asimismo, el conde von Zwick.

En las tertulias del «hall», a la hora del aperitivo sobre la espléndida terraza abierta al mar y, últimamente, en la misma mesa del comedor, la multimillonaria yanqui y el aristócrata prusiano trabaron una buena amistad.

Von Zwick lucía en el dedo corazón de su mano izquierda un soberbio brillante, montado en oro. Una piedra bellísima cuyos maravillosos reflejos habían entusiasmado a Mrs. Kyne, desde su primer encuentro con el conde von Zwick. La viuda americana se hizo el firme propósito de conseguir la joya. Estaba dispuesta para ello a pagar cuanto le pidiera su amigo el alemán.

— No, Mrs. Kyne, yo no puedo enganarla. Le repito que el brillante es falso. Sólo lo llevo porque es una imitación perfecta de otra piedra histórica que perteneció a mi familia; un brillante que había pertenecido a la Corona de Francia y que mi padre se trajo como trofeo de guerra, a su regreso de París en 1870. Pero, ¡ay!, quebrantos económicos de mucha cuantía me obligaron a venderlo en Amberes, hace unos años. Y esto, Mrs. Kyne, es sólo su «doble»; pero un doble sin valor alguno.

La historia contada por von Zwick era perfectamente verosímil. El conde, además, merecía a la millonaria yanqui un crédito absoluto. Y sin embargo, Mrs. Kyne no creyó ni un momento en la falsedad de la piedra. Sospechaba, más



bien, que von Zwick había inventado aquella fábula porque tenía algún interés misterioso en conservar el bellísimo brillante; quizás veía en sus reflejos la mirada inolvidable de alguna mujer...

Además, Mrs. Kyne sabía algo de brillantes; y, de no ser una imitación maravillosa, el de Hans von Zwick era de la mejor calidad. Por ello, no cejaba en su empeño de poseer aquella joya, y cuanto mayor era la resistencia del ex coronel prusiano, más tentadoras ofertas hacía a su amigo la viuda de Alfred B. Kyne.

— He aquí mi última proposición, conde — dijo un día Mrs. Kyne a von Zwick. — Y le advierto, además, que va con ella mi amistad: 500,000 francos...

— Bien, Mrs. Kyne. No quiero que se enfade conmigo — le contestó el alemán; — le venderé el brillante. Pero antes es necesario que esté convencida de su falsedad. Tome, someta la joya a la ciencia de un perito. Después ya hablaremos.

Mrs. Kyne pidió, en efecto, el dictamen de un joyero; la piedra valía perfectamente los 500,000 francos. Era un brillante verdadero, cuyo peso excedía los 1,200 «carats», y cuyas aguas bellísimas se daban raramente. Así, pues, la millonaria yanqui ratificó su oferta del medio millón.

— En fin — dijo el Conde, — usted se lo busca. No podrá decir nunca que yo la haya engañado. Insisto en advertirle que este brillante es falso...

La escena ocurría en la habitación de von Zwick. El conde hablaba recostado de espaldas sobre el pequeño «bureau» y temiendo la sortija entre sus dedos.

— A pesar de ello le ofrezco los 500,000 francos.

— ¡Sea! No quiero enojarla, Mrs. Kyne; tengo en mucha estima su amistad. Pero, para dejar a cubierto mi honor y mi buena fe, tendrá la bondad de firmarme un documento en el que declare que me compra usted por 500,000 francos un brillante cuya falsedad le consta por habérselo advertido antes yo, el conde von Zwick...

— Con mucho gusto, amigo mío.

Mrs. Kyne firmó el documento y un cheque por los 500,000 francos. En cambio recibió de manos de von Zwick un brillante de magníficos reflejos. Bello también, el mismo — en apariencia — que había sometido Mrs. Kyne a un perito. Sólo que éste no tenía valor alguno: era una maravillosa falsificación. Así se lo hizo saber a la millonaria americana el joyero a cuyos servicios recurrió para que le montara la piedra en platino. Una desagradable noticia, que sumiéndola en mayores confusiones, realzó a sus ojos las condiciones morales del conde von Zwick. Su amigo le había prevenido, repetidamente, la falsedad del brillante...

Claro es que Mrs. Kyne no podía sospechar el «truco» del astuto alemán. Cuando reclinado sobre el pequeño «bureau» le hacía sus últimas prevenciones sobre la falsedad de la piedra, Hans von Zwick realizó a los ojos de su amiga un «cambiao» perfecto: el brillante verdadero pasó al bolsillo del conde. Mrs. Kyne recibió una de las numerosas imitaciones perfectas que tenía en reserva el alemán, para su productivo negocio.

— ¿A eso llama usted maestría? ¡No, hombre, por Dios! Este «asunto» que le he contado es de aprendices. Claro que en mi vida de aventurero — en mi doble existencia — tengo «cosas», mejores, de más astucia, de más habilidad... Pero

en estas cualidades son muchos los que me eclipsan; aquí mismo conozco yo una pareja... ¡Vea usted! Precisamente entran ahora. Estos son, realmente, dos ases: él y ella. Un «couple» cuya historia es, toda ella, una brillante sucesión de grandes triunfos. Les conocí en una sala de juego...

### UNA COMBINACION SIN QUIEBRA

«Fué en Tánger — me dice el alemán — en el «Kursaal Français». Yo había entrado en la gran chirlata internacional, que es toda la ciudad del Estatuto, usando un falso pasaporte holandés. Hube de valerme de esta treta, porque, como sabe usted, los alemanes tenemos prohibida la entrada en la zona de Tánger. Había ido a la caza de un millonario egipcio, con el que había hecho amistad en Baden-Baden. Y allí pude conocer la gran «categoría» de esta pareja de muchachos, cuyo aspecto de ingenuos enamorados engaña a cualquiera.

Yo me fijé en ellos el día del escándalo. Pero un empleado del Casino me contó la pintoresca historia:

Una noche, hacía tres meses, se sentó en un ángulo de la mesa de ruleta un hombre joven, vestido con relativa elegancia. Cambió cien francos en fichas de dos. Y, durante toda la noche, se entretuvo jugando raras combinaciones — posturas opuestas en la misma jugada — que, casi siempre, le dejaban en su par. Lo mismo ocurrió la tarde siguiente, y por la noche, y así durante muchas semanas.

Otro día — cuando el extraño «combinista» ya era conocido por la gente de la casa — entró en la sala una muchacha. Era joven y bella y vestía con extrema elegancia. Había llegado aquella tarde — se dijo en el salón — procedente de Gibraltar. Se hospedaba en el Hotel Majestic. Debía de tener, por lo tanto, buena posición. La muchacha se acercó a la mesa de ruleta y cubrió con treinta y cinco billetes de cien francos, de «pleno», todos los números, excepto el 36

y el 0. Jugaba contra esta doble llave. De no salir, por lo tanto, uno de estos dos números, ganaba cien francos. Por tres veces, repitió, favorablemente, aquella jugada. Y se marchó sin dirigir la palabra a nadie.

Este escena repitióse aquella noche y — dos veces cada día — durante muchas semanas, en la media hora sin cero. La misteriosa muchacha ganaba, de esta forma 600 francos diarios.

Como es lógico, cuando en su segunda sesión fué a extender los treinta y cinco billetes, uno sobre cada número, el empleado le rogó — para comodidad de ella y para facilitar el juego de los otros clientes — que según la costumbre seguida en todos los grandes casinos, pusiera el paquete de treinta y cinco billetes sobre el 36: el número que constituía su llave. Así lo hizo, y de esta forma se repitió la jugada — seis veces diarias — durante mucho tiempo, y siempre a favor de la muchacha.

Un día, claro está, vino la contraria — 36, cobrado — cantó el «croupier».

La muchacha, en el acto — dejando sobre el tapete los billetes perdidos — abandonó el salón. El empleado ya tenía en su raqueta los treinta y cinco billetes.

— ¡Alto! — exclamó de pronto el silencioso combinista que permanecía sentado diez horas diarias en un ángulo de la mesa. — En el 36 juego yo cien francos.

Los empleados — el «croupier» y los inspectores de juego — rieron la ingeniosa ocurrencia de aquel muchacho.

— No interrumpa el juego — dijéronle. — No es momento éste para hacer bromas.

— Aquí no hay broma que valga — insistió el combinista. — He dicho que tengo 100 francos en el 36. Exijo que se me pague mi postura.

— ¿Está usted loco? Estos billetes son de la llave de aquella señorita.

— Repito que yo juego cien francos. Y vamos a verlo. ¿Cuántos billetes debe haber para la combinación de la señorita?

— Treinta y cinco.

— Pues cuenten éstos que tiene usted en la raqueta.

Los contaron, y, en efecto, había treinta y seis. No hubo, naturalmente, más remedio que pagar al «combinista» sus 3,500 francos. Claro que el gerente del Casino le «rogó» muy amablemente que no volviera a poner los pies en el «Kursaal Français»; y le suplicó, además, que hiciera extensivo aquel ruego a su bella e inteligente compañera.

Aquellos astutos combinistas son la pareja que ve usted en ese rincón; dos portugueses: el señor Filiberto Cerejeira y la señorita Adelina Alves, que con este truco ingenioso pueden permitirse el lujo de pasear su amor por los más espléndidos hoteles de todo el mundo.

### ANDARSE POR LAS RAMAS

Confieso mi culpa. Lo he hecho mal, muy mal. He perdido un tiempo precioso con malabarismos profesionales que me han ido desviando de la trayectoria inicial. ¿Qué me proponía al entrar en relación con los miembros de «La Residencia»? Un solo fin: conocer el texto auténtico del Código lingüístico y secreto de los ladrones internacionales, aprobado — según noticias publicadas recientemente por la Prensa de todo el mundo — en un Congreso de delincuentes, celebrado en nuestra vecina ciudad de Lérída.



Juez. — Jure usted.

Testigo. — Pues..., misté..., me da un poquitico de reparo.

Juez. — Pero si es costumbre...

Testigo. — Güeno, pues allá va. ¡Maldita sia mi estampal! ¡Así revienten los los que que han traído aquí! ¡Ojalá se inflasen todos los jueces, maldita sia!...  
Ayuntamiento de Madrid



Un Código — ya en uso en Europa y América — editado por la policía de Recife en 1928, según el ejemplar dactilografiado que pertenecía al «pick-pocket» portugués Alberto Pinto.

¶ Pero esta misma noticia periodística aseguraba que el sabio doctor Edmond Locard — director del laboratorio de la policía técnica de Lyon — había sido comisionado para la versión al francés del texto de tan singular Código. ¿No era, pues, una solución más rápida y de más seguros resultados apelar a la amabilidad del ilustre doctor Locard?

¶ Esto hice — un poco tarde — comunicándole mis propósitos de dar al sensacional documento la máxima publicidad. No apelé en vano al sabio francés: al primer requerimiento nos ha facilitado el texto del Código; su traducción francesa que publicará, además, la *Revue Internationale de Criminalistique*, que se edita en Lyon, en su número correspondiente al mes en curso. Nos ha facilitado este texto y, además, una amplia información en torno al descubrimiento de la «Moderna Gyria dos Larapios», cuyo es el título del primer ejemplar en portugués de este Código que ha venido a manos de la policía francesa.

¿Cómo ha llegado a poder del doctor Locard semejante documento?

#### UNA CARTA ENIGMATICA

Alberto Pinto, carterista portugués, en el curso de un viaje turístico a Río Janeiro, tuvo ciertas diferencias con la policía brasileña. Tantas y de tal índole, que la Dirección de Seguridad de Río declaró indeseable al «pick-pocket» peninsular. Alberto Pinto, obligado a perder de vista la maravillosa bahía, pensó sacar el mayor partido posible de esta huida forzada: dirigiría sus pasos a Marsella, donde reclamaban su presencia ciertos «negocios» de mucha importancia...

Con este propósito, tomó pasaje en el *Almirante Jaceguay*, un paquebote que se dirigía al puerto del Ródano, conduciendo a muchos pasajeros de calidad. Detalle éste que Alberto Pinto — hombre cuidadoso de su «negocio» — no podía pasar por alto.

El barco hizo escala en Recife, puerto del Estado de Pernambuco. La policía de esta ciudad ya tenía noticia de que en el *Almirante Jaceguay* viajaba el hábil carterista; y sabía también que en el mismo trasatlántico se dirigían a Europa unos cuantos ciudadanos, cuyas repletas carteras atraían particularmente la atención de Alberto Pinto. Fué por ello que en el puerto de Recife subió a bordo del *Almirante Jaceguay* un nuevo pasajero: el inspector de la policía brasileña Oscar Pinagé, oculto en la personalidad equívoca del turista Mr. Petrozine.

El señor Oscar Pinagé trabajó a la perfección. Tan bien que, antes de veinticuatro horas, Alberto Pinto había vaciado el saco de sus más íntimas amarguras en su nuevo amigo y «colega» el «pick-pocket» inglés Mr. Petrozine. Y tanto simpatizaron y tanta sagacidad y experiencia profesional descubrió el carterista portugués en su «compañero» británico, que llegó a proponer a Mr. Petrozine — en el ambiente del bar, propicio a efusiones — la asociación de ellos dos para explotar los «asuntos» que le aguardaban en Marsella y algunos otros de la misma importancia.

Y para excitar, sin duda, la codicia

de su «colega», abrió ante los ojos del supuesto Mr. Petrozine la siguiente carta, a su nombre, cuyo texto enigmático — en francés las palabras que aquí constan en español — atrajo seguidamente la atención del inspector Pinagé:

«Amigo mío: Mal que te pese, al fin habrás de salir del «Voltrab»; la «judhlisp» decretará tu «pinéhursd». Creo, pues, que antes debieras decidirte a dejar «Zaihgufo» para tomar conmigo un «futusbil» en el «glabuxim» que tú sabes de aquella leumplaco. Convendríamos algo definitivo sobre el asunto de las «dela-bazungas»; y después, con la «dobuvoba» que te dije, visitaríamos la «linetona». Está establecida en una «geluripe» y por ello es muy difícil que la «judslhisp» o la «hodyruche» puedan hacer el «fragg». Tengo noticia de que ahora hay muy buenas «dela-granes» dispuestas para el «glanxub», y todas por poca «guita». Es asunto de rendir mucho «chyvusco». Además, es cosa fácil, sin riesgo grave de ir al «estarro». Tenemos ciega a la «ophuglock». Este negocio tenía que haberlo hecho otro «lytebluvo» muy «dovubova», pero está «azarugo»: le pillaron en «badovicar» en un «affano».

Aparte de este asunto, tengo otro que, asimismo, he pensado confiártelo a ti. Se trata de pasar la «kanomblo» con mucha «karustizzo» de «chylivusco», «chyvusco» y «clompuxip»; es todo procedente de un «affano» al «chybrunco», realizado por una «abogulina» conocida de la «byrabuclo».

Conviene vengas con un «chanobuth» de alguna «amblustt» italiana. Es mejor. Procura conocer bien el «chanobuth» y hacer amistad con el «schepiano».

Abrazos.»

#### LA TRADUCCION

Mr. Petrozine no comprendía el significado de las palabras enigmáticas. Alberto Pinto asombróse de la ignorancia de su «colega». ¿Pero no conocía el léxico secreto, de uso ya corriente en el hampa internacional? ¿Ni el Código lingüístico aprobado en el Congreso de Lérida?... ¿No? ¡Ah, se comprende! Mr. Petrozine había «trabajado» los ocho años últimos en las repúblicas sudamericanas del Pacífico... Y Alberto Pinto tradujo a Mr. Petrozine el texto misterioso de aquella carta:

«Amigo mío: Mal que te pese, al fin habrás de salir del «Brasil»; la «policia» decretará tu «expulsión». Creo, pues, que antes debieras decidirte a dejar «América del Sur» para tomar conmigo un «cocktail» en el «bar» que tú sabes de aquella «estación invernal»... Y así sucesivamente, substituyendo: «dela-bazungas» por «mujeres de vida alegre»; «dobuvoba», persona de confianza; «linetona», bolsa de mujeres; «geluripe», pensión de familia; «hodyruche», gendarmería; «fragg», detención en flagrante delito; «dela-granes», aventuras; «glanxub», embarque; «guita», dinero; «chyvusco», oro; «estarro», cárcel; «ophuglock», policía marítima; «lytebluvo», técnico; «azarugo», condenado y en la cárcel; «badovicar», en flagrante delito; «kanomblo», frontera sur; «karustizzo», joyería; «chylivusco», platino; «clompuxip», brillante; «chybrunco», Monte de Piedad; «abogulina», ladrona; «byrabuclo», policía del puerto; «chanobuth», barco; «amblustt», compañía de navegación, y «schepiano», sobrecargo.

#### LA CONFIDENCIA DE ALBERTO PINTO

— Ingenioso, ¿no? — preguntaba el carterista portugués a Mr. Petrozine —. ¡Ah! Pues, amigo, esto no es nada. ¡Hasta 463 palabras que tiene el Código aprobado en Lérida! Véalo, vea usted...

Era un ejemplar manuscrito a dos columnas — en la nueva jerga y en portugués — del sensacional documento.

— ¿Y cómo fué la reunión de este Congreso? — preguntó el colega Petrozine.

— Ah, obra de la casualidad. Un día de 1926 nos encontramos, sin convocatoria previa, en un hotel de Lérida, varios colegas. Había tres españoles: Cándido Blanco, González y Garrido; dos italianos: Nicolás Patrocca y Crocci Lombarda; portugueses — sin contar a mí: — José García y Manuel Alvarenga; un «pick-pocket» chileno: Valdés, y un contrabandista francés, llamado Joseph Veiller. Se hicieron primero numerosas y atinadas consideraciones en torno al sinnúmero de dificultades que la policía de todo el mundo había sabido oponer a que nosotros pudiéramos comunicarnos a través de las incidencias de nuestra vida errante. Y se llegó a la conclusión de que era necesario crear una lengua nueva y secreta para nuestro uso particular.

No era tarea fácil y por ello fueron comisionados, para realizar rápidamente este trabajo, los tres compañeros que juzgamos tenían mayor competencia... Antes de ocho días habían elaborado el nuevo idioma: este Código de 463 palabras, cuyo texto aprobó el Congreso por absoluta unanimidad. Después, cada uno de nosotros sacó copia del documento; a dos columnas: en una la palabra de este argot secreto y en la otra, su correspondencia en la lengua nativa de cada uno...

Una obra de amena lectura  
para el hombre de negocios

### Memorias de un industrial de nuestro tiempo

por Pedro Gual Villalbi

En este libro se exponen, en forma sugestiva, los incidentes de la azarosa vida de los industriales de hoy. La psicología del fabricante español, la época de grandes negocios y especulaciones absurdas, la crisis económica y el desastre bancario tienen un comentarista desapasionado.

Un tomo de 249 páginas. . 6 pesetas

EDICION DE

**Sociedad General de  
Publicaciones, S. A.**  
Diputación, 211, Barcelona

De venta en todas las librerías  
de España y América

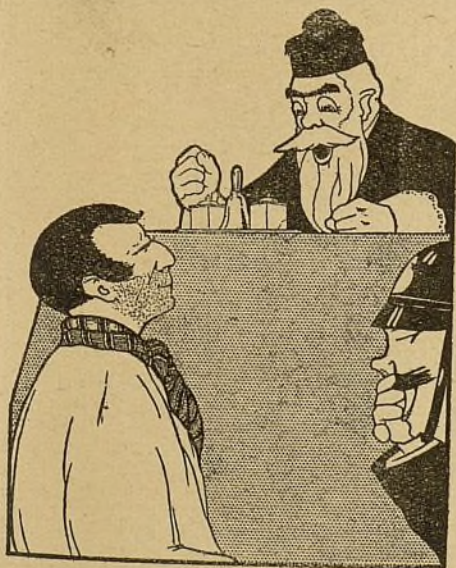
**EL HOGAR Y LA MODA**  
Valverde, 21 dup.º, Madrid



Las 463 palabras del léxico — dice el citado doctor Locard — son, en su mayoría, vocablos técnicos. Se refieren a los diversos procedimientos en uso para el robo o la estafa. Su carácter internacional aparece en la abundancia de términos referentes a viajes, y especialmente a viajes marítimos. En cuanto al valor filológico de las palabras, opino que están muy mal construidas. Pase que algunas de ellas sean impronunciables, ya que se trata de un Código y no de un argot para ser hablado. Pero la primera cualidad de un Código — aparte el hermetismo o, si se prefiere, la indecifrabilidad — debe ser la sencillez. Y precisamente la «Gyria moderna» tiene una ortografía tan temible como la del tibetano o el irlandés, y hasta, iba a decir, que la de la misma lengua francesa. Todo son letras sin valor y consonantes redobladas vanamente. No veo la necesidad de escribir «Faghanskipp» o «Dyttéward» o «Cherzuflucco»; sólo se comprende admitiendo que el virus romántico ha infectado a sus redactores y que éstos «argotiers» creen — como Borel y Teófilo Gautier — que la «w», la «k» y la «y» son letras distinguidas.

#### BREVE COMENTARIO FINAL

Los autores de la «Moderna Gyria dos Larapios», lo han hecho — ya lo dice el doctor Locard — pésimamente. Latinos todos ellos, han pretendido complicar «su lengua» dándole una fonética eslava. Caprichosamente eslava, desde luego. Pero, apesar de este propósito, enseñan constantemente su oreja latina: ante la más pequeña dificultad acuden al argot secular del hampa. Al argot, claro está, que ellos conocen; que es, precisamente, el que puede oír el lector curioso, pasando veinticuatro horas de su vida en cualquier encrucijada de los barrios bajos... ¡«Affanar», «affano», «estarro», «guita»! No son éstas, exactamente, las equivalencias de «robar», «robo», «cárcel» y «dinero», en el lenguaje de nuestra gente del hampa?



—¿Cuál es su oficio?  
—Esquilador, para servirle...

## Ajax, el Raffles del Siglo XX

(Continuación de la página 32)

—No está mal la idea, pero no me ha entusiasmado..., esa es la verdad. Desde luego, cumpliré al pie de la letra sus instrucciones.

Y se encogió de hombros.

Al repiqueteo súbito del timbre del teléfono, descolgué ansiosamente el auricular.

—¡Llaman al señor Stratton — dijo la telefonista — desde el teléfono público que hay frente al número 10 de la calle Catorce.

Inmediatamente, entregué a Esteban el auricular y salí de estampía. El excesivo tráfico de la calle Catorce me impidió emplear en el recorrido menos de cinco minutos. Cuando llegué no había nadie en la cabina telefónica y sobre el listín campeaba la huella del dedo índice de Ajax, impresión que ya me conocía de memoria.

No me sorprendió este nuevo fracaso. El plan no podía producir efecto hasta que Ajax me llamara desde un teléfono al que pudiera llegar en la mitad del tiempo empleado ahora.

Miré a mi alrededor al salir de la cabina por si sorprendía en los transeúntes alguna mirada o actitud sospechosa, pero lo único que vi fué llegar a Esteban en un taxi.

—Ya le decía yo que la idea no me había entusiasmado, jefe. Ajax sólo ha hablado por espacio de un minuto, para terminar diciéndome que la telefonista le había evitado el tener que indicar desde dónde telefoneaba y que se iba antes de que usted llegara con la moto. Sus últimas palabras han sido: «Dé usted mis afectuosos recuerdos al simpático Stratton». No me cabe duda de que ese hombre está enterado del convenio con la Compañía Telefónica.

No pude evitar, al oír este relato, que las manos se me crisparan en un movimiento de ira.

—Ya le decía yo, jefe...

—¡Basta! — bramé. — Ahora más que nunca aseguro que ese hombre estará en el calabozo antes de una semana. Dirigi una mirada a las casas que estaban enfrente del teléfono público. Las plantas bajas eran establecimientos: un bar, un estanco, una frutería.

Entré en esta última por ser la que dominaba mejor la cabina telefónica y después de mostrar mi insignia pregunté a los dependientes si habían visto entrar a alguien a telefonar hacía unos diez minutos.

—Sí, señor — contestó la cajera, que tenía su garita de cobros junto al escaparate.

Y a continuación entablamos el siguiente diálogo:

—Por favor, señorita, explíquese usted.

—Un caballero joven ha venido a pedirme cambio de un billete. Se lo he dado y, a través del escaparate, le he visto entrar en la cabina del teléfono.

—¿Cuánto tiempo ha estado allí?

—Muy poco: dos o tres minutos.

—¿Ha entrado alguien más antes o después de él?

—Creo que no. Cuando menos, yo no lo he visto.

—¡Estupendo, señorita! Está usted haciendo a la justicia un gran servicio — exclamé lleno de gozo. — Describame usted a ese caballero.

La muchacha se explicó con admirable seguridad:

—Un hombre moreno y alto, como de unos treinta años. Muy elegante. Nariz un poco encorvada. Bigote fino y muy negro. Ojos rasgados, oscuros, de largas pestañas. Usaba como perfume «Royal Origan».

Con estos rasgos fisonómicos tan seductores, se comprende que la imagen del hombre que telefoneó se quedara perfectamente grabada en el magín de la muchacha.

—¿Recuerda usted algún detalle más que pueda ayudar a identificarle? — volví a preguntar a la cajera.

—Vestía americana azul marino, pantalón claro y sombrero de paja. Llevaba puesto el guante de la mano izquierda. Pero principalmente me fijé, mientras recogía el cambio, que tenía el dedo índice de la mano derecha ligeramente deformado.

Apunté nerviosamente todos estos detalles en mi cuaderno de notas, di efusivamente las gracias a la simpática cajera y salí de la frutería cogido del brazo del viejo policía.

—Hemos conseguido el dato más precioso para seguir la pista de Ajax. Esta descripción vale más que una fotografía. ¿Todavía dudas de nuestro éxito?

El viejo policía no se atrevió a decir lo que pensaba, pero yo leí perfectamente en su pensamiento.

—Pues bien — le dije yo muy alegremente. — Estoy completamente seguro de que seré detective durante todo el resto de mi vida. Revolveré cielo y tierra, pondré en movimiento a todos los agentes de la ciudad, pero dentro de una semana no habrá en esta población una sola persona a la que la policía no haya mirado detenidamente a la cara y a las manos.

Y Esteban contestó, con su habitual buen humor de viejo:

—Compadezco a todos los que tengan bigotillo obscuro.

POR primera providencia, me dirigí a la Compañía Telefónica, pues era urgente pedir ciertas explicaciones y comprobar si entre los empleados había algún espía.

Después de hablar brevemente con el director, entré con él en el departamento de las muchachas. Momentáneamente, las telefonistas fueron substituidas por las empleadas de otra sección, y pasamos todos juntos a una habitación contigua.

Entre las telefonistas estaba Isabel Brent, amiga mía íntima de la infancia, y quise saludarla como nuestra amistad requería; pero, con objeto de dar la mayor gravedad al acto, me abstuve de hacerlo. Y así empecé:

—Señoritas, en esta casa ha ocurrido algo de suma gravedad, mejor dicho, de suma importancia. Sólo ustedes conocen el convenio que esta casa tenía conmigo de avisarme, cada vez que me llamaran por teléfono, de dónde procedían las llamadas. Todo esto — tampoco lo ignoran ustedes — estaba relacionado con mis trabajos para la captura de Ajax. Pues bien, señoritas: Ajax está enterado del convenio. Si sólo ustedes y el señor director lo conocía, es preciso que la confidencia se la haya hecho alguno de los que estamos aquí. Respondo del



director de esta casa; en cuanto a mí, estoy seguro de que no he cometido ninguna imprudencia. Por consiguiente, alguna de ustedes es la culpable. Claro que ninguna de ustedes conoce a nadie que se llame *Ajax* ni nada parecido. Sería pueril que ese hombre fuera pregonando su nombre por el mundo. Pero vamos a ver, ¿conoce alguna de ustedes a un hombre de las siguientes señas?... Antes quiero advertirles que ninguna de ustedes sufrirá castigo ninguno si en realidad ha faltado a este secreto profesional y nos ayuda, en lo que pueda, a la captura de ese ladrón. Por lo tanto, pueden hablar con toda sinceridad. ¿Alguna de ustedes, repito, conoce a un hombre de estas señas?

Y, pausadamente, comencé a leer las notas tomadas en la frutería. Reinaba un silencio absoluto. Cuando hube terminado la lectura, levanté la cabeza mientras preguntaba:

—¿Ninguna de ustedes conoce a un hombre así?

De pronto se destacó mi amiga Isabel del grupo. Estaba densamente pálida.

—¿Quién es ese hombre que has descrito? — me preguntó en el colmo de la inquietud.

Algo sorprendido de ver que era ella quien lo preguntaba, repuse mirándola fijamente:

— Ese hombre es *Ajax*.

Isabel cayó desmayada.

EL tiempo que tardó Isabel en volver en sí me pareció interminable. Porque no me cabía duda que ella sabía algo de *Ajax*. Si no, ¿a qué venía aquella pregunta hecha con tanta inquietud? ¿Y qué significaba su repentino desmayo?

Por fin, abrió los ojos y se tranquilizó un poco al ver que tanto el director como

sus compañeras se habían retirado.

—¿Qué te ha pasado? — fué, naturalmente, mi primera pregunta.

— Nada. Pero nunca me hubiese figurado que mi novio fuese un ladrón...

Y se echó a llorar desconsoladamente.

Pasada de nuevo la segunda crisis, fué contestando a mis preguntas y explicándome detalladamente cómo empezaron sus relaciones con el que vino a resultar el famoso *Ajax*.

Hacia cosa de un mes, salió un sábado por la tarde junto con sus amigas y sus novios a hacer una jira campestre en automóvil. A causa de una avería en el motor, hubieron de pedir ayuda a un automovilista que venía solo en su auto, en la misma dirección que ellos.

Se llamaba Gustavo Pullman y era un hombre joven, arrogante y amenísimo en la conversación. Después conoció Isabel nuevos detalles igualmente encantadores. Dijo que era consejero y principal accionista de una importante sociedad minera.

Arreglada la *panne* con la ayuda de mister Pullman, las incidencias de los trabajos y la juventud de todos fué causa de que entre el grupo y el solitario automovilista se entablara una corriente de simpatía y cordialidad.

Pullman solicitó le permitieran acompañarles en la excursión, prometiendo que comería lo menos posible para no causar daños de importancia en las raciones de cada uno. Todos aceptaron alegremente y le brindaron la mitad de su ración. Se repartieron los excursionistas entre los dos autos y como era Isabel la única oveja sin pareja, se sentó en el baqué, al lado de Gustavo. El diálogo que entonces se entabló entre ellos ya no se interrumpió hasta que se separaron y uno de los temas que trataron

durante la conversación fué una salida para el sábado siguiente en la grata soledad de dos en compañía, de la cual resultó un noviazgo en toda regla.

El día anterior al del último robo cometido, la conversación de los novios recayó, como otras muchas veces, sobre el tema del día: los robos del misterioso *Ajax*. Con habilidad y empeño — entonces se daba cuenta Isabel — le hizo revelar el falso Pullman el convenio efectuado entre la Compañía Telefónica y yo, y así tuvo un medio más de vanagloriarse ante mí.

Decididamente, la fortuna me favorecía por los medios que menos esperaba. Mi honor profesional iba a salir triunfante.

POR la noche, a la hora acostumbrada, el fingido Pullman acudió a la plaza inmediata a la Compañía Telefónica a esperar a Isabel.

Apenas se habían saludado los novios, cuando aparecí yo frente al joven galanteador y, mostrándole mi insignia y mi revólver, le intimidé a que se diera preso. Intentó un movimiento de protesta, pero la presencia de dos policías — uno de ellos Esteban, que estaba aun más deseoso que yo de echar el guante al misterioso ladrón — le hicieron comprender la inutilidad de su propósito.

Naturalmente, las impresiones digitales de Pullman coincidían con las de *Ajax*, que tan pacientemente había ido recogiendo yo en cada una de las casas desvalijadas, y no tuvo más remedio que confesarse autor de los robos.

De esto hace quince años. *Ajax* es aún presidiario; yo soy todavía detective, y la inocente Isabel es... es madre de mis hijos.

## NIDO DE CIGÜEÑAS

DE  
S. GONZALEZ ANAYA

LA ORACIÓN DE LA TARDE convirtió a González Anaya en autor de gran público. (En seis meses se han vendido 8.000 ejemplares). LAS BRUJAS DE LA ILUSIÓN le acreditó de gran novelista.

Pero sólo

### Nido de cigüeñas

ha satisfecho plenamente a críticos, público y al propio autor. De este libro que todos unánimemente proclaman novela excepcional, acaba de ponerse a la venta una nueva edición vestida con lujoso ropaje, como LA ORACIÓN DE LA TARDE, al precio usual de 5 ptas.

UN BUEN LIBRO

## nada de sueños disparatados.

los viajes interplanetarios son posibles y no tardarán en realizarse.

l e a :

## un disparo al infinito

de otto willy gail

nueva e interesantísima novela de la «colección aventura», y comprenderá que el dominio del universo por el hombre será pronto una bella realidad.

precio del libro:

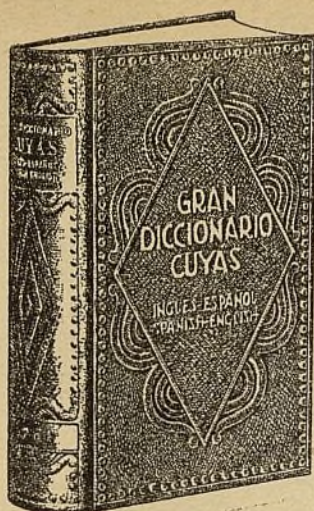
**2 pesetas**

editorial juventud, s. a.

provenza, 214

barcelona





# GRAN DICCIONARIO **CUYÁS** INGLÉS - ESPAÑOL SPANISH - ENGLISH

REDACTADO POR EL FILOLOGO  
**Arturo Cuyás Armengol**

REVISADO Y AUMENTADO POR  
**Antonio Cuyás Armengol**

EN COLABORACION CON  
**Alberio del Castillo Yurriñá**  
Doctor en Historia y Letras, Profesor de la  
Universidad de Barcelona.

Según los grandes léxicos: Oxford  
Webster, Standard, etc., y la última edi-  
ción del de la Real Academia Española

## CONTIENE:

Vocabulario completo, científico y moderno, con todas las acepciones posibles de las palabras; pronunciación figurada de cada vocablo; verbos relexivos e irregulares, con los tiempos fundamentales de estos últimos; terminología técnica y científica especializada; nombres propios; milares de modismos y refranes, como no se hallan en ningún otro diccionario de esta clase; habla popular inglesa y norteamericana; diferencias ortográficas entre Inglaterra y los Estados Unidos; compendio de gramática inglesa.

Más de 150,000 palabras. — Más de 100,000 frases y modismos. — Más de 1.000,000 de acepciones. — Más de 1,300 páginas de texto.

Un tomo lujosamente encuadernado en tela y piel..... 25 ptas.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.

EDITORES

Diputación, 211.-BARCELONA

De venta en las principales librerías de España y América

**Librería EL HOGAR Y LA MODA**  
Valverde, 21 duplicado. - MADRID

## ¿Quién Secuestró a José Gumina?

(Continuación de la página 36)

Al oír mi pregunta tuvo como un estremecimiento y su mirada rehuyó la mía. Tras una pausa me contestó:

— Iba a telefonarle esta tarde. Randazzo me hizo preguntas acerca del niño, extrañando que yo no hubiese avisado a la policía. Yo le dije: «Si lo hago, harán daño a mi hijo.» Y el contestó: «Probablemente tienes razón, podrían matarle, y lo perderías para siempre.»

En este momento el camarero trajo lo pedido y hube de cambiar bruscamente de conversación. En cuanto estuvimos nuevamente solos, dije:

— Siga. ¿Sospecha alguien que se haya dirigido usted a la policía?

— No lo sé. Randazzo siguió diciéndome: «Oye, Gumina, ya sabes que soy un hombre que sirve para algo. Te dije el otro día que no quería interesarme en el asunto. Pero con tal de que no hayas tenido tratos con la policía y que prometas que no hablaras a nadie, veré lo que puedo hacer. Sabes que una vez me pegaron un tiro, y que entonces me vino a visitar Petrosini en el hospital. No quise decirle quién era el individuo que había disparado, aunque bien lo sabía yo. Soy partidario de la tradición de nuestro país,» afirmó con energía. «El único modo de arreglar las cosas es vengarse uno con sus propias manos.»

Su entonación monótona indicaba claramente que estaba repitiendo, palabra por palabra, lo dicho por Randazzo.

— No debe preocuparse por sus sospechas de que haya usted tenido tratos con la policía, — dije para tranquilizarle. — Y usted ¿qué le dijo?

Reanudó el monólogo sin la muestra más mínima de alivio.

— Le dije que sí, que también yo era partidario de eso, pero que antes quería tener a mi hijo.

Hubo una breve pausa, un suspiro y un sollozo que trató de reprimir, y luego prosiguió:

— «Muy bien. Hay que ser hombre — me dijo Randazzo, — y no le digas nada a la policía, pase lo que pase, si llega a averiguar que ha desaparecido el niño. Yo, personalmente, ya no trabajo, pero conozco a un hombre que puede ayudarte. Tiene un establecimiento en la calle Octava Este y ha sido el jefe de los criminales que secuestran a los niños, pero se ha enmendado. Dice que no me encuentre más contigo, porque la policía me conoce. Desde ahora en adelante te daré noticias por mediación de mi cuñado, Mateo Pallazzola. El comunicará contigo.»

— ¿Y eso fué todo? — pregunté yo cuando él hizo una pausa.

— Únicamente ha habido un mensaje del antiguo jefe diciendo que si se averigua que soy un traidor asesinarán a José y además me perjudicarán a mí y a los otros niños.

— Yo cuidaré de que no suceda nada de eso — dije aparentando más confianza de la que sentía. — Siga como antes. No dé ni un paso sin consultarme. Usted es un hombre demasiado recto para poder habérselas con esa gente.

Salimos del restaurante y regresamos a los barrios bajos por caminos diferentes.

Tras varios días de estrecha vigilancia y de espera fastidiosa, recibió Gumina la tercera carta. La primera parte era del teniente de Madrid

*Esta carta es la última que te enviaremos y convendrá que sin tardanza entregues el dinero. Adjunto hallarás un mechón del cabello de tu hijo. Guárdalo para recordar que si dentro de pocos días no pagas el rescate, echaremos al río su cadáver.*

Las frases que seguían eran casi idénticas al contenido de la primera carta, con la misma firma y señales distintivas.

De conformidad con mis instrucciones, Gumina explicóle a Pallazzola, cuando se presentó al poco tiempo de haberse recibido aquel mensaje, que le era materialmente imposible reunir la cantidad exigida. Lo más que podía dar eran 250 dólares.

Como me pareciera que se aproximaba el momento culminante, o fase crítica, del asunto, tomé para ayudarme a dos individuos pertenecientes a la sección cuarta del cuerpo de detectives. Para no mencionar sus verdaderos nombres, los llamaré Norton y Brand.

A eso de las cinco y media de la tarde, veinte días después del rapto, estábamos los tres sentados junto a la ventana de mi habitación comentando el caso, cuando llegó un mensajero, procedente del Centro de los detectives. Me entregó una nota que decía lo siguiente:

*Dominico quiere verle a usted en seguida. Es de suma importancia. ¡Vaya a toda prisa! Creo que dijo que le encontraría en la esquina de Park Avenue y la calle Sesenta y Ocho, pero hablaba tan atropelladamente, que no estoy seguro. Le dije que lo repitiera, pero cogió el receptor, y no pude ya comunicar con él.*

Después de decirles a Brand y Norton que permanecieran en el aposento, sali corriendo y me encaminé a la Segunda Avenida. Allí tomé un taxímetro y a los pocos minutos me apeaba en la esquina indicada, en pleno barrio de las elegancias. Hallé a Gumina paseando por la acera en tal estado de sobreexcitación, que llamaba incluso la atención de algunos transeúntes. Después de decir al chofer que aguardase, me acerqué al atribulado padre.

— Venga conmigo en mi coche y no diga nada hasta que estemos dentro — díjele. — La gente le mira y siempre es posible que le hayan seguido.

Me siguió hablando muy confusamente. En cuanto estuvimos dentro del coche le dije al chofer que nos llevase a la esquina de Park Avenue y la calle Setenta y Uno.

Antes de que pudiera dirigirle la palabra al italiano éste me entregó, tembloroso, una hoja del mismo papel de siempre. La carta decía lo que sigue:

*Esta ocasión es la última. Si no entregas 250 dólares a nuestro mensajero cuando se presente en tu tienda esta tarde, tu José será degollado antes de la medianoche. Eres un padre sin entrañas.*

— Bueno. ¿Y por qué demonios está usted tan trastornado? — le pregunté. — Esto anda muy bien.

— ¡No, no!... ¡Mi hijo está perdido, le van a matar! — interrumpió, preso de frenesí.

Cref que se había vuelto loco por completo. Tal era su tensión nerviosa.



— ¡Eso es todo el dinero que poseo yo en el mundo! — y me entregó un fajo de billetes, grasientos y manoseados, que sumaban unos 125 dólares. — Tenía la intención de pedir prestado, dando mi tienda en garantía, pero es ya demasiado tarde.

Mientras hablaba él yo marcaba los billetes, rápidamente, para que pudieran identificarse. Luego se los devolví.

— Quédate aquí mismo, dentro del coche — dijele de prisa. — Le enviaré a alguien con el resto. Ahora fíjese en lo que voy a decirle: Cuando llegue el mensajero de los secuestradores, llévele a la habitación de delante de su piso. Haga de modo que esté presente su hija mayor, que tiene trece años, cuando entregue usted el dinero, y para que el otro no sospeche hágale barrer el cuarto o dedicarse a otra faena. Acompañele hasta la puerta de la calle, y encienda usted su pipa en el momento que se vaya. Eso me servirá de señal para saber que ha pagado usted el rescate.

Apeándome apresuradamente, entregué al chofer una billete de cinco dólares y le dije que aguardase hasta que el otro pasajero saliera del coche.

El hombre miró el billete, y luego dióle una ojeada a Gumina. Los conductores de taxímetros están acostumbrados a que se les den órdenes extrañas. Algunas veces se han encontrado con cadáveres dentro del coche. No obstante, viendo a Gumina vivo y a mí sosegado, tomó los cinco dólares y volvió a sentarse en el pescante.

Faltaban diez minutos para las seis. No atreviéndome a correr, anduve lo más velozmente que me fué posible, y a los tres minutos estaba de regreso en mi aposento. En trances como aquél, cada minuto tiene su importancia.

Norton y Brand me esperaban, pero casualmente ninguno de nosotros tres llevaba los 125 dólares que hacían falta. Yo no quería perder tiempo dirigiéndome para ello a la oficina de los detectives.

— La sortija de Norton — dije, — podrá servir para obtener ese dinero — sugirió Brand.

— ¡Magnífico! Corra a la caja de préstamos de la Segunda Avenida y empéñela en seguida — le rogué a Norton, a quien no parecía entusiasmar eso de sacrificar, aunque sólo fuese momentáneamente, aquel brillante de que se envanecía tanto. — ¡Si no reunimos lo que falta matarán al hijo de Gumina! No hay más que cinco minutos. Señale los billetes, y llévelos a la esquina del Parque y calle Setenta y Uno.

Claro está que hubiéramos podido obtener ese dinero en otra forma, pero el anillo nos hizo ganar mucho tiempo Norton salió corriendo de la habitación y estuvo de regreso a los veinte minutos.

Durante dos horas estuvimos vigilando, en espera de los acontecimientos.

— ¡Vamos a detener al tío cuando salga de la tienda? — preguntó Brand cuando le hube expuesto mi proyecto. Moví la cabeza negativamente.

— No. Si arrestásemos al individuo cuando haya cobrado el «precio de la sangre», el niño se hallaría todavía en poder de los bandidos. Conocen la ley lo bastante para saber que si les delatara el mensajero, su testimonio carecería de valor si no hubiese corroboración. También, claro está, se hacen cargo de que el chico conocerá a los de la pandilla y su testimonio les podría ser funesto. Si se figurasen que corren peligro, estoy seguro de que le matarían y entonces sería muy difícil probar la culpabilidad.

— El inconveniente de no arrestarle desde luego es que podrá cambiar por otros los billetes señalados — indicó Brand.

— Si lo hace — objetó Norton — significará que la pandilla sospecha que Gumina va a hacer alguna trapisonda. En este caso, no habrá remedio para el pobre chico.

— Aunque cambien los billetes, tendrá un testigo. La hija de Gumina, que estará presente — repuse, no conformándome con el punto de vista pesimista que exponía Norton, si bien había que contar con incidentes imprevistos.

Mientras conversábamos acerca de este y otros casos de secuestro, iba anocheciendo y no aparecía la señal ansiada. Con paso lento, muy diferente de su agilidad habitual, Gumina quitó las frutas y legumbres expuestas fuera de su tienda, y con el propósito evidente de «matar el tiempo», puso a arreglar los botes y botellas del escaparate.

La señora Gumina salió a la calle para llamar a los chiquillos que estaban jugando en el arroyo sin darse cuenta de la tragedia horripilante que desarrollábase en su hogar. En eso, se presentaron Pallazzola y Randazzo.

Gumina les vió. Entraron en la tienda. Las luces apagáronse en seguida. Yo sabía que iba a conducirlos por la puerta de detrás a su alojamiento. Eran las ocho, aproximadamente.

Unos tres cuartos de hora después salieron Randazzo y Pallazzola por la puerta de la tienda. Gumina les despidió y encendió su pipa.

Estábamos sentados en la obscuridad con los sombreros puestos, preparados para salir en el instante al ver la señal. Para no llamar la atención ni despertar sospechas, salimos los tres a intervalos distintos.

Cuando estuve en la calle vi a Pallazzola y a Randazzo que en aquel preciso instante llegaban a la esquina de la Segunda Avenida y la calle Setenta y Uno. Hacía mucho calor. Los tranvías estaban atestados de muchachas y de jóvenes luciendo sus mejores galas.

Me encaminé a la Segunda Avenida y me aposté en una esquina dos manzanas más abajo de la calle. Mirando atrás vi a los dos hombres que bajaban de la acera, con el propósito evidente de subir a un tranvía que se estaba aproximando. Brand pasó por delante de mí dirigiéndose a los barrios bajos; a Norton no le vi.

Observé que Randazzo y Pallazzola subían al tranvía, ocupando los dos últimos asientos, de cara al norte. Cuando el vehículo llegó a la esquina en donde yo aguardaba, me senté



— ¡Imposible dar con el dinero! ¡Y pensar que mañana todos los periódicos dirán dónde estaba guardado!

Ayuntamiento de Madrid

frente a los dos sujetos, también junto a la portezuela, de manera que podría ver a todos los que se apeaban o subían al tranvía. El policía Brand subió en la calle Sesenta y Ocho; Norton no aparecía aún por ningún lado. De ese modo principió la peligrosa persecución. Me estremecía al pensar las consecuencias desastrosísimas que pudiera tener el que los dos italianos se dieran cuenta de que les seguíamos.

Llevaba yo un traje barato, comprado en una tienda de ropas hechas, y un sombrero de fieltro flojo. En el bolsillo, además, llevaba una gorra de visera ancha y una especie de embozo por si me convenía disimular el rostro en el transcurso de mis peregrinaciones.

Al llegar a la esquina de la calle Sesenta y Dos, los dos individuos pusieron de pie y saltaron del tranvía antes de que éste se parase. Brand y yo seguimos en el coche hasta una manzana más allá, y nos apeamos igualmente. Volviendo atrás llegamos a la esquina en donde habían bajado Randazzo y Pallazzola. Pero entre la multitud que a aquella hora transitaba por allí no pudimos ver ni rastro de los dos sujetos.

Cruzamos al otro lado, y al echar una ojeada hacia las orillas del East River, tuvimos justo el tiempo de ver a los italianos que penetraban en un edificio entre la Primera y Segunda Avenida. Era preciso andar con tiento, pues miraban siempre a su alrededor para cerciorarse de que nadie les seguía. Brand y yo nos escondimos en una entrada frente al edificio, y al cabo de cinco minutos vimos a los dos hombres que volvían a salir y después de mirar en todas direcciones dirigíanse a una casa de la Primera Avenida. Entraron y permanecieron en ella por espacio de algún tiempo mientras nosotros nos quedamos de plantones en un edificio contiguo, al parecer desocupado.

Cuando volvieron a aparecer, acompañábalos un individuo de unos cincuenta años, mediana corpulencia y muy bien vestido. Andaba cojeando levemente, como si el calzado le viniera estrecho.

— ¿Quién será ese? — preguntó Brand.

A aquella hora estaba tan desierta la Avenida que aun una conversación en voz baja se oía desde lejos.

— Si se separan, más vale que le siga usted a él — dije yo.

Los tres hombres volvieron a pie hasta la esquina de la calle Sesenta y Uno, en donde «el Cojo» (así lo llamábamos por no saber quién era), despidióse de los otros dos. Brand, seguidamente, se fué tras él.

Había anochecido ya, pero a pesar de ello era peligroso acercarse demasiado a los que perseguíamos. A cada momento temía yo que iba a perderles de vista. Nuestra tarea resultaba tanto más difícil cuanto que el barrio está poblado de italianos entre los cuales hay muchos individuos pertenecientes al «hampa», quienes siempre están al acecho de los policías. De momento, sin embargo, no tenía yo nada que temer; los dos sujetos se ocultaron en la sombra, cerca de la esquina, y se pusieron a aguardar.

Al cabo de veinte minutos regresó Brand.

— «El Cojo» no fué a ninguna parte — comunicóme. — No hizo más que dar la vuelta a la manzana, para ver si le seguían, supongo yo. Luego se reunió con los otros dos. Mire, ahora se encuentran con otro.

Dos de ellos habían entrado en el



edificio al otro lado de la calle, y volvían con el cuarto personaje. Habiendo quedado fuera otro para vigilar, nos fijamos en la casa — suponiendo que debía ser como un cuartel general para todos los de la pandilla.

El recién llegado era un joven alto, robusto, de unos treinta años. Su estatura y corpulencia eran extraordinarias. Llevaba un traje vistoso, de color claro.

Le pusimos inmediatamente el mote de «el Dandy».

— Si se separan, será mejor que siga usted a los dos desconocidos, mientras rastreo yo a Randazzo y a Pallazzola — le dije a Brand, cuando andábamos cautelosamente tras el grupo.

En esas «el Dandy» se separó de los demás y dirigióse hacia el oeste por la calle Sesenta y Tres, mientras Randazzo y Pallazzola seguían hacia el norte por la Primera Avenida. Les vimos detenerse en la esquina sureste de la calle Sesenta y Cuatro y permanecer allí conversando.

— Parece ser que esperan a alguien — murmuró Brand antes de seguir a «el Dandy».

A la sazón salió de una casa cercana una mujer con la cabeza envuelta en un pañolón. Llevaba, al parece, debajo de ese pañolón un bulto de tamaño más que regular. Al ver que se encaminaba en la misma dirección que «el Dandy», le dije a Brand que procurase seguir a ambos.

Permanecí inmóvil observando atentamente a «el Cojo», a Pallazzola y a Randazzo. Durante largo rato estuvieron hablando y gesticulando a la sombra de un gran almacén de drogas. Luego se encaminaron por la calle Sesenta y Cuatro hacia la Segunda Avenida.

Estaba yo vacilante sin saber qué hacer para no perder el rastro, y disponíame a seguirles directamente — confiando en que la suerte me proporcionaría la ocasión de permanecer oculto — cuando oí hablar en voz baja a un hombre y a una mujer.

Las voces parecían provenir de un zaguán cercano. Me aproximé cautelosamente al edificio y atisé por la entrada.

Vi que la suerte me favorecía. Se trataba de una pareja que conversaba amorosamente a favor de la obscuridad, y resolví inmediatamente utilizarla para despistar.

— Dispensen que les moleste — dije al acercarme a ellos, — pero es cuestión de vida o muerte. Soy detective y sospecho que aquellos tres hombres que suben por la calle se proponen asesinar a otro que vive en una casa de la manzana siguiente. ¿Quieren ustedes encaminarse hacia el oeste y permitir que yo les acompañe, de manera que no sospechen que les sigo? Cuando les diga buenas noches, sigan andando derecho y luego tuerzan por la primera esquina.

Antes de haber acabado de exponer mi plan estaba andando con ellos por la acera, sin aguardar a que manifestasen su consentimiento.

Al llegar a la Segunda Avenida nos adelantamos a los tres italianos que andaban muy despacio y hablaban en voz baja. Un momento después vi una puerta abierta. Antes de que llegásemos a ella le di las buenas noches a la pareja en voz bastante alta para que los otros pudieran oírme. Quería hacerles creer que era yo un habitante de aquel barrio y que me retiraba a descansar.

Entré en el estrecho vestíbulo, cerré la puerta de golpe — y luego la volví a abrir, dejándola entornada para po-

der atisbar, hasta una distancia de cincuenta metros poco más o menos, la acera de la Avenida.

Después de permanecer allí algún rato, empecé a experimentar cierta ansiedad acerca de la suerte que le podía haber cabido a Brand. Con Norton ya no contaba, pues comprendía que por un motivo u otro debía de haber perdido el rastro desde un principio, por haber sido el último que salió de mi casa provisional.

A corta distancia, al otro lado de la calle, había un edificio brillantemente iluminado, que — si no recuerdo mal — era un cinematógrafo. De cuando en cuando abría yo la puerta cuando Randazzo y sus compinches miraban en la dirección opuesta, y echaba una mirada rápida por la Avenida. En una de esas ocasiones, a favor de la iluminación, observé a un hombre de estatura más que regular, vestido con un traje claro y que llevaba de la mano a un niño — o a una niña, pues dada la distancia era difícil distinguirlo — vestido pobremente.

Al acercarse ambos algo más, vi que se trataba de un chiquillo. Saqué del bolsillo el retrato de José Gumina y lo contemplé bastante rato para que me quedasen grabados en la mente sus rasgos fisonómicos.

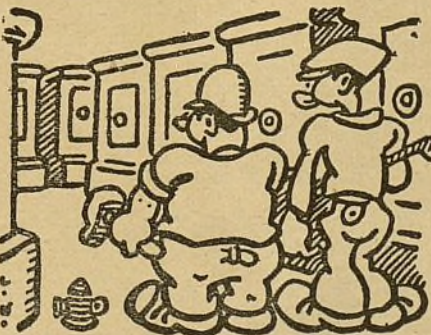
Presentaba instintivamente, que aquel hombre era «el Dandy» a quien Brand proponíase seguir. En este caso ¿qué había sido de mi compañero? Su ausencia me colocaba en una situación harto difícil. Iba a tenerme que haber, sin auxilio alguno, para llevármelos presos, con cuatro malhechores de la peor especie y al propio tiempo rescatar a un niño.

Esperaba a cada momento ver que surgía Brand de la obscuridad, siguiendo a la pareja. Al convencerme de que no aparecía, salí de mi escondite en el momento en que el hombre y el niño se acercaban a los otros tres. No me cabía duda a la sazón que el cuarto era el que habíamos llamado «el Dandy».

Mientras él y el niño estaban todavía a alguna distancia de los demás, «el Cojo» se adelantó y asió bruscamente la mano del chiquillo.

Me hallaba yo ante un dilema. ¿Qué debía hacer? Mi primer impulso fué, naturalmente, detenerles a los cuatro en el acto. Mientras se ocupaban del chiquillo podía yo cogerles por sorpresa y tenerles apuntados antes de que hubieran advertido mi presencia.

Pero al reflexionar comprendí que me iba a ser preciso recurrir a la violencia y disparar contra alguno de ellos, pues no era de suponer que se rindiesen sin resistir, sabiendo que estaban ex-



—Caray. Hemos entrado en un almacén de cajas de caudales. Buen trabajo para tropezar con lo que nos interesa.

puestos a ser condenados a presidio, probablemente perpetuo. Era posible, por otra parte, que se presentara Brand de un momento a otro.

Mientras aguardaba yo, indeciso, los dos hombres condujeron al chiquillo hasta la esquina de la calle Sesenta y Cuatro, entregándose allí a Randazzo y a Pallazzola. Seguidamente «el Dandy» y «el Cojo» dieron la vuelta y echaron a andar precipitadamente Avenida abajo.

A la sazón presentábase el problema: ¿A cuál de las dos parejas debía yo arrestar primero? Tenía la absoluta seguridad de poder habérmelas con cualquiera de las dos. Mientras reflexionaba acerca de ese punto, la segunda de las parejas torcía hacia el este por la calle Sesenta y Tres. Resolví ir tras ellos en primer lugar. Si intentaba capturar a Randazzo o Pallazzola, uno u otro podía fugarse, y aun entonces matar al niño. Por otra parte, si les dejaba ahora que se fuesen, siempre sabría luego en dónde encontrarles para detenerles oportunamente.

Seguí a «el Cojo» y a «el Dandy» hasta que estuvieron a unos veinte metros de la esquina de la Segunda Avenida, bastante lejos de los otros dos para que no pudieran éstos presenciar la detención. Me adelanté rápidamente con el revólver en la mano.

Pero los malvados oyeron el ruido de mis pasos. Al volverse en redondo «el Dandy» vi relucir la hoja acerada de una larguísima navaja.

Hubo una breve lucha. Tuve que moverme con ligereza para esquivar la acometida del bandido antes de que pudiera yo asestarle un certero golpe en la cabeza con la culata de mi arma. Cayó sin sentido. Iba a hacer lo propio con «el Cojo» cuando surgió de no sé dónde un policía de uniforme.

Entonces aconteció algo que por un momento me dejó perplejo, haciéndome perder la serenidad que siempre ha sido mi mejor arma en casos semejantes.

Iba yo a requerir la ayuda del policía para evitarme el tener que dar a «el Cojo» un golpe como el que había dado a su compañero, cuando el bribón, adelantándose a mí, pidió auxilio al agente con voces desahoradas.

— ¡Socorro! ¡Que me asesinan! ¡Al ladrón, guardia, al ladrón!

Y seguí explicando a gritos que yo era un terrible malhechor que le había atracado.

El policía, tras breve vacilación, por considerar sin duda que yo tenía menos cara de bandido que mi rival, sacó su revólver y se vino resueltamente hacia mí.

Me apuntó con el arma y gritó:

— ¡Manos arriba, tunante!

También yo vacilé un momento. Si levantaba el revólver «el Cojo» podía huir y entonces sería tarde para deshacer el equívoco. Si no lo levantaba, el policía podía disparar contra mí...

— No dispare — dije secamente, sin dejar de apuntar a «el Cojo». — Soy detective, y esos dos individuos son secuestradores. — Y le mostré mi insignia para disuadirle de su intento. — Basta de escándalo ya. Lléveselos a los dos a la delegación y guárdelos detenidos. Yo voy en busca de otros.

Al cabo de un minuto estaba ya llena la calle de una muchedumbre de vecinos y de parroquianos de los cabarets del barrio. Cerca de la calle Sesenta y Seis vi a dos hombres que huían llevándose al chiquillo. Corrí tras ellos y cogíles por sorpresa. Después de breve porfía, logré capturarles.



No sin dificultad, pude trasladarles al cuartelillo cuando tocaban las doce. Allí quedaron arrestados, dando los nombres y direcciones siguientes: Pietro Brusco, de veintinueve años, habitante en el número 326 de la calle Sesenta y Tres Este (era el que llamábamos «el Dandy»); Antonio Buono, de cuarenta y nueve años, a quien habíamos apodado «el Cojo»; Benedetto Randazzo, de treinta y siete años, en el 307 de la calle Setenta y Uno, y Mateo Pallazzola, de cuarenta y dos años, en el 305 de la misma calle.

Al registrar a Brusco antes de llevarle al calabozo, hallóse en su poder la fotografía de una niña de mirada triste, vestida con un traje de muselina blanca y que llevaba un largo velo sujeto a la frente por una corona de capullos.

Se la enseñamos al pequeño José.

—¿Conoces a esa niña? — le preguntamos.

—Sí. Es la hija del hombre que me tenía encerrado en su casa — contestó el niño.

A la mañana siguiente fuimos al domicilio de Pietro Brusco y detuvimos a su mujer, quien figuraba también con el nombre de señora Funnera. Al principio negó tener noticia del secuestro, pero por último confesó que en su casa había estado el niño.

Brusco fué condenado a veinte años de presidio y su mujer a diez. Antonio Buono se reconoció culpable y su condena fué de quince a veinticinco años, con arreglo a la legislación vigente del Estado. Pallazzola fué dejado en libertad provisional por haber declarado en contra de los demás.

Pareció que de momento quedaba terminado el caso; pero transcurrido un año y medio se averiguaron más detalles.

Las declaraciones complementarias de Brusco y de la Funnera implicaban a otros tres sujetos: Vincenzo Bagarello, de veintitrés años, habitante en el número 304 de la calle Setenta y Uno; Vincenzo Nasco, de veintinueve años, en el 1106 de la Primera Avenida, y Vite Pettinato, de treinta y nueve años, en el 1145 de la Primera Avenida. Todos fueron condenados a largos años de presidio.

Brusco me comunicó que el motivo verdadero del secuestro de José era que Bagarello quería obligar a Gumina a cesar en el negocio para quedarse con sus parroquianos. Bagarello formaba parte de la pandilla de criminales que raptaron al chiquillo, y habían convenido hacerlo como un favor, tomando en pago todo el dinero que pudieran sacarle al padre.

Diré, para terminar, que teniendo en cuenta las revelaciones hechas por la señora Funnera y Brusco acerca de Bagarello, Pettinato y Nasco, que eran los más implicados en el crimen, se les concedió el indulto.

## El Penado Inocente

(Continuación de la página 41)

¡Pues no! Todo esto no era sino error y mentira.

El sentenciado no era culpable; el testimonio denunciador, una impostura horrible: tantos y tantos indicios, otras tantas ilusiones de la justicia, otros tantos artificios odiosos del verdadero culpable. El presidiario perpetuo que hizo la justicia de los hombres estaba aterrado ante la injusticia que con él se había cometido. Aquel padre estaba seguro de la inocencia de su hijo como de la suya propia; aquel defensor había leído en el alma de ambos acusados que Lesnier hijo no era culpable.

El convencimiento del padre de que su hijo no era culpable fué cuando se vieron por primera vez encerrados en un calabozo. Cuando el anciano campesino le miró con los ojos arrasados en lágrimas, como queriendo preguntar: «¿Serás culpable?», el joven le contestó:

—Yo te juro por lo más sagrado que hay para mí en el mundo, por mi madre, por mi hermana, que soy inocente.

Lesnier le creyó, porque su hijo no le había mentado jamás.

Mucho se querían ambos, pero aun se quisieron más desde aquel momento.

Lesnier, después del fallo condenando a su hijo, tomó una resolución enérgica, con todo el entusiasmo, con toda la decisión del que se propone llevar a cabo una cosa justa. Tenía que librar necesariamente al joven de una pena que no merecía. Tenía que rehabilitarlo a los ojos de todo el mundo. Tenía que arrancar la máscara al verdadero culpable.

### EN PRESIDIO

EL sentenciado fué de nuevo conducido al calabozo.

La primera noche la pasó relativamente tranquila, por el estado de inconsciencia en que se hallaba; mas al despertar, al darse cuenta de su espantosa situación, empezó a dar puñetazos en los muros de la cárcel, maldiciendo a los falsos testigos y maldiciéndose a sí mismo. Por espacio de unos días, su vida fué en extremo horrible. Parecía que se iba volviendo loco por instantes.

El padre apeló del fallo del jurado, y, aunque el defensor tenía esperanzas, no se pudo conseguir nada en favor del preso. Este escribió a su padre una larga y conmovedora carta instándole a que siguiera trabajando en favor suyo porque, al fin, había de triunfar la justicia. En uno de sus párrafos demostraba así el natural orgullo de la conciencia inocente:

«Sobre todo, padre mío, nada de solicitar indulto. Esta palabra me causa horror. Prefiero pasar toda mi vida cautivo a pensar nada más que podría ser indultado. Si no se puede, si no hay medio de que se me haga justicia, no hay más remedio que sufrir la suerte que me ha cabido. Pero nunca el indulto, que sería perdonarme un delito que no he cometido.»

El golpe de ser desechada la apelación lo sufrió el infeliz con la calma de un mártir.

En otra carta a su padre, le decía entre varios asuntos:

«Te escribo cuatro palabras, queridísimo padre, porque me pareció que la última vez que te vi estabas muy triste. No quiero verte así. El Evangelio nos

dice que no puede caer ni un solo cabello de nuestra cabeza, sin la voluntad de nuestro Padre que está en los cielos.»

Esperemos. Al mismo tiempo que te ocupas de tus negocios, no descuides el tomar las notas que te vengan; ya te he dicho fijamente en dónde están los asesinos de Gay. Existen ciertas circunstancias que les venderán antes de dos años.»

EL 26 de enero de 1849, salió Lesnier para el presidio de Rochefort. Al llegar allí el infeliz sufrió la penosa operación de echarle la cadena al pie, estando tendido sobre un madero.

—A ver si no te mueves — le dijo el herrero mientras preparaba las herramientas.

—Cumple con tu deber y no me molestes — le contestó Lesnier.

—¿S que puedo molestarte sin querer.

—No te entiendo.

—Esta operación es más delicada de lo que te figuras.

—¡Acaba de una vez!

—Al menor movimiento puede desviarse el martillo y hacerte astillas la pierna.

—¿Qué más da, si ya me han destruido el corazón?

—¡Ay! Si eres romántico, mal lo vas a pasar aquí.

Y como el preso no contestara, procedió con calma a hacer los remaches en el hierro.

Por fin estuvo con la cadena al pie, cadena que no se separaría de él hasta el día que la condena fuera cumplida. Después se le puso el uniforme infamante y se le indicó el sitio que había de ocupar con su camastro.

El mismo Lesnier refiere en sus cartas lo que le pasó en los primeros momentos de su llegada al presidio.

«En la sala en que me pusieron había como unos quinientos hombres; de éstos, los unos estaban subidos sobre los bancos, los otros producían ruido con sus cadenas, y los más juraban y blasfemaban como espíritus inmundos. Al echarse todos encima, creí haber entrado en el infierno y sentí en el corazón una opresión y una angustia imposible de describir. Creo que me hubiera ahogado el calor, si las lágrimas no hubiesen acudido en mi auxilio.»

La primera carta que escribió a su padre el 27 de enero, fué acusando una tranquilidad completa para no hacer sufrir al pobre anciano. Y le decía que, observando buena conducta, no se estaba allí del todo mal.

«No vengas aún a verme — terminaba en una de sus cartas — hasta que yo te avise, que será cuando los jefes me conozcan y hayan podido formar un juicio exacto de mi conducta; aguarda a que tenga un destino en las oficinas del establecimiento. Ya debo de haberte dicho otra vez que todo individuo recién llegado a un presidio con una condena como la mía, es sospechoso.»

A pesar de todo, no se dejaba abatir, porque le había prometido a su padre que resistiría; y por espacio de once meses tuvo que seguir esta vida infernal.

Lesnier recurrió a la religión. Un digno sacerdote, segundo capellán del presidio, le enseñó a suplicar a Dios con fe y le hizo derramar lágrimas menos amargas.

Una voz interior le decía siempre:

## DICCIONARIOS MANUALES CUYAS

Francés-Español.....	3' - ptas.
Español-Francés.....	3' - ptas.
Los dos tomos en uno.....	5'50 ptas.
Nólas-Español.....	3' - ptas.
Spanish-English.....	3' - ptas.
Los dos tomos en uno.....	5'50 ptas.

Se venta en todas las librerías de España y América



— No morirás aquí.

Poco a poco se fué adueñando de las voluntades de los jefes por su buen comportamiento. Desde entonces no tardó en verse colocado de escribiente, lo cual fué para el pobre penado una gran mejora en su situación. Gracias a esto, se libró del tormento del frío y, sobre todo, del martirio de estar en continuo contacto con tanto canalla descreído como allí había.

A todo esto, su padre, con una paciencia y un valor invencibles, reunía, coordinaba cuantos indicios tenía para ver si podía llegar a esclarecer la verdad.

Todo cuanto sabía se lo trasladaba a Gergeres, el abogado defensor. Le pedía consejos, obtenía audiencias del procurador general de Burdeos, reclamaba tenazmente la presión sobre los que de signaba como testigos falsos.

Cuando esta perseverancia comenzaba a dar sus frutos. Una mala noticia vino a acabar de afligir al pobre padre. Su desgraciado hijo iba a ser llevado a Brest porque se suprimía el presidio de Rochefort.

Y en el mes de julio de 1852, el vapor *Laborieux* condujo a Brest doscientos treinta y cinco presidiarios, entre los cuales iba Lesnier.

Aquí tenía que llevar nueva vida y sufrir nuevos tormentos hasta que fuese conocida su intachable conducta; pero no pasó un mes que fuera colocado en clase de escribiente dentro del establecimiento.

El padre iba agotando poco a poco sus recursos sin conseguir su ansiada y justa pretensión. El penado se hizo cargo de la amargura del que tanto le quería y solicitó que le trasladasen a la Guayana. Se le atendió y se fijó el día 5 de julio para emprender el viaje.

## ESPERANZAS

YA pensaba Lesnier padre en desterrarse de Francia para acabar sus días en América cerca de su infortunado hijo, cuando de pronto se vió alumbrado por un rayo de esperanza. En aquellos días fueron trasladados el fiscal de Libourne y el juez de la audiencia de la misma ciudad. ¿Qué más podía apetecer el pobre anciano que hallarse en Libourne con un nuevo procurador imperial, que no tenía ningún compromiso con lo pasado y que todavía no estaba sujeto a las influencias locales? Y para colmo de dicha, este funcionario, llamado Charandean, era joven y de no escasa inteligencia.

Inmediatamente, tanto el padre Lesnier como el abogado Gergeres le entregaron al nuevo procurador las notas que habían ido recogiendo. El abogado le aseguró que estaba convencido de la inocencia de Lesnier.

De todo se enteró minuciosamente el procurador imperial y, sintiéndose con el suficiente valor para emprender aquella aventura, empezó a hacer sus indagaciones con tanta prudencia como reserva, ya que lo principal era no poner en guardia a los verdaderos culpables.

El comisario de policía de Contras fué el encargado de comprobar los datos aportados por Lesnier padre. Se pasó trabajando reservadamente unos cinco meses, hasta que viendo que ya no podía seguir adelante sin infundir sospechas, decidió dar cuenta de sus averiguaciones al propio procurador Charandean. Este se presentó en el pueblo de Tieu, resuelto a hacer una rápida y concienzuda observación.

## SE DESHACE EL ERROR

DE las primeras averiguaciones empezó a brotar la luz de la verdad. Acosado a preguntas, Daignaud confesó que al principio se negó rotundamente a lo que le exigía el tabernero Lespagne, o sea que denunciara a los Lesnier diciendo que le habían salido al camino para robarle; pero entonces Lespagne le amenazó con reclamarle judicialmente lo que le debía, y, asustado con esta amenaza, se sometió a representar el papel infame. Lespagne le perdonó los quince francos que le debía, a cambio de haber engañado así a la justicia.

Apoiado el procurador en este descubrimiento, la emprendió con la mujer de Lespagne, que, indudablemente, también había mentido. Era preciso hacérselo confesar para descubrir al instigador. Después de no poco trabajo para hacerla entrar por el camino de la verdad, concluyó confesando que sus declaraciones respecto a los Lesnier habían sido falsas.

¿Qué pudo influir para que esta mujer mintiera como antes lo hizo? Se podía adivinar que su marido andaba en el asunto, pero ella no le nombró al principio. Lo que sí dijo es que había obrado sugestionada por el alcalde Sarraclin, el cual la había acompañado siempre en sus visitas espontáneas al juez de paz, instruyéndola al mismo tiempo de las declaraciones que tenía que prestar ante la autoridad.

Pero ¿quién era el verdadero autor del crimen?

Todas las sospechas iban naturalmente a parar a Pedro Lespagne, el tabernero, que era el que con más facilidad podía haber sobornado a su mujer. Esta complicó a varios testigos, pues para salvar a uno tenía forzosamente que perder a otros.

Otro testigo, llamado Coculet, declaró espontáneamente ante el magistrado que un día había oído, por casualidad, una disputa entre Lespagne y su mujer. Pedro le decía a ésta:

— ¡Bribona! ¿Harás con éste lo mismo que con Lesnier, para concluir por echarle a presidio?

— ¡Tunante! — le contestó ella. — ¿Quién de los dos tiene la culpa de que Lesnier esté en presidio?

La culpabilidad de Lespagne no tardó en probarse por una serie de indicios y de testigos.

Daignaud acabó por pedir perdón a la justicia, confesando que había declarado en falso sobornado por Lespagne, y añadió:

— La noche del crimen sabía Lespagne que Lesnier hijo había cenado en casa de Catherineau y era preciso inventar que a mí me habían asaltado en un bosque inmediato, para tener así cargos contra él.

## REHABILITACION DEL INOCENTE

LA inocencia del desgraciado Lesnier iba haciéndose patente por momentos, y fué preciso que se presentara ante el tribunal de justicia el presidiario de Brest.

El presidente le invitó a tomar asiento, y cuando se repuso un poco de la emoción habló así:

— Señores, en 1848 comparecí ante este tribunal acusado de un crimen horrible y tenía que defender mi cabeza. El primer testimonio que se levantó contra mí fué el de Daignaud, que decía haber sido detenido por mí en un camino

real en donde le había pedido la bolsa o la vida. Ofrecí probar que aquella noche estuve yo en casa de mi amigo Catherineau, pero prevaleció el testimonio de Daignaud. Luego declaró la mujer de Lespagne; y aunque se hallaba tan aturdida, que fué preciso leerle todas las declaraciones que había dado, y a pesar de que todo el mundo vió que nunca se atrevió a mirarme cara a cara, se dió más fe a su turbación y vergüenza hipócritas que a mis pruebas para negar el crimen que se me imputaba.

El público, favorablemente impresionado por las palabras del inocente, hizo como un signo de aprobación. El presidente preguntó:

— Lesnier, ¿son falsas las palabras que os atribuyó la mujer de Lespagne referentes al envenenamiento de su marido y al asesinato de Gay?

— Son enteramente falsas.

Aquí el procurador general, puesto en pie, leyó muy conmovido la siguiente carta escrita por Lesnier a su abogado Gergeres el 5 de febrero de 1851:

«Caballero: Me apresuro a contestar a vuestra favorecida del 31 de enero próximo pasado. Os agradezco en el alma los buenos consejos que en ella me dais y voy a ponerlos en práctica, haciéndome digno por este medio de vuestra benévola protección. El señor comisario de marina, administrador del presidio, ha tenido la bondad de darme conocimiento de los papeles que usted le ha enviado. Puesto que no han querido admitir estos documentos, aguardaré con resignación el tiempo prefijado para obtener una reducción de pena, contando siempre con la valiosa protección de usted.

«Ya conoce usted la causa, tristemente célebre, por la cual se me ha sentenciado. He cometido yerros, me he extraviado como joven, pero no he cometido el crimen que se me ha imputado. Si me toca pasar el resto de mis días en un presidio ¡estoy resignado a ello!, pero no acepto mi condena como una expiación! Me resigno a sufrirla deplorando la ceguera de mis jueces, y para probarla basta recordar las declaraciones de la mujer de Lespagne y de Daignaud, declaraciones que deben haber quedado muy grabadas en vuestra memoria.

Voy a confesarle ingenuamente una cosa: hay momentos en que estoy tentado de creer que sería más dichoso si fuese culpable, porque al fin y al cabo, si mis manos estuviesen manchadas de sangre, me hallaría en mi lugar encerrado en este presidio.

Con respecto a mi posición actual, sería yo un ingrato si no me condujese bien en el establecimiento, porque el señor comisario me ha favorecido extraordinariamente, habiéndome colocado de escribiente en las oficinas, que es todo cuanto yo puedo desear. Me parece que con esto me hallo en mi esfera, y en esta posición me siento con más valor para aguardar el cumplimiento de los designios de la Providencia.

Reciba, caballero, la seguridad de la profunda gratitud con que se repite de usted su humildísimo servidor

Lesnier.»

Esta dignidad en la desgracia produjo una viva impresión en el auditorio, que llegó a conmoverse profundamente cuando se dió a conocer la excelente conducta observada por Lesnier en el penal.

En esta misma sesión desfilaron muchos testigos, de cuyas declaraciones se vino a comprender que si hubieran ha-



blado antes no habría estado sufriendo tanto tiempo un inocente.

Catalina Peychaud, la mujer de Sarrafin, fué uno de los testigos más contundentes, pues confesó que, en 1848, la esposa de Lespaigne le había manifestado que el asesino de Gay había sido su marido.

Total, que, por esta y otras declaraciones, quedaba bien demostrado que desde 1848 se sabía en el país quién había sido el criminal. Y gracias a una maestría extraordinaria por parte del presidente, se fué aclarando un asunto que a primera vista parecía más embrollado, consiguiendo al fin que la verdad saliese triunfante.

#### EL VERDADERO CULPABLE

LA declaración del tabernero Lespaigne, leída por su abogado, fué ésta: «Hoy digo la verdad... Yo fui a casa de Gay con mi carreta para cargar el vino que tenía que darme en pago de 45 francos que me debía. Le encontré en la cama. Encendí el candil como él me suplicó y bajé a la cueva. Gay, al levantarse, me dijo:

—Supuesto que ya estoy en pie, voy a ver si puedo comer un poco de sopa que tengo ahí, aunque ya estará fría.

Yo me fui a sacar las tres pipas de vino, las cargué en la carreta, y, cuando iba a arrancar, me dijo Gay:

—Ahora soy muy desgraciado, ya no me queda nada. Deberías darme lo menos el valor de media pipa de las que te llevas.

Le di de mal humor un empujón diciéndole al mismo tiempo que aun no tenía bastante con las tres pipas, para saldar lo que me debía. El viejo cayó

y se dió un golpe con un útil cortante o duro. Yo retrocedí dos pasos. Luego le levanté y le puse en una silla que estaba junto a la cama; pero como llegó hasta mí el ruido que producía la carreta al rodar, salí corriendo y ya no volví a acordarme del viejo, convencido de que ya volvería en sí.»

QUE lección de prudencia encierra esta causa de Lesnier! Se estremece uno al pensar que las circunstancias atenuantes se le concedieron únicamente por mayoría de un voto. ¿Y si le hubieran sentenciado a pena capital?

#### LA REPARACION

LESPAGNE, como el único, como el verdadero criminal, fué condenado a trabajos forzados para toda su vida.

La reparación moral fué en el país para Lesnier una verdadera obra de humanidad.

No era tan fácil la reparación material. ¿Quién le devolvería a aquel inocente los siete años que pasó en presidio, perdiendo allí lo mejor de su vigorosa juventud? ¿Quién le devolvería los gozos de familia que había perdido? ¿Quién podría devolverle las ilusiones del porvenir?

Tanto su cuerpo como su espíritu habían decaído visiblemente.

Una débil compensación era lo único que se le podía ofrecer; y el jefe de Estado trató de dársela. El emperador mandó que se le diera de su bolsillo particular un socorro de 2,000 francos, y a Lesnier padre, que había quedado arruinado, se le agració con un estanco de tabacos en Lyon. Al mismo tiempo a su hijo se le nombró comisionado del

gobierno en las minas de la Mayonne y de la Sarthe, con 3,000 francos de sueldo.

Mas aquí se ve que para indemnizar a la pobre familia empezaban por quitarles sus costumbres, y, lo que es peor, por separarlos.

LESNIER hijo partió hacia Savat. Allí no tenía que hacer más que cuidar de que se observasen los estatutos de una sociedad anónima. Los administradores le recibieron perfectamente, mas no por esto dejó de sufrir las tristes consecuencias de una posición mal definida.

Por fortuna el emperador al nombrar a Lesnier para aquel destino había expresado terminantemente que aquella situación no sería sino provisional en tanto que se presentaba otra cosa mejor. A principios de 1857, cansado ya de dar pasos, recordó aquella promesa a la emperatriz y obtuvo por fin un empleo formal; el de comisario de vigilancia administrativa en los caminos de hierro del Mediodía.

Ya era tiempo. Pero había agotado fuerzas y recursos pecuniarios.

El inocente, aun rehabilitado e indemnizado, no dejaba por esto de estar sentenciado a muerte por un error de los hombres.

—He padecido mucho —dijo al salir de presidio.

Y decía verdad.

El 22 de diciembre de 1858, murió en Carcasona cuando apenas contaba treinta y cinco años. Murió de consunción y de pena.

El digno magistrado que en el naufragio de esta vida le había salvado al menos el honor, fué el que le cerró los ojos.

## Gran Proyector Mensual

publicará, entre otros interesantísimos trabajos, en su número de agosto:

**Los siete que murieron**  
(Sensacional relato de la vida trágica del inventor de los gases asfixiantes)

**El hombre muerto en la ventana**  
(Persecución del contrabando del opio en Norteamérica)

**Fabricación de diamantes**  
(¿Era fraude o realidad la producción artificial de piedras preciosas?)

**La evasión de Latude**  
(Proceso instruido por evasión de la Bastilla)



En todos los quioscos  
**1'25 ptas.**  
**EJEMPLAR**

**El muerto en la iglesia**  
(No hubo en este caso ni asesinato, ni accidente, ni suicidio, ni muerte natural)

**El secreto de Blakelock**  
(Un médico famoso poseía un secreto de enviudar y heredar)

**¿Locura o venganza?**  
(Graciosa historia sobre un asesinato atribuido a un profesor de biología)

**El robo de las perlas**  
(Investigación policíaca por una mujer detective)

Concurso, novela en folletín encuadernable, fotografías cinematográficas, historietas cómicas, etcétera





## Obras recomendables para la educación de los hijos

Escritas con la competencia, veracidad y concisión que requiere tan delicada materia para ser verdaderamente provechosa y útil.

HACE FALTA UN MUCHACHO, por Arturo Cuyás ..... 5 ptas.

SUEÑOS DE TRIBILÍN, por Arturo Cuyás. .... 4'50 »

LOS HIJOS BIEN EDUCADOS, por el Dr. Saimbraum ..... 2 »

COMO SE CRIAN SANOS NUESTROS HIJOS, por el Dr. Vázquez Yepes ..... 2'50 »

PARA EDUCAR AL NIÑO, por el Dr. Eleizegui ..... 2'50 »

LOS JUEGOS EN LA INFANCIA, por el Dr. Eleizegui ..... 2'50 »

De venta en todas las librerías de España y América.

Sociedad General de Publicaciones, S. A.  
EDITORES

DIPUTACIÓN, 211, — BARCELONA

Librería «El Hogar y la Moda»  
VALVERDE, 21 DUPLICADO, MADRID



## La Pista del Gemelo

(Continuación de la página 45)

llamada telefónica que yo le haría. Además, bien mirado le caso, no puede ser el asesino mi amigo, porque no hubiese dejado una pista tan clara como es la de su nombre. Y si realmente lo es, cuente con que a estas horas Dios sabe donde anda ya. Si logro encontrarle en su casa será un buen indicio de su inocencia, y no cabe duda que sus informes nos servirán de mucho. Si no lo encuentro, quedará usted en libertad de obrar como quiera. ¿Qué le parece?

— Veo su entusiasmo por este asunto y créame que tan sólo por complacerle, dejo a usted realizar esa investigación. Vaya usted mañana a ver al doctor Watt; pero a primera hora, ¿eh?...

Recogí el gemelo de manos de mi amigo, arranqué la matriz del libro donde figuraba el nombre del doctor Watt, y, después de quedar de acuerdo con Allender respecto a la hora y el sitio en que debía aguardar él mi aviso en caso necesario, nos separamos.

La casa del crimen quedó vigilada por los cuatro agentes, con órdenes severas de que todo permaneciese en el mismo estado en que se hallaba.

ERAN las siete de la mañana del día siguiente, cuando un taxímetro me dejó a la puerta del domicilio del doctor Harrison Watt, situado en lo más céntrico de la calle Treinta y Dos.

Subí en el ascensor hasta el piso noveno y en una puerta rotulada con el nombre del doctor, llamé. Unos instantes después salía a abrirme una doncella.

— ¿El doctor Watt? — pregunté.

— Aquí es; pero hasta las once no abre la consulta.

— Bien, no se trata de eso. El doctor y yo somos grandes amigos. Llego en este momento de viaje y en cuanto le anuncie usted mi nombre, aun cuando esté acostado, se apresurará a recibirme.

Entregué mi tarjeta a la joven, me hizo pasar, se alejó y momentos después regresaba para conducirme a un saloncito interior, donde ya estaba el doctor Watt, en pijama.

Las relaciones entre el médico Harrison y yo en la sala de esgrima no eran lo suficientemente amplias para autorizar una visita de aquel modo y a aquella hora. De manera que no me cupo el preámbulo de ninguna explicación que no fuera la del objeto mismo que me llevaba a su casa. Tenía yo casi la seguridad de que el hombre que estaba frente a mí era inocente; mas para el caso de que no lo fuera y tratase de agredirme, mi pistola, oportunamente colocada en el bolsillo exterior de la chaqueta, estaba pronta a serme útil.

Después de saludarnos, el doctor Watt me indicó una butaca y él tomó asiento en el diván frontero.

— Usted dirá... — inicié.

— Doctor Watt — comencé. — El asunto que me trae a su casa reviste extrema gravedad para usted.

Su rostro, al oírme esta afirmación, mostró la extrañeza natural de un preludio semejante; pero nada más.

Huyendo de invertir tiempo en un diálogo inútil, y confiando en que su rostro iría dándome las impresiones suficientes para juzgarle, antes de aña-

dir nada más saqué el gemelo encontrado en la mano del muerto y se lo mostré, diciéndole.

— Creo que ayer ha perdido usted esta prenda en alguna parte. ¿No es cierto?

Tomó en sus manos el gemelo y lo examinó con atenta curiosidad. Luego dijo:

— Es mío, en efecto; pero no puedo haberlo perdido ni ayer ni hace mucho tiempo, porque no los he llevado puestos nunca. Son un recuerdo de mi padre, el profesor Watt, que conservaba guardado en la vitrina de mi tocador.

Al oírle esto, expuesto con una naturalidad asombrosa, mi imaginación se internó por derroteros más comprensibles. ¿Sería posible que el doctor Harrison hubiese sido robado por el mismo autor del asesinato?

— ¿Cuánto tiempo hace que no toca usted esa vitrina, doctor? — pregunté.

— Pues... veinticuatro horas. Todos los días ando en ella a la hora del aseo.

— ¿Se puede creer que no haya usted notado la substracción, en caso de haberle sido robados estos gemelos?

— ¿Robados? — exclamó. — Es increíble. De haber entrado un ladrón en aquel cuarto, existen cosas capaces de tentar la codicia más que estos sencillos gemelos.

— ¿A qué achaca usted, entonces, que ese ejemplar haya sido encontrado por mí?

— No me lo explico. De ahí mi extrañeza.

Miré fijamente al rostro al doctor y añadí:

— ¿Sabe usted en qué sitio ha sido encontrado ese objeto de su propiedad?

— Usted dirá...

— En la mano crispada de un hombre que anoche fué asesinado...

El doctor Harrison se puso en pie de un salto, obedeciendo indudablemente a la impresión lógica de una noticia como aquella.

— Vayamos a mi cuarto de aseo — dijo. — Cada vez me sorprenden más sus palabras.

Le seguí a través de dos habitaciones y entramos en un pequeño cuartito donde estaba instalado el baño y los accesorios propios de un tocador. En uno de los lienzos de pared de aquel cuarto se hallaba la vitrina a que se refería el doctor. Tomó una llave de un cajoncillo del lavabo y la abrió, sacando un pequeño estuche metálico.

Al abrirlo, su rostro se contrajo por la extrañeza. El diminuto cofrecillo donde el doctor Harrison guardaba, además de los gemelos, otras alhajas, estaba vacío.

— ¿Qué significa esto? — exclamó.

— Ayer por la mañana he abierto este estuche para sacar el alfiler de corbata que uso ordinariamente, y estaba intacto. No había desaparecido nada de él...

Mi asombro, como es de suponer, corría pareja con el del doctor Watt. De conceder crédito a lo que decía, había que calcular que el robo de aquellas joyas habíase perpetrado horas antes que el asesinato de la casa de préstamos. Pero ¿cómo era posible relacionar dos hechos tan extraños, refiriéndolos a una misma persona? Para asesinar a Jorge Wurzbürger y desvalijar su tienda,





## LOS AMORES DE CHOPIN

por Carmela Eulate

Esta bellísima obra es la novela de la vida sentimental del artista polaco, y su lectura es imprescindible para cuantos deseen gozar y penetrar más íntimamente en el sentido de las obras del gran compositor.

Un tomo de 254 páginas . . . . . 5 ptas.

Publicado en la colección  
**EL ARTE DE LA MÚSICA**

en la que también figuran los siguientes títulos:

*La religión de la música*, por Camilo Maclair. . . . . 4 ptas.

*Historia de la música moderna*, por Camilo Maclair . . . . . 5 »

*Para entender y saborear la música*, por Arturo W. Pollitt . . 4 »

*Perfiles y recuerdos*, por Camilo Saint-Saëns . . . . . 4 »

*Dicen los músicos...*, por José M.<sup>a</sup> Borrás . . 5 »

De venta en todas las librerías  
de España y América

Sociedad General de Publicaciones, S. A.  
**EDITORES**

Diputación, 211. — BARCELONA

LIBRERÍA El Hogar y la Moda  
Valverde, 21 dup. — MADRID

¿era condición precisa haber robado antes las alhajas del doctor Harrison? Un mundo de ideas contradictorias y asombrosas bullían en mi cerebro.

— ¿No sospecha usted quién haya podido ser el ladrón de sus joyas, doctor? — pregunté.

— Estoy más atónito que usted mismo — contestó. — En mi casa no puede haber penetrado ningún ladrón, porque, como usted ve, no hay en ningún sitio la menor señal de violencia. Sin embargo, voy a llamar a mi ayuda de cámara por si él hubiese observado algo anormal durante el día de ayer.

Seguí al doctor Harrison hasta el saloncillo donde me había recibido y al llegar allí hizo sonar un timbre.

Acudió la misma doncella que me abriera la puerta.

— Que venga Gerardo — ordenó el doctor.

— Siéntese usted, señor Wallace — me incitó, mientras la doncella salía a cumplir la orden.

— A todo esto — repuso, sentándose también — no me ha dicho usted nada acerca de ese misterioso suceso. ¿Dice usted que se trata de un asesinato?

— En efecto, doctor. Ayer, de siete y media a ocho, ha sido asesinado un prestamista del barrio de Suvell, Jorge Wurzburger...

Al oírme este nombre, el doctor palideció intensamente y sus pupilas se dilataron hasta tal extremo que parecían querer salirse de las órbitas.

— ¿Jorge Wurzburger! — gritó. — ¿Y ha sido encima del cadáver de este hombre donde fué encontrado mi gemelo?

Asentí con un movimiento de cabeza, confundido y perplejo por la actitud de mi interlocutor.

— ¡Estoy perdido, Wallace! — volvió a gritar poniéndose en pie y acercándose a mí extrañamente excitado. — ¿Sabe usted qué lazos me ligan a ese hombre?

Ante mi mutismo, añadió, casi en un grito:

— ¡Jorge Wurzburger es el hermano de mi esposa!

Entonces fui yo quien me quedé helado. Pero al propio tiempo, al margen de la impresión que acababa de producir la revelación inaudita, tuve la sensación de que el misterio empezaba a aclararse.

— ¿Cómo dice usted que está perdido, siendo un pariente de usted la víctima? A mi juicio, esta circunstancia contribuirá a alejar sospechas sobre usted — observé.

El doctor se había dejado caer en la butaca.

— Opina usted de ese modo — formuló — porque ignora usted el estado de mis relaciones con mi cuñado.

— ¿No eran afectuosas, acaso?...

— Sostenemos un pleito de intereses, ocasionado por la herencia paterna de mi mujer, desde hace seis años. Y las incidencias de ese pleito nos habían llevado últimamente a una realidad casi agresiva. ¿Comprende usted ahora la importancia de todo esto?

Antes de que pudiera responderle, ni concretar ningún pensamiento, regresó la doncella al saloncillo para manifestar que el ayuda de cámara no se hallaba en casa.

— ¿Ha subido usted a su habitación? — preguntó el doctor.

Asintió la muchacha, añadiendo que la cama del cuarto estaba intacta y que según manifestaciones del chofer, el ayuda de cámara no había vuelto a casa desde la tarde anterior...

El doctor y yo nos miramos, simultáneamente asaltados por una misma idea. ¿Habíamos llegado al final del conflicto? Tuve la intuición de que sí. Pero el doctor Harrison se me anticipó con esta frase:

— Acabo de comprender todo lo ocurrido. Mi ayuda de cámara es el asesino de Jorge.

— He tenido ese mismo pensamiento — repuse. — Pero, ¿no anticiparemos temerariamente nuestros juicios?

— No. Ahora va usted a verlo.

Abrió un pequeño secreter que había en un ángulo del salón y regresó a mi lado con un papel escrito a máquina. Era un anónimo.

— Lea usted eso — me dijo el doctor Harrison, entregándomelo.

Pasé rápidamente la vista sobre las cuatro líneas que integraban el escrito y leí:

*Doctor Harrison:*

*Tiene usted en su casa a uno de los más famosos ladrones de Nueva York. El hombre que presta servicios de ayuda de cámara a sus órdenes es Richard Brem, y no Gerardo Whalem, según se hace pasar ante usted. Hará usted perfectamente si le despide.*

— Ese anónimo — aclaró el doctor cuando vió que lo había leído — lo recibí hace unos tres meses, pero no le di crédito, creyendo que respondía a una venganza entre criados. Ante las circunstancias presentes, resulta una verdadera revelación. ¿No lo cree usted así?

En efecto, estaba tan persuadido, que sin responder a la pregunta del doctor, hice que me llevase al teléfono y, puesto en comunicación con Allender, que aguardaba en el cuartelillo más próximo, le dije:

— Venga usted inmediatamente Samuel. Está descubierto todo.

— ¿Es el doctor? — le oí preguntarme con ansiedad.

— Nada de eso, querido. Por fortuna, mis escrúpulos no eran infundados. Le espero a usted.

Colgué el receptor y me volví al lado del doctor.

Cinco minutos después llamaban a la puerta. Era el detective Allender. Rápidamente le puse en auto de todos los pormenores conocidos. Cuando le entregamos el anónimo y leyó el nombre de Richard Brem, una exclamación de sorpresa salió de su boca.

— ¿Le conocía usted? — pregunté.

— Y usted también — contestó. ¿No recuerda el caso Black, de tan apasionante interés, y cuyo autor conocido se nos escapó cuando le perseguíamos?

— ¿Era aquél Richard Brem?

— El mismo. Me sorprende que haya podido usted olvidar su nombre. Ahora sólo nos falta saber si el autor del anónimo no se habrá servido de ese nombre, popular entre la delincuencia, para acusar con él al ayuda de cámara. ¿Posee usted algún retrato de su servidor, señor? — preguntó al doctor.

— En su cuarto es posible que haya dejado alguno. Veamos.

Seguimos al doctor hasta el cuarto del ayuda de cámara y entre los papeles del ausente encontramos un carnet expedido a nombre de Andrew Hertmes, pero con el retrato auténtico del doméstico.

— Es el mismo — declaró Allender apenas lo vió. — No tenemos tiempo que perder. La captura de ese hombre sig-



nificará una verdadera victoria. Ya sabe usted cómo se nos escapó la otra vez. Doctor — añadió dirigiéndose a éste: — Sólo puede usted prestarnos un gran servicio quedándose en casa todo el día de hoy, por si el asesino creyese asegurada su impunidad y tuviera la sangre fría de volver por aquí.

Prometió el doctor Watt atender la indicación del detective y salimos precipitadamente hacia la Jefatura.

Una hora después quedaban circuladas órdenes a todas las estaciones de ferrocarril y se transmitía por telégrafo la filiación del asesino fugitivo.

Hasta las cuatro de la tarde no se recibieron algunas noticias satisfactorias. Los agentes de vigilancia en la estación de Cleveland nos comunicaron que del tren de las tres treinta y cinco, procedente de Nueva York, habían visto aparecer un hombre con un maletín en la mano y cuyas señas coincidían con las recibidas telegráficamente. Afianzaban que, preventivamente, habían seguido la pista de aquel individuo, viendo que se hospedaba en el hotel Lincoln, donde quedaron apostados dos agentes en prevención de que pudiera tratarse del perseguido.

Apenas leyó el telegrama el detective Allender, transmitió otro encareciendo que no se abandonase la vigilancia del sospechoso y que salía en el sudexpreso de las cinco para Cleveland.

En efecto, media hora después, Allender y yo partíamos de Nueva York para el Estado de Ohio, con mandamiento expreso de prisión en contra de Richard Brem, para caso de necesidad.

Al día siguiente, a las doce de la mañana, estábamos hospedados en el hotel Lincoln en calidad de huéspedes pacíficos que recorren los Estados Unidos en excursión de turismo.

Los dos agentes que prestaron la guardia durante las veinticuatro horas precedentes, nos informaron que el supuesto Richard Brem había salido solamente una vez durante la tarde anterior, regresando al hotel a eso de las nueve de la noche. A la hora en que nos comunicaban esta noticia — la una de la tarde — el vigilado no había descendido aún de sus habitaciones.

— Espero nada más que sea la hora de comer — me dijo Allender mientras nos instalábamos en el hall. — A esa hora seguramente bajará y entonces podré reconocerle.

— ¿Por qué no ha ordenado usted desde Nueva York su detención y nos hubiésemos ahorrado este viaje?

Mi amigo me miró con la extrañeza del que oye un despropósito infantil.

— ¿Querría usted — me replicó — que me dejase perder la oportunidad de un triunfo tan relevante como significa la captura de ese hombre? ¿Ha olvidado usted que la carrera del detective no se logra sin estos recursos?

Me callé. Comprendí que mi observación había sido irreflexiva.

Continuamos charlando luego de otros asuntos, cuando a eso de la una y media vimos bajar la escalera a un hombre corpulento, con largas patillas y bigote. Tocado con sombrero flexible, llevaba un gabán colgado del brazo y en la otra mano un maletín. Al parecer no salía de sus habitaciones para comer, sino para tomar el tren.

Allender se puso en pie lentamente. A pesar de la transformación, había reconocido al hombre que bajaba. Era el auténtico Richard Brem. Pero si la sagacidad profesional advirtió pronto al detective de engaño, el instinto cri-

minial de aquel hombre no tardó menos en reconocer a Allender, y esta fatal contrariedad estuvo a punto de perdernos.

No había hecho más que poner el pie en el último peldaño de la escalera, cuando al mirar hacia nosotros dió un salto atrás, soltó el gabán y sacando rápidamente una pistola hizo fuego sobre nosotros sin que por fortuna diese en el blanco. Allender y yo, pistola en mano, sin tiempo para defendernos de otro modo, pues la agresión había sido fulminante, retrocedimos hasta refugiarnos detrás de un mueble situado junto a las butacas que habíamos ocupado.

Unos segundos después, atraídos por la detonación, el hall se pobló de personas procedentes de todas las habitaciones. Allender, incapaz de perder la serenidad ni aun en un trance como aquél, deslizóse por el costado derecho del mueble con intención de alcanzar la escalera.

No puedo ocultar que el peligro de semejante maniobra me tenía empavorecido, pues suponía que el criminal no perdería de vista el providencial, aunque imperfecto refugio a que nos habíamos acogido. Pasaron, pues, para mí unos instantes de verdadera ansiedad.

En esta situación angustiosa, me sorprendió un grito de rabia seguido de una imprecación. Alcé instintivamente la cabeza y vi lo que había ocurrido. Mi amigo había logrado ganar la escalera por detrás de las butacas y cayendo desde lo alto sobre el asesino, logró derribarle contra el pavimento.

Al salir del escondite y llegar junto al

grupo que se había formado alrededor. Allender le ponía ya las esposas.

Richard Brem estaba en nuestro poder.

Lo que ocurrió a partir de esto fué ya el epílogo sencillo que tienen todos estos dramas de sangre. Trasladado a Nueva York, Richard Brem, como casi todos los asesinos profesionales, no tardó en declararse confeso. Dijo que, en efecto, se había apoderado de las joyas del doctor Harrison con el objeto de pignorarlas en cualquier tienda. Pero que al encontrarse ya en el barrio de Senwell, recordó al prestamista Wurzbürger, cuya enemistad con el doctor Harrison conocía. Entonces pensó que esta enemistad podía servirle perfectamente para establecer la coartada sobre el cuñado de la víctima, y entre las joyas que había robado del cofrecillo del médico eligió precisamente los dos gemelos que tenían grabadas sus iniciales, dando además el nombre del doctor, que Jorge Wurzbürger escribió en el libro sin concederle importancia, por creer, sin duda, que se trataba de una burla vengativa de su cuñado, ya que el estado casi agresivo de su rivalidad autorizaba sospechas semejantes.

Confeso asimismo de ser el actor principal en el caso Black ya mencionado, Richard Brem ocupó, dos meses más tarde, la silla eléctrica.

En cuanto a mi amigo Samuel Allender, tenía razón de que estos recursos forman la carrera del detective: Hoy ocupa uno de los puestos más envidiables en la Jefatura de Nueva York...

## Una Aventura de Misterio y Amor

(Continuación de la página 48)

Este estaba como yo enfrascado en trabajos especiales propios del domingo. No se mostró muy cordial, y al principio me recriminó ásperamente por querer defender a la muchacha. Pero logré por último que escuchara mi relato, con todos los detalles, y vi que el asunto empezaba a interesarle.

— Le entiendo, Carson — me dijo. — Puede que tenga usted razón, y en este caso será justo dar ocasión a la muchacha para que pueda disculparse. Dedique el día a ese asunto. Pregunte a la muchacha misma. Vuelva, si quiere, a Fairbrook y estudie el caso junto con Bundy.

Resolví entrevistarme con la joven antes de que se adelantase otro.

Hallé la casa muy fácilmente, aunque me había fijado poco en su situación, la noche antes, cuando acompañé a María Hillis. Era una casita baja, de paredes estucadas, con un zaguán pequeñísimo. Todavía no sabía, al llamar a la puerta, de qué manera convenía abordar el asunto del asesinato. Salí a abrir una joven, que supuse sería la prima a quien había aludido la protagonista. Noté su rostro pálido, demacrado y sus ojos angustiados. Me miró aprensivamente cuando pregunté por María Hillis y contestó muy bajito, como si temiese que la oyeran:

— No está aquí.

Fué tal mi asombro, que durante unos momentos no supe qué decir. ¿Acaso la había avisado alguien? Expuse, por último, que era yo quien había

acompañado hasta su casa, la noche antes, a la señorita Hillis, y le pregunté si sabía cuándo volvería. Mi interlocutora vaciló, clavándome una mirada ansiosa, como si quisiera adivinar mis pensamientos. Me agradó su rostro por su expresión leal, de sinceridad, que me predisponía a confiar en la joven.

— ¿Puedo entrar? — le indiqué. — Así podrá usted hablar sin que nos oigan.

Movió la cabeza afirmativamente y abrió algo más la puerta para que yo pudiese pasar; luego me señaló un asiento en la reducida estancia. Cuando le hube dicho quién era yo, me dijo ella que se llamaba Lidia Dakin y era prima de María.

Sentéme y entré de lleno en el asunto.

— ¿Ha tenido usted noticia de lo ocurrido en Fairbrook?

Su rostro se puso lívido.

— ¿Qué quiere usted decir? — preguntó algo ásperamente.

— Le suplico que no trate de engañarme — le dije en tono amistoso.

— Vengo movido de las mejores intenciones en favor de la señorita Hillis, pero nada podré hacer en su ayuda si usted no me habla con franqueza. Tengo que hablarle a ella misma.

— No le engañe. Ella no está aquí... Ignoro a dónde ha ido.

— Anoche yo la dejé aquí. ¿Cuándo se marchó, pues?

— No lo sé.

— ¿Ni tiene usted la menor idea?

— Titubeó, presa de una turbación hondísima.



— No lo sé de cierto, pero me parece que fué esta mañana, muy temprano.

— ¿Cuándo?

— Mientras yo estaba contestando a una llamada por teléfono desde Fairbrook. Antes de eso, había oído ruido en su habitación, y cuando fui a comunicarle lo que me habían dicho, ya se había marchado sin llevarse nada. Debí de salir por la ventana.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro.

— Y usted ¿qué opina? — pregunté por último.

— ¿Sobre qué? — repuso ella con voz apagada, esquivando la pregunta.

— Ya sabe usted que me refiero a lo que dijeron por teléfono y a la fuga de su prima.

— Verá usted: no me extraña que se fué. Yo me puse a gritar cuando me dijeron que había sido asesinado Atkinson. Interrogué si le habían matado a tiros. Luego, cuando me dijeron que María había puesto una droga narcótica en el café de Silvia, no recuerdo lo que dije, pero sí que les aseguré que María no podía ser culpable. Eso es lo que se figuran todos: ¡que María le mató de un tiro! Pero eso no puede ser...

La miré de hito en hito.

— ¿No quiere confiar en mí? No soy detective. Además, creo firmemente en la inocencia de María Hillis mientras su culpabilidad no quede demostrada. Supongo se hará usted cargo de que la cosa es crítica para ella. Esta mañana recibimos en la redacción del diario a que pertenezco la noticia del asesinato. Mi propósito es no publicarla hasta que pueda presentar el caso en forma que no se incrimine injustamente a la señorita Hillis. Mas para que la pueda yo servir es necesario tener datos... ¿Querrá, pues, decirme usted todo lo que sepa acerca del asunto?

Ella se dió por fin cuenta de que yo haría lo imposible para ayudar en ese trance a María, pues de sus ojos brotaron repentinamente lágrimas y empezó a hablarme francamente. Debí de ser un alivio para ella poder confiar en alguien.

— María le tenía odio a Atkinson — confesó. — Un odio atroz. Se lo oí decir repetidas veces. Nunca me quiso explicar por qué, pero me figuro que se debía a que él era un malvado y la violentaba en su propia casa... Ricardo engañaba a su mujer. Yo sé ciertas cosas que la gente ignora. Sé que le dijo a Silvia que María había intentado flirtear con él. Silvia me dijo a mí que la presencia de María le desagradaba, pero que no había nadie más para cuidarla cuando estaba enferma. Yo le objeté que no era cierto lo que decían de María, mas ella se encolerizó, preguntándome si quería hacer pasar por embustero a su marido.

Detúvose y apretó los labios como para refrenar el sollozo. Tras una pausa, siguió explicando:

— María y yo hemos vivido juntas desde que Silvia se casó, porque mi prima tenía miedo de vivir cerca de ellos. Había siempre riñas. Me pregunto yo... ¿No le parece a usted posible que en un momento de exaltación, cualquiera, presa de odio y de miedo, es capaz de cometer una locura semejante?

Moví la cabeza sin saber qué contestar, tan desconcertado como ella. Sólo conocía superficialmente a la muchacha, en la que no obstante tenía confianza.

Me era imposible creer que fuera capaz de cometer un acto tan cobarde como el

de matar a un hombre por la espalda, aun siendo tan despreciable como aquél. Por otra parte, era verdad lo que decía mi interlocutora: que cualquiera, en ciertos momentos de ofuscación, puede llegar a cometer una barbaridad.

Salí de la casita completamente descorazonado y triste. Resolví marchar seguidamente a Fairbrook para ver si averiguaba algo por mi propia cuenta.

La hora que pasé en el pueblo no me proporcionó detalle alguno que pudiese contribuir a la elucidación del caso, fuera de la actitud vacilante y quejumbrosa de la viuda del asesinado, corroboraba, en cierto modo, de lo que me había dicho Lidia Dakin y lo confirmaba todavía más el rostro de expresión antipática y sensual del muerto. Era evidente que la viuda sentía odio por su hermana y que idolatraba a su indigno esposo. A la sazón habíase entregado, ostensiblemente, a un dolor desenfrenado, tendida en la cama, de cara a la pared.

Por las habladurías de los vecinos me enteré de ese odio oculto contra su hermana. No cabía duda de que la mayoría de la gente inclinábase del lado de María Hillis hasta el momento del suceso. Y aun entonces, a pesar de las sospechas que se cernían sobre la muchacha, los que la conocían se resistían a acusarla.

Eso me alentó algo más. A pesar de todo, regresé a San Diego descorazonado una vez más por completo.

Me encaminé en seguida a casa de Lidia Dakin, la cual no había recibido noticia alguna de su prima. La señorita Dakin insistió en que tomara yo algún alimento, aunque era poca mi gana de comer. Sólo sentía cansancio y abatimiento por mi fracaso; no obstante, después de comer un poco, recobré ánimo.

— ¿A dónde le parece usted que se habrá ido? — pregunté, por fin, después de haber bebido mi tercera taza de café. — Es lástima que se haya fugado así, porque eso es lo que producirá peor efecto... ¿Tenía mucho dinero?

— Me parece que muy poco. Me dijo que le habían robado el portamonedas.

Asentí con la cabeza.

— Sí, lo mismo que el auto.



—Puede usted contentarse de haber tropezado con una pobre mujer indigente.

— ¡El auto! ¿Qué auto? Ella no tenía coche. Tomaba el autobús.

— ¡Dios mío! Pues entonces, ¿todo era mentira?

— ¿Mentira? ¿Qué quiere usted decir? Se lo referí todo detalladamente.

— ¿Cree usted que el auto fuera el de Ricardo? — interrogó Lidia con aprensión que se iba aguzando. — No lo han encontrado... ¿Lo sabía usted?

— No lo oí mentar... ¡Aguarde!... Voy a llamar a Bundy.

Cuando estuve en comunicación con él le pedí que averiguara en dónde estaba el coche de Ricardo Atkinson. Al cabo de media hora me volvió a llamar.

— El coche ha desaparecido — dijo.

— Supongo que lo habrán robado. Lo sacaron de un taller de reparaciones, que hay aquí, el sábado por la tarde, a última hora. Carter, el dueño del taller, había avisado por teléfono, a la casa de Atkinson, que la reparación estaba hecha y que esperaba iría alguien a buscar el auto, pues él no disponía de nadie apropiado aquel día. Estaba atendiendo a otra reparación, cuando advirtió que una mujer, en la que el aprendiz reconoció a la cuñada de Roberto, subía al coche de Atkinson por el lado opuesto al que se encontraba él, y se lo llevó sin decir nada. El número del auto era...

Lo mencionó seguidamente, y era el mismo número que me había dado María, ¡el número que habíamos estado persiguiendo en vano por la carretera!

— ¿Por qué cogió su coche?

Fué Lidia quien hizo esta pregunta a la que yo no pude contestar.

— ¿A dónde ha ido? — prorrumpí bruscamente, algo amoscado ya.

Y los labios de la señorita Dakin pronunciaron la palabra:

— Méjico.

— ¡Cielos santos! — exclamé. — Más valdría que se hubiera quedado aquí, aunque tuviesen que ahorcarla. Su situación sería preferible. ¿Cómo pudo ser tan necia?

— No debí de reflexionar...

Regresé a mi casa, abrumado de cansancio y de pesadumbre. María Hillis, bien lo veía yo, estaba amenazada por todos lados. Una siniestra sombra roja, de peligro y de sospecha, se cernía sobre ella, implacablemente. Yo me sentía deprimido y lleno de fúnebres presentimientos.

55 Mi alojamiento se componía de dos aposentos sin ningún atractivo en el piso tercero de una casa cerca de la Colina de las Misiones. Estaba algo descuidado y carecía de comodidades, por lo cual había tomado la resolución de trasladarme a otra pensión. No obstante, aquella noche me aproximé a mi domicilio con una placida sensación de alivio, como si me refugiase en un asilo, en un santuario inviolable. Estaba tan cansado, que aun una buhardilla me hubiera parecido un palacio.

Más adelante me pareció extraño no haber tenido el menor presentimiento al meter la llave en la cerradura y abrir la puerta. De momento ni siquiera me pareció raro hallar las luces encendidas en el saloncillo. Debía de estar rendido y como atontado. Pero al acercarme al sillón con el propósito de descansar un rato fumando un cigarrillo antes de acostarme, me sobrecogió indecible estupefacción, viendo dormida en aquel aposento, reclinada en mi sillón, a la protagonista de la aventura extraordinaria, a la propia María Hillis; y dormía tan profundamente que no se movió si-



quiera cuando brotó de mis labios una exclamación de asombro.

No sé lo que dije, pero seguramente que entre dientes debí de maldecir mi suerte. ¡Bonita situación la mía! ¡Las once de la noche y con una fugitiva instalada en casa!

No había más remedio que despertarla y rogarle que volviese conmigo a casa de su prima. En el fondo me sabía mal hacerlo, la compadecía, pero no había tiempo que perder.

Despertó más fácilmente de lo que presumía yo, e incorporóse repentinamente, parpadeando. Había en su mirada una expresión tan sumamente ingenua, casi infantil, de plena confianza, que al ir a hablarle se me atragantaron las palabras. No podía ser que hubiese matado a Ricardo Atkinson.

Apartando esas reflexiones de mi mente, le dije en voz queda:

— ¿Sabe alguien que está usted aquí?

Me miró fijamente, volvió la vista a su alrededor y, por último, movió afirmativamente la cabeza. Aguardé a que hablase.

— Estoy aquí desde por la mañana. Le dije que era hermana de usted y me dejaron que le aguardase. Pensé que tal vez había salido usted de la población y no me atreví a llamarle por teléfono a la redacción, temiendo que alguien me oyese pronunciar mi nombre. Esperé aquí porque no sabía a dónde ir. Tenía que verle a usted. No hay nadie más en el mundo a quien pueda dirigirme. Mi situación es espantosa.

— Lo sé — dije, mientras le escudriñaba el rostro.

— ¿Usted sabe...? No..., digo mal. ¿De qué se ha enterado?...

— Su cuñado... muerto de un tiro... y todo lo demás.

Su rostro se descompuso, palideciendo más aún a la luz amarillenta de la lámpara, y me miró con los ojos muy abiertos, mientras alargaba las manos con ademán de desesperación.

— Usted... ¡Ay!... Usted no cree que yo haya hecho eso. Pero si yo le dije por qué estaba allí, oculta entre las matas... ¿Es posible que usted se figure que todo aquello era mentira?

— No — repliqué muy despacio.

— No me lo figuro. Pero no estoy seguro de lo que usted quiere decir. El lugar en que la encontré ¿está cerca de donde fué asesinado Atkinson?

— Sí... sí... El camino, un poco más arriba, tuerce en dirección al edificio de las máquinas. Distaba unos quinientos metros. Pero yo no estuve allí, ni siquiera cerca. Por eso me escondí en las matas después que los dos hombres me hubieron cogido el coche, porque temía que Ricardo pasara por allí y me viese.

Quiso mirarme de hito en hito, pero se le sonrojó el rostro y, repentinamente, lo ocultó entre las manos.

— ¡Ay!... no puedo explicarle... no sé cómo decirle...

— Su prima ya me ha explicado algo — le dije cariñosamente. — Me hago cargo.

— Conmigo se portaba de un modo incalificable — continuó ella, — pues siempre le decía a mi hermana que era yo quien le provocaba a él. El sábado por la tarde, estando yo en su casa, me cogió en brazos y me besó. Luego me susurró al oído que se había apoderado de mi bolso, de mi cartera y su contenido, pues iba a cobrarse mis gastos de manutención. No me dejaba ni siquiera dinero para regresar a casa. No sabía yo qué hacer. Si se lo hubiese dicho a Silvia

no me habría creído. Entonces se me ocurrió tomar el auto de mi cuñado para volver aquí y devolvérselo la misma noche utilizando a un muchacho que yo conocía y que trabajaba en un garage. Mi prima me hubiera prestado el dinero para pagar al muchacho el viaje de regreso. Hice beber a Silvia una taza de café en la que metí un narcótico. Tal vez no hubiera debido yo hacer eso; pero como cada noche tomaba ella un poco de esa droga, supuse que no podría hacerle mucho daño el que la dosis fuera algo más fuerte. Yo le engañé a usted al decirle que los dos bandidos me habían robado la cartera, pero todo lo demás es cierto, hasta el más pequeño detalle. He reflexionado mucho sobre aquellos hombres. Creo, mejor dicho, estoy segura de que fueron ellos quienes mataron a Ricardo. Al verles tuve la sensación de que habían cometido un crimen horroroso. No tengo más que un indicio para poderme orientar, pero si les encuentro y puedo identificarles, creo que saldré del paso.

— ¿Quiénes cree usted que eran?

— Hace dos meses, Ricardo se jactaba, ante Silvia y yo, de una jugarreta que les había hecho a dos contrabandistas, obligándoles a que le abonasen una comisión sobre las ventas que hicieran en el valle. Primeramente se hizo pasar por un consumidor, y les hizo hablar, amenazándoles luego con que les denunciaría si no le pagaban bien.

— ¿Y ellos se conformaron? — pregunté asombrado.

— Sí, señor. Por lo visto, temían a Ricardo. El mes pasado no sé qué sucedió, pero lo cierto es que suspendieron los pagos. Ricardo se enfureció de tal manera, que les envió una carta diciéndoles que se abstuvieran de vender su mercancía en la comarca si no le pagaban doble comisión que antes y que, de lo contrario, les denunciaría. Hace unos días se presentó en casa, alardeando del dominio que tenía sobre la pandilla. Como a mí todo aquello me asqueaba, no me preocupé más del asunto, pero me sorprendió que desde entonces se llevase siempre Ricardo su revólver. Juraría, como si lo hubiera visto, que esos dos hombres acecharon a Ricardo y le ma-



El ladrón cansado. — ¡Maldita suerte! He recorrido diez comercios y no encuentro la pantalla de color malva que necesita mi mujer.

Ayuntamiento de Madrid

taron de un tiro, atracando después el primer automóvil que vieron pasar, sobre todo yendo guiado por una mujer para huir así más fácilmente.

Me levanté, presa de exaltación, y di unos pasos por el aposento.

— Señorita Hillis — dije, — usted, según veo, tiene la clave del enigma. Pero será preciso que obremos con cautela. Primeramente voy a llamar al comisario y le expondré lo que sabemos... Si tiene orden de detenerla a usted, hará mejor efecto que se entregue voluntariamente. Voy a ver enseguida si puedo comunicar con él. Son las doce solamente, y es muy posible que esté todavía en su despacho.

El comisario me escuchó mucho más atentamente de lo que yo esperaba. Nos citó a los dos en su propio domicilio, a las siete y media de la mañana, y esa delicada atención dió al asunto un cariz más halagüeño.

— Ahora — ordené a la muchacha — váyase a acostar. Yo pediré a la dueña que me prepare otra habitación para pasar la noche, diciéndole que usted, mi hermana, ocupará la mía hasta que le encuentre alojamiento. Duérmase tranquila y no se preocupe más.

Agradecida, me estrechó las manos y vi por sus labios trémulos que estaba próxima a desfallecer. Yo anhelaba cogerla en brazos para confortarla con una vehemencia que rayaba en el amor; pero me retiré inmediatamente para no colocarla en una situación violenta si perdía la serenidad.

No pude ahuyentar a ella de mi mente en casi toda la noche, y a pesar de mi cansancio tardé dos horas en dormirme.

Nuestra entrevista con el comisario, resultó muy importante. Su primera mirada a María Hillis revelaba cierta desconfianza respecto a la verosimilitud de su relato y a su inocencia; pero me alentó el cambio de su actitud durante el transcurso de nuestra entrevista. Al terminar, se encará conmigo y dijo bruscamente:

— No me propongo detener hoy a la señorita Hillis, pero le haré a usted responsable de sus actos. Les concedo veinticuatro horas para que presenten pruebas concretas en apoyo de sus sospechas. Haré buscar el auto inmediatamente.

Aquella jornada iba a ser decisiva. Me daba cuenta clara de la importancia de la lucha que debía emprenderse. Todo mi ser hallábase embargado por sentimientos de distinta índole. La emoción que me producían esos sentimientos era tan intensa, que no podía ya negarse que amaba a María con pasión que iba creciendo a medida que daba más pasos para probar su inocencia.

Después de solicitar licencia del director de mi periódico, nos dirigimos en seguida en auto al pueblo de Fairbrook y fuimos a ver a Bundy para enterarnos de las últimas noticias.

Averiguamos con asombro que la ya entonces viuda de Atkinson había llamado a su hermana. Media hora después entramos en casa de Silvia. Estaba sentada en una mecedora, con una vecina a su lado que la abanicaba.

— Ha sufrido un desvanecimiento... — nos dijo ésta.

María, impulsivamente, se aproximó a su hermana y le tocó las manos. Silvia abrió los ojos y oprimió en las suyas las manos de María; luego, apoyando el rostro en ellas, prorrumpió en sollozos.

— ¡María... María! Perdóname... Yo no sabía. Siempre creí que Ricardo era



hombre leal... Ahora he averiguado que mentía... ¡Me engañó respecto a ti... respecto a todo!... ¡Mentía y robaba! He encontrado cartas de una pobre muchacha a quien había seducido. La hizo creer que era soltero... ¡Ay María! ¡Quisiera morirme!

— ¡Calla! No digas eso. Te vas a poner buena.

Como me parecía necesario una aclaración inmediata de lo sucedido, le pregunté a la viuda los nombres de los dos contrabandistas con los cuales había tenido tratos su marido.

Pero fué inútil. No pudo recordarlos.

Por último, María nos hizo salir a mí y a las vecinas de la habitación.

— Voy a hacerla acostar — nos dijo. — Esta demasiado débil para sufrir más emociones. Les agradecería que mandasen a buscar un médico.

Después que el médico la hubo visitado y mientras dormía bajo el influjo de un narcótico, María salió al vesti-

bulo, en donde yo me quedé aguardando. Estaba más pálida y hermosa que nunca.

Obré entonces impulsivamente, sin que interviniese mi voluntad. Me adelanté hacia ella, la estreché entre mis brazos y le di un beso en la cara.

— María — susurré, — María, no te preocupes más. Lo arreglaremos todo.

Y María me abrazó, dominada de la misma pasión.

Al cabo de unas horas regresamos a San Diego y el comisario nos comunicó que dos hombres, conduciendo el coche de Ricardo Atkinson, habían sido detenidos por la policía federal cerca de Santa Bárbara. Detrás del auto apareció escondido un depósito de *whiskey*. Se habían defendido contra la policía disparando un revólver de igual calibre que el empleado para asesinar a Atkinson. Añadió el comisario que al día siguiente haría venir a esos dos hombres a San Diego y les acusaría del asesinato de Ricardo Atkinson.

## Descubiertos por la Máquina de Identificar

(Continuación de la página 53)

De las fichas correspondientes a la letra M, que ocupaban tres habitaciones, salió la biografía criminal de Julio Mainz. Del archivo de la letra L, que ocupaba cuatro habitaciones, llegaron los nombres de Julio Lamont y Augusto Luden. Del archivo de la letra H, que se componía de muchos millares de tarjetas, llegaron los registros de Juan Hulber, Guillermo Hulme y Herman Herz. En conjunto eran doce fichas, las cuales daban una relación sucinta de la vida de otros tantos hombres, y una cantidad de tarjetas complementarias que contenían curiosos detalles, como las medidas del sistema Bertillon, fotografías, impresiones digitales, nombres de parientes y de amigos y hasta una relación detallada de sus preferencias con respecto a la comida.

En el primer momento se eliminó a Julio Lamont, ya que constaba que había muerto; Augusto Luden fué descartado por razones técnicas, aunque, en previsión, sería detenido; Hulme estaba cumpliendo una condena, y Herz había muerto en el ejército. Otros fueron asimismo eliminados por completo, aunque se dió orden de prenderlos por sospechas.

En el centro de la mesa quedaron dos tarjetas: la de Juan Hulber y la de Julio Mainz.

Hulber fué un ladrón muy hábil algunos años antes y se especializó en el robo de valiosos objetos de arte, los cuales vendía con extraordinaria habilidad a coleccionistas poco escrupulosos. Había servido en la última guerra y desde entonces tenía un estudio fotográfico con una sección de fotografía comercial en un arrabal de Berlín. Los datos correspondientes a él revelaban que era muy hábil en abrir cajas de caudales por medio del tacto y un criminal muy rápido y atrevido, aunque al parecer se había reformado últimamente.

— Juan Hulber, dos cuarenta y cuatro, Saint Germain — dijo un inspector ante un aparato telefónico de la línea interior.

En el acto, un destacamento de hom-

bres mecánicos fueron a detener a Hulber.

La ficha de Julio Mainz era muy interesante. En su juventud fué estudiante de Medicina, pero la inclinación al robo ejerció mayor predominio sobre él, y el nombre que pudo ser médico, fué ladrón.

Mainz había servido en la misma compañía de artillería que Hulber, durante la guerra, y hasta llegó a ser condecorado en dos ocasiones por haber dado muestras de excepcional heroísmo. Eso a pesar de que antes de la guerra fué un enemigo del régimen y desde que le licenciaron se convirtió en revolucionario fanático. Sin embargo, a partir de la fecha del armisticio, dejó de figurar en hecho criminal alguno. Los últimos detalles que figuraban en su ficha — que tenían un mes de fecha — daban sus señas en Torgau, cerca de Berlín, e indicaban que su actuación actual era la de viajante de una firma que se dedicaba a fabricar baterías de cocina.

No había necesidad especial de avisar a la policía de Torgau para que vigilara a Mainz, porque casi al mismo tiempo que la «Meldwesen» de Berlín iba dando detalles a sus agentes, por medio de su código telegráfico ponía en movimiento a centenares de repetidores a través de toda la nación.

Quince minutos después de haber comunicado el nombre de Mainz, la Jefatura de Berlín recibió un mensaje del cuartelillo de Torgau, comunicando que Julio Mainz había salido dos días antes en viaje de negocios en dirección a Brandeburgo y Pomerania. La casa exportadora no había recibido pedido alguno de su viajante, aunque tampoco lo esperaba durante otro día por lo menos. El jefe de la casa dijo que Mainz estaba empleado en ella hacía ya más de un año, y que empezó como corredor ordinario, aunque luego ascendió hasta ocupar el cargo de jefe de los corredores. Su trabajo principal, en este viaje, era alquilar hombres para completar el nú-

mero de corredores en Berlín y para asignarles varias ciudades de Brandeburgo y de Pomerania.

La policía de Berlín buscó en los anuncios de los periódicos y bajo el epígrafe de «Anuncios» encontró uno que daba el nombre de Mainz y las señas de una oficina para dar empleo a corredores y viajeros.

Ante estos detalles, la duda embargó el ánimo de los jefes de policía. ¿Se habría equivocado la «Meldwesen»? ¿Acaso Mainz llevaba, en realidad, una vida irreproachable?

La «Meldwesen» había dado los nombres de Hulber y de Mainz como los dos criminales más expertos y capacitados para un robo como el de la casa del señor von Gortner, pero ningún otro dato parecía indicar que fuesen ellos los culpables.

Por lo que se refería a Juan Hulber, todas las noticias adquiridas daban a entender que su negocio de fotografía prosperaba. Tanto Mainz como Hulber estaban casados. Hulber tenía un hijo de catorce años que también se dedicaba a la fotografía y su esposa le ayudaba en el establecimiento, tomando encargos, haciendo algun trabajo de laboratorio y hasta tomando algunas fotografías.

En cuanto a Mainz, se había casado con la hija de uno de los socios de la casa en que trabajaba y poseía una casita cerca de Torgau, en donde, según se decía, vivía muy felizmente el matrimonio.

Hulber dormía tranquilamente cuando la policía llamó a su casa una hora antes de amanecer. Manifestó la mayor sorpresa e indignación al comunicársele que quedaba detenido. Tanto su esposa como su hijo trataron de convencer a la policía de que no había hecho nada malo y que desde hacía diez años era un ciudadano ejemplar.

— Es muy posible — replicó el sargento de policía. — Pero ¿dónde estuvo usted de diez a doce de la noche pasada?

— ¿Pues dónde quería usted que estuviese sino en su casa? — replicó la esposa.

Y tanto Juan como su familia se echaron a reír de la pregunta.

Sin embargo, el sargento, como todos los sargentos de policía de Berlín, no aceptaba como bueno nada de lo que un sospechoso o sus parientes pudieran decir. Y mientras interrogaba al preso, sus hombres hicieron un registro de la vivienda y del estudio, en tanto que uno de ellos penetraba en el laboratorio.

En el segundo interrogatorio la señora Hulber confesó que a las nueve de la noche su marido acabó de retocar algunos clichés negativos que se necesitaban para hacer una rápida tirada en las primeras horas de la mañana y que se cerró en el laboratorio hasta cerca de la una de la madrugada, para tirar las positivas y hacer algunos experimentos especiales con una nueva solución para dar colores determinados a las pruebas de bromuro.

— ¿Y desde el momento en que entró en la cámara obscura hasta que se acostó, usted no vió ni habló a su marido? — preguntaron a la mujer.

— No, señor. Juan estaba un poco preocupado, y cuando trabaja intensamente no quiere que le molesten.

Añadió que ella y el niño habían trabajado mucho durante todo el día y que se acostaron los dos inmediatamente después de cenar, a las ocho y media.



— ¡Cómo, Lena! — exclamó Hulber, al parecer muy asombrado. — ¿No te acuerdas de que te llamé hacia las once y media, para que me trajeras una caja de pinzas para los negativos?

Su esposa contestó tartamudeando que así era, en efecto, pero el pequeño Juan observó.

— Te engañas, mamá. Desde la cama no podías oírle. Y tú roncabas tan fuerte, que no pude dormir hasta que papá se acostó.

Este era el principio del fin para Juan Hulber, y así lo comprendió él. Pero aun se obstinó en seguir negando con expresión de inocencia ofendida, hasta que el minucioso registro que practicaban los agentes dió por resultado final el hallazgo de la fotografía con que se había falsificado la huella digital de Lamont, así como la gelatina cromada que había usado y la copia negativa que hizo de la huella. También hallaron algunas prendas viejas de vestir, entre ellas una chaqueta y unas zapatillas de *tennis* de suela blanda, todo ello metido en un cuartito del laboratorio.

En el bolsillo de la chaqueta un agente encontró una botellita a medio llenar de colodión, un par de alicates para alambre, el molde de la impresión digital de Lamont, una botella de fósforo, una pistola automática y otros objetos de indefinida utilidad.

A la pálida luz de la aurora, el automóvil de la policía transportó al señor Hulber y a su familia a la Jefatura.

En un barrio distinto de la ciudad otro pelotón de policías mecánicos se dedicaba asimismo a prender a un hombre, un tal Carlos Gotter. El lugar de la prisión fué un garage propiedad de este Gotter. Había allí un camión automóvil, en el cual estaba montada una armazón parecida a los cubos de agua de los camiones de riego del municipio berlinés. Pero el fingido depósito contenía otro más pequeño lleno de agua, dejando en seco un compartimiento bastante grande. La policía sorprendió a Gotter en el acto de descargar en este compartimiento algunos valiosos objetos que se disponía a embalar seguidamente en unas cajas de pianos. Aquellos objetos eran parte de los desaparecidos en la casa de von Gortner la noche del robo.

No fué muy fácil convencer al señor Gotter para que acompañara a los dos agentes de policía en su camino hacia la Jefatura.

OTRO pelotón de policías consiguió encontrar el hotel en que se alojaba Julio Mainz, en donde se supo que no le habían visto desde la mañana anterior, cuando recibió a una veintena de hombres que buscaban trabajo.

El vigilante nocturno del hotel abrió el cuarto destinado a Mainz y observaron que la cama estaba sin deshacer, a pesar de que en la estancia se veían aún los efectos de Mainz. En la mesa tocador había la fotografía de una mujer joven, de pelo rubio, sin duda su esposa.

Un agente de policía se encerró en la estancia y, mientras esperaba el regreso de Mainz, hizo un cuidadoso y silencioso registro de los efectos del huésped, aunque no encontró nada sospechoso.

Pero la guardia del agente estaba condenada a sufrir un desencanto. Los policías que vigilaban los alrededores del hotel vieron, de pronto, que se acercaba un automóvil y Mainz, o un hombre cuyas señas coincidían con las de él, se dispuso a descender del vehículo. Mainz pareció dar un salto; tal vez vió a alguno de los policías y adivinó la verdad. Sea como fuere, a pesar de ser un héroe condecorado en la gran guerra, debió de decirse que la seguridad personal era lo mejor del valor, porque volvió a entrar en el automóvil, al mismo tiempo que el vehículo echaba a correr, dando la vuelta a la esquina con una velocidad extraordinaria.

Los policías se metieron en otro automóvil y emprendieron la persecución.

EN la Jefatura Juan Hulber estaba sufriendo los horrores de un interrogatorio, encerrándose en impasible silencio. Su esposa, en cambio, habló confesando su sospecha de que Juan hubiera pasado la noche en compañía de otra mujer y añadió que le había visto salir furtivamente por la puerta trasera de su laboratorio en dos o tres ocasiones distintas, aunque no lo observó durante la noche pasada.

Dijo también que con frecuencia se ausentaba por largo tiempo, incluso du-

rante las horas del día. En una palabra la señora Hulber lo confesó todo impulsada por los celos, aunque tan sólo le acusó de estar enamorado de otra mujer, porque, por lo demás, sostuvo con firmeza que su marido había abandonado para siempre su anterior conducta criminal.

Pero Gotter refirió otra historia y fué tal, que hasta los impasibles policías berlineses se quedaron sin aliento. El, Hulber y Julio Mainz habían convenido en robar cuadros raros y objetos de arte, y expedirlos, como si fuesen pianos y muebles, a Baden, a Stuttgart y a Wurttemberg, en donde se registró el primero de aquellos robos. En el primer golpe que dieron les ayudó un tal Adolfo Weiss y ocultó el botín en un granja de su propiedad, bajo un montón de heno. Allí debían mandar también los demás objetos robados. Expidió una carga de «heno» por el Rhin y lo recibió un tal Pedro Baroutte, que tenía una cuadra de caballos de alquiler como excusa, pero en realidad era el distribuidor de los objetos robados. Hulber fué el jefe del quinteto, y entre éste y Mainz se realizaron los robos. En cuanto a sí mismo, Gotter, que, según la «Meldwesen» había sido, en otro tiempo, chofer de uno de estos vehículos, construyó el fingido automóvil de riego y lo guió hasta la casa del robo.

Mucho después de haber salido el sol la policía consiguió prender a Mainz y a su chofer. En los bolsillos del primero encontraron la valiosa colección de sellos de von Gortner y el sobre que contenía los billetes de banco robados. En un saquito que Mainz tiró a la calle desde el automóvil en que huía, se encontraron muchas cosas interesantes, entre ellas un par de guantes de goma, uno de los cuales estaba cortado; una botella que contendría unos treinta gramos de éter; numerosos útiles para el robo y cuñas para forzar arcos de caudales, que en el caso de von Gortner no se utilizaron. Hizo una confesión plena y entonces fué cuando Juan Hulber se dió también por vencido. Tanto Weiss como Baroutte fueron presos más tarde en París.

Y una vez más la «Meldwesen», o sea el detective mecánico de Alemania, probó la inutilidad de cometer crímenes.

## NOVELAS DE CINCO PESETAS A PRECIOS ECONOMICOS CON ENCUADERNACIÓN ESPECIAL EN RÚSTICA

**El rosario**, por Florencia L. Barclay. . . . . **3'50 ptas.**

**Lil de los ojos color del tiempo**, por Guy Chantepleure . . . . . **3 ptas.**

**Dosia**, por H. Greville **2 ptas.**

**Mi primo Gerardo**, por Guy Chantepleure . . . . . **3 ptas.**

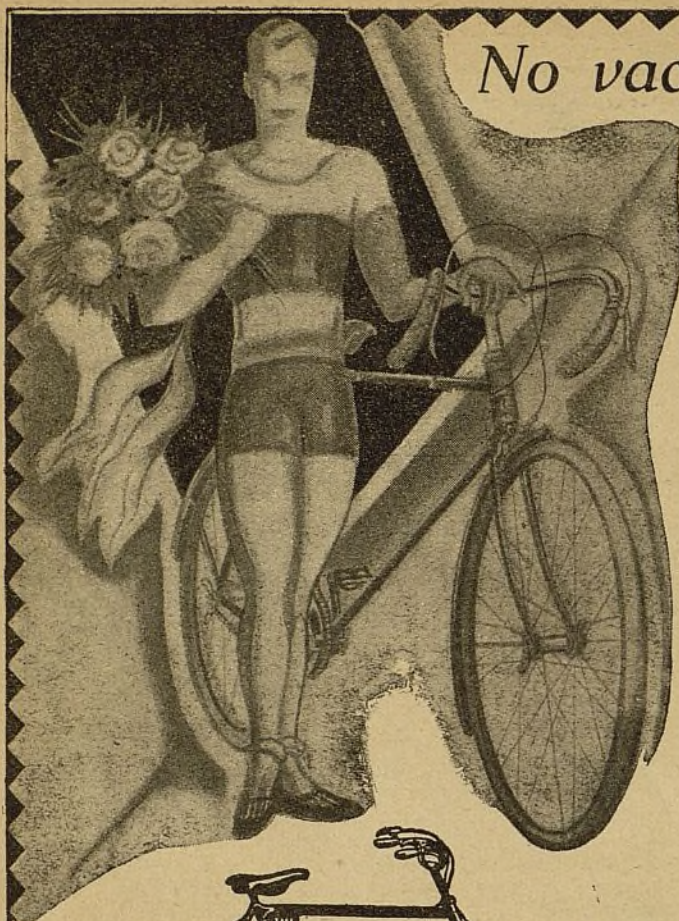


De venta en todas las librerías de España y América

Ediciones de Colección Novelas Hogar publicadas por  
**Sociedad General de Publicaciones, S. A.**  
Diputación, 211. — BARCELONA

**Librería "El Hogar y la Moda"**  
Valverde, 21 duplicado. — MADRID





No vacile! Adquiera hoy mismo una

# BICICLETA "QUILLET"

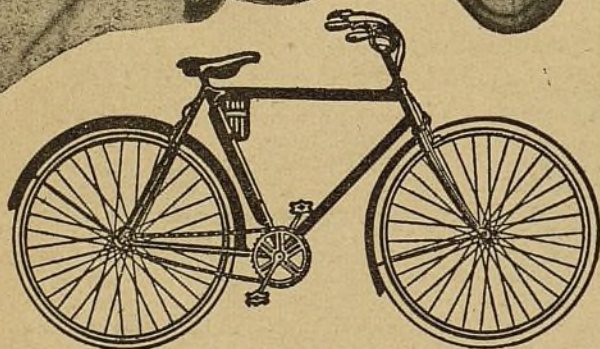
MODELO 1930

La bicicleta de los campeones

**20** MESES DE **13** PESETAS  
CREDITO AL MES

**NADA DE PAGO ADELANTADO**

Nuestros modelos han sido objeto de una fabricación esmeradísima a fin de que puedan satisfacer las exigencias del aficionado más escrupuloso. La esbeltez de líneas, suavidad en los engranajes y el temple insuperable de sus diferentes piezas hacen que nuestros ciclos sean los preferidos por toda persona inteligente. Desconfíese de la calidad de las bicicletas de bajo precio por estar éste en relación con su deficiente construcción y escasa duración y, como consecuencia, resultan infinitamente más caras. El ideal consiste en encontrar una bicicleta en la que, normalmente, no sea preciso efectuar reparaciones que originan el doble perjuicio de verse imposibilitados de usarla y de pagar el crecido coste de ellas. Estos graves inconvenientes no existen en nuestros ciclos.



N.º 1 - TIPO TURISMO

**CARACTERISTICAS:** Cuadro: acero extrafino, altura 55 cms. Esmalte: negro fileteado en oro. Ruedas: de 70 cms. Biela y pedales: a sierra, extraligeros e indesarreglables. Llantas: de acero medio niqueladas. Radios: extraniquelados e inoxidables. Neumáticos: Dunlop. Guía: tipo inglés. Guardabarros: esmaltados, negros y fileteados. Frenos: a rueda trasera y delantera, sobre llanta. Sillin: de 1.ª calidad. Bomba: de cuadro esmalte negro. Cartera: con accesorios. Horquilla: extrafuerte de tubos cónicos y extremos reforzados.

Precio del modelo 1. - TURISMO

**260** ptas. en 20 mensualidades de 13 ptas.

Al contado: **230** ptas.

QUILLET es la marca de bicicletas que más se vende en toda España.

## BOLETIN DE COMPRA

Yo, el abajo firmado, declaro comprar a los Establecimientos QUILLET, S. A. una bicicleta "QUILLET" Modelo N.º ..... por el precio de ptas. .... que me comprometo a pagar en Barcelona, a plazos mensuales de ..... ptas., el primero a la recepción y los otros cada mes, hasta completa liquidación. Mientras no haya satisfecho el importe total la consideraré en calidad de depósito en mi poder.

AL CONTADO ..... PTAS.

Nombre y dos apellidos ..... FIRMA

Edad .....

Profesión .....

Dirección del empleo .....

Calle .....

Población .....

Provincia .....

Estación .....

ENVIO INMEDIATO FRANCO DE EMBALAJE

Móvil  
de  
15 cts.



N.º 2 TIPO CARRERA

**CARACTERISTICAS.** Cuadro: acero 1.ª calidad, altura 55 cms. Esmalte: azul fileteado oro. Ruedas: 70 cms. Llantas: medio niqueladas. Radios: extra niquelados y reforzados e inoxidables. Neumáticos: Dunlop. Pedales: a sierra. Guía: de carrera. Frenos: a rueda trasera y delantera. Sillin: de carrera 1.ª calidad. Bomba: de cuadro esmaltada. Cartera: con accesorios. Rueda: libre. Mariposas: para cambiar rápidamente la rueda libre y convertirla en piñón fijo. Guardabarros: esmaltados en azul y fileteados en oro. Horquilla: extrafuerte de tubos cónicos y extremos reforzados.

Precio del modelo 2. - CARRERA

**270** ptas. en 20 mensualidades de 13'50 ptas.

Al contado: **240** ptas.

Una buena bicicleta se paga pronto a sí misma con el ahorro que proporciona

Córtese el boletín y mándese a los ESTABLECIMIENTOS QUILLET, S. A., Apartado de Correos 476.

Barcelona

Establecimientos QUILLET, S. A. - Mallorca, 237 bis-Barcelona



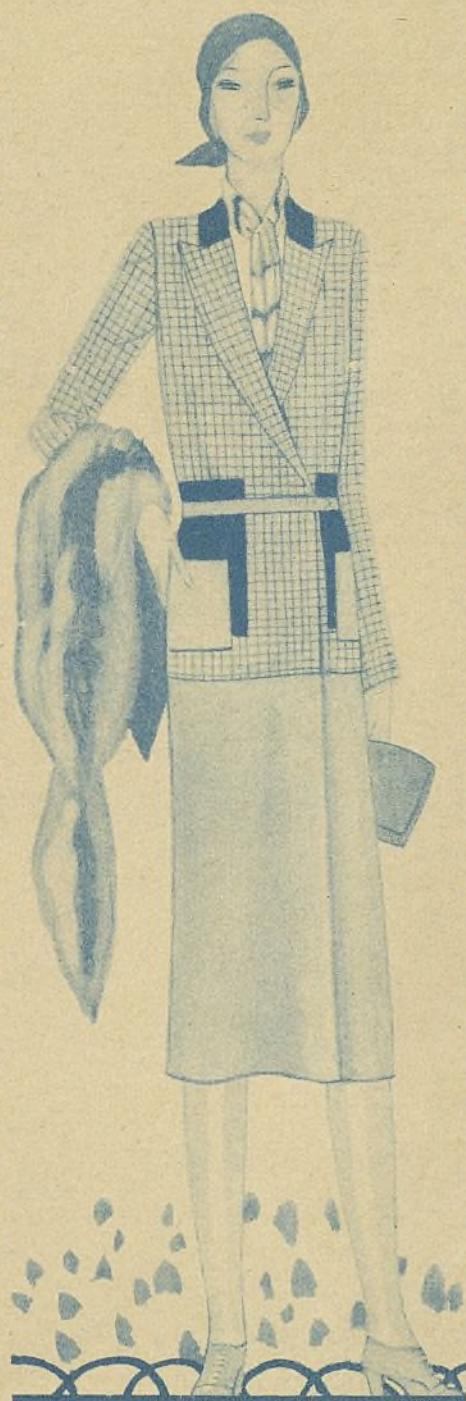
# El Hogar y la Moda

REVISTA FEMENINA DECENAL (SE PUBLICA  
LOS DIAS 5, 15 Y 25 DEL MES) DIRIGIDA POR  
**Tomás Gutiérrez Larraya**

Está considerada esta revista como la más popular de España y la más moderna en su clase, al mismo tiempo que la más recomendable para la madre de familia, tanto por la información que le ofrece sobre las modas más recientes, como por las ideas que le proporciona para la vida en el hogar.

Los principales temas que en sus diversos números van desarrollándose son:

LECCIONES SOBRE LA MODA.—LA CASA GRATA Y BELLA.—PARA EDUCAR EL NIÑO.—MUJERES DE AYER Y HOY.—LABORES FEMENINAS.—PLANTAS, FLORES Y PÁJAROS.—HIGIENE Y BELLEZA.—LA COCINA PRÁCTICA.—COMENTARIOS DE ACTUALIDAD.—LA VIDA Y LA PANTALLA.—SERVICIO DE PATRONES.—«DE TODOS A TODOS.»—«DICEN QUE...» (miscelánea).—Caricaturas, &



GRAN PROFUSIÓN DE FIGURINES DE PARÍS Y LONDRES. PÁGINAS DE FIGURINES A TODO COLOR.—PRECIOSOS MODELOS DE LABORES Y BORDADOS. MULTITUD DE ILUSTRACIONES PARA TODOS LOS TRABAJOS.—PUBLICACIÓN EN FOLLETÍN DE INTERESANTES OBRAS PRÁCTICAS.—ORIGINALES CONCURSOS CON VALIOSOS PREMIOS.—A CADA NÚMERO ACOMPAÑA EL SUPLEMENTO INFANTIL «KI-KI-RI-KI».

## PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN

Número suelto . . . 0'40 pta.  
Por un mes . . . 1'— pta.  
Por un semestre. 6'— ptas.  
Por un año . . . 12'— ptas.

Para suscripciones dirijase a  
**El Hogar y la Moda**

Diputación, 211 Valverde, 21 dup.  
**BARCELONA :: MADRID ::**



# ENCICLOPEDIA COLUMBUS

## EDICIÓN DEFINITIVA

REDACTADA POR REPUTADOS ESPECIALISTAS BAJO LA DIRECCIÓN DE  
DON ALBERTO DEL CASTILLO YURRITA  
PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA



C U A D R O   D E   Z U L O A G A  
MUESTRA DE LAS ILUSTRACIONES EN COLOR DE LA OBRA

**5 GRANDES TOMOS, 5**

**ENCUADERNADOS EN TELA Y ORO**

En más de cinco mil páginas  
de texto el resumen de todos  
los conocimientos humanos.



**Gran profusión de ilustraciones**



**Láminas en negro y color**



**Última edición puesta al día**



**Precio de la obra  
completa, 180 ptas.**



**VENTAS AL CONTADO  
Y A GRANDES PLAZOS**

PIDA HOY MISMO FOLLETO  
EXPLICATIVO GRATIS A

**SOCIEDAD GENERAL  
DE PUBLICACIONES, S. A.**

Diputación, 211 Valverde, 21 dup.  
**BARCELONA MADRID**